

Kalmann

JOACHIM B. SCHMIDT



gatopardo ediciones 

Kalmann

JOACHIM B. SCHMIDT



gatopardo ediciones 

Kalman

Kalmann

JOACHIM B. SCHMIDT

Traducción de Paula Aguiriano Aizpurua

gatopardo ediciones 

Título original: *Kalman*

Copyright © 2020 by Diogenes Verlag AG Zürich
All rights reserved

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda
de la Swiss Arts Council Pro Helvetia

© de la traducción: Paula Aguiriano Aizpurua, 2021

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021

Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2021

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Arnarstapi, Islandia*

© Jens Klettenheimer

Imagen de la solapa: © Eva Schram

eISBN: 978-84-122364-7-7

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento
informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del
copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún
fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Portada

Presentación

1. Nieve

2. Sangre

3. Birna

4. Nadja

5. Arnór

6. Róbert McKenzie

7. Hákarl

8. Magga

9. Abuelo

10. El cadáver

11. Madre

12. Sæmundur

13. El bidón

14. Arctica

15. Halldór

16. Caza

17. La mano

18. Dagbjört

19. Huellas

20. Niebla

21. Mauser

22. Vuelta a casa

23. Ballena

Joachim B. Schmidt

Otros títulos publicados en Gatopardo

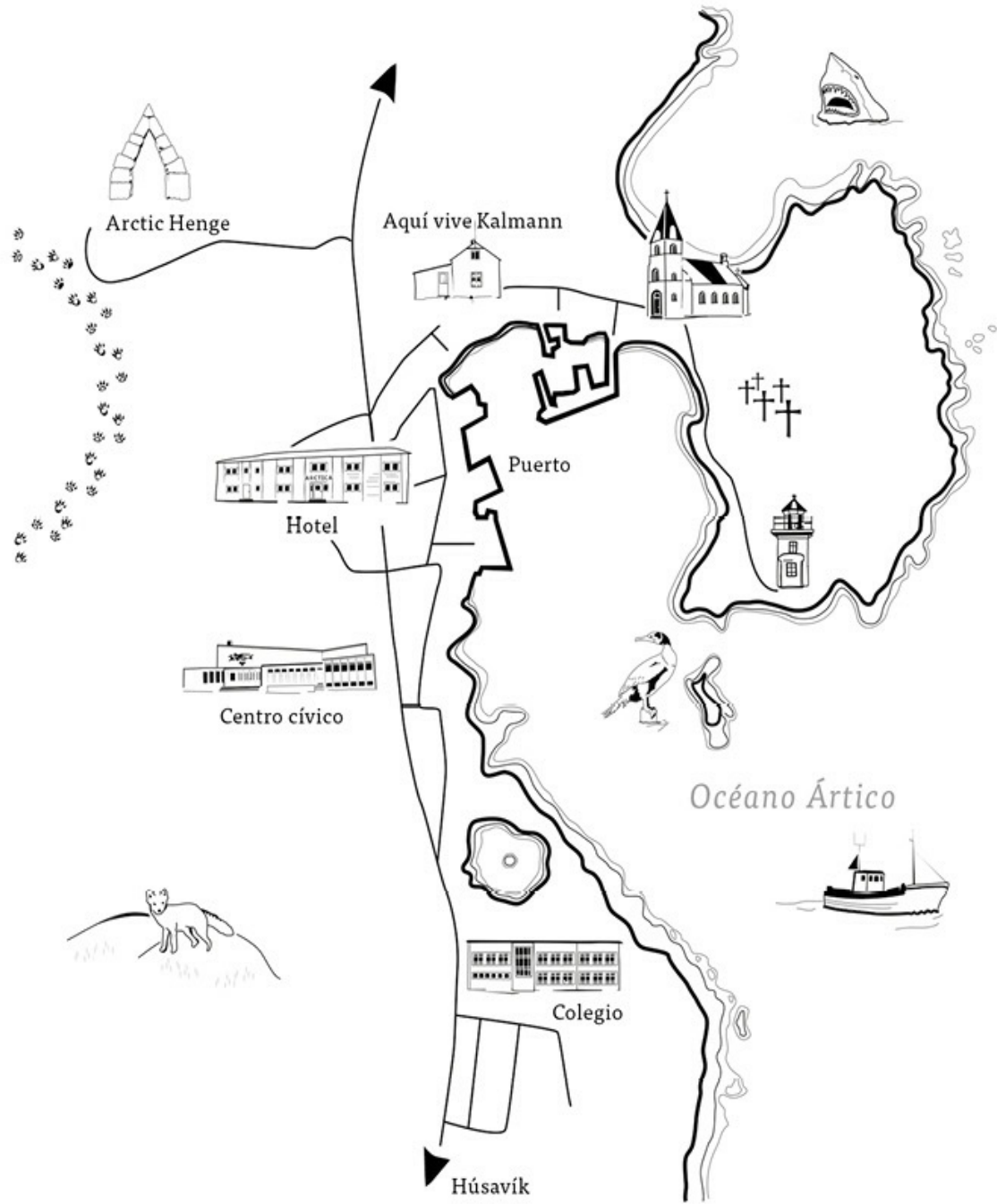
Para Kristín Elva

Largas noches
radiantes días fríos
he buscado
es la saga humana.

ljóðskáld,

JÓNAS FRÍÐRIK GUÐNASON

RAUFARHÖFN



1. Nieve

Ojalá el abuelo estuviera conmigo. Siempre sabía qué hacer. Avancé a trompicones por la llanura infinita de Melrakkaslétta, hambriento, agotado, manchado de sangre, y me pregunté qué habría hecho el abuelo. Quizá se hubiera preparado una pipa, habría dejado simplemente que la nieve cubriera el charco de sangre, y se habría quedado mirándolo, impertérrito, solo para asegurarse de que nadie más lo encontrara.

Siempre que se presentaba un problema, se preparaba una pipa, y en cuanto el humo dulzón nos envolvía, la cosa ya no era para tanto. Puede que el abuelo hubiera decidido no contárselo a nadie. Se habría ido a casa y no habría vuelto a pensar en ello. Porque la nieve es nieve, y la sangre es sangre. Y si alguien desaparece sin dejar rastro, es sobre todo su problema. El abuelo habría golpeado la pipa contra la suela del zapato junto a la entrada de nuestra casita, la ceniza se habría apagado en la nieve, y el asunto habría quedado zanjado.

Pero estaba completamente solo, el abuelo estaba a ciento treinta y un kilómetros de distancia, y hacía ya mucho tiempo que no podía caminar por el interior nevado de la península de Melrakkaslétta. Tampoco había humo de pipa, y como nevaba y todo, excepto el charco rojo de sangre, era blanco, y no se oía ni un ruido, me sentía la última persona de la tierra. Y cuando eres la última persona de la tierra, te alegras de poder contárselo a alguien. Por eso lo conté, y así empezaron los problemas.

El abuelo había sido cazador y pescador de tiburones. Ya no lo era. Pasaba la mayor parte del tiempo sentado en una butaca de la residencia de ancianos de Húsavík y miraba por la ventana todo el día, aunque en realidad no miraba, porque cuando le preguntaba si veía algo, no solía responderme, o gruñía y me miraba raro, como si le hubiera interrumpido. Ahora casi siempre tenía cara de enfado, las comisuras de la boca hacia abajo, los labios apretados, de manera que no se veía que le faltaban cuatro dientes arriba, los de delante. Ya no podía morder a nadie. A veces me preguntaba, bastante brusco, qué se me había perdido allí, entonces yo le explicaba que me llamaba Kalmann y que era su nieto y que solo estaba de visita, como todas las semanas. Así que no pasaba nada. Pero el abuelo me miraba desconfiado y volvía la vista hacia la ventana, de mal humor. No me creía. Yo no decía nada más, porque el abuelo tenía el aspecto de alguien a quien le hubieran quitado la pipa, y por eso era mejor que no dijera nada.

Una cuidadora me había aconsejado que tuviera paciencia con el abuelo, como si fuera un niño pequeño ofendido. Me dijo que tenía que explicárselo todo cada vez, que era muy normal, y que así era la vida, porque algunas personas que tenían la suerte de llegar a una edad avanzada en cierto modo volvían a ser niños a los que había que ayudar a comer, a vestirse, a atarse los cordones y esas cosas. ¡Algunos incluso volvían a necesitar pañales! Todo iba hacia atrás. Como un bumerán. Eso ya sé lo que es. Es un arma de madera que se lanza al aire, y que después regresa dibujando una curva y te

corta la cabeza si no estás atentísimo.

Me pregunté cómo sería yo cuando tuviera la edad del abuelo. Porque yo nunca había ido del todo hacia delante. Decían que las ruedecitas de mi cerebro giraban marcha atrás. Esas cosas pasan. O que me había quedado en el nivel de primero de primaria. A mí me da igual. O que en mi cabeza no hay más que sopa de pescado. O que tengo la cabeza hueca como una boya. O que tengo los cables mal conectados. O que tengo el cociente intelectual de una oveja. Aunque las ovejas no pueden hacer el test para determinar el cociente intelectual. «¡Corre, Forrest, corre!», me gritaban antes en clase de gimnasia, y se morían de risa. Es de una película en la que el protagonista es discapacitado, pero corre muy rápido y juega muy bien al pimpón.

Yo no corro rápido ni sé jugar al pimpón, y antes ni siquiera sabía lo que era el cociente intelectual. El abuelo sí lo sabía pero decía que no era más que un número para clasificar a la gente en blanco y negro, un sistema de medición como el tiempo o el dinero, un invento de los capitalistas, porque todos somos iguales, y entonces yo ya no entendía nada, y el abuelo me explicaba que lo único importante era el presente, el aquí, el ahora, con él. Y punto. Eso sí que lo entendía. Él me preguntaba qué haría si estuviera en alta mar y se levantaran nubes de tormenta. La respuesta era fácil: volver a puerto lo más rápido posible. Me preguntaba qué me pondría si llovía. Fácil: ropa de lluvia. Y si alguien se caía del caballo y no se movía. Obvio: buscar ayuda. El abuelo quedaba satisfecho con mis respuestas y decía que mi mente estaba en plena forma.

Eso lo entendía.

Pero a veces no entendía qué me estaban diciendo. Esas cosas pasan. Entonces prefería no decir nada. Para qué. Porque nadie explicaba las cosas tan bien como el abuelo.

Entonces tuve la suerte de conseguir un ordenador con internet, y de golpe sabía mucho más que antes. Porque internet lo sabe todo. Sabe cuándo es tu cumpleaños o si has olvidado el cumpleaños de tu madre. Sabe incluso cuándo has ido al baño por última vez o cuándo te has hecho una paja. O eso decía Núi, que era mi mejor amigo cuando pasó lo del rey. Pero nadie me sabía explicar qué le pasaba exactamente a mi cabeza. Engendro, dijo mi madre una vez cuando todavía vivía en Raufarhöfn, se le escapó, seguramente cuando maté al gato de Elínborg y lo descuarticé, porque el abuelo me había enseñado cómo se hacía y quería practicar. Mi madre se enfadó muchísimo, porque Elínborg se le había quejado y había amenazado con llamar a la policía, y cuando mi madre se enfadaba, no decía nada más, sino que hacía algo. Sacar la basura, por ejemplo. Abrir la tapa del cubo de basura, tirar dentro la bolsa con fuerza y cerrar la tapa; y volver a abrirla y volver a cerrarla. ¡Pum!

Pero si alguien piensa que tuve una infancia difícil porque mi cabeza es como una sopa de pescado, está muy equivocado. El abuelo pensaba por mí. Me cuidaba. Pero claro, eso era antes.

Ahora el abuelo me mira con ojos transparentes, acuosos, y no se acuerda de nada. Y puede que yo también desaparezca cuando el abuelo ya no esté, que me entierren con él, como el mejor caballo de un jefe vikingo. Porque eso es lo que hacían antes los vikingos, enterrar al caballo con el jefe. Tenían que estar juntos. Así el jefe vikingo podría cabalgar por el Bifröst hacia Valhalla. Causaría una gran impresión.

Pero la idea me pone nervioso. Lo de que me entierren, quiero decir. Encerrado con la tapa del ataúd encima. Eso da claustrofobia, y es mejor estar muerto. Por eso no solía quedarme mucho rato en la residencia. En Húsavík por lo menos comía algo decente. Porque en el bar de la gasolinera de Sölvar sirven las mejores hamburguesas por mil ochocientas cuarenta y cinco coronas. Siempre llevaba el dinero justo, siempre, y Sölvar también lo sabía, ya nunca contaba las monedas. Pero a veces la hamburguesa no tenía gusto a nada porque estaba triste, porque el abuelo ya no sabía quién era yo. Y si él no lo sabía, ¿cómo narices iba a saberlo yo?

Al abuelo se lo debía todo. Mi vida entera. Si no hubiera sido por él, mi madre me habría metido en un centro para discapacitados, donde me habrían maltratado y habrían abusado de mí. Ahora viviría en Reikiavik, solo y abandonado. En Reikiavik el tráfico es un caos, el aire está sucio y la gente está estresada. Qué horror, eso no es para mí. Al abuelo le debía ser quien era, aquí, en Raufarhöfn. Me había enseñado todo lo que hace falta para sobrevivir. Me había llevado de caza y al mar, aunque al principio no era de mucha ayuda. Sobre todo de caza me comportaba como un auténtico idiota, me caía y resoplaba, el abuelo decía que me tropezaba con mis propios pies, que tenía que levantarlos cuando el terreno era irregular, y yo lo hacía, levantaba los pies, claro está, pero solo durante algunos pasos, después se me olvidaba y tropezaba con el siguiente bache, y a veces me caía de bruces y hacía tanto ruido, porque estaba muy gordo, que las perdices navales levantaban el vuelo asustadas y los zorros árticos huían antes incluso de que los hubiéramos avistado. Pero si alguien piensa que el abuelo se enfadaba, se equivoca de pleno. El abuelo no se enfadaba. Al contrario. Se reía y me ayudaba a levantarme, me sacudía el polvo de la ropa y me alentaba. «¡Ánimo, compañero!», decía. Y pronto me acostumbré al terreno desigual, y después ya no estaba tan gordo. Incluso conseguía mantenerme en pie en la barquita de pesca, sin caerme ni siquiera cuando se balanceaba. De repente me divertía amortiguar las olas con las rodillas, y ya no tenía que concentrarme, lo hacía automáticamente, programaba el oleaje en mis rodillas, levantaba los pies cuando íbamos de caza y no ahuyentaba a las presas, de manera que a veces volvíamos al pueblo con dos perdices o un visón colgando del cinturón. Otras veces con un zorro ártico. ¡Qué orgulloso me sentía! Y dábamos un par de vueltas por Raufarhöfn para que todos nos vieran. Vueltas de honor. Y la gente nos saludaba y nos felicitaba. A eso es fácil acostumbrarse. A los elogios.

Es una droga, decía Núi, mi mejor amigo, cuando todavía era mi mejor amigo. Me decía que debía tener cuidado con los elogios y no acostumbrarme a ellos. Núi era un genio de la informática, pero tenía problemas con su cuerpo. Decía que era mi contrario, mi complemento, mi revés, y yo no tenía ni idea de a qué se refería. Decía que si los dos fuéramos una sola persona, seríamos invencibles. Qué pena que viva en Reikiavik.

Pero entonces pasó lo de Róbert McKenzie, que para nosotros era el rey de los cupos, y ese fue el principio del fin, y a nadie le gusta que algo se acabe. Por eso preferimos pensar en el pasado, cuando algo empieza y el final queda muy lejos.

Los días con el abuelo en el mar y en Melrakkaslétta fueron los mejores días de mi vida. A veces también me dejaba disparar con su escopeta, que ahora es mía. Me enseñó a convertirme en un buen tirador, a apuntar, a apretar el gatillo con cuidado, sin moverme. Durante los entrenamientos, cuando apuntaba al blanco, él me colocaba una

piedrecita sobre el cañón, y tenía que disparar sin que se cayera. Es más difícil de lo que parece, porque hay que «apretar» el gatillo, ¡no estrujarlo! Hasta que no lo conseguí, no pude disparar de verdad. Mi madre no podía enterarse de ninguna manera, el abuelo y yo lo habíamos pactado, porque mi madre creía que las armas de fuego eran demasiado peligrosas para mí. Pero entonces se enteró de que me había cargado al gato de Elínborg, justo detrás de la casa. Qué tonto fui. Alguien oyó el disparo y avisó a mi madre en el almacén frigorífico. Así que vino directamente del trabajo y estaba muy enfadada, aunque el gato a veces la ponía nerviosa porque cagaba en nuestro bancal de patatas. Estaba realmente furiosa, y puede que también ofendida, porque dijo que ya era hora de hablar conmigo sin rodeos, y lo hizo. Me dijo que era distinto a los demás, y se llevó el dedo a la sien. Que era lento de sesera, y que por eso no quería que fuera por Raufarhöfn con la escopeta cazando animales, que habría problemas en el pueblo. Y así fue, porque Elínborg no se andaba con bromas y avisó enseguida a la policía.

Pero mi madre no tendría que haberlo dicho así. Porque cuando alguien me gritaba, aunque ese alguien fuera mi propia madre, perdía el control. Mi cerebro se apagaba. Y cuando perdía el control, los puños volaban. Mis puños. Normalmente contra mí mismo. Eso no era tan grave. A veces contra otros, cuando esos otros se interponían en el camino de los puños contra mí mismo. Eso era más grave, pero lo hacía sin querer, y después casi ni me acordaba. Como si la aguja del tocadiscos hubiera saltado hacia delante. Y por eso mi madre intentó tranquilizarme, me aseguró que me veía totalmente capaz de manejar un arma, que seguro que era un buen tirador, algo de lo que podía dar fe el abuelo, que se limitó a sacudir la cabeza todo el tiempo que duró la pelea y despachó a los policías. Él no se había enfadado por que hubiera matado al gato de Elínborg. Creía que mi madre estaba exagerando, que yo tampoco era tan condenadamente distinto, algo casi insignificante, que había idiotas mucho peores por ahí, que lo importante no son las notas del cole, sino la actitud hacia los demás, qué tipo de persona eres, etcétera. Y puso un ejemplo, eso se le daba bien, es importante poner ejemplos para que todos entiendan de qué va la cosa. Nos habló de un deportista que vivía en América y era guapo y majó y hasta fue actor, pero que mató a su mujer porque estaba celoso, solo por eso. Celos. ¡Bang! Fin de la historia. Por eso opinaba que yo era mejor persona que ese deportista famoso. Pero mi madre dijo que se podía meter a su deportista por donde quisiera, que seguramente al gato de Elínborg le importaba un rábano, pero que a Elínborg sí le importaba que hubiera matado a su gato, y a la policía y al director del colegio también. Que así eran las cosas, que se esperaba de nosotros cierto comportamiento, ciertos resultados, que ya era hora de que aterrizara en el siglo xx antes de que se terminara, y que dejara de entrometerse porque al fin y al cabo mi madre era *ella*, y por eso tenía la última palabra sobre mi educación. Pero el abuelo le cantó las cuarenta. Él también podía ponerse furioso cuando quería, y le recordó a voz en grito que él era su padre, que vivíamos en su casa, bajo su techo, con sus normas, y que por eso él tenía la ultimísima palabra, maldita sea. Y que además pasaba más tiempo conmigo que ella, y ahí mi madre enmudeció. Salió corriendo a hacer algo. A sacar la basura o así. Yo también rompí algo, aunque ya no me acuerdo de qué. Pero algo se rompió, seguro. Tengo una imagen grabada, un fragmento de recuerdo: el abuelo sentado a horcajadas encima de mí, con la cara rojísima, sujetándome los brazos contra el suelo, llamando

desesperado a mi madre y gritándome a la cara que me tranquilizara de una maldita vez.

Maté mi primer zorro ártico a los once. Los zorros son una plaga, aunque siempre hayan estado aquí, antes de que llegaran los vikingos. Se les puede disparar. La verdad es que fue muy rápido, y me quedé tan sorprendido que casi no tuve tiempo de emocionarme. Íbamos paseando campo a través, cuando de pronto apareció uno delante de nosotros, su cabeza asomó por detrás de un montículo de hierba, así que nos vio, pero con las prisas no encontró escondite. El abuelo me puso la escopeta en la mano, no dijo nada, solo miró con los ojos entrecerrados al zorro, que le devolvió la mirada muy asustado, y yo lo entendí. Apunté, el zorro salió disparado, pero yo le seguí con el cañón, la yema del dedo apretó suavemente el gatillo hasta que se disparó. Apenas noté el golpe de la culata. El corazón me latía con fuerza. El zorro cayó de costado, dio una vuelta de campana y sacudió las piernas, como si todavía quisiera seguir corriendo. Pero ya no podía.

Me sentía raro. El abuelo seguía sin decir nada, pero me dio unos golpecitos de satisfacción en el hombro, y después presenciamos la muerte del animal. La verdad es que enseguida se quedó quieto, tumbado con el pelo sobre la sangre densa que le manaba del hocico. Al principio el pecho le subía y le bajaba rápidamente, pero su respiración se volvió cada vez más lenta, más irregular, hasta que al final se quedó tieso. En realidad me daba pena, pero cuando recogí las cinco mil coronas en la oficina del centro cívico supe lo que era la vocación. La vocación es cuando algo te llama.

Al abuelo no le quedaba mucho de vida. Cada vez que me despedía de él podía ser la última vez que le viera. Eso me había dicho una cuidadora. Y también me había dicho que entonces me pondría muy triste, pero que era completamente normal, que no me preocupara. Núi me explicó una vez que el abuelo había adoptado el papel de padre conmigo, aunque mi madre sin duda lo habría negado. Pero Núi tenía razón, al fin y al cabo me llamo Kalmann Óðinsson por mi abuelo, que se llamaba Óðinn, y no por mi auténtico padre, al que mi madre a veces llamaba el Donante.

Quentin Boatwright. Así se llamaba el donante de semen. Y si me hubieran puesto su nombre, me habría llamado Kalmann Quentinsson. Pero no podía ser, porque en Islandia no existe ese nombre ni la letra Q. Como mi padre, que tampoco está aquí. Si hubiera vivido en América, me habría llamado Kalmann Boatwright. Allí lo del nombre funciona de otra forma.

Si algún día tuviera hijos, estaría a su lado. Sería como el abuelo fue conmigo, y les contaría lo que el abuelo me contó. Les enseñaría a cazar, a acechar zorros árticos, a reconocer perdices en la nieve o a pescar tiburones de Groenlandia. A cuidar de sí mismos. Daría igual que fueran niñas o niños. Pero para tener hijos hace falta una mujer. No puede ser de otra forma. La naturaleza es así.

Ya tenía treinta y tres años, solo me faltaban un par de semanas para cumplir treinta y cuatro. Necesitaba urgentemente una mujer. Pero tendría que sacármela del sombrero de vaquero, porque en Raufarhöfn no había mujeres que quisieran estar con alguien como yo. El surtido femenino era tan variado como el de verduras en la tienda del pueblo. Lo único que había eran zanahorias, patatas, un par de pimientos arrugados y una lechuga marrón. Y que mi futura esposa se perdiera y llegara a Raufarhöfn, a seiscientos nueve kilómetros de Reikiavik, era muy poco probable.

Mi madre siempre decía: «¡A la izquierda del fin del mundo!». A mí me hacía gracia, pero ella nunca se reía. Tampoco hacía nunca bromas, casi siempre estaba cansada de la larga jornada de trabajo en el almacén frigorífico. Ella decía que no podía comer cereales de chocolate todos los días, porque entonces me pondría aún más gordo y nunca encontraría mujer. Pero mi madre ya no estaba, y el abuelo tampoco, así que podía comer cereales de chocolate cuando quisiera, y nadie me reñía. Aunque solo los comía para desayunar, y a veces por la noche, cuando veía la tele. Pero nunca al mediodía. Esa era mi norma.

En la vida hacen falta normas, es importante, porque si no habría anarquía, y la anarquía es cuando ya no hay policía ni leyes y todos hacen lo que quieren. Prender fuego a una casa, por ejemplo. Porque sí, sin razón. Nadie trabaja, nadie arregla las máquinas averiadas, las lavadoras por ejemplo, los motores de barco, las antenas de televisión o los microondas. Y entonces acabas sentado con el plato vacío delante de la pantalla negra de la televisión en una casa quemada, y la gente se mata por una alita de pollo o unos cereales de chocolate. Pero yo habría sobrevivido a algo así, porque sabía defenderme. Sabía preparar tiburones de Groenlandia de manera que la carne fuera comestible. Y sabía desplumar una perdiz nival. La casa de mi abuelo era lo bastante grande, y quizá entonces una mujer habría querido vivir conmigo, porque aquí en Raufarhöfn la anarquía no habría sido tan terrible, estamos demasiado lejos para eso. Mi mujer habría tenido que ser mucho más joven que yo, porque tendríamos que tener muchos hijos para asegurar la supervivencia de la humanidad. Habríamos follado casi todas las noches. ¡Puede que incluso dos veces al día! No nos enteraríamos de los disturbios en Reikiavik porque la tele no funcionaría. Además en Raufarhöfn no había policía desde la crisis financiera, así que, desde este punto de vista, ya vivíamos en la anarquía. Solo que la gente todavía no se había dado cuenta.

2. Sangre

El abuelo preparaba el mejor tiburón fermentado de toda la isla. Yo, el segundo mejor. Me lo han confirmado muchos, por ejemplo el ovejero Magnús Magnússon de Hólmaendar, que me compraba el tiburón a mí directamente y sabía tocar el acordeón. Lo repetía siempre: «Kalmann minn —decía—, tu abuelo hacía el mejor hákarl de toda Islandia. ¡Pero el tuyo es casi igual de bueno!». Era lógico, porque había aprendido del mejor.

Ojalá el abuelo hubiera estado conmigo cuando pasó lo de Róbert McKenzie. El abuelo habría sabido qué hacer. Y, sinceramente, estaba un poco enfadado con él por haberme dejado solo con aquel marrón. Ojalá no hubiera salido a cazar zorros ese día. Ojalá Róbert hubiera desaparecido sin dejar rastro, como un barco en el horizonte. En el mar no quedan huellas. El mar siempre está como si nadie lo hubiera tocado jamás, aparte del viento. ¿No es extraño que solo el aire pueda dejar huellas en el agua?

Tuve que pasar precisamente yo por ese sitio junto al monumento Arctic Henge. Y eso que solo estaba siguiendo el rastro de un zorro ártico al que había puesto el nombre de *Barbanegra*, como el pirata, pero eso no tenía nada que ver con el zorro. Era un animal impertinente, un macho joven que se atrevía a acercarse a las casas en busca de comida. Igual por eso me caía bien. Y si por mí hubiera sido, no lo habría matado. Tenía un pacto secreto con él. Pero Hafdís me había pedido que le diera una lección al zorro, y todo el mundo sabe qué significa eso, y cuando la directora del colegio, que también trabaja en el centro cívico, te pide un favor, no se puede decir que no. Además, Hafdís era una mujer muy guapa, aunque ya no fuera precisamente joven y tuviera tres hijos adultos. A veces me preguntaba qué se le habría perdido a Hafdís en Raufarhöfn. En realidad tenía aspecto de presentadora de televisión. Me dijo que el animalito se acercaba peligrosamente a la parte trasera del centro cívico, y cuando intentaban ahuyentarlo, a veces escapaba en dirección a Vogar. Que lo reconocería por su pelaje oscuro y la cabeza aún más oscura.

Así que tiene el pelaje azul, pensé, porque de haber cambiado de color, en esa época aún tendría manchas blancas en el pelaje de invierno. Hafdís no sabía mucho de animales, a pesar de ser la directora del colegio. Pero no dije nada, a una directora no se la puede aleccionar. Ella tampoco lo habría permitido.

Así que se trataba un zorro ártico de pelaje azul. Se dice así, aunque en realidad no es azul. Es castaño, gris o gris oscuro. El pelaje de los zorros azules no cambia de color con la estación, porque suelen merodear por la costa. Es el mejor camuflaje para moverse entre las rocas negras, las algas rojas y la madera de deriva. Allí el pelaje blanco llama la atención, porque en la playa no suele haber nieve, y por eso los zorros islandeses no necesitan pelaje blanco como los de Siberia o Groenlandia, donde la nieve lo cubre todo.

Habría podido explicarle todo eso a Hafdís, pero no lo hice. Simplemente me llevé el

dedo índice al ala de mi sombrero de vaquero —así es como dicen «okay» en América, porque de allí era mi sombrero—, y busqué el rastro detrás del centro cívico, subí la colina y contemplé el alargado pueblo, el nuevo barrio de Holt con el edificio escolar y deportivo a mi derecha, el puerto y la iglesia a mi izquierda. El lago de la antigua fundición todavía estaba cubierto por una capa de hielo embarrada, pero yo no me habría atrevido a pisarla. Avancé por el borde de la pendiente hasta la bahía de Vogar. Pero aparte de un par de eideres y varias gaviotas sombrías y patinegras, sentadas en el agua sin hacer nada, no vi ningún animal. Pensé en cómo asustar a *Barbanegra*. Pero tenía la secreta esperanza de que el zorro fuera manso, de hacerme amigo de él, y de tenerlo como mascota. Esas cosas pasan. Por ejemplo en Rusia. Creo que si hubiera tenido un zorro domesticado como mascota habría tenido más posibilidades con las mujeres.

Ese día a *Barbanegra* le habría venido bien el pelaje blanco de invierno, porque nevaba muchísimo; los copos eran gruesos y pesados, de manera que incluso las piedras de la playa estaban cubiertas. El agua estaba opaca y gris, apenas se movía, el tiempo era tranquilo. Aparte de la nieve que caía, estaba todo tan quieto que no pude evitar cantar una cancioncita, porque la nieve se tragaba mi voz y nadie me oía.

Me gustaba cantar. Pero nadie lo sabía. Puede que *Barbanegra* lo supiera porque me oyó y por eso debió de esconderse; ese día no conseguí verlo a pesar de que me pasé horas vagando por ahí, rodeé toda la bahía, me adentré en la Melrakkaslétta, subí a los lagos Glápavötn, y después fui en zigzag hasta el Arctic Henge, el círculo de piedras a medio terminar que había encargado Róbert McKenzie un par de años antes. Ya me había hecho a la idea de que no vería ni un solo mamífero, porque el tiempo no acompañaba y la visibilidad era mala. Ni siquiera vi perdices. Pero ya no hacía tanto frío como en invierno, solo cero grados aproximadamente. La claridad de marzo era agradable. Y además se lo había prometido a Hafdís, y las promesas que se hacen a una directora hay que cumplirlas.

La gente siempre se imagina que cazar es muy emocionante, creen que se trata de identificar huellas, olfatear, aguzar los sentidos, sorprender a los animales y darles caza. Tonterías. Normalmente es cuestión de sentarse en el suelo frío y esperar que algo se ponga a tiro. Para eso hace falta una buena dosis de paciencia. «La mayor virtud del cazador», decía siempre mi abuelo. Era como un mentor. Un mentor es un profesor que no pone exámenes.

Pero ese día no tenía ganas de sentarme en el suelo frío, porque sospechaba que *Barbanegra* estaba en su cálida madriguera escuchándome cantar y tapándose los oídos. Me pregunto por qué fui precisamente ese día al Arctic Henge. ¿Por qué no di media vuelta y me fui a casa? Habría sido lo mejor. Porque fue ahí arriba, muy cerca del Arctic Henge, donde encontré la sangre. Y era mucha sangre. Es alucinante la cantidad de sangre que hay dentro de una persona.

La sangre brillaba roja y oscura sobre la nieve blanca. Los copos de nieve seguían cayendo encima y se derretían en el charco de sangre. Estaba muy acalorado de tanto caminar, sudaba, pero como me había parado de repente y solo miraba inmóvil el charco de sangre, empecé a temblar. Comenzaba a sentirme agotado. De pronto las extremidades me pesaban, como si hubiera hecho un gran esfuerzo. Pensé en el abuelo

mientras observaba la sangre absorber los copos de nieve hasta que la mancha roja palideció bajo la capa recién caída. Debí de quedarme allí quieto un buen rato, pero por fin me espabilé, rígido de frío, y desperté como de un sueño. Miré a mi alrededor y al principio no supe dónde estaba, hasta que reconocí los bloques de piedra del Arctic Henge y me acordé de *Barbanegra*. ¿Habría olido él la sangre? Igual podía acecharlo por allí.

Naturalmente inspeccioné con más detalle el estropicio. Vi que había huellas, pero casi no se distinguían bajo la nieve recién caída. Los hoyos se alejaban del charco de sangre en dirección al pueblo, hacia el puerto, después se perdían en la nieve. De pronto ya no estaba seguro de si eran mis huellas o las de otra persona. ¿O eran dos huellas? ¿Varias personas? ¿De qué dirección había llegado yo? ¿Adónde quería ir? Miré hacia todos lados. Estaba completamente solo. Los copos de nieve, que no paraban de caer suavemente sobre mí, me confundían. Cuando todo está blanco, blanco arriba, blanco abajo y blanco alrededor, los sentidos se nublan. Puede que las huellas no fueran huellas sino simples agujeros en la nieve, entre montículos de hierba, y de pronto pensé: en realidad también podía ser un oso polar.

En Islandia es raro ver osos polares, pero de todas formas son peligrosos. Muy peligrosos. Cuando vienen, tienen hambre. Pero estaba demasiado cansado para preocuparme. Estaba harto. Quería irme a casa. Quería tumbarme en el sofá, charlar con Núi. El charco de sangre ya casi no se veía. Si seguía nevando, pronto desaparecería. Mejor.

Caminé pesadamente hacia el pueblo, me pasé por el colegio a ver a Hafdís y le conté que no había encontrado a *Barbanegra*.

—¿*Barbanegra*? —preguntó, y cerró el portátil.

Me puse rojo. En realidad no quería que se enterara de lo del nombre. Era algo entre el zorro y yo. Por eso no dije nada y bajé la mirada.

—¿Le has puesto nombre? ¿Como el pirata?

Se levantó de la mesa y se acercó a mí, me cogió las manos, las levantó un poco y las observó.

—¿Tienes las manos rojas! —dijo asustada—. ¿Es sangre? ¿Te has hecho daño?

Retiré las manos y entonces vi que estaban manchadas de sangre, pero secas.

—No es mía —contesté. Recordaba haber metido las manos en la sangre. ¿Me había tropezado?

—¿Que no es tuya?

—He encontrado un charco de sangre, arriba, al lado del Arctic Henge —reconocí, y me pregunté si el abuelo habría querido que lo contara. Igual tendría que haber mentido, pero solo se puede mentir para proteger a alguien, por ejemplo a un amigo o a una amiga.

—¿Sangre?

Me encogí de hombros.

—Solo sangre. Nada más. No pasa nada.

—¿Seguro que no te has hecho daño?

—Seguro —respondí.

Los dos examinamos mis manos, no encontramos heridas, pero estaban un poco

hinchadas por el frío.

—Sangre. —Hafdís estaba pensativa—. ¿De un animal?

—Puede ser —dije, y añadí—: Seguro.

Hafdís frunció el ceño, negó con la cabeza y dijo:

—¡Menudo cazador estás hecho!

Sonreí. Me gustaba que me llamaran cazador.

Hafdís me dejó marchar y me fui a casa, decidí que después de lavarme muy bien las manos me pasaría el resto del día viendo la tele. No eran más que las tres, pero me gustaba ver *Dr. Phil*, ¡ese loquero era capaz de leer la mente! Cuando la gente pasaba el detector de mentiras, el Dr. Phil nunca se sorprendía del resultado porque siempre sabía qué se traían entre manos. Había hombres enamorados de sus hermanas o que no querían irse de casa a pesar de ser más mayores que yo, y seguían viviendo con sus madres, que se quejaban al Dr. Phil. Y había mujeres que engañaban a sus maridos y hasta tenían hijos con otros hombres, pero no lo reconocían aunque la prueba del ADN demostrara lo contrario. Una vez salieron una mujer blanca y un hombre blanco, y la mujer había tenido un bebé negro pero decía que no se había acostado con ningún hombre negro. Y su marido la creía, decía que confiaba en ella y que la quería, que la seguiría hasta el fin del mundo. Pero el Dr. Phil descubrió a la mujer y discutió con ella hasta que todos se echaron a llorar y el niño negro se quedó sin padre, ni negro ni blanco. Y entonces el público aplaudió y la mujer del Dr. Phil salió del plató con su marido y le felicitó, aunque no se oía del todo lo que decía. Pero siempre quedaba encantada con el espectáculo. A mí también me habría gustado tener una mujer así. Pero más joven.

Me calenté una pizza congelada en el microondas y me pasé la tarde entera viendo la tele, hasta que me quedé dormido en el sofá. Estaba tan cansado que hasta me olvidé de llamar a Núi por Messenger.

La mañana siguiente miré por la ventana, estaba todo blanco, el mar azul oscuro, casi negro, todo normal, así que no pasaba nada. Debía de haber parado de nevar por la noche, porque no parecía que cayera nada del cielo.

Me puse ropa de abrigo y me acerqué al muelle. En el puerto había un montón de viejos almacenes y conserveras, edificios construidos en los años cincuenta y sesenta que ahora estaban abandonados: los barracones y las casetas de los empleados, los enormes tanques para el aceite de hígado de bacalao y el fuel. Todo vacío. Me dejaban usar gratis el edificio Miami, al menos la parte trasera, aunque nadie utilizaba el resto. Se llamaba así porque su primer dueño, Baldur, había hecho pintar un par de palmeras en la fachada, aunque ya casi no se veían, y las palmeras le recordaban a la gente a Miami, porque allí hay palmeras de verdad.

Dentro estaba oscuro y húmedo. Un edificio grande que estaba triste por la ausencia de personas. El agua de lluvia y del deshielo goteaba por varios puntos del tejado, por eso yo solo usaba la zona que quedaba seca, atrás del todo.

En Raufarhöfn hubo un *boom* del arenque. La gente venía incluso de Reikiavik porque había mucho trabajo tanto para hombres como para mujeres. Pero apenas había sitio en las casas, a pesar de que las literas se apilaban hasta el techo. El hotel antes no era un hotel, sino un alojamiento para trabajadores. En el cobertizo que había en diagonal

frente a la vieja oficina de correos se alojaban trabajadoras. En los barracones también vivía gente. Hacían falta muchas manos. En aquella época el pueblo tenía cine, un club de teatro y baile. El capitán del puerto Sæmundur a veces me hablaba de ello. En las fiestas de los fines de semana, los marineros y trabajadores del puerto apenas cabían en la sala de baile, así que nadie podía bailar porque las mujeres y los hombres se apiñaban como sardinas en lata. En 1966 incluso vino Hljómar a Raufarhöfn, y para que todos pudieran verlos ¡dieron tres conciertos en un solo día!

Pero eso era antes. Ahora, cuando a veces se reúnen todos los habitantes de Raufarhöfn en el salón del centro cívico, por ejemplo para celebrar *Þorablót*, la sala sigue medio vacía.

Los pescadores capturaron todo el arenque que había en las aguas territoriales de Islandia, y cuando ya no quedaba arenque cerca de la costa, se intentó localizar los bancos de peces desde aviones, en alta mar. Entonces los barcos navegaban un día entero para llegar a los bancos de arenque, y cuando estos también desaparecieron, se acabó el pescado, y la gente volvió a Reikiavik y se dedicó a otra cosa. Y la tranquilidad llegó a Raufarhöfn. Ahora sí que había sitio para bailar, pero los que se quedaron solo querían beber. Entonces se dieron cuenta de que también se podían pescar y comer otros peces, no solo arenque, sino también lumpo, eglefino, carbonero, maruca, anguila lobo y caballa. Y por eso siguió habiendo una industria considerable en Raufarhöfn, hasta que los políticos introdujeron el sistema de cupos de pesca y Raufarhöfn se quedó casi sin cuota. Los almacenes estaban parados, una de cada tres casas estaba vacía. Solo quedó un hombre con una cuota de pesca decente, aunque tampoco era grande: Róbert McKenzie. Siggi le pescaba de vez en cuando bacalao con el cabrestante; Einar, con el palangrero. Júníus y Flóki, que eran padre e hijo y todos los llamaban simplemente Jú-Jú —por Júníus y Júnior—, pescaban con red. Eran los más activos de todos, casi siempre estaban en el agua y apenas se les veía por el pueblo. ¡A veces capturaban siete toneladas en un solo día! Pero a mí me daba igual. Yo era el único que pescaba tiburones, así que los cupos no me afectaban. Y por eso podía utilizar el edificio Miami vacío, donde antes se licuaban los restos del arenque, las cabezas y así, para hacer harina de pescado. Aún se podía oler. Allí tenía los toneles y las tinas donde dejaba a los tiburones en remojo en agua salada durante un par de días cuando no los preparaba directamente en el puerto. Allí guardaba los barriles de cebo, estaba mi mesa de trabajo, mi frigorífico, que zumbaba de lo lindo con la chapa al aire, mis cuchillos y las herramientas que necesitaba para *Petra*. Mi barco. Que también tenía sus años. El abuelo me lo había dejado todo, excepto el frigorífico: ese me lo había dado Magga.

Me puse manos a la obra con *Petra*. Necesitaba un cambio de aceite. Sæmundur se acercó, me observó un rato, se subió conmigo al barco y me ayudó, aunque yo ya podía solo. En un momento se me acercó tanto que mi cara acabó sin querer en su pelo. Me hizo cosquillas. Sæmundur tenía pelo por todas partes, no tenía una barba propiamente dicha, pero nunca iba afeitado, pelo revuelto en la cabeza, pelo abundante en la nariz, cejas pobladas, pelo en los antebrazos y el dorso de las manos, y muy pocas canas, a pesar de que ya era muy mayor.

—¡No me mires así! —Se echó a reír—. ¡Me voy a poner rojo!

Yo también me reí. Pero cuando coloqué el embudo en el tanque de aceite y

Sæmundur echó el aceite a borbotones, nos concentramos en lo que estábamos haciendo. Y puede que eso hiciera reflexionar a Sæmundur, igual quería desahogarse, porque dijo:

—Róbert, Róbert. Así, sin más, puf, desaparecido. Nuestro hotelero particular. ¡Nuestro rey de los cupos, maldita sea! —Sæmundur dejó el bidón de aceite y sacudió la cabeza—. Habrá lío, ya lo verás. ¡Se acabó la paz!

Esa fue la primera noticia que tuve de la desaparición de Róbert McKenzie. Y no tendría que haberme sorprendido tanto, al fin y al cabo el día anterior había encontrado un enorme charco de sangre muy cerca del Arctic Henge, y él era quien lo había mandado construir. Pero me pilló tan desprevenido que no se lo conté a Sæmundur. Este seguía especulando sobre dónde podría estar Róbert, por ejemplo en un puticlub de Ámsterdam o en una clínica de desintoxicación en Florida. Yo no comenté nada, y cuando terminé lo que estaba haciendo me fui directamente a casa, porque me sentía como si estuviera ocultando algo, como si hubiera hecho alguna tontería, y en cuanto se la contara a la gente, me relacionarían de verdad con la desaparición de Róbert. Pero en realidad ya era demasiado tarde, Hafdís sabía lo del charco de sangre, y así empezaron los problemas, por eso intenté no pensar más en ello. Si eres la persona que encuentra un cadáver o sus restos, aunque solo sea un charco de sangre, estás relacionado con el asunto. Formas parte de la historia, y apareces en los libros. Y quería evitarlo no diciendo nada. Pero cuando una mujer de la policía me llamó al móvil y me pidió que fuera al colegio para hablar un poco conmigo, me puse nervioso, me sentí culpable, aunque no hubiera hecho absolutamente nada ni matado a nadie. Aun así. Me preparé para lo peor.

3. Birna

Más o menos una hora después estaba delante del colegio. Con todo el equipo. Solo así me sentía completo. Cosas mías. Sombrero de vaquero, estrella de sheriff y pistola. Aunque a veces se burlaran de mí. El equipo me ofrecía protección. Y la necesitaba de verdad si quería entrar en el colegio. Tuve que armarme de valor. Solo con ver la fachada gris y el coche de policía delante, incluso el parque y las tres bicicletas, ya tenía miedo. Sigfús, el anterior director, dijo delante de todos los alumnos en una reunión de principio de curso que el conocimiento era como una mochila que llevaríamos a la espalda para toda la vida. No aprendí mucho en el colegio, pero seguía arrastrando la mochila conmigo. Pesaba mucho, y pesaba cada vez más a medida que me acercaba al colegio. Aquel edificio se me tragó hasta que cumplí los catorce. Por suerte, después ya no tuve que ir más. Pero no pasa nada. No fue para tanto. Solo que no tenía amigos, y era una pena porque todos los demás niños los tenían. Siempre me sentaba en la última fila, yo solo en un pupitre doble. Si alguien hacía ruido o no había hecho los deberes, le hacían sentarse conmigo durante una lección. Siempre eran chicos. Y se tapaban la nariz porque yo solía tener un cubito de hákarl en un pequeño bote de plástico en el bolsillo del pantalón. El tiburón fermentado del abuelo. Mis provisiones. No pasaba nada, pero a veces la tapa se caía y yo no me daba cuenta hasta que metía la mano en el bolsillo pegajoso, y entonces algunos compañeros lo olían.

El director Sigfús dijo que no podía llevar hákarl al colegio, pero la cosa no fue a más porque no quería enfrentarse al abuelo, que estaba armado. El abuelo sabía perfectamente que Sigfús no podía prohibirle a nadie que llevara comida al colegio, porque el abuelo sabía de leyes. Y además, los hijos de los granjeros olían a oveja, y los hijos de los armadores, a dinero. A mí me pareció muy convincente, pero en la clase no olía nunca a oveja ni a dinero. Aunque a tiburón fermentado tampoco. Igual es que te acostumbras a ello. Entonces ¿por qué tanto alboroto?

Una vez guardé una latita de hákarl en mi pupitre. Y al día siguiente ya no estaba. ¡Alguien la había robado! No me atreví a decírselo al profesor, pero se lo conté al abuelo, que solo me dijo que no volviera a guardar tiburón en mi pupitre. Eso me pareció un poco injusto. Había dado por hecho que el abuelo estaría de mi parte. Estaba furioso y decepcionado, le di mil vueltas a la cabeza, me pregunté quién habría podido robar el tiburón y cómo me vengaría si desenmascaraba al ladrón, de manera que durante dos días no presté ninguna atención en clase, me quedé allí sentado intentando resolver el caso. Me imaginé haciéndole una llave al ladrón y sujetándole la cabeza con la tapa del pupitre para obligarle a confesar.

De todos modos no se me daban bien las clases. Siempre sacaba malas notas, hasta cuando Rómeó se sentaba a mi lado. Rómeó fue mi único y por lo tanto mi mejor amigo en la época del colegio. Se mudó al pueblo desde Seyðisfjörður, su padre era italiano y

trabajaba de cocinero en la cafetería de la conservera, por eso Rómeó tenía un nombre extranjero y la piel morena. Pero solo estuvo unos tres meses en Raufarhöfn, porque los cocineros de la cafetería cambiaban a menudo, y por eso Rómeó no tuvo otros amigos. Le sentaron a mi lado y yo me puse muy contento, le di la mano porque quería que se sintiera bienvenido, y así nos hicimos mejores amigos. Era el único que se portaba bien conmigo de verdad. Cuando se marchó, hasta se pasó por mi casa, me regaló un dibujo de Batman colgado de un rascacielos agarrado solamente a su pistola sujeta a una cuerda y un gancho. El arma de Batman es alucinante. A Rómeó se le daba muy bien dibujar músculos, aunque él todavía no tenía, y me tendió la mano como lo había hecho yo el primer día, y después no volví a verle, no sé dónde estará ahora o si sigue vivo, y al despedirme me puse más triste que en toda mi vida.

Siempre sacaba las peores notas, las peores de todo Raufarhöfn, de toda la historia de las notas, y no estoy exagerando, porque un profesor itinerante me dijo una vez que en toda su carrera nunca había visto unas notas tan malas. Y él sabía de lo que hablaba, porque había sido profesor por todo el país. No estaba enfadado, sino que, por alguna razón, estaba positivamente sorprendido. Mis compañeros siempre esperaban encantados mis notas, porque gracias a mí no eran los peores. Siempre se reían aliviados. Yo me reía con ellos, porque es mejor reírse con otros que ser el único que no se ríe. Si no, te sientes solo.

Las letras se entremezclaban constantemente en mi cuaderno. Las matemáticas eran imposibles. Por lo menos era bueno en geografía, puede que el mejor de todo Raufarhöfn. Me sabía todos los nombres de los fiordos y los montes, de las gargantas y los pueblos, tuvieran tres mil habitantes o doce. En la pared de mi cuarto tenía un gran mapa de Islandia, y a veces lo recorría entero en una sola tarde, descifraba todos los nombres. Porque leer sí sabía. Los libros me parecían demasiado largos, los cómics demasiado caóticos, pero los mapas eran perfectos. En el resto de las asignaturas siempre sacaba las peores notas. Nadie se quejaba. Nadie me reñía.

—No pasa nada —opinaba el abuelo. Decía que había cosas más importantes en la vida que los números y las letras.

Mi madre no estaba contenta con mis resultados escolares, pero les echaba la culpa a los profesores. Por eso quería enviarme a un colegio especial en Reikiavik donde encajara, como ella decía, pero el abuelo se negaba, decía que me hacía mucha más falta la familia que mejores profesores, y yo apoyaba completamente al abuelo, porque la familia es lo más importante del mundo. Además yo era parte de Raufarhöfn, como la torre Eiffel es parte de París. Había crecido aquí, quería pasar aquí toda la vida. Y aquí quería morirme. Al final mi madre también lo entendió. Ni diez caballos podrían arrastrarme a la ciudad. Allí se tira al mar la porquería de doscientas mil personas sin depurarla. En la playa se ven compresas, bastoncillos para las orejas y condones. ¡No, gracias! ¡Conmigo no contéis! Preferiría volver a comerme un pez crudo.

Una vez me comí un pez crudo. Tampoco es nada especial, es casi como el sushi, supongo, pero entonces todavía no había sushi en Islandia, y la gente no comía pescado crudo. Solo lo hacían los inuit en Groenlandia y los japoneses en Japón. Fue una estúpida prueba de valor y la pasé, ya está, no pasa nada. Estábamos junto al faro de Hraunhafnartangi, el punto más al norte de Islandia; yo, Palli, Arnór, Kiddi, Steini y

Gulli, que ya tenía dieciséis años y había cogido prestado el coche de su padre, como hacía a veces cuando su padre estaba en el mar y su madre se echaba una siesta. Hraunhafnartangi está más allá del círculo polar ártico. El Polo Norte no queda lejos de allí, y si te pones en la última roca y miras hacia el mar, entre tú y el Polo Norte ya solo hay agua. El mar arrastra todo tipo de cosas hasta esa lengua de tierra: mucha madera de deriva, cabos, redes, boyas, en realidad sobre todo son residuos de pesca, pero a veces también cosas que no forman parte del mar y normalmente son de plástico. Kiddi buscaba algún mensaje entre las botellas de plástico, y Arnór encontró una tumbona, la abrió y se sentó como si estuviera tomando el sol en una playa española. Tenía una boya rota en la mano, y había metido dentro un tallo de centeno, así que parecía que se estaba bebiendo un cóctel exótico. Era graciosísimo, y casi me caí de la risa, y Gulli dijo que cuando me reía parecía un burro subnormal. Mientras tanto Steini había echado un vistazo a las cabañas de pescadores abandonadas y había encontrado una sartén oxidada.

—¡Niños, la comida está lista! —gritó.

—¡Yo también tengo algo! —exclamó Gulli, que había encontrado entre las piedras un pez muerto que la marea había arrastrado hasta allí.

Parecía bastante fresco, pero estaba muerto, y nos miraba asustado; es lo que hacen siempre los peces, hasta cuando están vivos. Gulli dijo que tenía que comerme un ojo del pez, que era una prueba de valor y que todos la habían pasado ya menos yo. Por suerte tenía mi navaja, siempre la llevaba conmigo. Y después de que todos examinaran mi navaja, le saqué un ojo al pez tal como el abuelo me había enseñado. Facilísimo. También sabía cómo comérmelo: el truco es tragárselo sin pensar.

Mis amigos soltaron chillidos, sobre todo Kiddi y Palli, porque todavía no les había cambiado la voz, pero yo ni me inmuté, como si comerse un ojo de pez fuera lo más fácil del mundo. Le saqué también el otro ojo y se lo ofrecí a los chicos, pero casi se desmayaron del asco. Entonces Gulli dijo que solo pasaría la prueba de valor si me comía el pez entero menos la cabeza y las aletas y eso. Porque todos habían pasado la prueba de valor, y si quería entrar en su grupo tenía que demostrar mi valentía.

—Facilísimo —dije, fileteé el pez y le quité los parásitos con la punta de la navaja, como hay que hacer, como había aprendido del abuelo. Después le di un mordisco.

La carne era más dura de lo que esperaba. Y jabonosa. Tuve que masticar con ganas hasta poder tragar por fin el primer bocado. Y entonces empezó el jaleo. Palli, Arnór, Kiddi, Steini y Gulli empezaron a saltar y a gritar, y se llevaron las manos a la tripa, se encogieron de asco. Di un par de mordiscos más, hasta que todos rodaron por el suelo, a punto de vomitar, y me aseguraron que ya había pasado la prueba de valor. Yo estaba orgulloso, aunque el pez tenía un sabor muy raro y también me dejó un gusto extraño en el paladar. En realidad fue bastante asqueroso, no como el tiburón fermentado. Muy distinto. Tampoco teníamos nada de beber para poder quitarme el regusto de la boca.

Al entrar en el colegio para hablar con la policía, me acordé de mis compañeros de clase, Palli y Kiddi, Arnór, Steini y Gulli, que solo habían sido mis amigos porque se lo habían dicho los adultos, pero nunca me dejaron entrar en el grupo de verdad, y de repente volví a sentir el sabor del pez en la boca y el olor en la nariz.

En el viaje de vuelta a Raufarhöfn, el pescado crudo se hizo notar en mi estómago, se revolvía y hacía ruidos. Pero no se oían porque conducíamos por una carretera de gravilla con agujeros. Por eso conseguí que no se me notara. Pero Gulli pisó con fuerza el acelerador y condujo a toda pastilla por los baches, como si la policía nos pisara los talones. Y de pronto me mareé. Lo veía todo borroso, hasta que al final ya no veía casi nada, la cabeza me pesaba un montón y me bamboleaba de un lado a otro, tenía el cuello de goma, y al principio creí que Gulli había chocado el coche, igual nos habíamos salido de la carretera, porque todos empezaron a chillar a pleno pulmón. Gulli iba al volante, Steini a su lado, Palli, Arnór, Kiddi y yo íbamos atrás, muy juntos como sardinas en lata, y entonces me di cuenta de que el pescado había vuelto a salir, porque de pronto tenía mucho más sitio a mi alrededor. Fue rarísimo: era como si me estuviera viendo a mí mismo vomitar. No podía controlarme. No solo vomité el pescado, también el desayuno y la comida, bueno, todo en orden inverso, primero el pescado, luego la comida, y por último los cereales de chocolate, y me volvía hacia todos lados porque no quería vomitar solo hacia delante donde estaba Gulli, que dio un volantazo y paró el coche en el arcén. Se lo agradecí mucho. Pero para cuando el coche por fin estuvo quieto y todos salieron corriendo, yo ya había terminado. Así que Gulli habría podido seguir conduciendo, porque de todas formas teníamos que volver al pueblo a lavarnos y lavar el coche. Allí no podíamos. El mar estaba demasiado frío y no hay que lavar los asientos con agua salada, eso lo sabe todo el mundo, así que saqué la cabeza del coche y dije:

—He terminado, podemos seguir.

—*Hi there, cowboy!*

Me asusté tanto que grité:

—¡Mierda, joder!

Y por eso se asustó también la mujer que me había hablado, incluso dio un salto hacia atrás. Me di cuenta de que estaba en la entrada del colegio y no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí. Al final la mujer se atrevió a acercarse a mí de nuevo.

—¿Te he asustado? —preguntó con cautela.

Me quedé tieso como un faro. Me había asustado de verdad. Y se lo dije. Sonrió y yo me fui tranquilizando, porque la mujer era muy maja, pero yo todavía estaba nervioso. El corazón me latía con fuerza, tenía las manos húmedas, y seguramente olía a tiburón. En el colegio no les gustaba ese olor.

—Tú eres Kalmann, el pescador de tiburones, ¿no?

Me quedé cortado, asentí y bajé la vista al suelo. Me gusta que me llamen pescador de tiburones. Normalmente me llaman otras cosas. Miré alrededor con disimulo, pero no había nadie que pudiera haberlo oído, precisamente en el colegio, donde me pusieron tantos nombres. No había testigos. Qué pena.

La mujer tenía más o menos la misma edad que mi madre y medía más o menos lo mismo, aunque estaba un poco más gorda, pero no gorda de verdad, solo más rellena. Tenía pechos grandes y una barriga abultada, pero no tenía el culo gordo, de hecho casi no tenía, y sus piernas eran bastante delgadas. Tenía la cara redonda y el pelo corto y rizado. Teñido, seguro. Todas las mujeres de esa edad se tiñen el pelo. Lo sé por Nói. Él me ha enseñado muchas más cosas que los profesores. La mujer me miró fijamente y me tendió la mano.

—Soy Birna —dijo—. Hemos hablado por teléfono. Soy de la policía.

Le dejé la mano colgando a pesar de su sonrisa reconfortante. Me metí las mías en los bolsillos. Así que Birna era de la policía, aunque no llevaba uniforme. ¿Trabajaba de incógnito? ¿O era comisaria y por eso ya no tenía que llevar uniforme? Al final bajó el brazo, examinó con la vista mis utensilios, y señaló la estrella de sheriff que me había puesto en el pecho.

—¿Es de verdad? —preguntó.

—Sí —contesté, y giré un poco la estrella con los dedos para enderezarla—. Es de Estados Unidos.

—¿De América?

—*Efectiviwonder*.

Birna sonrió.

—¿Has estado allí?

—No. Me la dejó mi padre, pero esta estrella de sheriff no significa nada aquí. Solo en Los Angeles County. Lo pone aquí, mira. Los Angeles County. Y este es su símbolo.

Se lo enseñé todo. Birna se me acercó mucho y examinó la estrella de sheriff. Olía a perfume de mujer, y llevaba las cejas pintadas de negro.

—¡Eres el sheriff de Raufarhöfn!

Fue un comentario raro. Ella sabía perfectamente que yo no era un sheriff de verdad. Al fin y al cabo era de la policía.

—¿Y la pistola? —Señaló la Mauser que llevaba yo metida en la pistolera.

—También es de verdad —contesté, y ya no me sentía cohibido.

Resulta que le llevaba ventaja, porque la policía de Islandia no lleva armas, aparte de un spray de pimienta. No pueden, es la ley. Solo las fuerzas especiales llevan armas. En caso de emergencia. Y Raufarhöfn no era una emergencia. Todavía no, al menos.

Birna se puso un poco tensa, pero me aguantó la mirada hasta que yo la aparté.

—¿Puedo?

Iba a pasarle la pistola pero entonces se abrió la puerta de una de las aulas. Hafdís salió al pasillo, nos vio, y vino directamente hacia nosotros balanceando los brazos, como si estuviera de muy buen humor.

—¡Así que ya os habéis conocido! —constató, contenta.

Le dio la mano a Birna e intercambió un par de frases amables con ella, lo que me molestó un poco. Hafdís le sacaba una cabeza a la policía, seguramente por los zapatos de tacón, y por eso tenía que bajar la mirada hacia Birna. ¡Y yo que siempre había pensado que los policías eran más altos!

—Estábamos hablando —dijo Birna. Añadió que sabía muy bien que en el noreste de Islandia faltaban agentes, pero que no sabía si era preciso contratar a un sheriff armado.

Hafdís se echó a reír, me pasó la mano por la espalda, y dijo que yo era un gran tipo, que la ayudaba a mantener alejados a los zorros polares, y que esa antigualla —señaló la pistola en mi pistolera— no estaba cargada.

—¿Verdad, Kalmann?

Me encogí de hombros.

—La heredé de mi abuelo americano —dije—. Mi padre también está en el ejército. Y mi abuelo fue a la guerra.

—¿A cuál?

—A la de Corea.

Birna volvió a mirarme de los pies a la cabeza, esta vez más seria, y después de que Hafdís se marchara, dijo:

—¡Sígame, sheriff de Raufarhöfn!

Me condujo a una de las aulas vacías, en la que hacía unos doscientos años que yo no entraba. No había dibujos ni esquemas en las paredes, y en las mesas traseras tampoco había manualidades a medias ni proyectos en grupo, pero la sala me seguía resultando familiar. Cuando se construyó el colegio, entraban y salían del edificio más de cien niños, y cuando yo iba, todavía éramos setenta alumnos. Ahora solo había nueve o diez, dependiendo de si Óli estaba en Raufarhöfn con su padre o en Egilsstaðir con su madre. Solo hacían falta dos aulas, así que la mayoría estaban vacías, y aparte de Hafdís, el profesor de gimnasia Marteinn y el conserje Halldór, solo había una profesora: Dagbjört. Yo la conocía desde siempre. Fue al colegio conmigo allí mismo. En realidad también tendría que haber estado allí, pero su Kia Picanto rojo no estaba aparcado delante. Igual se había tomado el día libre porque su padre había desaparecido. Y puede que por eso estuviera Hafdís en el colegio, para dar clase a los niños.

El aula seguía oliendo igual. Exactamente igual. Y la vista hacia fuera también era la misma. Conocía bien esas casas unifamiliares: las mismas casas chatas de madera que ya no estaban recién pintadas pero al menos seguían habitadas. Durante las horas de clase, a menudo solía mirar hacia fuera y soñar despierto. No puedo evitarlo. Miro hacia algún lado y mis pensamientos echan a volar como los gansos en otoño, dejo atrás Raufarhöfn como un cohete Apolo a velocidad supersónica, una ventana me basta para escapar. A veces es suficiente con menos, cualquier cosa que se me quede dando vueltas en la cabeza. Ni siquiera tiene por qué interesarme, puede ser la portada de una revista, un coche aparcando, una gaviota que pase volando junto a la ventana, o un tornillo del pupitre. Pero el director Sigfús a veces se paseaba entre las hileras de pupitres y se detenía delante de mí sin que yo me diera cuenta, daba un golpe en mi mesa con la mano abierta, o me daba una colleja, no muy fuerte, pero como mi mente estaba tan lejos de allí, me llevaba un buen susto y casi me caía de la silla, y mis compañeros también, pero de la risa, y yo me quedaba sentado en el suelo y me reía con ellos, como siempre. Aunque en realidad me sentía muy mal, y de camino a casa le daba una paliza a alguien, y en casa rompía algo, tiraba cosas contra el suelo, el costurero, platos sucios, uno de los búhos que coleccionaba mi madre porque creía que los búhos nos protegían. También tenía varios de plástico, pero esos no eran tan fáciles de romper como los de porcelana. Me daba bofetadas a mí mismo o me pinchaba con una punta de lápiz en la mano hasta que sangraba, la punta se rompía y se quedaba clavada. El punto oscuro en el dorso de la mano sigue ahí. A veces mi madre intentaba impedírmelo, y entonces la tiraba al suelo como uno de sus búhos, porque ya tenía doce o trece años y era más fuerte que mi madre, más fuerte que cualquiera de mis compañeros, que tenían tres o cuatro años menos que yo y les sacaba una cabeza, porque había repetido tres o cuatro veces, y por eso habría podido pegarles a todos si hubiera querido, pero el abuelo decía que no podía abusar de mi fuerza porque entonces me mandarían a Reikiavik, y tenía toda la razón. Era lo único en lo que estaban de acuerdo él y mi madre: no podía pegar a

nadie. La mayoría de las veces mi madre conseguía evitar lo peor, aunque alguna que otra vez se llevó un par de arañazos o un ojo morado, pero sabía que yo no lo hacía adrede y que después lo lamentaría, y al fin y al cabo era más fuerte que yo, porque tenía que serlo. Creo que a veces las madres son más fuertes que los hombres. Me sujetaba, se me sentaba sobre el pecho, con las rodillas encima de mis brazos, y me apretaba la cabeza contra el suelo. A veces conseguía ponerme un cojín debajo de la cabeza, pero no siempre. Mis pies daban patadas al aire. Eso solía servir. Así me cansaba. Mi madre esperaba con la cara roja hasta que yo dejaba de patalear, hasta que me tranquilizaba, y después se dejaba caer al suelo junto a mí, y los dos mirábamos al techo, y la oía jadear y recuperar el aliento, y después se ponía de pie, se secaba las lágrimas y decía que todo estaba bien, que no pasaba nada, y me dejaba tirado en el suelo porque no tenía tiempo de quedarse conmigo, todavía tenía que hacer cosas de la casa, la cena, al fin y al cabo acababa de llegar del almacén frigorífico, y pronto llegaría el abuelo, y todos tendríamos hambre.

—¡Hola! ¡Kalmann! Siéntate, por favor.

Yo seguía de pie en la puerta del aula. Birna estaba mirando la hora en su reloj de pulsera y ya estaba sentada en la mesa del profesor, entonces me señaló una silla colocada enfrente. Delante tenía papeles, documentos, fotos de paisajes y su teléfono móvil. Había una botella de coca-cola sobre un pósito amarillo, de modo que la nota no podía leerse.

Cogí mucho aire y lo eché con fuerza, como había aprendido a hacer, y cerré los ojos, pero solo un momento. Se llama meditación, y en realidad es como reflexionar, pero no hay que pensar en nada. Birna me miró inquieta, lo que me puso aún más nervioso, porque no quería que pensara que soy un raro. No me conocía, no sabía que no tenía por qué tenerme miedo. Así que me senté formal en la silla.

—Bueno, Kalmann —dijo—. Soy de la brigada criminal de la ciudad de Reikiavik. Así que soy policía, aunque no lleve uniforme...

—Como en *CSI: Miami* —la interrumpí.

—Sí, podría decirse que sí —contestó Birna—. Soy la encargada de la desaparición de Róbert McKenzie.

—Yo soy Kalmann Óðinsson —dije—. Me dedico a pescar tiburones, y pronto cumpliré treinta y cuatro años. El veinticuatro de mayo, para ser más exactos. Dentro de dos meses y un par de días, o sea que muy pronto.

—Gracias por la información —dijo Birna con una sonrisa—. Oye, no hay razón para estar nervioso, ¿vale? Hafdís me ha contado que ayer saliste a cazar zorros y viste un charco de sangre en la nieve allí arriba, junto al Arctic Henge, y me gustaría que me lo contaras. Eso es todo. No tardaremos mucho.

Sentía que me habían pillado. Hafdís se había chivado a la policía. No pensaba que fuera de esas. No dije nada, pero debí de quedarme mirando la botella de coca-cola porque Birna me preguntó si quería beber algo, ¿una taza de café o un vaso de agua? Al parecer la coca-cola no era una opción. Así que me encogí de hombros. Pero me leyó la mente y dijo:

—¿O una coca-cola?

Me quedé pasmado.

—Espera un momento. —Sonrió cansada y salió de la clase.

Por primera vez en la vida me quedé completamente solo en una de aquellas aulas. Siempre había sido al revés: el profesor y los niños dentro, y yo solo en el pasillo. A veces, durante la clase, nos llamaban a la pizarra para escribir una palabra o resolver un ejercicio de matemáticas; a todos menos a mí. No recordaba haber tenido jamás un trozo de tiza en la mano.

Así que me levanté, me acerqué a la pizarra e hice un dibujo. La sensación de la tiza en los dedos era extraña. Al deslizarla por la pizarra, un polvillo blanco cayó al suelo, casi como la nieve, pero mucho más fino, así que no era como la nieve.

Dibujé toda Islandia. Recorrí la silueta de la costa, los fiordos del este y el oeste, el profundo Eyjafjörður, la costa del sur, las penínsulas de Reykjanes y Snæfellsnes..., todo. Y me salió bastante bien. Arriba del todo, en el noreste, marqué un punto donde estaba Raufarhöfn. Después pinté de blanco los cinco grandes glaciares. Para eso tumbé la tiza. Al final el trozo de tiza se hizo tan pequeño que las puntas de mis dedos tocaron la pizarra y se mancharon de blanco. Al buscar otro trozo con la mirada vi a Birna, parada en la puerta. Estaba impresionada.

—¡Uau! —exclamó, y se acercó para ver mejor el dibujo. Repitió—: ¡Uau! Tienes talento.

Asentí.

—Lo sé. Tengo un mapa en casa —dije.

—Ya lo veo —dijo Birna—. No hay mucha gente que pueda hacer algo así.

Nos quedamos allí un momento y admiramos mi obra, después volvimos a sentarnos a la mesa del profesor. Birna me pasó una botella de cocaola. Tenía sed y me la bebí de un trago.

Me encanta la cocaola. Es mi bebida favorita junto con Malt y Appelsín, aunque eso solo se bebe en Navidad. Dejé la botella vacía en la mesa e hice un esfuerzo por no eructar, simplemente eché el aire por un costado de la boca. Birna no se dio cuenta.

—¿Te importa si grabo la conversación? —Birna no esperó respuesta, abrió la aplicación para grabar del móvil y pulsó el botón rojo—. Son las quince horas treinta y seis minutos del veinte de marzo, Raufarhöfn, desaparición de Róbert McKenzie, tengo delante al que por ahora es el único testigo ocular, Kalmann, Kalmann, eh...

Hojeó sus papeles porque se le había olvidado mi nombre, pero entonces lo recordó:

—¡Óðinsson! Kalmann Óðinsson. —Entonces se dirigió a mí—: Kalmann, cuéntame dónde, cómo y cuándo encontraste la sangre.

Eran muchas preguntas. ¿Por cuál debía empezar? ¿Dónde? Birna ya sabía dónde había sido. Ya lo había dicho. Junto al Arctic Henge. ¿Cómo? Pues como se encuentran las cosas. ¡Con los ojos abiertos! Me pareció que Birna no era la mejor policía del mundo. ¿Y por qué estaba sola? ¿Por qué grababa esa conversación como si yo fuera un sospechoso? ¿Era sospechoso? ¿Y por qué me daba una cocaola cuando solo me había ofrecido café o agua? ¿Quería engatusarme? Me parecía muy maja, un poco demasiado maternal para mi gusto, pero de todas formas era como si la silla me quemara.

—¿Por qué estás sola? —le pregunté.

Birna pareció sorprendida, abrió la boca, pero no dijo nada. Después se recostó en la silla con un suspiro.

—Es una buena pregunta, Kalmann —reconoció finalmente, y me sentí aliviado, porque de repente me di cuenta de que no había respondido a ninguna de sus muchas preguntas, lo que quizá me hacía parecer sospechoso o iba contra alguna ley. Me propuse no hacer más preguntas.

—Bueno —dijo por fin—. Lo haremos a tu ritmo. Aquí arriba nadie nos va a tomar la delantera. Ya sabes que en Reikiavik hay una buena montada por la visita de Estado. Como con Reagan y Gorbachov. Y por eso necesitamos allí a todos los agentes disponibles. Bueno, a casi todos, porque alguien tiene que ocuparse de los asuntos del resto del país. —Birna chasqueó la lengua, como si estuviera molesta por algo—. Pero no estoy sola. Tengo un par de compañeros en Húsavík que pueden estar aquí en noventa minutos si los llamo, otro en Þórshöfn, y hay casi setenta hombres y mujeres del servicio de rescate en camino.

—¿Cómo, ahora mismo?

—¡Pues claro! Ahora mismo.

—¿Y la guardia costera?

—La guardia costera también, claro. Barcos, buceadores. Ya están en camino. Basta una llamada para que envíen el helicóptero. Está a una tecla de distancia, por así decirlo. Siempre que todo vaya bien en Reikiavik. Naturalmente la visita de Estado tiene prioridad.

Estaba impresionado. Esa mujer tenía poder.

—Y te tengo a ti —añadió, y me dejó planchado—. En serio. Conoces bien la zona y tienes memoria cartográfica, lo acabas de demostrar. —Señaló con el pulgar por encima del hombro, hacia la pizarra—. Sabes dónde está la sangre y seguro que puedes responderme a un par de preguntas muy importantes, ¿verdad?

Me miré las manos. No quería que me viera sonreír orgulloso. Cogí la botella de cocaola y la giré entre los dedos hasta que se me cayó, bailó un poco en el suelo y finalmente desapareció debajo de la mesa. Me agaché y la encontré entre los pies de Birna. Llevaba zapatos negros de mujer, por alguna razón eran demasiado pequeños y parecían incómodos. Recogí la botella con un movimiento rápido y me golpeé la cabeza con el tablero de la mesa. Seguro que la mesa se movió bastante. Salí de debajo de la mesa, me froté el golpe y volví a dejar la botella en su sitio.

Birna estaba organizando los papeles y miraba hacia abajo, así que no pude ver si estaba enfadada conmigo.

—Bueno, Kalmann —dijo un par de segundos después. ¿Estaba sonriendo?—. ¿Qué hacías allí arriba cuando encontraste el charco de sangre?

Me zumbaba la cabeza. Me palpé el cráneo y me miré los dedos por si había sangre. Pero no la había. No tenía más que un chichón.

—Había salido de caza —contesté. Los hombres no dejan que se les note cuando les duele—. También soy cazador.

—Lo sé. ¿Qué querías cazar allí arriba?

—A *Barbanegra*.

—¿Quién es *Barbanegra*?

—¡Mierda! —se me escapó.

—No pasa nada —dijo Birna con amabilidad—. Aquí no hay respuestas incorrectas.

Cada detalle cuenta. Así que dime, ¿quién es *Barbanegra*? Me imagino que no buscabas al pirata.

—¡No! Es un zorro ártico.

—Un zorro ártico. Ajá. ¿Con la cabeza negra?

Asentí.

—¿De pelaje azul?

La miré sorprendido. Aquella mujer no era nada tonta.

—¡*Efectiviwonder!*

—¿Y lo conseguiste?

Como negué con la cabeza, Birna dijo que tenía que decir sí o no, porque en la grabación no se oía si asentía o negaba con la cabeza. Así que asentí, pero dije:

—¡Sí! Quiero decir, ¡no! No lo vi, al zorro, me refiero. —Me miré las manos avergonzado—. No siempre se puede volver de la caza con una presa.

—Hay que tener paciencia, ¿verdad?

—Muchísima —confirmé.

—¿Y sueles ir a cazar con tu pistola?

—Ni hablar —contesté—. Tengo una escopeta de caza, pero ese día solo salí con la pistola. En realidad no quería...

Me revolví en la silla y miré los pupitres que tenía detrás, conté tornillos.

—¿O sea que sales a cazar zorros árticos con la pistola?

—No. Con la pistola no se puede cazar. Me la dieron y ya está. Y en realidad con la escopeta no puedo porque...

Me enfadé. ¿Quería ponerme en evidencia?

—Kalmann, lo estás haciendo muy bien, de verdad. —Birna intentó establecer contacto visual, pero yo aparté la mirada—. Ahora cuéntame cómo encontraste la sangre en la nieve.

Suspiré resignado. ¡Tardaría una eternidad!

—Caminé mucho rato por la nieve, y entonces vi una mancha roja oscura al lado del Arctic Henge, y parecía que alguien había volcado un cubo entero de sangre, y como quería saber si de verdad era sangre y si estaba fresca, metí las manos. Por eso las tenía manchadas de sangre.

—Muy bien, Kalmann, eso nos ayuda mucho. ¿Y bien? ¿Estaba fresca?

Me encogí de hombros.

—Ya no estaba caliente, pero tampoco fría del todo. Los copos de nieve se derretían en la sangre.

Birna apuntó algo.

—¿Cómo de grande era el charco?

—Como así —dije; extendí los brazos y le enseñé cuánto calculaba que medía la mancha de sangre.

—O sea, ¿más o menos como ese pupitre que tienes detrás?

Asentí.

—Estás asintiendo con la cabeza —dijo Birna con una sonrisa burlona.

—¡Sí! —dije entonces, y también me reí. Parece que algunas cosas sí las hacía bien.

—¿Viste algo más allá arriba?

Me encogí de hombros.

—¿Te encontraste con alguien, viste algún coche, o había algún rastro en la nieve?

—Huellas —dije enseguida.

—¡Huellas! —Birna estaba contenta conmigo—. ¿Y las examinaste de cerca?

Volví a encogerme de hombros.

—No estoy seguro de que fueran huellas. Nevaba mucho. Igual no eran huellas sino huecos bajo la nieve.

—O sea que ya había nevado mucho encima de las huellas, ¿no?

Asentí.

—Di sí o no.

—¡Sí!

—¿Cuánto tiempo te quedaste allí?

Miré hacia el techo y pensé. Solo funcionaban la mitad de las bombillas. Pero no importaba demasiado porque fuera había mucha luz y además esa aula ya no se utilizaba.

—Ni idea —contesté, y lo dije de verdad.

—¿Un par de minutos?

—No, más.

—¿Media hora?

—Puede ser.

—¿Una hora?

—Hum.

—¿Dos horas?

—No, tanto no.

—¿Y qué hiciste durante todo ese tiempo?

—Ni idea. Me quedé por ahí sin saber adónde ir.

—Entiendo —dijo Birna—. Muy bien. Pero volvamos a las huellas, si es que lo eran. ¿Hacia dónde iban?

—Bajaban al pueblo.

—¿A la parte sur o la norte?

—Al puerto.

—¿Al puerto?

Asentí.

—Creo que sí.

—¿Las seguiste?

—No.

—Y si de verdad eran huellas, ¿eran de una persona o de varias?

—De varias —contesté—. Puede ser.

—Entiendo —dijo Birna, y volvió a apuntar algo.

—Es posible que... —empecé a decir, pero dudé.

Birna levantó la mirada del cuaderno.

—¿Es posible que qué? —preguntó.

—Bah.

—Venga —insistió Birna—. Aquí no hay respuestas incorrectas.

Cogí aire.

—Es posible que fueran las huellas de un oso polar.

—¿Un oso polar?

De pronto la voz de Birna ya no sonaba amable.

—Sí, de un oso polar. Tienen cuatro patas. Así que parecerían dos personas.

—¡Un oso polar!

—Podría ser. A veces vienen osos polares de Groenlandia a Islandia. Pueden nadar trescientos kilómetros. O al menos... Se supone.

—Tienes razón —dijo Birna, y meneó la cabeza—. Pero ¿te acuerdas de lo que pasó en verano? Dos franceses avistaron un oso polar más al norte, junto al río Hraunhafnara, donde estaban pescando, volvieron corriendo al coche tan rápido como pudieron. ¡Cuatro kilómetros! Llamaron al uno uno dos: ¡un oso polar! Y lo estuvimos buscando hasta bien entrada la noche, con el helicóptero de la guardia costera y voluntarios de salvamento y todo. Nada. ¿Sabes qué vieron los franceses seguramente?

No dije nada.

—Una oveja —me explicó Birna, aunque yo ya conocía la historia.

—Ahora no hay ovejas —murmuré.

—¡Pero no has visto nada de nada! Ni siquiera una oveja.

—Pero ya ha habido osos polares por la zona.

Birna dejó el boli sobre el cuaderno y suspiró.

—Así que de verdad crees que las huellas en la nieve podrían ser de un oso polar.

Asentí.

—¡Estás asintiendo!

La miré asustado.

—Esto es lo que pasa —dijo Birna, y se inclinó un poco hacia delante—. Si existe la sospecha de que hay un oso polar rondando la península de Melrakkaslétta, tenemos un problema, ¿entiendes? Si es así, no puedo enviar sin más a una docena de voluntarios a examinar el terreno.

Lo entendí y me miré las manos preocupado.

—Lo siento —dije.

—¡No digas eso! —exclamó Birna, y de pronto fue amable otra vez—. Es solo que... Tenemos que estar muy seguros de que no hay ninguna sospecha, ¿entiendes?

Asentí.

—¿Cómo de seguro estás de que un oso polar podría estar haciendo de las suyas por la zona o incluso podría haber devorado a Róbert?

—No estoy muy seguro —reconocí—. Nada seguro, de hecho.

Birna suspiró y dejó pasar unos segundos. El zumbido de su teléfono nos interrumpió.

—¿Sí?... ¿A las cinco?... A las siete ya estará oscuro... Vale... Hasta luego. —Siguió tecleando en su móvil un rato, seguramente escribía un mensaje importante, después lo dejó en la mesa delante de mí y dijo—: ¿Hay algo más que quieras contarme?

Negué con la cabeza. Birna cogió de nuevo el teléfono, miró la hora y dijo:

—A las cinco vendrán mis compañeros de Húsavík y Akureyri, y varios hombres y mujeres del servicio de emergencias. ¿Nos enseñarás el lugar?

Asentí.

—Bien. Pasaremos a buscarte. Y cuando puedas me enseñas tu colección de armas.

4. Nadja

Fuera cogí aire y grité aliviado. Tenía la impresión de haber pasado dos años en el aula con Birna.

Nevaba otra vez. La nieve recién caída me llegaba hasta la pantorrilla, y seguro que donde el Arctic Henge ya no se veía nada. El conserje Halldór había enganchado la pala a su camioneta y limpiaba la nieve de las calles. Las de todo Raufarhöfn. Quitar la nieve era su trabajo. Si hacía falta también conducía la ambulancia, y si algo se rompía o estropeaba en el colegio o en el centro cívico, él era el responsable. A mí lo de quitar la nieve me parecía entretenido. Pero yo no podía hacerlo. Porque para eso hace falta carné de conducir, también en Raufarhöfn. Es la ley.

Halldór nunca limpiaba las aceras, así que caminé por el medio de la calle, en Raufarhöfn se puede, casi no hay tráfico. Kata, que seguía criando caballos sola desde que se había divorciado, fue la única que pasó muy despacio a mi lado en su viejo Mitsubishi. Como tantas otras veces, sacaba a pasear en coche a su perrito, que iba sentado en su regazo y miraba hacia delante por encima del volante. Hacía mucho tiempo que Kata no miraba al mundo con tanta satisfacción como su perrito faldero *Al Capone*, al que no le gustaban las caricias, solo los mimos.

Después pasé por delante de la casa del poeta. Está entre dos casas vacías y tan ruinosas como ellas, pero llena de cachivaches y unos mil libros. Es la única casa de todo Raufarhöfn que tiene un pequeño abeto al lado. Su inquilino, Bragi, es el encargado de la biblioteca del pueblo, pero vive de las ayudas sociales. La biblioteca solo está abierta los miércoles, de cuatro a cinco. Siempre ha sido así, desde que yo era un niño. Antes Bragi escribía poemas, pero yo jamás he leído ninguno. Cuando pasé por delante de su casa le vi, pero él no me vio a mí. Estaba junto a la ventana, con una taza de café en la mano, pensando, quizá meditando. O escribiendo mentalmente un poema. Ese día llevaba las uñas pintadas de rojo. Cuando le saludé miró hacia mí, levantó la taza como si brindara conmigo, pero después se dio la vuelta y desapareció tras una pila de libros, aunque no pude verlo bien, porque no tenía la luz encendida, así que la ventana del salón reflejaba la calle nevada. Y a mí. Me miré un instante en el cristal, me re Coloqué la pistolera, metí tripa, y seguí andando.

Junto a la gasolinera había dos jeeps de montaña del servicio de emergencias, un microbús de una empresa de transporte, y varios coches que no eran de Raufarhöfn, seguro. ¿Jens habría abierto para la ocasión? El local de la gasolinera estaba cerrado desde que Jens se había jubilado. Pero el surtidor no había dejado de funcionar porque los coches podían repostar sin Jens, solo hacía falta una tarjeta del banco y un depósito vacío. El líquido para el limpiaparabrisas, el aceite, la lotería, los helados y el pescado seco había que comprarlos en otro lado. Pero ese día parecía que alguien había abierto la gasolinera y había encendido la máquina de perritos calientes, porque el local estaba

hasta los topes de agentes de salvamento zampando perritos calientes y bebiendo café, y la verdad es que me habría gustado entrar a echar un vistazo, pero había demasiados desconocidos para mí, y no había rastro de Jens. Al parecer la gente acababa de llegar, charlaban animadamente, y de vez en cuando alguien se reía. Al verme parado fuera, dejaron de hablar y me miraron inquisitivamente. Entonces seguí andando.

Junto a la entrada del hotel Arctica estaba Nadja fumando. Tiritaba y saltaba de una pierna a otra abrazándose la tripa. Seguro que no pensaba quedarse mucho rato, solo lo que durara el cigarrillo, porque no llevaba ni abrigo, ni gorro ni guantes. No llevaba más que su uniforme de trabajo: mallas negras y una camiseta negra con la silueta y el nombre del hotel. Los fumadores no suelen estar bien vestidos cuando fuman. Será que tiene que ser así. Pero yo no lo sé. No he fumado nunca.

Nadja era una mujer guapa. Incluso diría que era la mujer más guapa de todo Raufarhöfn. No era islandesa, así que la islandesa más guapa de Raufarhöfn podría ser Hafðís, aunque sea mayor. Desde que coincidí con Nadja en el mar, siempre había sido maja conmigo. Antes casi no me hacía caso. Pero ahora era distinto, y por eso me llamó para que me acercara.

—¡Kalmann! —gritó—. ¡Cuánta nieve! ¿Por qué? ¿Dónde está primavera?

Se rió, tiritó, y dio una calada.

Yo también me reí.

—Esto es Islandia —dije.

—¡Ven aquí! —exclamó, y echó el humo hacia un lado.

Obedecí. Cuando una mujer guapa te llama, no sigues tu camino. Te acercas.

—¿Qué tal? —me preguntó.

—¡Genial! —dije. A las mujeres les gustan los hombres de buen humor. Eso lo sé por Núi.

—Aquí como locos —dijo Nadja—. Trabajo, trabajo, siempre limpiar, siempre cocinar. ¿Y dónde está jefe? ¿Desaparece? Seguro que se cae al mar borracho. —Nadja me miró y dio otra calada—. ¿No tienes frío?

—Qué va —respondí—. ¡Pero tú sí!

—Sí, solo salgo un momento. En Islandia fumar no puedo dentro. Si no viene policía.

—¡Cuidado, la policía ha venido al pueblo! —dije, pero enseguida la tranquilicé—. No te preocupes, Birna tiene cosas más importantes que hacer.

Intentaba escoger palabras sencillas para que me entendiera.

—¿Tú hablas con policía? —me preguntó.

Asentí y señalé hacia el colegio.

—Ahí. Hay una policía de Reikiavik en el colegio. Porque Róbert ha desaparecido.

—¿Le cuentas la sangre en la nieve?

Me quedé con la boca abierta. ¿Nadja sabía lo de la sangre? Bueno, en realidad yo se lo había contado a Hafðís, y Hafðís se lo había contado a Birna, pero igual no solo a ella, y ahora todo Raufarhöfn lo sabía.

—Sí —contesté, como si no me hubiera sorprendido—. Ayudo a la policía con la desaparición.

—Tú sheriff, ¿no? —Nadja se rió de mí y me puse rojo, por lo guapa que era—. ¿Ves huellas donde la sangre?

—*Efectiviwonder* —le confirmé—. De personas o de un oso polar.
—¿Un oso polar? ¿Estás loco? ¿Quieres asustar a mí? —Ya no sonreía.
—No estoy loco —dije.

—¿Hay oso polar aquí? —Nadja miró asustada a su alrededor.
Yo esbocé una sonrisa, porque los osos polares no me daban miedo.

—¡Nunca se sabe! —La miré con malicia, pero después me eché a reír.
—¡Me tomas pelo! —exclamó, y me dio una palmada en el pecho. También se rió.

Todo iba bien. Nadja nunca me había tocado hasta entonces. Igual todo aquello no era tan malo. Nadja dio una última calada, tiró la colilla al suelo y la apagó con la punta del pie.

—Es terrible que ha pasado —dijo tiritando con todo el cuerpo—. Oso polar igual devora Róbert. Igual cae al mar borracho.

Temblaba de verdad. Si hubiera sido mi mujer la habría abrazado con fuerza.

—Tienes que volver a entrar —le dije—, si no te vas a convertir en un muñeco de nieve. ¡O en una preciosa muñeca de nieve!

Se rió.

—Eres divertido, Kalmann. —Y antes de entrar en el hotel, añadió—: Me dices si algo nuevo con la sangre, ¿vale?

Asentí, aunque no había entendido bien a qué se refería. Pero no quería que se sintiera insegura, igual se había equivocado de palabras, esas cosas pasan. Al menos manejaba nuestro idioma mejor que los otros tres lituanos que vivían en Raufarhöfn. Por desgracia uno de esos lituanos era su novio, y tenía un cuerpo muy musculado, así que era mejor no meterse con él. Trabajaba con ella en el hotel, como los otros dos, que también eran pareja. Pero yo solo conocía bien a Nadja, porque era la única con la que se podía hablar. Si hubiera sido mi mujer, habría hecho todo lo posible por aprender lituano. Y puede que incluso hubiera visitado su país alguna vez. Con ella, claro. Ella habría sabido qué avión y qué bus había que coger. Me habría llevado a su casa y me habría presentado a sus padres. Seguro que había crecido en una típica granja de Europa del Este, con gallinas y cerdos corriendo por ahí, así me lo imaginaba yo. Y su arrugada abuela se pasaría el día sentada en un banco torcido delante de la casa. Y su padre me pediría que le ayudara. Porque habría que sacrificar una cabra para la ocasión —o sea, por mi visita—, y el padre de Nadja querría comprobar si soy un hombre de verdad. Y yo lo sería porque esas cosas se me dan bien, aunque nunca he degollado una cabra, pero sí otros animales, así que no pasaría nada. En el fondo todos estamos hechos de carne, huesos, vísceras y mucha sangre. A mí no me importa la sangre y sé manejar un cuchillo, seguro que me recibirían bien en Lituania.

Proseguí mi camino, la quitanieves volvía, así que cambié de lado de la calle. Halldór me saludó de forma casi imperceptible, solo levantó el índice. Parecía de mal humor, como siempre, como si la nieve le molestara. Era de esos a los que les molestaba todo, siempre tenía algo que objetar, pero lo explicaba tan bien que al final a ti también te molestaba.

Le devolví el saludo.

Mi vecina Elínborg paleaba la nieve de la entrada. El motor de su coche ronroneaba y del tubo de escape salían nubecillas de humo, pero el coche seguía cubierto por una

gruesa capa de nieve. Elínborg me vio —veía a cualquiera que pasara por delante de su casa— y paró. Me pregunté adónde querría ir con ese tiempo, seguro que sería difícil circular por la carretera que atravesaba la Melrakkaslétta hacia Kópasker.

—¿Vas a alguna parte? —le pregunté.

—No, por Dios —respondió Elínborg jadeando—. ¿Con este tiempo? Sería una locura.

—Pero ¿por qué tienes el motor encendido?

—¿No lo ves? Estoy quitando la nieve del coche, y es más fácil si está caliente.

Yo no tenía coche. No me sabía esos trucos, pero me lo apunté por si algún día lo tenía. Sería un Volkswagen. Los alemanes son de fiar. Pero seguro que no sería eléctrico. Eso también me lo ha dicho Núi. Dice que entre los alemanes, los japoneses, los franceses y los yanquis, los alemanes son los mejores. Si hablamos de coches. Con las mujeres es distinto. Dice que las asiáticas son las mejores amantes. Pero yo sabía tan poco de mujeres como Elínborg de coches. Porque debajo de la gruesa capa de nieve había un Nissan Pixo, y Núi decía que ese coche era un chiste.

—¿De dónde vienes? —preguntó Elínborg. Antes trabajaba en el Íslandsbanki hasta que cerró, y como su marido tenía cáncer, se jubiló antes de tiempo.

—Estaba en el colegio —contesté diciendo la verdad.

—¿Con la policía?

Asentí.

—Estoy ayudando a Birna con la desaparición.

—¿Se llama Birna la comisaria? No me digas. ¿Ya le has enseñado el charco de sangre?

Negué con la cabeza.

—¿Viste algo más allí arriba? ¿Un cuchillo o alguna prenda de ropa? ¿Cartuchos vacíos?

—La nieve lo cubrió todo —contesté.

—El asesino tuvo suerte —dijo Elínborg.

—No creo que mataran a Róbert allí arriba —repuse.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no?

—Puede que la sangre sea de un animal.

—¿Y de qué animal va a ser, *Kalli minn*?

Me encogí de hombros.

—Puede que alguien matara un reno.

—¡Tonterías! Sería la primera vez que un reno merodea por la zona.

—Igual era una oveja. O un oso polar.

—¿Un oso polar? ¿Lo dices en serio? No creerás que a Róbert lo devoró un oso polar.

Me encogí de hombros, y Elínborg se quedó mirando la nieve. Quizá se estaba imaginando a Róbert descuartizado por un oso polar. ¿Estaba sonriendo? Finalmente dijo:

—Sería la justicia de la naturaleza. —Paleó nieve, volvió a parar, y sacudió la cabeza mientras decía—: Aunque un oso polar sería lo último de lo que habría tenido que preocuparse ese granuja.

No dije nada. Quería irme a casa porque enseguida vendría a recogerme la patrulla de búsqueda. Quería comer algo, y tenía que ir al baño. Con bastante urgencia.

—Una cosa es segura —dijo Elínborg mirándome—. Aquí hay gato encerrado. Me refiero a que ¿cómo ha podido Róbert mantener el hotel en funcionamiento durante tanto tiempo? El negocio ha tenido pérdidas desde el primer día. ¡Pero si casi no vienen turistas aquí arriba! ¿Y para eso necesita cuatro empleados?

—Cinco —dije—. Los lituanos y Óttar.

—¡Óttar Ollaexprés! Pues claro. Casi me había olvidado de él. Solo con el cupo de pesca no puede mantener el negocio abierto. Por lo menos Óttar ya no se le bebe el bar. Pero se gastó un buen dinero en el Arctic Henge. ¡Y eso que todos contribuimos al proyecto!

—Yo no —repliqué.

—¡Pues yo sí! —dijo Elínborg—. ¡Veinte mil coronas, nada menos!

Abrí los ojos como platos.

—Eso es mucho dinero —dije.

Elínborg hizo como si no fuera nada.

—No, no es mucho dinero. Un proyecto así cuesta cien veces eso, o mil.

—Pero de todas formas es mucho dinero.

—Bueno, ¡si está muerto de asco ahí arriba, sí! —Elínborg cargó nieve con la pala. Era fuerte de verdad—. No quiero ni saber cuánto dinero perdieron otros. Ese montón de rocas todavía no está terminado. Y ahora encuentran su sangre justo al lado. Menudo...

—Oye, Elínborg —la interrumpí—. Tengo que ir al baño.

—¡Vaya! —exclamó Elínborg.

—Bless, bless —dije, y salí corriendo.

Entre nuestras casas había mucho espacio porque antes ahí había un barracón.

—¿Y cómo está tu abuelo? —me preguntó Elínborg mientras me iba, pero no me volví, me escondí en mi casita, cerré la puerta y escuché con atención. Elínborg no me siguió. Colgué la chaqueta, el sombrero de vaquero y la pistolera en el perchero. Cayó un montón de nieve del ala del sombrero al suelo. La junté y la tiré al váter. Al abuelo no le gustaba que la entrada se mojara y se resquebrajaran los tablones.

Pronto llegaría abril, pero allí arriba seguía siendo pleno invierno. A mí me daba igual. Me gustaba la nieve, incluso las tormentas invernales. Siempre me he sentido a gusto en la nieve, desde que puedo recordar. En realidad nunca tengo frío. Tengo la sangre caliente. De niño tampoco tenía nunca frío. Al contrario. Siempre tenía calor. Solía ir por ahí en camiseta, y los adultos se enfadaban. No querían que me pusiera enfermo, pero a mí me daba igual. Siempre me pregunté por qué era tan malo ponerse enfermo, si no había que ir al cole, podía ver la tele todo el día, y por la noche mamá me cuidaba. A veces incluso me olvidaba de que fuera hacía frío, por ejemplo durante una guerra de bolas de nieve, hasta que no sentía las manos. Las guerras de bolas de nieve se me daban muy bien. Tenía mucha fuerza en los brazos. Podía tirar fuerte y lejos, y tampoco me importaba que la nieve me cayera por la espalda desde la nuca. Eso solo me animaba, me alteraba, gritaba y me sentía como un vikingo, y por eso a veces no me dejaban participar, porque ya no vivíamos en la época de los vikingos. Los profesores decían que no podía ensañarme con mis compañeros de clase. Entonces me apartaba y tiraba las bolas de nieve tan alto y tan recto como podía y miraba hacia arriba para que me cayeran en la cara. Gritaba tan fuerte que mis compañeros se asustaban. Cobardes.

Aparte de Dagbjört, ninguno vivía ya en Raufarhöfn. Ojalá hubiera tenido una profesora como Dagbjört. Seguro que lo hacía mucho mejor que los profesores que tuve. Y si antes hubiera habido tan pocos alumnos como ahora, igual habría tenido amigos, porque cuando hay pocos niños, todos pueden jugar.

Meé en la nieve del váter y pensé en las guerras de bolas de nieve. Después me preparé un par de bocadillos de Nutella en la cocina. Mi casa es pequeña y vieja, pintada de blanco y con un tejado rojo de chapa ondulada; tiene más de cien años, es una de las más antiguas de Raufarhöfn. Una entrada pequeña y de techo bajo, una cocinita justo al lado, un salón con una columna de madera justo en medio decorada con tallas, un baño diminuto, una escalera empinada que conduce a la buhardilla, donde hay dos dormitorios. Mi abuela murió cuando yo estaba en la tripa de mi madre y vivíamos en Keflavík, murió por la tarde, mientras veía un programa de la tele. Se quedó ahí sentada, aunque ya no lo estaba viendo. El abuelo tardó un rato en darse cuenta, porque cuando alguien está sentado delante de la tele es difícil saber si sigue vivo o ya está muerto. Así que no conocí a mi abuela, pero he oído que le gustaba trabajar y solo cocinaba los mismos tres platos: pescado hervido con patatas, albóndigas con patatas o sopa de cordero con zanahoria, nabo y patata. Pero igual por eso nos mudamos con el abuelo al norte, para que él no estuviera tan solo y para que mi madre no estuviera tan sola y para que yo no estuviera tan solo con mi madre. Yo compartí con ella la habitación grande de la buhardilla hasta los catorce años. Mi madre trabajaba en el almacén frigorífico hasta que cerró por el reparto de cuotas, pero entonces yo ya era mayor y por eso ella se mudó a Akureyri y empezó a estudiar, se hizo enfermera y ya no tuvo que trabajar con pescado. Así que viví bastante tiempo solo con mi abuelo, hasta que lo metieron en la residencia de ancianos de Húsavík, adonde tienen que ir los que están como él, aunque él no sabía por qué tenía que ir, y por eso tampoco tenía ganas de ir, hasta se puso a gritar cuando lo fueron a buscar, dijo palabrotas y escupió, incluso intentó morder a los chicos, hasta que se dieron cuenta de que yo me estaba destrozando la cara en mi habitación. Pero eso no cambió nada. Se llevaron al abuelo. Desde entonces vivo bastante solo. Y también quiero morirme aquí.

Normalmente me dormía delante de la tele. Cuando no se tiene a nadie, tampoco se molesta a nadie. Pero si tuviera mujer, habríamos visto películas juntos, nos habríamos lavado juntos los dientes, y nos habríamos ido a dormir arriba. Eso es lo que hacen las parejas.

La casa crujía cuando te movías por la buhardilla. A veces me despertaba por eso, cuando me movía dormido por ejemplo. Antes, cuando éramos tres, crujía a menudo, pero ahora que estaba completamente solo, cada crujido me asustaba. Igual por eso prefería dormir en el sofá, me tumbaba en el asiento, apoyaba la cabeza en el cojín de Pamela Anderson, me tapaba con la manta de ganchillo de mi abuela y veía mis programas preferidos: *The Biggest Loser* y *The Bachelor*. A veces me imaginaba que era el soltero de *The Bachelor* y podía elegir a la más guapa de las veinticinco candidatas. Entonces le daría la rosa en primer lugar en todas las ceremonias, y sabría enseguida qué mujer me gustaba más, siempre lo sé. (En mi imaginación, era tan guapa como Nadja.) Al final del programa, durante la entrevista, diría que lo había sabido desde el principio, que era la única que me había gustado, y que podríamos haber acertado el programa,

entonces todos se habrían reído, y después de casarnos y llegar a mi casita, le propondría ver la temporada entera y así le demostraría que solo la había besado a ella y solo me había enrollado con ella en el jacuzzi, o sea, la mayor prueba de amor que un hombre puede ofrecerle a una mujer. Nuestra relación duraría, porque tendría sus cimientos en el programa. Todas las demás parejas de *The Bachelor* se separan antes o después, porque el soltero se ha enrollado con todas a la vez. ¡Quién va a querer a alguien así! Yo no. Si tuviera una mujer tan fantástica que también me quisiera a mí, no la trataría así. Y estaríamos a gusto en la casita, y veríamos el *Tonight Show* con los actores más famosos de Hollywood, o la repetición de *CSI: Miami* y *CSI: Las Vegas*, y después igual hasta nos quedaríamos dormidos en el sofá. A eso se le llama ser romántico.

A veces me despertaba después de medianoche porque tenía ganas de hacer pis, y entonces apagaba la tele y me metía en la cama de la buhardilla. Y la cama siempre estaba fría.

5. Arnór

Esperé a que alguien llamara a la puerta, esperé junto a la ventana, miré hacia el puerto, donde Siggi estaba atracando su barca de pesca. Vi que charlaba con Sæmundur, el capitán del puerto, pero no supe de qué hablaban. Después recogí un par de cajas de pizza, aplasté latas de coca-cola y las metí en una bolsa de plástico. Las latas y las botellas de plástico se devolvían en la tienda a cambio de dinero. Con el dinero solía comprarme algún dulce. Porque me lo había ganado. Doblé la manta del sofá, sacudí las migas de patatas fritas del asiento, coloqué bien los cojines, le estaba cogiendo el ritmo. Mi madre se habría sentido orgullosa de mí.

Después hice un descanso. Siggi estaba descargando la barca. Dos cajas llenas de lumpo. Ese pez solo puede pescarse en primavera, a partir del 20 de marzo, y solo durante dos meses. Es muy fácil, porque los lumpos vienen a las aguas costeras de los fiordos y las bahías a desovar. Pero hay que extender las redes sobre el lecho marino porque los peces nadan pegados al fondo. Seguro que Siggi estaba satisfecho, aunque lo disimularía. Salaba él mismo el caviar de lumpo, lo metía en frasquitos y lo llamaba caviar vikingo. Lo vendía todo a China y ganaba muchísimo dinero. Yo no sabía cuánto. Pero seguro que mucho.

Me senté delante del portátil y llamé a Nói por Messenger. Contestó enseguida, porque solía pasar el día entero en casa delante del ordenador, por sus problemas de salud. Las noches también. Era bastante raro. No quería que nadie le viera. Pero de verdad: ¡yo nunca le había visto la cara! No sabía qué aspecto tenía. La cámara siempre apuntaba a su jersey, y solía ser siempre el mismo jersey marrón de Gandalf con la misma frase: «*You Shall Not Pass!*». Su imagen de perfil era una cabeza de caballo de muy buen humor, con gafas de sol y fumando un cigarrillo. En Facebook era Arnold Schwarzenegger de joven. No había fotos de él. Nói era un genio de la informática y un jugador de videojuegos profesional. Decía que ganaba más dinero que sus padres, pero que se lo gastaba en whisky, mujeres y coches. Aunque yo sospechaba que no siempre decía la verdad, porque siempre estaba en casa y no me había visitado nunca a pesar de que decía que tenía varios coches. Habría podido conducir hasta aquí, hasta el norte. Decía que podía hacerse los seiscientos nueve kilómetros hasta Raufarhöfn en menos de siete horas, pero que las carreteras de esta zona eran malas y que no quería cargarse ningún coche. Nói solo tenía diecinueve años, catorce menos que yo, pero era mucho más listo, sabía un montón de cosas, y cuando no sabía algo se lo preguntaba a internet. Internet sabe hasta cómo serían tus hijos si los tuvieras con Lady Gaga o con Elsa de *Frozen*. Nói decía que cuando conectaran la inteligencia artificial a internet, la humanidad ya podía entonces echarse a dormir. Que ya no haríamos falta. Decía que en un par de años los hombres no seríamos necesarios. Las máquinas nos sustituirían, y las mujeres se fecundarían a sí mismas o puede que con máquinas sexuales.

Nói nunca decía hola. Su jersey de *You Shall Not Pass* aparecía simplemente en la pantalla y allí estaba. Normalmente estaba concentrado en algún videojuego, a veces interrumpía la conversación porque tenía que cargarse a alguien, pero para mí siempre tenía tiempo. Era mi mejor amigo.

—¡Míster N.! —dije como de costumbre.

—*The sheriff is back in town!* —contestó él.

—*You motherfucker!* —respondí.

—¿Y bien? ¿Quién ha sido?

—¿Quién ha sido qué? —pregunté.

—¿Has descubierto al asesino?

—¿El asesino?

—Venga, dime, ¿quién se ha cargado al director del hotel?

—¿Cómo sabes que...?

—*The internet, baby!* ¿Ya hay sospechosos?

—¿Cómo?

Seguro que Nói me estaba tomando el pelo. Pero siguió acribillándome a preguntas. Insistió.

—¿Tenéis jardinero en Raufarhöfn?

—¿Aquí? No lo sé, puede que en verano...

—Siempre es el jardinero.

—Ah, vaya. Creo que no tenemos jardinero. Aquí no crece nada.

—¿Tenéis conserje?

—El del colegio, sí.

—Sospechoso número uno.

—¿Halldór? Pero...

—¿Hay algún cocinero?

Me quedé pasmado.

—Óttar —contesté—. Es el cocinero del hotel, pero como antes era cocinero de barco y zurró a un par de personas, todos le llaman Óttar Ollaexprés.

—*Now we're getting somewhere!*

—¿Qué?

—A ese no le pierdas de vista.

—¿Por qué yo?

—¡Es tu oportunidad, chaval! Siempre te quejas de que en Raufarhöfn no hay tías. ¡Si resuelves el caso, serás un héroe! Famoso en todo el país. ¡Las mujeres caerán a tus pies!

—¿Eso crees?

—No lo creo, ¡lo sé!

El corazón me latía más rápido. Puede que demasiado rápido, porque la idea de hacerme famoso en todo el país y que las mujeres se me tiraran al cuello me parecía excesiva. Con una mujer me habría bastado.

—No te preocupes, chaval. Puedo ayudarte. Si quieres, puedo buscar en Google a los posibles sospechosos. Pero me temo que no puedo conseguirte información de forma ilegal. *The dark web is off limits, my friend!* Si me vuelven a pillar hackeando, se acabó. Me cortarán el grifo.

—Vaya.
—Se acabó la función, ¿entiendes?
—No.
—Da igual. Dame su nombre completo.
—¿De Ollaexprés? Solo sé que se llama Óttar y mide casi dos metros.
—No pasa nada. ¿Dónde vive?
—Mýrarbraut.
—¿Número?
—Hum. No estoy seguro. Once o siete.
—¿Color del tejado?
—Azul.
—Óttar Ólason. Mýrarbraut cuatro.
—¡Eso es! —Estaba alucinado. Núi era un genio.
—¿Y por qué no me lo has dicho?
—No lo sé, yo... Es que no me he...
Núi suspiró con fuerza.
—¿Qué más sabes de él?
—¿Te refieres a la pinta que tiene?
—*Efectiviwonder*.

Reflexioné.

—Es alto y bastante fuerte, pero no está gordo. Antes era alcohólico, pero ahora solo bebe mucho café. Tampoco está siempre tan enfadado con todo el mundo. Pero sigue fumando. Y se le nota al hablar.

—Muy bien. Igual encontramos colillas en el lugar del crimen.
—¿Colillas?
—Sigue.

Pensé más. ¡Era muy emocionante!

—Tiene una novia tailandesa que casi no le llega ni al pecho.

—Seguro que la chupa bien...

—No lo sé. Igual están casados.

—Créeme, Kalli, seguro que están casados.

—¿Por qué lo dices?

—¡Porque si no esa muñequita no podría quedarse en Islandia!

—Ah, vaya.

—¿Cuántos años tiene?

—Unos cincuenta.

—¿Tiene coche?

—Sí, un Toyota Cruiser. Y tiene una barquita con la que a veces sale a pescar y después limpia el pescado en el hotel, aunque en realidad no se puede.

—Así que sabe quebrantar la ley y degollar a alguien —comentó Núi—. Podría ser nuestro hombre. ¿Tiene hijos?

—No.

—Es impotente.

—¿Qué?

—No puede tener hijos.

—Igual es su mujer —supuse.

—No lo creo. Los habría tenido con alguna otra zorra. Los marineros follan sin parar cuando están en tierra. Y ahora tiene una esclava sexual asiática. *But he is shooting blanks, mister!*

—La verdad es que es muy maja. Se llama Ling.

—Ese tipo es un cerdo manipulador.

—¿Cómo? Yo creo que Ling es bastante feliz en Raufarhöfn, trabaja en la guardería y al mediodía cocina para los alumnos. A veces hace platos tailandeses, riquísimos. Y habla bien islandés.

—¡Kalmann! ¡Echa el freno! ¿Cómo sabes que la comida que prepara está rica?

—A veces me dejan comer en el colegio.

—Vale. Raro pero vale. ¿Qué más sabes?

Me pregunté si era buena idea seguir dando detalles, al fin y al cabo no veía motivos para hablar mal de Óttar. ¿Por qué iba a querer matar a su jefe y hacerlo desaparecer?

—Oye, Nói —dije con cautela—. No creo que Óttar sea el asesino.

—El trabajo policial no tiene nada que ver con creer o no creer. Estamos creando un perfil, así es como se llama. Diseñamos un perfil, elaboramos una teoría, intentamos averiguar dónde se encontraba el Ollaexprés cuando desapareció el dueño del hotel. Y si realmente puede ser culpable, tratamos de demostrar su inocencia, y si no lo conseguimos, es que sin duda es culpable.

Sonaba razonable pero difícil, y aunque no comprendía del todo lo que decía Nói, contesté:

—Entiendo.

—Pero no lo haremos solo con él, sino con todos los sospechosos, todos los que quisieran ver muerto al hotelero.

—Pues nos espera un montón de trabajo —suspiré. Recordé las palabras de Elínborg: «Un oso polar sería lo último de lo que habría tenido que preocuparse Róbert».

Llamaron a la puerta.

—¡Tengo que irme! —exclamé, y cerré el portátil con Nói dentro.

Escuché con atención, miré la hora. Las cinco y cuarto. Sabía perfectamente quién llamaba a la puerta. Es probable que fuera Birna. O alguien del servicio de emergencias. O algún otro policía. Así que en realidad no lo sabía, y por eso me puse nervioso.

Volvieron a llamar. Me lamenté tan fuerte que seguro que me oyeron desde fuera. Fui lentamente hasta la puerta y abrí con gesto malhumorado. No era Birna la que había llamado sino Arnór, que iba vestido con un mono azul y rojo del equipo de emergencias y ya había levantado la mano para llamar otra vez, pero la dejó caer. Nos conocíamos de la época del colegio, pero ahora vivía en Húsavík y tenía mujer y tres hijos pequeños. La vida perfecta. Me encontré con él y su familia en Húsavík durante la anterior fiesta nacional. Me dijo hola y yo miré fijamente a su mujer, porque era guapísima. Menuda suerte la suya. Tenía una cuidada barba pelirroja y llevaba a los turistas a ver ballenas.

—Hola, Kalmann, ¿qué tal? ¡Cuánto tiempo! ¿Vienes?

Suspiré.

—Sí —dije—. Pero primero tengo que ir al baño.

En realidad no tenía ganas. Dejé a Arnór en la entrada pero oí que hablaba con alguien por teléfono: que sí, que yo estaba en casa, le oí decir, y explicó dónde vivía. Me puse aún más nervioso y al final me entraron ganas de mear.

Arnór seguía en la puerta cuando salí del baño y me subí la bragueta. Me observó mientras me preparaba e hizo comentarios. Cuando me puse el sombrero de vaquero, por ejemplo, dijo que un gorro de lana sería más apropiado, que hacía un frío de narices allí arriba. Le ignoré y me até la pistolera, entonces Arnór dijo que no íbamos de busca y captura, sino a investigar una desaparición, pero hice como que no le oía. Me puse la chaqueta que todavía llevaba prendida la estrella de sheriff. Arnór me miró como si no estuviera del todo seguro de querer llevarme con él, pero al final asintió, me tendió un chaleco amarillo y dijo:

—¡Póntelo! No queremos perderte de vista.

Fuera, un jeep tremendo con ruedas tan altas como un niño llegó a toda velocidad y se detuvo a nuestro lado con un balanceo. Los copos de nieve se derretían sobre el parabrisas, así que hacía calorcito dentro, demasiado calorcito de hecho, como comprobé al subirme al asiento trasero, y me alegré de no haberme puesto un gorro de lana. Siempre hay que hacer caso de la intuición. Y no de Arnór.

Conducía un tipo al que yo no conocía. Por lo general no me gusta la gente que no conozco. Excepto las mujeres. Pero eso es distinto. Ellas tienen que gustarnos, es cosa de la naturaleza. La reproducción. El desconocido le lanzó una mirada a Arnór cuando me até el cinturón del asiento trasero.

Tengo un superpoder. Me doy cuenta cuando la gente se lanza miradas, y soy capaz de entenderlas. Cuando conozco a alguien por primera vez siempre hay miradas de esas. Pero he aprendido a ignorarlas. A veces simplemente me miran, se quedan como embobados, parecen idiotas, y entonces he de sonreír aunque no tenga ningunas ganas de hacerlo, pero sonrío, y ya me ha pasado que alguien dice: «¿Por qué sonrío como si fuera tonto?». Y entonces otro dice que es que soy así, o me defienden diciendo que no me pasa nada, y siempre es gente de Raufarhöfn la que me defiende, porque me conocen, aquí soy alguien importante.

—La pipa no está cargada —murmuró Arnór con su barba pelirroja, y el desconocido torció el gesto, negó con la cabeza y dijo como para sí mismo:

—¡Bienvenidos a Raufarhöfn!

Pero él no era de Raufarhöfn. Y no puedes darte la bienvenida a ti mismo, no funciona así.

El desconocido tenía músculos enormes y el cuello muy ancho. Era lo que se llama un musculitos. Lo contrario de Núi, mi mejor amigo. Seguro que el musculitos podría haber levantado el jeep y hacer malabares con él, pero ahora le estaba costando ponerlo en posición de cuatro por cuatro. Soltó una palabrota. Pero al final lo consiguió, el jeep dio una sacudida, entró en posición, y entonces el musculitos se volvió hacia mí y me tendió la mano sin decir cómo se llamaba. Tenía un tatuaje en el antebrazo, pero solo pude ver lo que había hasta la manga.

No reaccioné, solo le miré fijamente la mano y el tatuaje.

—Déjalo —dijo Arnór.

El musculitos levantó el pulgar y me preguntó como de pasada:

—¿Así que tú encontraste el charco de sangre?

Asentí mirando por la ventana.

—¡Menuda casualidad! ¿Puedes llevarnos hasta allí?

—Facilísimo —dije—. No está lejos.

—Muy bien. ¿Hacia dónde, capitán?

—Está subiendo por esta colina, pero primero tienes que salir del pueblo y girar a la izquierda donde el letrero.

El musculitos asintió, metió primera y puso el coche en marcha hacia donde apuntaba mi dedo. Igual no era tan arrogante como me había parecido al principio. Casi deseé que el sitio estuviera más lejos, no a solo un kilómetro, sino a diez, para tardar más tiempo y tener que guiar a todo el equipo de emergencias por la península. Pero llegamos enseguida, no tardamos ni cinco minutos, y ya había allí un montón de personas desperdigadas por la nieve observando la escultura de piedra, algunos del servicio de emergencias, otros en uniforme de policía, y casi me mareé un poco porque no conocía a prácticamente nadie, pero cuando vi a Birna entre la gente me sentí aliviado, porque en primer lugar la conocía, y en segundo era una mujer.

Parecía que la gente había encontrado el charco de sangre sin mí, hasta habían acordonado la zona con una cinta de plástico amarilla. Ondeaba al viento y luchaba por mantenerse sujeta a los postes. Dos personas vestidas con trajes blancos y en cuculillas hurgaban en la nieve, recogiendo muestras o así. Justo al lado había una furgoneta blanca sin ventanas.

—¡Hola a todos! —gritó Arnór, y casi todos se reunieron en torno a él—. ¡Acercaos!

Me puso a su lado.

El viento era muy frío, me sujeté el sombrero de vaquero.

—Os presento a Kalmann. El sheriff de Raufarhöfn.

Me dio un buen golpe en el hombro. Arnór era más alto que yo. Y más guapo. Seguro que les caía bien a todos. Cuando eres como Arnór, le gustas a todo el mundo.

—Nadie conoce la llanura tan bien como Kalmann. Ha crecido aquí. Conoce cada madriguera de zorro y cada montículo. Puede que recordéis a su abuelo, Óðinn. —Algunos asintieron—. Kalmann es cazador y pescador de tiburones, como lo era Óðinn. Si necesitáis un buen pedazo de hákarl, es vuestro hombre. ¿Verdad, Kalmann?

Arnór me miró esperando una respuesta, pero yo estaba como petrificado. ¿Esperaba que les consiguiera tiburón fermentado a todos? ¡Tendría que poner más palangres! La sangre me zumbaba tan fuerte en los oídos que ya no oí qué más les contó de mí, y por eso me puse tras él, lo hice disimuladamente, como si quisiera protegerme del viento, y efectivamente estaba a resguardo del viento, ya no tenía que sujetarme el sombrero. Pero la gente se rió, y Arnór no iba a permitirlo, se volvió hacia mí y dijo:

—Nada de falsa modestia, no muerden, ¡aunque lo parezca!

Me rodeó con el brazo y volvió a ponerme a su lado. Tuve una sensación desagradable. Como si me rodeara una anaconda. Ya no estaba hablando de mí, sino de cómo se organizaría la búsqueda. Birna tomó la palabra, también se puso a mi lado, así que estaba completamente atrapado y seguro que sonreía como un auténtico idiota. Birna dijo algo sobre círculos, un radio, una cuadrícula, el monumento del Arctic Henge, la sección de costa, hasta que se hiciera oscuro, la nieve, y más cosas. Pero entonces

Arnór se volvió hacia mí de forma inesperada y me preguntó en voz alta, para que lo oyeran todos, si tenía alguna propuesta más, pero yo no tenía ninguna propuesta, en ese momento ni siquiera sabía qué propuestas se habían hecho ya, pero Arnór dijo que me tomara mi tiempo para pensarlo, así que creí que tenía que decir algo para escapar de allí, y de pronto supe qué quería decir:

—Cuidado con los osos polares —murmuré.

—¿Qué? —preguntó Arnór.

—¡Cuidado con los osos polares! —dije.

—Mierda —dijo Birna entre dientes.

Todos menos ella se echaron a reír, aunque yo no había hecho ningún chiste. Pero solía pasarme. A veces la gente se reía aunque yo no hubiera dicho nada gracioso. También me reí, pero entonces alguien a quien yo no conocía preguntó:

—¿Alguna vez ha habido osos polares por aquí?

—¡Y tanto que sí! —exclamé.

Las risas enmudecieron. Todos aguzaron el oído.

—¿De verdad? —preguntó Arnór, y me miró con el ceño fruncido—. ¿Cuándo?

—Ya no me acuerdo —contesté, y alguien volvió a reírse, y yo intenté acordarme de cuándo había sido la última vez que un oso polar había rondado la Melrakkaslétta.

—Fue el verano pasado —dijo el musculitos. Se estaba divirtiendo tanto que el cuello se le ensanchó aún más—. ¡Cuando dos franceses vieron una oveja por primera vez en su vida!

Todos se echaron a reír. Y a carcajadas, hasta Birna. Pero yo seguía concentrado, porque estaba casi seguro de que se habían avistado osos polares en la Melrakkaslétta alguna vez.

—Kalmann —dijo Arnór—. Estabas de broma, ¿verdad?

Miré a Arnór, después a Birna, después otra vez a Arnór, y finalmente me encogí de hombros.

—No pasa nada —murmuré.

Birna acudió en mi ayuda.

—Yo creo que las posibilidades de que haya un oso polar rondando por aquí arriba son de una entre un millón, así que... —Remató la frase con una palmada. Pero Arnór tenía curiosidad.

—¿Qué te ha hecho pensar en eso?

Volví a encogerme de hombros.

—Las huellas que vi podían ser de un oso polar. Y Róbert ha desaparecido.

—Ni siquiera sabemos si la sangre de la nieve es de Róbert —intervino Birna, que ya estaba impacientándose.

Parecía que todos estuvieran conteniendo el aliento.

—Menuda gilipollez —se le escapó al musculitos, que volvió a su jeep por la nieve. Birna y Arnór se miraron. Arnór se acarició la barba porque estaba reflexionando.

—La decisión es tuya.

—¡Buscamos! —dijo Birna.

Arnór asintió y gritó:

—¡Pues venga, vamos!

La patrulla de búsqueda se puso en movimiento, todos sabían qué hacer. Oí a alguien decir que igual en algún momento deseábamos que mi pistola de juguete estuviese cargada.

Birna se sentó de copiloto en el jeep y yo la seguí con la mirada hasta que desapareció en la tormenta de nieve. Arnór se había quedado a mi lado, y poco a poco se hizo el silencio.

—Kalmann, es una pregunta un poco rara, pero ¿cómo harías desaparecer un cadáver por esta zona?

No me pareció una pregunta rara. En realidad era completamente lógica. Para pillar a un asesino hay que ponerse en su piel.

—Comida para peces —respondí, y señalé en dirección al mar.

Arnór asintió, como si hubiera respondido correctamente a su pregunta.

—Comida para peces —repitió.

Bajamos en línea recta hacia el mar a través de la nieve, en diagonal con respecto al puerto y la iglesia, y seguimos la costa de la península desde el cementerio hasta el faro, asomándonos una y otra vez al acantilado, que se iba elevando más del mar a medida que nos acercábamos al faro. Abajo, las olas rompían contra la piedra negra. Si Róbert se hubiera caído por el acantilado, las olas de la siguiente marea alta se lo habrían llevado de las rocas y lo habrían arrastrado mar adentro. Los fulmares sobrevolaban el acantilado como aburridos, aprovechaban la corriente ascendente, se dejaban llevar sin esfuerzo, daban vueltas y más vueltas. Ellos podrían habernos dicho si habían visto a Róbert. Qué fácil sería la vida si pudiéramos hablar con los animales. Aunque igual sería más complicada, porque entonces los animales podrían quejarse de nosotros.

Echamos un vistazo por la zona del faro, oteamos hacia el islote, que se alzaba sobre la espuma, y tampoco vimos a Róbert por ahí.

—Qué bonitos los cormoranes —dijo Arnór, pero yo me limité a asentir. No sé, siempre están ahí.

Seguimos los acantilados, pero yo ya estaba como cansado y no veía nada, simplemente seguía a Arnór, y cuando me preguntó si nos dábamos una vuelta también por el cementerio, me encogí de hombros. Echamos un buen vistazo al cementerio pero todo estaba como siempre, aunque entendí por qué Arnór había querido ir allí; alguien podría haber enterrado allí a Róbert y puede que se notara. En realidad, era una idea bastante buena que a mí no se me habría ocurrido: enterrar a la víctima en el cementerio. Es donde menos llamaría la atención un cadáver. Pero en esa época habría sido una tarea difícil porque el suelo seguía congelado, y habría hecho falta una pequeña excavadora. Así que tampoco era tan buena idea.

Cuando llegamos al puerto, yo ya estaba bastante cansado. Pero por suerte no tuvimos que registrarlo, porque una decena de mujeres y hombres del servicio de emergencias ya estaban mirando debajo de cada embarcadero y dentro de cada nave. Hafdís y Sæmundur también estaban ayudando, se ocupaban de localizar a los dueños de los edificios y abrir las puertas que estaban cerradas. Sæmundur se estaba peleando con un manojo de llaves. Mi nave nunca estaba cerrada porque la utilizaba, y aparte de mis cosas estaba vacía. El viento cambió, y una fuerte brisa entró directamente del mar al puerto, así que tuve que sujetarme de nuevo el sombrero de vaquero y las orejas se me

enfriaron. El viento arremolinaba la nieve entre las naves oxidadas, los copos de nieve bailaban en todas direcciones.

—Tengo frío —le dije a Arnór, y él me miró un momento, pero después dijo que quería seguir conmigo por la costa hasta el colegio.

Cuando llegamos por fin, hizo un par de llamadas, y como ya casi había oscurecido, finalmente interrumpió la búsqueda.

—¡Lláname! —me gritó mientras me iba, pero yo ya le había dado la espalda.

A veces veía películas policiacas. El asesino suele ser el menos sospechoso. Alguien como Arnór. Igual le pedía a Núi que lo investigara un poco.

Los niños todavía estaban jugando con el montón de nieve que había apilado Halldór, aunque ya estaba muy oscuro. Se deslizaban sobre el culo desde la parte de arriba y hacían agujeros en el montículo. Halldór había aparcado su camioneta cerca de allí y quitaba la nieve de la pala.

—¡Niños! —gritó de mal humor—. ¡Ni se os ocurra empujar la nieve de vuelta a la carretera!

—¡No, no! —contestaron los niños, saludando con la mano y riendo.

Después me acribillaron con bolas de nieve. ¡Una emboscada! Todos contra mí, yo contra todos. No me hice de rogar. Todavía me quedaban fuerzas para lanzar una lluvia de bolas de nieve hacia los niños, y todos se refugiaron chillando en sus guaridas. Halldór sacudió la cabeza pero no dijo nada. Los niños se atrevieron a contraatacar, pero no fue nada porque habían perdido fuelle. De todas formas me quedé un rato y les dejé sostener la pistola, de mayor a menor. Les conté que igual había un oso polar por la zona, que no se podía descartar, y los niños se emocionaron sin asustarse lo más mínimo. Óli dijo que le dispararía al oso en la cabeza, así, pero le quité la pistola antes de que pudiera apretar el gatillo y le enseñé a cogerla bien, no con las dos manos como los policías americanos de las películas, sino con una mano, el brazo estirado, los pies separados la distancia de los hombros. Y les expliqué que no hay que apuntar a la cabeza, sino al corazón, porque había que tener mucha puntería para acertar en la cabeza y el riesgo de fallar era demasiado grande, el animal solo quedaría herido, con la mandíbula desgarrada o así. Entonces huiría y seguiría con vida hasta morir de hambre o de sed. Porque sin mandíbula no se puede comer. Eso es así. Y eso sería torturar al animal.

Los niños me escucharon con la boca abierta. Apunté a Arnór, que ahora estaba junto a la camioneta de Halldór y hablaba con él dándonos la espalda, y dije:

—Bang.

6. Róbert McKenzie

Me preguntaba quién se habría puesto triste por la desaparición de Róbert, aparte de su hija Dagbjört. Ella seguro que estaba muy triste, al fin y al cabo Róbert era su padre y ella era su única hija, y cuando se muere alguien de la familia, te pones triste, eso es así. Son los lazos de sangre. Si mi padre se muriera en América, yo lo notaría, puede que incluso me pusiera triste sin saber que se había muerto. Como no había visto a Dagbjört en el colegio, supuse que se habría refugiado en su casa llorando, zampando tarta de chocolate y viendo pelis románticas. Si hubiera estado en el colegio, seguro que me habría saludado, porque siempre se alegra de verme. Siempre.

Pensé mucho en Róbert, aunque la verdad es que no sabía mucho de él. Solo que tenía un par de hermanos, pero no vivían en Raufarhöfn. Su exmujer también se había marchado, pero no sabía adónde ni por qué se habían divorciado. Tampoco si Róbert había vuelto a casarse o cuál era su programa favorito o su comida preferida. Puede que pronto hubiera un acto en su honor o un funeral, y entonces aparecería toda la gente que había tenido relación con Róbert, y se vería quién estaba triste y quién no. Es un truco genial para pillar a un asesino. Solo esperaba que a Birna también se le ocurriera asistir.

Yo no lo estaba. Triste, quiero decir. A veces me ponía triste porque el abuelo era tan mayor que podía morir en cualquier momento. Y a veces porque mi madre ya no estaba conmigo, o porque no tenía mujer. Pero por la desaparición de Róbert no. Ni un poquito. Al menos todavía no.

A pesar de que Róbert McKenzie tenía un nombre extraordinario y mandaba mucho, era un hombre pequeño en el que era fácil no fijarse. Era más bajo que el abuelo, más bajo que Sæmundur y más bajo incluso que Hafðís. Igual tenía antepasados celtas. Los celtas eran más bajos que los vikingos. Era bastante fuerte y no estaba gordo en absoluto. Sus movimientos siempre eran rápidos, siempre iba bien afeitado, con un corte de pelo elegante, y tenía unas gafas de sol con cristales tintados que cambiaban de color: cuando el sol aparecía de repente entre las nubes, no hacía falta que se cambiara de gafas. La verdad es que eran geniales. Nadie más en Raufarhöfn tenía unas gafas multifuncionales como aquellas. Róbert siempre iba con prisas, siempre corriendo, no me gustaba. Y creo que yo tampoco le gustaba a él. Daba igual dónde estuviera, siempre era el jefe. Si hubiera querido, habría podido cerrar Raufarhöfn con un simple chasquido de dedos. Era el rey de Raufarhöfn. O eso decía el abuelo cuando todavía se enfadaba al hablar de él. Pero Róbert no solo tenía poder, también tenía dinero. Y cuando quería algo, lo pagaba: el Arctic Henge, el hotel Arctica, el club de golf de Hólsvík, el campo de fútbol, la sauna, las especialidades para celebrar *Þorrablót*, cuando se comía cabeza de cordero, ballena en conserva, morcilla, pescado seco, criadillas de carnero y mi hákarl. Se ocupaba de que el pueblo entero estuviera decorado para la fiesta nacional, y en

Nochevieja lanzaba los mejores fuegos artificiales. Un par de años antes quiso vender la mitad del puerto al gobierno chino. Pero el acuerdo no llegó a cerrarse, y puede que solo fuera un rumor que oí en una conversación entre Jú-Jú y Siggi en el muelle. ¡Nuestro rey había estado a punto de vendernos a los chinos!

Me di cuenta de que nunca había hablado con Róbert. No tenía nada que decirle. Puede que no le cayera bien a Róbert porque una vez empujé por las escaleras a su hija Dagbjört, cuando yo tenía unos doce años y ella nueve. Hay personas muy rencorosas. Nunca olvidan nada. En aquella época Róbert todavía estaba casado, y todavía había bastante vida en Raufarhöfn. Ya no me acuerdo por qué empujé a Dagbjört por las escaleras, y tampoco eran tantos escalones, solo unos siete, pero fueron suficientes para hacerle daño. Seguramente quería hacerme el gracioso, la verdad es que entonces estaba un poco enamorado de ella, ahora ya no, no, gracias, es bueno no atarse a una mujer demasiado pronto, porque nunca se sabe qué aspecto tendrá cuando sea más mayor. Nói también opina lo mismo. Pero Dagbjört todavía era guapa. Tenía una cara bonita, casi como antes. Como si todavía fuera una niña en cierto modo. Al ver una vieja foto de nuestra clase, se la reconocía enseguida: su pelo castaño y liso, su gran sonrisa, su naricita respingona. Seguía siendo bastante baja, a mí me llegaba a los hombros, y eso que tampoco soy ningún gigante. Cuando era pequeño quería casarme con ella. Pero ya no. Ahora tenía las caderas bastante más anchas. Y andaba un poco como un pato, aunque de todas formas me habría acurrucado en su nido. Fue una verdadera estupidez empujarla por la escalera, pero cuando eres pequeño, como yo con doce años, haces bastantes estupideces. Es difícil llevar la cuenta. Tampoco creo que Dagbjört me hubiera provocado, pero estaba ahí junto a los escalones, tan tentadora que daban ganas de hacer algo, y le di un empujón, como suelen hacer los niños, nada más, y cayó rodando por la escalera y se quedó sentada en el descansillo de abajo, no dijo nada, pero se miraba el hueso del brazo, que le había atravesado la piel y sobresalía. Yo también lo miré. El hueso era blanco. La herida no sangraba tanto como uno habría podido esperar. Entonces me fui corriendo, ahora me avergüenzo de ello, de todo en realidad. Me arrepentí en cuanto vi a Dagbjört sentada ahí abajo tan desconcertada, y por eso me fui, esperando que nadie lo hubiera visto. Pero alguien nos estaba mirando y enseguida gritó mi nombre para que todos lo oyeran, y por eso me quedé quieto como un idiota, me quedé parado a un par de metros del lugar del crimen, desde donde ya no podía ver a Dagbjört, y ya no me moví: ni cuando los compañeros se reunieron alrededor de Dagbjört para ver el hueso blanco, ni cuando los profesores llegaron corriendo y dieron instrucciones, ni cuando Halldór vino a toda prisa con el maletín de primeros auxilios y acompañó a Dagbjört hacia la ambulancia, cerró la puerta y arrancó a toda velocidad con las luces encendidas. Yo seguía exactamente en el mismo sitio. Þóra, mi profesora por aquel entonces, me dio una colleja, me dijo que era un imbécil, y me mandó al despacho del director Sigfús.

Y ahora, recordando todo aquello, fue como si siguiera en el mismo sitio, como si sintiera la colleja, la humillación de que me mandaran al despacho del director, aunque seguramente Dagbjört me había perdonado hace mucho tiempo. La verdad es que era majísima conmigo, tanto que a veces me imaginaba cosas, pero tenía marido y dos hijos, dos renacuajos encantadores, una niña y un niño, y a veces me preguntaba si habrían

podido ser mis hijos de no haber empujado a Dagbjört por la escalera. Claro que eso estaba casi descartado, porque si yo era el padre habrían sido otros niños, no exactamente esos. Ni siquiera me atrevía a preguntarle a internet cómo habrían sido nuestros hijos, porque me temía que no serían tan guapos. Yo no soy precisamente una belleza. Siempre que me veo en una foto, no me gusto nada de nada. El marido de Dagbjört no era de aquí, y entre semana tampoco estaba en el pueblo, solo los fines de semana, pero siempre iba bien vestido y era bastante guapo. Creo que era un hombre de negocios o representante o así. También olía siempre bien, y por eso se le olía desde lejos. Pero entonces me acordé de cuando Róbert fue malo conmigo, en el despacho del director Sigfús, que no sabía qué hacer conmigo hasta que se abrió la puerta y Róbert entró como un vendaval, entonces de pronto Sigfús también estaba furioso conmigo. No recuerdo las palabras exactas, pero sí que Róbert llevaba una chaqueta de cuero negro y sus gafas tintadas. La palma de su mano estuvo muy cerca de mi cara, le costó mucho controlarse. Sigfús consiguió calmarlo a duras penas, aunque estaba de su parte. ¡Claro! ¡Ahora me acuerdo de lo que dijo Róbert! ¡Dijo que antes los que eran como yo acababan de cebo para tiburones! Y cuando por fin me mandaron a casa, le pregunté al abuelo si era verdad, entonces él se enfadó y dijo que habría que darle una buena azotaina a Róbert McKenzie. Entonces se preparó una pipa y me explicó que jamás se habían utilizado niños como cebo para tiburones, ni antes ni nunca, ya fueran retrasados, traviesos, pelirrojos o lo que fuera, pero que si había que usar a algún idiota como cebo para tiburones, ¡sería al capullo de Róbert! Y yo me sentí aliviado, casi hasta un poco enfadado con Dagbjört, que se había caído de forma tan torpe que se había roto el brazo, pero el susto se me quedó muy dentro porque el corazón me sigue latiendo con fuerza solo de pensar en ello.

Desde entonces su padre me ignoraba, pero a veces se me quedaba mirando como si deseara que yo no viviera en su pueblo. Digo su pueblo a pesar de que nunca fue presidente. Ese cargo lo ocupaban otros. Pero él era el hombre más rico del pueblo, era dueño del último cupo de pesca de capelán y bacalao, del hotel Arctica y de muchas tierras. Conducía el jeep más caro, jugaba a golf y a veces invitaba a jugar con él a gente rica, que volaba hasta aquí en avión. Él lo llamaba «golf ártico». Con él, todo era «ártico». Raufarhöfn está muy al norte, cerca del círculo polar. A finales de junio el sol no se pone. Por desgracia casi siempre está nublado, de modo que el sol no se ve en todo el día. Pero de todas formas hay luz, y de vez en cuando los turistas vienen hasta aquí en sus coches de alquiler, y hasta se ven cruceros enormes en el horizonte, que llevan a diez veces la población de Raufarhöfn, y toda esa gente quiere saber qué se siente cuando no oscurece: pues eso, que no oscurece.

El abuelo me explicó una vez que Róbert podía ser el hombre más rico del pueblo, pero que era el que menos dinero tenía, y yo no lo entendí, así que el abuelo me dijo que Róbert estaba acumulando una montaña de deudas y estaba enterrando a Raufarhöfn en ellas. Si lo piensas como en una imagen, no cuesta tanto entenderlo.

Ya eran las ocho y estaba oscuro como boca de lobo cuando fui a cenar al hotel Arctica. Lo hacía todos los jueves, pero ese día se me había hecho tarde y aceleré el paso. De pronto ya no estaba seguro de si el hotel estaría abierto ahora que su dueño ya no estaba. Pero claro que estaba abierto, ¡de hecho había más gente que nunca! Todas las mesas

estaban ocupadas por la gente del servicio de emergencias y cuatro turistas jóvenes que miraban a su alrededor algo confusos. Pero tuve suerte, mi sitio en la barra estaba libre. Era mi sitio de siempre. Me sentaba allí todos los jueves. Desde allí se veía bien la tele, porque a veces ponían partidos del fútbol. Cuando decían algo fuera de lo normal en las noticias, Óttar Ollaexpres o algún otro subían el volumen.

Óttar estaba sudando. Le vi por el ojo de buey de la puerta de vaivén que llevaba a la cocina. En un momento dado salió, agarró a Nadja del brazo y dijo:

—*The chicken is finished, no more chicken order!* —Y ella asintió pero sin ni siquiera mirarle, incluso hizo un gesto para zafarse, porque estaba ocupada metiendo números en la caja.

—¡Menudo jaleo hay aquí! —dije para que alguien se fijara en mí.

Nadja me sonrió un instante pero enseguida se dio media vuelta y fue donde los turistas con el datáfono.

—¿Todo en orden, sheriff? —me preguntó Óttar, y yo me pregunté cuántos años tendría en realidad.

—Todo genial. —Dejé el sombrero de vaquero en la barra.

—Te he guardado el sitio. ¿Hamburguesa con patatas?

—*Efectiviwonder!*

Óttar sacó un cigarrillo del paquete, se lo puso en la boca, me miró, devolvió el cigarrillo al paquete, chasqueó la lengua y volvió a meterse en la cocina.

Hacía calor y había mucho ruido en el restaurante. ¡Era casi insoportable! Miré a mi alrededor. A la mayoría de la gente no la había visto nunca, pero sabía que habían estado conmigo arriba, en la nieve, porque algunos me devolvieron la mirada y hasta me hicieron un gesto con la cabeza, me sonrieron o torcieron el morro. Uno gritó:

—¿Has encontrado algo, sheriff? ¿Alguna huella de oso polar?

—Qué va —gruñí, y me di la vuelta.

En la tele estaban los jefes de Estado, que se reunirían uno o dos días después en Reikiavik. Sabía que alguien hablaba de mí a mis espaldas, pero no les oía, así que no podía demostrarlo. A veces percibía esas cosas. Eran mis supersentidos.

Tuve que esperar mucho a que llegara mi hamburguesa, pero así me puse aún más contento cuando Nadja salió de la cocina para traérmela.

—Aquí tienes —dijo con una sonrisa.

Llevaba mallas y encima una falda corta y negra. Tenía el culo más bonito de todo Raufarhöfn. Eso lo sabía cualquiera que tuviera ojos en la cara.

Cuando limpié el plato, la situación en el restaurante se había tranquilizado, todos tenían la comida delante y Óttar pudo hacer un descanso, pero Nadja y su compañera lituana todavía estaban ocupadas sirviendo bebidas o postres. Sus hombres lituanos estaban en la cocina, donde preparaban los postres con Óttar y lavaban los platos sucios. Óttar salió de la cocina sudando a mares y se preparó un gin tonic como si yo no estuviera allí. Pero después levantó la copa hacia mí, dijo «¡A tomar por saco!», y se bebió la mitad del vaso. Después cogió el mío, lo volvió a llenar de cocaola sin preguntarme, y me lo puso delante. Yo sabía que no tendría que pagarlo. Era «cortesía de la casa», que es lo que se dice cuando algo es gratis.

—Vaya puta tragedia —dijo Óttar. Tenía los ojos rojos—. ¡Nunca habíamos tenido

tanta gente! Por lo visto hay que morirse para que el negocio cobre vida.

—¿Me lo llenas?

El pescador Siggí apareció a mi lado agitando el vaso de cerveza vacío. Seguramente estaba de buen humor por la captura de lumpo. Un buen inicio de temporada.

—Si Róbert lo viera, se alegraría —dijo Siggí, y me miró con ojos vidriosos.

Yo le sonreí y miré a Óttar rellenar hábilmente el vaso. No era la primera vez que lo hacía.

—Quién sabe, puede que lo esté viendo —dijo Óttar, pensativo.

—¡Sí, desde un pedestal! Como siempre.

—Todavía no le han encontrado.

—No te hagas falsas esperanzas, ¿eh? —Siggí estaba indignado.

—¿Esperanzas? ¿En Raufarhöfn? Hace años que no tenemos de eso por aquí.

Óttar puso el vaso lleno delante de Siggí. Este lo cogió con sus garras de marinero, pero no se lo llevó a la boca. Quería conversación.

—En fin —dijo—. Ha llegado el momento, Raufarhöfn se muere. Nos iremos uno tras otro. ¡El último que apague la luz!

—¡No le hagas caso! —dijo Óttar mirándome.

Igual había puesto cara de susto, no lo sé, pero entonces me di cuenta de que Siggí seguramente estaba de broma, así que me eché a reír. ¡Me había pillado!

—¡Por Róbert McKenzie! —dijo Siggí, levantó el vaso y bebió. Después lo dejó en la barra, se echó un pequeño eructo y dijo—: Siempre me he preguntado de dónde sacó ese nombre. McKenzie. ¡Nadie se llama así!

—Se lo puso él mismo —murmuró Óttar, como si en realidad no hubiera querido decirlo.

—¿En serio? —Siggí puso los ojos como platos y eructó otra vez—. ¿Estás seguro?

—¡Tan seguro como su cuenta bancaria suiza!

—¿Y cómo es que yo no lo sabía? ¿Cómo se llamaba en realidad?

—Ni idea. ¡Pero seguro que era hijo de alguien!

A Siggí le hizo gracia y se rió a carcajadas. Yo también me reí.

—Los hay que no quieren saber nada de sus padres, ¿verdad? —Siggí me miró—. Por cierto, ¿cómo está tu abuelo? ¿Sigue vivo ese gamberro?

Asentí.

—Sí, está en Húsavík.

—¡Ya sé que vive en Húsavík! —dijo Siggí ofendido—. Y por mí podría quedarse allí ese maldito rojo.

—Siggí —dijo Óttar, pero no añadió nada más.

—No, en serio, no tengo nada en contra de ti, Kalmann, eres un tipo estupendo, de lo mejor. Pero si Óðinn todavía viviera en Raufarhöfn, lo denunciaría yo mismo a la policía, porque nadie más habría querido asesinar a Róbert.

—Óðinn no ha hecho daño ni a una mosca en toda su vida —defendió Óttar a mi abuelo, y se lo agradecí.

—¡No exageres!

—Bueno, seguro que no ha matado a nadie.

—¿Qué es un rojo? —pregunté. Cuando no entiendes algo, hay que preguntar.

Siggi se rió.

—Un rojo es un amigo de los rusos, alguien que no quiere que haya gente rica, ¿entiendes? ¡Un maldito socialista!

—Un rojo es un comunista —dijo Óttar, y se preparó otro gin tonic.

Nadja pasó a nuestro lado en dirección a la cocina, abrió la puerta con la espalda haciendo equilibrios con una bandeja llena de platos sucios, y me miró un instante al pasar, pero no sonreía. Seguro que estaba muy ocupada. Me sentía orgulloso de que me hubiera mirado, porque estaba teniendo una conversación adulta con hombres adultos. Siggi no había terminado con los rojos:

—Los rojos quieren que a todos les vaya mal, ¿verdad, Óttar?

—Es verdad —contestó—. Todo lo contrario del capitalismo.

—Todo bien repartidito. Todos igual de pobres. Y a los que se han currado sus riquezas... —Siggi me miró, sacó la lengua hacia un lado y se pasó el pulgar por el cuello. Ya había entendido lo que era un rojo.

—¡Como Robin Hood! —dije.

Siggi me miró fijamente y Óttar se rió a carcajadas.

—¡Sí que lo has entendido! —me felicitó.

Había dejado de nevar, y las estrellas brillaban sobre Raufarhöfn. Hacía un frío de mil demonios. Igual el hielo del estanque se hacía lo bastante grueso para lanzar piedras, que rebotaban y se deslizaban; me gustaba mucho hacer eso. Si Róbert todavía estaba por ahí, no sobreviviría a esa noche. En el camino de vuelta a casa me pregunté si yo también era un rojo como el abuelo. Puede que sí. Aunque con mi sombrero de vaquero no parecía comunista en absoluto. Tenía más bien aspecto de americano, y ellos son capitalistas. En América gana el más fuerte. El más débil simplemente no es lo bastante fuerte y tiene que ponerse a la cola, pero siempre se queda atrás. A veces la gente se ríe de mí por el sombrero de vaquero, la estrella de sheriff y mi vieja pistola. «¡Lucky Luke!», me gritan, o imitan una pistola con las manos y dicen: «¡Manos arriba!». Una vez incluso me pararon unos turistas en un minibús, eran unas seis o siete mujeres y un solo hombre. El hombre, que iba al volante, bajó la ventanilla y preguntó si era carnaval, y yo dije que no, aunque no sabía lo que era el carnaval.

En casa estuve hablando con Núi, al que le gustaban los comunistas todavía menos que a Siggi. Decía que él era un capitalista, que se ganaba sus bitcoins honestamente jugando a videojuegos, que se mataba a currar día y noche, y que más valía que a nadie se le ocurriera quitarle la pasta, que se merecía de verdad el deportivo y las mujeres, y que quien intentara aprovecharse de sus riquezas se las vería con su espada de samurái; yo ya la conocía, claro, me la enseñó cuando la compró. Salió de la imagen de la pantalla rodando en su silla, así que durante un tiempo solo vi la pared de su cuarto, hasta que rodó de vuelta a la imagen con una espada de samurái en las manos. La espada no cabía en la pantalla porque estaba demasiado cerca, así que le pedí que se alejara un poco y lo hizo, y así fue como le vi un poco la cara por primera vez, aunque solo la barbilla. Y desde entonces supe que Núi tenía una cicatriz rara en la barbilla y poquísimos pelos que no bastaban para una barba. Aunque no sé cuántos pelos hacen falta para una barba. Porque yo tampoco tengo.

7. Hákarl

El tiburón de Groenlandia es una maravilla de la naturaleza, aunque no ganaría ningún concurso de belleza. A cambio, tiene un sentido del olfato excelente, seguramente mejor que el de los perros. Los perros pueden seguir un rastro con la nariz pegada al suelo o detectar droga, aunque no sé si se podrían utilizar tiburones para eso. No creo, pero puede que nunca lo sepamos, porque hay cosas que nunca sabremos. Pero sí sabemos que los tiburones tienen muy buen sentido del olfato, eso está demostrado, y hay que saberlo para pescar tiburones.

Lo más importante, lo que distingue a un buen pescador de tiburones, es el cebo. El tiburón de Groenlandia nada muy abajo, en el fondo del mar, a doscientos o dos mil metros de profundidad, a él le da igual. Ahí abajo todo está oscuro. Se siente como en casa en la oscuridad, donde siempre es noche cerrada, incluso en pleno día. No ve casi nada, tiene los ojos llenos de parásitos, pero lo huele todo, y por eso es importante que el cebo huela fuerte. Eso de que antes se utilizaban niños pelirrojos como cebo es una idiotez, aunque claro que se podrían usar niños pelirrojos. A los tiburones les daría igual, picarían de todas formas. Tienen hambre y ya está. Después no les remuerde la conciencia, y por eso no son escrupulosos.

Yo suelo utilizar carne de caballo ahumada. Muchos pescadores utilizan carne de caballo. Pero otros confían ciegamente en la carne podrida de foca. Eso también le gusta al tiburón de Groenlandia. O la carne salada de oveja. En realidad devora todo lo que encuentre: mucha carroña que se hunde en el fondo del mar, pero no solo carroña, porque en los estómagos de los tiburones se han encontrado focas enteras, zarpas de osos polares y aletas de ballenas, latas, boyas rotas, piedras y botas de goma. Pero el espantoso tiburón de Groenlandia no es tan terrorífico como mucha gente piensa, porque hay películas en las que los tiburones devoran personas. Es mucho más probable que te muerda una foca que un tiburón, si te bañaras aquí, claro. Pero aquí nadie se baña, y nadie sabe tampoco lo que pasa a dos mil metros de profundidad. Eso solo lo saben los monstruos que viven ahí abajo. Está demasiado oscuro para nosotros. Más oscuro que el espacio. Por eso sabemos más del espacio que del mar. Tampoco sabemos casi nada de los tiburones de Groenlandia. Podrían ser extraterrestres, puede que lo sean, y no habría ninguna diferencia. No sabemos cuántos hay ni en qué piensan. Sabemos poquísimo en general. Y a mí eso me consuela, porque yo tampoco sé mucho sobre el mundo, y si alguien actúa como si tuviera la respuesta a todas las preguntas, es que está mal de la cabeza y punto. Pero si se descubre algo sobre los tiburones de Groenlandia, quiero saberlo. Al fin y al cabo, me dedico a pescar tiburones. Hace poco se supo por ejemplo que pueden llegar a los quinientos doce años. ¡En serio! Nói me envió un enlace y me preguntó si no tenía mala conciencia por matar animales de quinientos doce años, ahora que todo lo que tiene quinientos doce años se protege: las casas, los

libros o los árboles, por ejemplo. Y la verdad es que me hizo pensar, porque los árboles de quinientos doce años no se talan, y los libros de quinientos doce años no se tiran al contenedor del papel. Pero de todas formas me defendí, le dije que aquí siempre se habían pescado tiburones de Groenlandia, y que las cosas eran así, y al final Núi lo entendió, porque hay cosas que son así y no hace falta explicarlas. Pero la idea ya no se me quitó de la cabeza. Visité a mi abuelo en la residencia y se lo conté, pero él no quiso saber nada, estaba de muy mal humor, espantó mis palabras de un manotazo, así que no pude terminar y tampoco sé qué habría opinado del tema. Pero intenté imaginar qué habría respondido, porque había pasado muchas horas, incluso años, con él en el mar, y en realidad debería saber qué opinaba. Seguramente habría dicho que él siempre lo había sospechado, que a esas bestias se les notaba que tenían un par de siglos a la espalda, que por eso no le sorprendía, al fin y al cabo por su aspecto los tiburones no eran precisamente los reyes de la creación. Y es verdad. Tienen la piel azul grisácea llena de arrugas y cicatrices, y los ojos no tienen color ni expresión. Puede que Dios tuviera un mal día, habría seguido diciendo el abuelo, y a mí me habría hecho gracia, y solo de pensarlo me entró un poco la risa. Pero seguro que habría añadido que de todas formas teníamos que mostrar respeto hacia los tiburones, porque no todas las criaturas están dispuestas a vivir en el fondo del mar. ¡Y durante quinientos doce años! Pero que las personas tenemos que comer, como cualquier otro ser vivo, y que el ser humano está arriba del todo en la cadena alimentaria, y que eso no tiene que deprimirnos, así son las cosas, así es la naturaleza, y no pasa nada.

Lo que habría dicho el abuelo me convenció. Siempre daba en el clavo. Los tiburones también tienen que comer, y durante quinientos doce años, ¡habría que pensar en eso!

Pero lo que más me interesaba como pescador de tiburones era lo que les gusta comer, porque solo así podía pescarlos. En cierto modo yo era el cocinero y los tiburones mis comensales. En mi menú había carne de caballo. La conseguía de Magnús Magnússon, que tenía una granja de ovejas además de unos treinta caballos en libertad. Pero la carne de caballo no bastaba. Los tiburones de Groenlandia son unos sibaritas. Hay que marinar la carne con unos ingredientes secretísimos. Cada pescador de tiburones tiene su propia receta. Yo había heredado la receta de mi abuelo, y por eso era un secreto de familia que no podía contarse a nadie: coñac. O ron. Por ejemplo Captain Morgan. Se huele de lejos. No tiene por qué ser un ron caro. Yo siempre compraba el más barato. Echaba una botella en un barril de sesenta litros que ya estaba lleno de agua salada. Añadía vinagre. Vinagre de manzana. Dos litros. Después metía los trozos de cebo y los dejaba un par de días, para que absorbieran los aromas pero no se pudrieran demasiado. Entonces escogía un par de trozos, zarpaba, sacaba el palangre con el cabrestante a motor y pinchaba los cachos de cebo en los anzuelos. Los anzuelos estaban amarrados a una distancia de unos diez metros cada uno en el sedal, que se extendía entre dos boyas ancladas. Las boyas estaban marcadas para que todos supieran a quién pertenecían, o sea a mí, aunque fuera el último pescador de tiburones de Raufarhöfn. Los anzuelos se hundían con el cebo hacia las profundidades, a unos ciento setenta metros, y allí abajo los tiburones olían el manjar y lo mordían de vez en cuando. Y cuando uno picaba de verdad, se quedaba ahí colgando esperando su destino. Un par de días después volvía con mi barca, revisaba los anzuelos, y si había alguno colgado de

ellos, mala suerte para él. Bang.

En Groenlandia no lo hacen así. Allí los inuit abren un agujero en el hielo, descuelgan el anzuelo con una cadena amarrada a una cuerda de ochocientos metros de largo, y cuando pica un tiburón, se echan la cuerda al hombro y se alejan caminando, van sacando la cuerda hasta que están a ochocientos metros del agujero. Por eso no pueden hacerlo solos como yo. Porque si regresaran al agujero, el tiburón volvería a hundirse en las profundidades.

Así pues, al día siguiente me ocupé del cebo. Como volvía a nevar, el servicio de emergencias y la policía habían aplazado la búsqueda. Su plan era esperar a que aflojara la nevada. El pueblo estaba hasta los topes, el hotel estaba hasta los topes, también se estaban utilizando el centro cívico, el polideportivo y las duchas, el número de habitantes seguramente se había casi duplicado. Había gente delante de la gasolinera fumando, delante del centro cívico dando saltitos, delante del hotel bebiendo café en vasos de cartón. En los sitios donde habría sido más probable encontrar a Róbert McKenzie, es decir, en el pueblo, en el puerto o cerca del Arctic Henge, no se había encontrado nada. Así que ya no hacía falta seguir buscando. En el puerto también había un par de vehículos del servicio de emergencias, pero lo que me llamó la atención fue un coche de la radiotelevisión nacional. Reconocí el logotipo. Debajo ponía: «Noticias». Nunca había visto un coche de las noticias en Raufarhöfn, ¡y eso que llevaba allí toda mi vida! Nunca pasaba nada que interesara a los medios. «*A pretty big deal*», como habría dicho Núi. La presencia de la televisión nacional convertía la desaparición de Róbert McKenzie en un asunto de Estado.

Soy curioso por naturaleza. Por eso quise ver el coche de cerca, pero desde donde estaba no me di cuenta de que había dos personas dentro. Pensé que estarían fumando en alguna parte o bebiendo café. Pero cuando me vieron acercarme directamente a ellos, salieron rápidamente y corrieron a mi encuentro, uno de ellos al menos, el otro con más calma.

—¡Tú eres el sheriff de Raufarhöfn! —exclamó el primero, como si yo no lo supiera.

Enseguida lo reconocí yo a él también por su cara y su calva reluciente, porque salía a menudo en el telediario de las siete, siempre que pasaba algo en el norte de la isla. Ese era su territorio. Reconocí su pajarita y sus gafas a la moda, con montura negra y gruesa. Eran su seña de identidad. Siempre se vestía de forma elegante porque a veces entrevistaba a políticos, y una vez incluso al presidente. Nunca llevaba nada en la cabeza, daba igual si nevaba o el sol le ardía en la calva. Ese día llevaba una pajarita tan roja como sus orejas. El hombre que salió del coche lentamente llevaba una cámara al hombro. Era más joven y nos sacaba por lo menos una cabeza al reportero y a mí, y a diferencia de su compañero llevaba un gorro de piel que lo hacía parecer más alto aún. Seguro que para un cámara es una ventaja ser alto. Así puedes ver bien toda la escena.

Sonreí sin querer. A veces sonrío aunque no quiera. El reportero sabía exactamente quién era yo, me había reconocido al instante. Esas cosas solo les pasan a los famosos, y por eso sonreí, porque estaba confuso y al mismo tiempo orgulloso, y tenía ganas de salir corriendo de allí pero me quedé quieto.

El periodista se presentó, dijo que era de las noticias, me dijo cómo se llamaba y yo lo olvidé justo después, pero siempre que veo sus gafas y su pajarita roja en la tele, grito:

—¡Una vez me entrevistó a mí!

Y precisamente eso era lo que quería de mí: una entrevista, porque había oído que yo había encontrado el charco de sangre, y quería hacerme un par de preguntas sobre eso. Enseguida le dije dónde había encontrado el charco de sangre, junto al Arctic Henge, al fin y al cabo era un asunto de Estado, y hay que ayudar, eso es así. Pero el reportero me interrumpió y dijo que todavía no se lo contara todo, que el cámara no estaba preparado. Y después habló con él de temas técnicos, es normal, siempre es así cuando se hace una entrevista para la tele. Me pidieron que me colocara cerca de la vieja nave de fundición, que estaba casi en ruinas —puertas oxidadas, cristales rotos, una cinta transportadora torcida casi descolgada de la estructura oxidada—, lo que me pareció raro porque el almacén frigorífico de McKenzie estaba al lado, se había pintado dos años antes y además era del desaparecido, así que habría encajado mejor de fondo, pero a un reportero de la televisión nacional no se le dice cómo hacer su trabajo.

El cámara abrió un trípode, sujetó encima un foco, le puso las baterías y lo encendió. La luz blanca me deslumbraba, pero mientras no mirara directamente al foco no era para tanto. El cámara le pidió al reportero que me moviera un poco hacia la izquierda, un poco más, eso es, ahí, perfecto, y después el reportero le preguntó si ya estaba grabando, y el cámara, que por cierto no se había presentado, le dijo desde las alturas que hacía mucho que estaba grabando, entonces el reportero me miró un buen rato como si estuviera pensando una pregunta. Y de repente me preguntó:

—Róbert McKenzie desapareció anteayer. Tú encontraste un charco en la nieve. ¿Crees que hay relación entre los dos hechos?

—Sí —contesté.

El reportero me miró expectante. Evité su mirada, dirigí la vista hacia la luz resplandeciente del foco y durante un par de segundos no vi nada más.

—¿Crees que Róbert McKenzie fue asesinado allí?

—No —dije.

El reportero bajó el micrófono y me dijo que podía hablar más, que no contestara solo sí o no, que podía decir lo que se me ocurriera, que no estuviera nervioso y que me acordase de respirar.

En cuanto dijo eso, me faltó el aliento. Hasta ese momento no había tenido tiempo de ponerme nervioso, aunque efectivamente se me había olvidado respirar. Según parece había estado ocupado observándoles trabajar. Por ejemplo me preguntaba cuánto pesaría la cámara, porque sospechaba que era bastante pesada, y me preguntaba si después de la entrevista me dejarían echármela al hombro para probar, y me habría gustado ver cómo salía yo en la imagen. ¿Me enviarían el fragmento del telediario? Ese era el tipo de cosas que se me pasaban por la cabeza. Pero en cuanto el reportero me dijo que no estuviera nervioso, me puse nervioso de verdad. ¡El corazón se me puso a mil por hora! Y recordé el interrogatorio con Birna, que siempre quedaba satisfecha con mis respuestas, aunque solo fueran sí o no, mientras no asintiera o negara con la cabeza. Pero el reportero quería algo completamente distinto, y yo tenía que cambiar el chip, y eso me puso nervioso.

—Cuéntanos por ejemplo cómo encontraste el charco de sangre.

Cogí aire y di un pasito hacia atrás. El reportero y el cámara se miraron y me

siguieron. Di otro paso atrás hasta que al final apoyé la espalda contra la pared de la nave. El cámara recolocó el foco. Así que solo me quedaba una salida: responder la pregunta.

—Me pasé el día entero por ahí buscando un zorro ártico. Soy cazador, como el abuelo, pero él ya está mayor, muy, muy mayor, ahora vive en Húsavík, todavía vive, pero nadie sabe cuánto aguantará, dicen que podría morir en cualquier momento y que me pondré triste. Voy a visitarle una vez por semana. A veces Magga me lleva porque tiene que ir a Húsavík de todas formas, a comprar y a la peluquería. Y por eso estaba solo ahí arriba en la nieve, y después le conté a Hafdís que...

—Kalmann —me interrumpió el reportero—. Intenta no mirar a cámara, ¿vale? Y cuéntame solo lo que tenga que ver con el charco de sangre.

Asentí. No me había dado ni cuenta de que miraba a la cámara, pero ahora que el reportero me lo había dicho, me di cuenta de que volvía a mirarla, así que bajé la vista hacia el suelo.

—Venga, otra vez desde el principio. Pero sin divagar. Breve y conciso, informal. Háblame de lo de cazar zorros.

Cogí aire.

—*Barbane...*, bueno, el zorro a veces ronda el colegio, y Hafdís me había pedido que le diera una lección, y por eso anteayer salí en busca de huellas, pero nevaba, como ahora, bueno, puede que más, y enseguida supe que no encontraría al zorro, pero la mayor virtud de un cazador es la paciencia, el abuelo me lo decía siempre, aunque ya no me lo diga porque está mayor y vive en Húsavík, y por eso salí del colegio en dirección a...

—Háblame del charco de sangre.

El corazón me iba a trompicones. Eso me distraía. Además, una entrevista para la tele era mucho más difícil que un interrogatorio de la policía.

—Arriba, junto al monumento del Arctic Henge, o sea, muy cerca de aquí, encontré sangre en la nieve.

—Muy bien. ¿Podrías volver a decirlo sin mirar a cámara?

Asentí, me concentré, me dispuse a mirar fijamente al reportero y dije:

—Junto al Arctic Henge. Todo lleno de sangre. En la nieve.

—¿La sangre estaba fresca?

—¿Fresca?

—¿O caliente?

—No... Pero tampoco estaba congelada todavía.

Me di cuenta de que un par de copos de nieve habían aterrizado en la calva del reportero y se habían fundido. Las gotas de agua eran como perlas sobre su cabeza.

—¿Crees que era sangre de Róbert McKenzie?

—Sí... Yo creo que sí.

—¿Y por qué lo crees?

¿Es que el reportero no sabía que estaban buscando a Róbert? ¿De quién iba a ser si no?

—¡Pues porque ha desaparecido!

—¿Crees que lo asesinaron?

—No.

—¿No lo crees?

—No.

—¿Y por qué crees que no?

Me encogí de hombros. Ahora la entrevista sí que era como un interrogatorio. Y eso sí se me daba bien.

—Puede que lo devorara un oso polar —dije.

—Ha vuelto a mirar —murmuró el cámara.

—No pasa nada —dijo mosqueado el reportero, se secó las perlas de la cabeza con la mano libre y se miró la palma mojada—. ¿Puedes volver a decir por qué crees que ha desaparecido Róbert McKenzie?

—Claro.

—¡Pues dilo!

—Un oso polar.

—No, con más detalles.

—Es que no lo sé —murmuré. Ojalá no hubiera mencionado el oso polar.

—No, venga, que sí. Otra vez. ¡Como antes! Pero sin mirar a la cámara. ¿Por qué crees que no hay rastro de Róbert McKenzie?

No tenía escapatoria. Me defendí:

—A veces vienen osos polares de Groenlandia a Islandia.

—Otra vez —dijo el cámara resignado.

Suspiré y miré a mi alrededor en busca de ayuda. ¿Cuánto tiempo iba a durar aquello?

—¡Que no pasa nada! —siseó el reportero, y se recolocó las gafas—. Kalmann. ¿La zona tenía aspecto de ser el sitio donde un oso polar había devorado a alguien?

—No —contesté.

—¿No?

—Qué va.

—¿Entonces por qué crees que un oso polar...?

—¡Que no lo sé! —grité, y los dos hombres de la tele se quedaron helados.

Junto a mí, pegado a la pared de la nave, había un bidón de aceite oxidado con agujeros en la parte de arriba y lleno de agua de lluvia. Le di patadas, clonc, clonc, dos veces, y al hacerlo el agua salpicaba por los agujeros y casi se me cayó el sombrero de vaquero de la cabeza. La verdad es que era muy divertido. Por eso le di otra patada al bidón pero más fuerte, y me hice bastante daño. Realmente pensé que igual me había roto uno o varios dedos del pie. Así que me marché cojeando, y ni el reportero ni el cámara dijeron nada. Me dejaron marchar, me siguieron con la mirada, boquiabiertos, pero no sé si el cámara me seguía grabando.

La puñetera prensa. ¡Siempre agobiando! Me escondí en mi nave, caminé de un lado a otro hasta que se me pasó el dolor del pie. La nieve del techo se estaba derritiendo, goteaba por todas partes. Por suerte no me había roto ningún dedo, pero cuando volví a ponerme las botas, era como si se hubieran hecho más pequeñas.

Corté un par de trozos de carne, los metí en mi marinada de coñac, agua salada y vinagre, y me tranquilicé un poco. Me sentaba bien trocear la carne, hundir el cuchillo afilado en el músculo blando, con tanta fuerza que la punta del cuchillo se quedaba clavada en la mesa.

Cuando terminé y estaba tranquilo del todo, llamé a la puerta del contenedor de Sæmundur simplemente para decirle que ese día no quería salir con la barca.

—Una buena decisión, sin duda —dijo Sæmundur, dejó caer el boli sobre los papeles que tenía delante y se pasó los dedos por el pelo revuelto un par de veces—. De todas formas lo único que habrías pescado sería a Róbert.

Debí de mirarle raro, porque se echó a reír y me dijo que no le mirara así, que no era más que un chiste, así que yo también me reí. Y cuando me recuperé, le informé de que me habían hecho una entrevista en la tele.

—¡Vas a hacerte famoso! —comentó Sæmundur, y la idea de hacerme famoso me dio mucha vergüenza y me emocionó.

Me pasé el día entero esperando a que llegara el final de la tarde, y también le pedí a Núi que viera el telediario porque habría una sorpresa. ¡Saldría yo!

Efectivamente la desaparición de Róbert McKenzie fue el tema de portada en el telediario, lo primero de todo, a pesar de que los preparativos para la reunión de jefes de Estado iban a toda marcha y no precisamente sin dificultades. No había suficientes camas para los numerosos periodistas, y había algún problema con la seguridad, lo anunciaron en el avance informativo. Así que no tuve que esperar mucho hasta ver las casas de Raufarhöfn en la pantalla. Primero se informó de que la sangre que se había encontrado junto al Arctic Henge de Raufarhöfn efectivamente era de Róbert McKenzie. Ya tenían los resultados de la prueba de ADN. No le había sorprendido a nadie. Después se emitió una entrevista a Birna, y Birna dijo que ahora trabajaban con la hipótesis de un acto violento y que la búsqueda se intensificaría en cuanto remitiera la nevada. El pronóstico del tiempo era bueno. Miré por la ventana y vi que ya no nevaba pero casi estaba oscuro, aunque la luz de algunas casas y de las farolas intentara iluminar Raufarhöfn. Solo está tan oscuro cuando se levantan nubes de lluvia, pero yo no me había dado cuenta porque me había pasado la tarde viendo la tele y hablando con Núi. Y de pronto aparecí yo en la pantalla de la tele, muy de cerca, solo se me veía el sombrero de vaquero, la cara y el pecho con la estrella de sheriff, y tenía un aspecto muy distinto al de la vida real, y no me pareció nada bien. Parecía un verdadero chalado, como si tuviera brasas debajo del sombrero, y también se notaba que no estaba de buen humor, mosqueado, desconfiado. Y entonces pusieron el final de la entrevista, cuando expresaba mis sospechas de que Róbert podría haber sido devorado por un oso polar. Y como estaba mirando a la cámara, parecía que estaba advirtiendo a toda la nación sobre los osos polares. Y por eso me di un par de bofetadas, y di un puñetazo en la mesita del salón. Por suerte no enseñaron lo que había hecho con el bidón de aceite, y sentí un gran alivio. Pero ahora Birna estaba conectada en directo por teléfono con el estudio e insistía en que no se barajaba la hipótesis de que hubiera un oso polar rondando la Melrakkaslétta. Al menos no había ningún indicio de ello, y además, si alguien hubiera sido devorado por un oso polar, se habría encontrado algo más que sangre, por ejemplo ropa desgarrada o huesos rotos, lo que me pareció lógico. Y ahora me sentí todavía más imbécil, como el tonto del pueblo, y estaba convencido de que la isla entera se estaba burlando de mí. Me entraron ganas de romper la tele, pero de pronto salieron en pantalla otros vecinos de Raufarhöfn, porque al parecer el reportero y su cámara se habían colocado delante de la tienda para acechar a la gente. Elínborg dijo por ejemplo

que no podía ser casualidad que hubieran matado a Róbert allí arriba, junto a su Arctic Henge.

—¿Un ritual quizá? —sugirió, pero después no quiso explicar sus sospechas a pesar de que el reportero se lo pidió—. Lo decía por decir —añadió Elínborg mirando a la cámara.

También pararon a Halldór. Bajó la ventanilla de su camioneta y dijo que aquello era malísimo para Raufarhöfn porque toda esa cobertura negativa podía tener consecuencias terribles, para el turismo por ejemplo, que aquí arriba luchamos por sobrevivir, el gobierno nos dejó tirados después de que se introdujera el sistema de cuotas, y seguimos igual.

—Nos han dado por perdidos —añadió, pero después no dijo nada más, sostuvo la mirada al reportero sin mirar a la cámara.

En cuanto terminó la noticia, Núi me llamó por Messenger muerto de la risa, y como se reía tanto, a mí también me pareció un poco gracioso, y precisamente por eso era mi mejor amigo, así que no rompí la tele. Los amigos están para hacerse reír, y quien piense que Núi no era un buen amigo está muy equivocado.

Núi investigó un poco por internet para saber cómo había reaccionado la gente a lo del oso polar, pero no me lo leyó todo, lo noté perfectamente, aunque un par de personas creían que mis sospechas estaban justificadas, que no se podía descartar nada, que había que considerar todas las posibilidades, y por eso al final sentí que sí me habían tomado un poco en serio, y me gustó la sensación. Pero a pesar de todo decidí no volver a mencionar mis sospechas del oso polar, porque parecía que no tenía ningún sentido, y Núi estuvo de acuerdo.

8. Magga

Llegó el sábado. Eso significaba que iba a visitar al abuelo. La cita era fija, y era así desde que se llevaron al abuelo a la residencia de Húsavík, después de que yo le encontrara tirado sobre su propio pis en el suelo de la cocina. A las nueve sonaba la bocina delante de casa y yo me ponía el abrigo bonito. Dejaba el sombrero de vaquero, la estrella de sheriff y la pistola, porque en Húsavík no todos sabían quién era.

Mientras tanto la búsqueda de Róbert se había intensificado. Desde primera hora de la mañana se oía el ruido de los jeeps y los quads, pero parecía que ya no me necesitaban. Nadie había preguntado por mí. Salí de casa y me subí al pequeño Skoda enclenque de Magga, que siempre iba un poco inclinado cuando era ella quien conducía.

—¡Buenos días, joven estrella de la tele! —dijo, y no pude evitar reírme. Así que eso era lo que se sentía cuando eres famoso. Después Magga guardó silencio durante un par de minutos porque se concentró en poner el coche en marcha. Además, nos cruzamos con tres vehículos del servicio de emergencias, y Magga dijo—: ¡Menudo tráfico!

Siempre me sorprendía que consiguiera meter su grueso cuerpo tras el volante. Conducir no era su fuerte. Hasta que no dejamos atrás Raufarhöfn y la carretera era una línea recta a través del paisaje no se relajó y empezó a parlotear sin cesar. Parecía que hubiera estado esperando toda la semana para decir lo que pensaba. Ahora estaba repasando el telediario y todo lo que había visto por la ventana de su casa esa mañana. «El figoneo del servicio de emergencias», como ella lo llamaba. Siempre tenía tema de conversación, siempre estaba preocupada por algo. Y yo no tenía ni que contestar. Eso estaba bien. A veces no decía ni una sola palabra en todo el trayecto, simplemente me sentaba allí y escuchaba; o ni siquiera eso, miraba por la ventana, pensaba en el abuelo, o veía animales a los que observar o cazar. Un cazador tiene buen ojo para esas situaciones. En la Melrakkaslétta había zorros árticos y gansos, halcones y perdices. Una vez, pero solo una vez, vi un búho nival.

—¿No te parece? —preguntó Magga, sacándome de mi ensimismamiento—. Al fin y al cabo eres cazador y sabes de lo que hablas. ¡Ese tipo de sospechas habría que investigarlas! Si de verdad hay un oso polar por ahí, es peligroso, imposible no es, ¿no?

Me encogí de hombros sin decir nada.

—Lo hiciste genial en el telediario de ayer. —Magga dio un pequeño bandazo en la carretera, así que me agarré al asiento—. ¿Viste algo allí arriba? ¿Encontraste huellas en la nieve?

—Puede ser —contesté—. Ya han llegado osos polares a Islandia muchas otras veces. Una vez a los fiordos occidentales, al norte de Hornstrandir. Unos pescadores vieron al oso nadando y lo ahorcaron con un cabo amarrado a la proa. No hicieron más que tirar un poco hacia arriba. Así.

Hice el gesto con las manos.

—Pobre animal —suspiró Magga.

—Dispararon a un oso polar en Fljótum, en Skagafjörður, a otro en Grímsey, y a otro más hace poco en Hvalnes, junto al Skaga.

—Ya me acuerdo.

—Sabes nadar.

—Sí, sobre el hielo flotante.

—No —repuse—. A veces llegan nadando desde Groenlandia. Y no siempre hay hielo flotante.

—No puede ser, es demasiada distancia.

—¡Qué va! ¡Son capaces de nadar trescientos kilómetros o más! Y de Groenlandia a los fiordos occidentales hay trescientos kilómetros. Hasta aquí, unos cien kilómetros más. Así que...

—Estás exagerando, *Kalmann minn*. ¿Cuatrocientos kilómetros? ¿A nado?

—Podría ser, por ejemplo si paran a descansar en los fiordos occidentales. —Estaba acostumbrado a que no me creyeran. No pasaba nada.

—Bueno —dijo Magga—, si hay un oso por la zona, seguro que tiene hambre, da igual si ha venido nadando, flotando en un iceberg o en un avión de Easyjet.

Me pareció divertido y me reí. A veces Magga era muy graciosa. Ella también se rió, me miró, y el coche acabó en el carril contrario. Así que dejé de reírme, Magga volvió a mirar hacia la carretera, dio un volantazo, y guardó silencio durante un rato. Miré concentrado por la ventanilla, como si intentara avistar un oso polar.

—¿Crees que un oso polar de esos podría devorar a una persona entera, piel y huesos incluidos, hasta que no quedara nada? —me preguntó Magga.

—Hum —fue el único sonido que hice, aunque sabía la respuesta.

—Deberíamos cambiar de tema —propuso Magga, pero no dijo nada.

Venía un coche de frente, así que Magga redujo muchísimo la velocidad hasta que nos cruzamos con él, a pesar de que la carretera era lo bastante ancha para los dos vehículos.

—Dagbjört —constató Magga con sorpresa.

Me volví asombrado y seguí el coche con la vista. Magga tenía razón. Era un Kia Picanto rojo, pero Dagbjört conducía a muchísima velocidad, así que pronto desapareció en el horizonte.

—Pobre Dagbjört. Primero su madre y ahora su padre. Y si perdemos la cuota de Raufarhöfn, desaparecerán los últimos puestos de trabajo, entonces no habrá suficientes niños, y cerrará el colegio, y Dagbjört lo perderá todo. También su trabajo. —Magga hizo una pausa reflexiva—. Pero puede que Róbert siga vivo. Igual solo está herido y..., no. No es realista, con tanta sangre... Dicen que nadie sobrevive después de perder tanta. Pero igual es un malentendido. Esas cosas pasan. Como el verano pasado, cuando los servicios de emergencias buscaron a un turista desaparecido, ¿te acuerdas? ¿Dónde fue?

—En el cañón de Eldgjá.

—Eso es, Kalmann. ¡Siempre te acuerdas de dónde pasaron las cosas exactamente!

Asentí. Magga se rió inclinándose un poco hacia delante, como si quisiera abrazar el volante.

—Buscaron y buscaron. Y en la búsqueda participó el propio turista, que era una mujer, ¡cómo no! Y no tenía ni idea de que la buscaban a ella, y por eso no creo que sea

bueno que traigamos tantos turistas a Islandia, porque al final todo el trabajo recae en nosotros, y los turistas son idiotas y se ponen en peligro constantemente, y si tenemos que salvarles, también corremos peligro nosotros, ¿no? Pero el gobierno de Reikiavik no tiene que hacerlo en persona, y por eso atraen cada vez a más gente a Islandia, no solo turistas, también refugiados, lo dicen en la tele, pero nosotros no estamos mucho mejor que ellos. ¡Ni siquiera tenemos dinero suficiente para salvar a los pueblos pesqueros de la quiebra! Nos dejan tirados aquí arriba, creen que podemos vivir del aire puro y de las vistas. ¿De qué narices vamos a vivir si nos quitan las cuotas?

Me miró como si esperara una respuesta. En realidad, solo quería que asintiera. Así que asentí, aunque la mayor parte de lo que decía no era verdad.

—No creo que Róbert esté participando en su propia búsqueda —dije.

—¡Claro que no! —exclamó Magga—. Pero puede que sea un malentendido. Igual se hizo daño, y un turista lo llevó a Akureyri, y no se ha enterado de que... No. Eso tampoco puede ser.

Magga pisó el acelerador pero enseguida levantó el pie del pedal. Conducía así durante todo el trayecto. Acelerar, levantar el pie del pedal, acelerar.

—Róbert ya no está —dijo—. O se lo ha comido un oso polar, o puede que alguien lo haya convertido en comida para peces.

Asentí.

—Comida para peces —dije, y Magga suspiró.

Solo hicimos dos paradas breves de camino a Húsavík. Una en la Melrakkaslétta en medio de la nada. Como yo necesitaba hacer pis urgentemente, Magga detuvo el Skoda en el arcén. Y como no se veían más coches en kilómetros a la redonda, Magga también se bajó, se acuclilló al borde de la carretera y meó sobre el arbusto de murtilla. Pero yo acabé antes que ella y se echó a reír:

—¡No mires!

No miré. La segunda parada fue en Kópasker, donde me compré una cocaola y Magga charló un rato con Gummi, al que siempre le apetecía hablar.

En Húsavík, Magga me dejó junto a la gasolinera. En realidad quería llevarme hasta la residencia, pero tenía que poner gasolina, así que me ofrecí a ir andando. Al fin y al cabo ya no era un niño. Magga accedió a regañadientes, pero prometió recogerme en la residencia a las dos.

Rodeé a hurtadillas el edificio de la gasolinera y esperé junto a los contenedores de basura a que Magga terminara. Tardó bastante, porque estuvo pulsando los botones de la máquina de autoservicio, parecía que la máquina no aceptaba su tarjeta, y después se peleó un rato con la tapa del depósito.

¡Las mujeres y los coches! ¿Por qué ella sí podía conducir pero yo no? ¿Que alguien me lo explique! El examen teórico era excesivo. Aquí arriba ni siquiera teníamos semáforos, tampoco autopistas ni rotondas, solo carreteras, algunas asfaltadas con límite de velocidad de noventa, y otras no asfaltadas con límite de ochenta, eso lo sabía de sobra, era la ley, y en el pueblo no se podía conducir a más de cincuenta. A veces treinta. Dependía de si había niños o un colegio cerca. Además el límite de velocidad siempre estaba escrito, y yo sabía leer. Así que ni siquiera había que acordarse. Sí había que saber que era obligatorio ponerse el cinturón y encender las luces, es la ley, y Magga no hacía

ninguna de las dos cosas. Pero a mí no me dejaban. En realidad, ya había conducido un coche, a los dieciocho. Y todos los implicados sobrevivieron al viaje. Había un baile en Kópasker y tenía que ir, porque mi primo Draupnir de Reykir estaba de visita y no aceptaba un no por respuesta. Pero enseguida todos excepto yo se emborracharon tanto que no se tenían en pie. Así que no tuve más remedio que llevar en el coche a mi primo y otro par de chicos para poder irme yo a casa. No habría hecho falta que me convencieran, hacía tiempo que quería irme porque me había enamorado en secreto de una chica que después se enrolló con un tío de Húsavík. Los chicos me prometieron que no tenía de qué preocuparme, que como no tenía carné de conducir, no podían quitármelo. Sonaba lógico, y además en aquel momento ya me daba todo igual.

En realidad no me gustaba ir a fiestas, porque no bebía alcohol ni bailaba, pero la mayoría de la gente bebía y bailaba, y después de un rato perdían el control. Entonces les gustaba hablar conmigo, aunque solo fuera de tonterías, pero por lo menos eran majos conmigo, y yo también me divertía. Decían que se alegraban de tener a alguien como yo en Raufarhöfn, alguien que cuidara un poco del pueblucho y le diera carácter y personalidad. Decían que aquí arriba todo el mundo era bienvenido, yo por descontado, excepto los musulmanes, porque las religiones no podían mezclarse. Que así era la naturaleza de las personas. Y eso me convencía, pero la mayoría de la gente que opinaba así no iban a la iglesia ni nada, y por eso me preguntaba si creían aunque fuera en alguna religión. Simplemente estaban borrachos y decían tonterías y no pensaban así. Pero yo les escuchaba. No podía hacer otra cosa. Me gritaban al oído porque cuando estaban borrachos no oían bien. A veces se me colgaban del cuello, se agarraban a mí, decían que era un buen hombre, una roca, y que no dejara que nadie me llamara mongolo, aunque nadie me llamaba así porque no es lo que soy. Simplemente soy distinto. Pero el abuelo me dijo una vez que todos somos distintos a nuestra manera, y que por eso yo era completamente normal. Los borrachos de la fiesta decían que podía contar con ellos si alguien se burlaba de mí, pero yo sabía que a la mañana siguiente ya se habrían olvidado, porque cuando te emborrachas no eres quien eres en realidad. Decían que preferían tener por aquí a alguien como yo que a un moro que se volara por los aires. Que no había más que encender la tele para ver la relación.

—¡París! ¡Muchos musulmanes! ¡Bum! ¿Lo entiendes? ¡Raufarhöfn! ¡No hay musulmanes! ¡No hay bum!

Y era verdad, en eso los borrachos tenían razón. Pero yo sabía por Nói que en Reikiavik también había musulmanes y al parecer no había ningún problema, porque hasta el momento nadie se ha volado por los aires ni ha atropellado a una multitud ni ha apuñalado a nadie. Y eso que los musulmanes de Reikiavik habrían tenido sus motivos: querían construir un templo musulmán, pero entonces un par de islandeses tiraron cabezas de cerdo en el terreno donde iba a construirse. Igual es que los musulmanes son vegetarianos, y por eso no gustan en el nordeste, porque aquí arriba nadie es vegetariano. O por lo menos yo no conozco a ninguno. Bueno, no, no es verdad. Conozco a una: Dagbjört es vegetariana. Lo sé porque hace un par de años consiguió que en el restaurante del hotel de su padre también hubiera un plato vegetariano en la carta: risotto de setas. Y una vez que ella estaba ayudando en el restaurante como de costumbre, me sirvió el risotto gratis y me dijo que tenía que probarlo para decirle si

estaba rico, y le hice caso, pero rallé mucho queso por encima. La verdad es que estaba riquísimo, incluso rebañé el plato, y Dagbjört se puso tan contenta que levantó el puño y dijo «Yes!». Y por eso nunca le he dicho que sigo prefiriendo las hamburguesas, y por eso esperé detrás de la gasolinera, al lado de los contenedores, hasta que Magga llenó por fin el depósito de su carraca y se marchó. Entonces entré y le pedí a Sölvar una hamburguesa con patatas y salsa rosa por mil ochocientas cuarenta y cinco coronas, aunque todavía eran las once, pero daba igual, porque en la residencia comían a las doce y media y normalmente la comida no me gustaba mucho. El puré de patatas sí, y la salsa muchas veces también, pero las zanahorias, el brócoli y la coliflor no tanto. ¡Es que no soy un conejo!

Pero no tuve suerte. La única mesa que estaba ocupada era la mía. Siempre me sentaba en esa mesa. Estaba pegada a la pared debajo del mapa de Islandia. Por eso nunca me había sentado en ninguna otra mesa. Sölvar también se había dado cuenta, pero simplemente me miró cansado y se secó las manos en el delantal. Igual estaba pensando en cómo ayudarme, pero entonces se encogió de hombros y desapareció en la cocina. Seguro que estaba de mal humor. Así que me quedé ahí plantado mirando hacia mi mesa. Eran turistas. Una pareja joven. Un hombre de barba rala y una mujer delgada con trenzas y un pañuelo en la cabeza, pero no eran musulmanes. Hasta yo me daba cuenta. Tenían las mochilas en el suelo, apoyadas en la pared. Llevaban botas de senderismo y hablaban en un idioma extranjero. Puede que francés. O turco. Me acerqué un poco a ellos, les di la espalda, y me quedé allí. Esperé. Dejaron de hablar. Sentí sus miradas en la espalda. Después fui a la mesa de al lado, apoyé los puños, y les miré. Seguían sin darse cuenta de que se habían sentado en mi mesa. ¡Por eso estaba más a gusto en Raufarhöfn! ¡Era un ejemplo perfecto! En Raufarhöfn todo el mundo sabía quién era y en qué silla me sentaba. Y no pasaba nada.

La pareja intercambió una mirada, después el joven me miró interrogante. Suspiré con fuerza, pero siguieron sentados sin entender nada. Pasé muy cerca de ellos hacia la siguiente mesa e hice lo mismo, apoyé los puños y volví a mirar a esos turistas desvergonzados. Hablaron entre ellos, la mujer se estaba poniendo nerviosa. ¿Qué era lo que no entendían?

—¡Kalmann! —Sölvar llevaba una bolsa de patatas fritas congeladas debajo del brazo, y me hizo señas con la mano libre—. ¿No te importaría sentarte en otra mesa por una sola vez? Mira, están todas libres. ¡Absolutamente todas!

¿Cómo se podía ser tan tonto? Sölvar me conocía, pero no era mi amigo. Y al parecer era corto de entendederas. Yo veía perfectamente que todas las demás mesas estaban libres. Tenía ojos en la cara. No me moví del sitio.

—¡Pero esa es mi mesa! —le expliqué, alto y claro, para que entendiera de qué iba la cosa.

—Esa no es tu mesa —replicó Sölvar—. Esa mesa es mía. Todas las mesas son mías. Y hoy puedes sentarte en otra. ¡De nada!

Me froté la cara. ¡Hay días en los que es mejor no levantarse de la cama! Por desgracia lo que decía Sölvar era verdad, pero esa no era la cuestión. ¡El cliente siempre tiene la razón! ¡Esa era la cuestión! Él debía saberlo mejor que nadie. Así que señalé a la pareja de turistas con el dedo.

—¡Pero la mesa tampoco es suya! ¡Siempre me siento ahí! Es mi mesa. ¡En la mesa del mapa de Islandia me siento yo! ¡Y lo sabes! Lo sabe todo el mundo. ¡Es así y no hay más!

—¡No hay quien te aguante! —gritó Sölvar, tiró la bolsa de patatas fritas encima de la barra y gesticuló con las manos—. ¿No querrás que les pida a los turistas que se cambien de mesa?

—¡Sí! —exclamé, y Sölvar suspiró mirando al techo.

—*Sorry, can you please sit at another table? My buddy here is special, you know...* —dijo.

—*Why?* —preguntó el hombre.

—¡Esa es mi mesa! —dije con fuerza.

—*It's not his...* —Sölvar se tiró de los pelos—. *Just sit at another table, yes? Please! Sorry.*

—*Sure, whatever* —dijo el tozudo turista mosqueado.

La mujer ya estaba de pie. Dijo algo, y él también se levantó. Las mujeres suelen ser las que llevan los pantalones. Es así. Recogieron sus cosas y se cambiaron de mesa, eligieron la que más lejos estaba de la mía. Les seguí con la mirada, furioso.

—*This is my table* —murmuré, y me senté en mi mesa. Algo así le estropea el día a cualquiera. Podría pensarse que es una regla muy sencilla, pero ¡la gente es de lo que no hay! Estaba enfadadísimo, estiré el cuello y les grité a los turistas—: *This is my table!*

—¡Kalmann! —rugió Sölvar—. ¡Cierra el pico! ¡Ya tienes tu mesa! No estás precisamente en posición de exigir nada. ¡Tu maldito tiburón apesta hasta aquí!

Quise defenderme, pero no parecía que Sölvar estuviera para bromas ese día, y yo quería que me preparara una hamburguesa con patatas. Así que cerré el pico. Pero estaba tan enfadado que pegué un par de golpes con los puños en la mesa que hicieron chillar a la joven turista.

Mujeres.

Cuando Sölvar me sirvió por fin la hamburguesa ya me había tranquilizado un poco, casi hasta le di las gracias, y con el primer bocado el enfado desapareció, porque igual era solo que tenía hambre, pero es que era mi mesa. Y seguiría siéndolo.

Normalmente comía solo. Aparte de Sölvar, allí no me conocía nadie, pero él estaba ocupado o fingía estarlo, y además seguía teniendo cara de ofendido y seguramente no tenía ganas de hablar conmigo. Los turistas estudiaban sus guías y me pregunté si habrían pedido algo o solo se habían sentado en la gasolinera para matar el tiempo. Así que me perdí en mis pensamientos.

Pensé en varias cosas. Pensé en el baile de Kópasker, cuando llevé de vuelta en coche a Raufarhöfn a los borrachos, un coche lleno de borrachos. Durante los primeros kilómetros gritaron y alborotaron, pero después se callaron de repente y se quedaron dormidos, de pronto se hizo el silencio en el coche, y era agradable conducir. Al menos por un momento, rodeado por hombres que roncaban y apestaban, me sentí como un joven normal y corriente. Al dejarlos en casa rocé el coche contra una boca de incendios que no vi, pero nadie se dio cuenta, así que no pasó nada.

Me gustaría tener coche. Sería un Toyota Land Cruiser. Así podría atravesar la Melrakkaslétta a toda pastilla para cazar perdices y zorros árticos. Y en invierno podría ir sin problemas por las carreteras nevadas hasta Húsavík a visitar al abuelo aunque no hubiera pasado la quitanieves. Porque entonces ya no dependería de Magga y no tendría que esconderme detrás de la gasolinera. Eso estaría genial.

9. Abuelo

Me comí hasta la última miga y salí de la cafetería de la gasolinera sin despedirme de Sölvar, que de todos modos había vuelto a desaparecer en la cocina. Los dos turistas me siguieron con la mirada, incluso sonreían, pero les ignoré.

Fuera hacía sol. La verdad es que era un día precioso. Primavera. En Húsavík ya solo quedaba nieve a la sombra de las casas, pesada y sucia. Quería subir por la misma calle hacia la residencia, pero vi el coche de Magga delante de la tienda, así que di un rodeo.

En la residencia me conocían, no tenía que avisar de que iba ni nada, por eso entré directamente en el edificio, como siempre. También sabía dónde estaba la habitación del abuelo. Pero no estaba allí, ni en el baño.

—¡Ah, Kalmann, saludos, jovencito! —exclamó Kolbeinn cuando salí del cuarto—. ¿Vienes a visitar a tu abuelo? ¡Qué detalle! —Kolbeinn arrastró los pies hacia mí con la mano extendida—. Me has pillado de milagro, justo tengo que ir a la constructora. He visto a tu abuelo en el pasillo de la capilla.

Asentí y le di la mano. Kolbeinn ya no estaba muy bien de la cabeza, al parecer creía que todavía era el encargado de algo. En realidad ocupaba el cuarto contiguo al del abuelo. Pero yo no sabía de qué solía encargarse antes. Puede que fuera carpintero. A veces saludaba a los residentes durante la comida y les preguntaba cómo se encontraban mientras comprobaba las sillas, las meneaba y prometía reparar alguna que otra en cuanto pudiera, aunque nunca lo hacía.

—Genial —dije, dejé a Kolbeinn allí y fui al pasillo de la capilla.

Todos los pasillos y las secciones del edificio tenían nombre. Por ejemplo estaba el pasillo principal, que nacía en la entrada principal, el pasillo del puerto y la sala Garðar. Mi abuelo vivía en el pasillo Náttfari. Pero efectivamente estaba sentado en una silla en el pasillo de la capilla, tal como había dicho Kolbeinn; puede que todavía no estuviera del todo gagá. El abuelo iba muy bien vestido, camisa blanca, pantalones negros, mullidas pantuflas rojas, y miraba por la ventana sin más. Tenía la barbilla levantada y la boca tensa, como si tuviera algo atragantado. Tenía el pelo aún más gris que la última vez que le había visitado, hacía una semana exacta.

El abuelo me miró confuso cuando acerqué una silla y me senté a su lado.

—Hola, abuelo —dije—. ¿Qué tal estás?

No hubo respuesta.

—¿Tienes sed?

El abuelo gruñó.

—¿Te apetece una cocacola?

—No —contestó.

Me levanté y me acerqué a la máquina de bebidas del pasillo principal, compré una lata de cocacola y volví con ella donde el abuelo. Seguía sin tener sed, así que me la bebí

yo.

—Parece que Róbert está muerto —dije. El abuelo me miró con el ceño fruncido—. Ya sabes, Róbert McKenzie, nuestro rey. Aunque en realidad no se apellida McKenzie, me lo ha dicho Óttar. ¿Lo sabías? Róbert se inventó su propio apellido. Le enseñé a la policía el sitio donde encontré sangre en la nieve, al lado del Arctic Henge. Era suya. Y encima había bastante.

—¡McKenzie! —exclamó de pronto el abuelo—. ¡Se lo tenía merecido!

Me miró tan furioso que nadie habría podido sostenerle la mirada.

—Bueno —dije, aparté la vista y proseguí con una voz que no parecía en absoluto la mía—: Todavía no le han encontrado. No saben qué le ha pasado. Siguen buscándole ahora que la nieve se irá pronto, pero no han encontrado huellas. Solo saben que ya no le encontrarán vivo. Eso está claro. Así que no pasa nada.

—¡Se lo tenía merecido, el muy cabrón! ¡A la mierda!

El abuelo seguía con los ojos clavados en mí. Tenía una mirada asesina y petrificada. Ya la conocía de otras veces. A veces no se parecía en nada al abuelo que había sido.

—¡Ese demonio, ese maldito sinvergüenza! ¡Vete al infierno, cabrón! —El abuelo se puso completamente rojo. Temblaba y los ojos le empezaron a lagrimear. ¿Se refería a mí? Me dio mucho miedo, así que me miré las manos en el regazo. Estaban completamente blancas.

Una cuidadora pasó a nuestro lado y debió de darse cuenta de que pasaba algo, porque me preguntó si pasaba algo. Me entraron ganas de llorar. Sí que pasaba algo. ¡El abuelo ya no era el abuelo! Estaba tan enfadado que me daba miedo.

—Ven, Kalmann —dijo la mujer, no la conocía muy bien pero la había visto varias veces por allí—. Tu abuelo no lo dice en serio. A veces las personas en su situación se enfadan muchísimo por motivos inexplicables. Pero no lo dice en serio. ¡Seguro!

Asentí triste y la seguí, incluso dejé que me cogiera de la mano, porque con las mujeres a veces hago una excepción. Además no veía casi nada, estaba todo borroso.

La cuidadora me llevó a la sala de descanso de los empleados.

—¿Quieres un trozo de tarta?

Asentí y me sequé las lágrimas.

—Ven, todavía nos queda un poco de ayer. Pero... —Se llevó el dedo a los labios e hizo —: Chis, no se lo cuentes a nadie. La comida es dentro de media hora.

La mujer se sentó un poco conmigo y se bebió un café, me preguntó qué tiempo hacía en Raufarhöfn y si ya habían encontrado al hotelero desaparecido, pero se miraba constantemente el reloj de la muñeca. Al parecer no había visto el telediario y por eso no sabía que ese día yo era famoso. Se terminó el café enseguida. Seguramente no estaba muy caliente. Se disculpó y me dejó solo en la sala de descanso.

Pensé en Magga. En otras cosas que había dicho durante el largo viaje en coche. Algo sobre especular con las cuotas. Ya sabía a qué se refería. El abuelo me lo había explicado cuando todavía era él. Le enfadaba que se especulara con las cuotas, seguramente porque era un rojo, y cuando le pedí que me explicara todo aquello, reflexionó un rato y después me lo explicó con un ejemplo buenísimo.

—En la tienda hay chuches, ¿verdad?

Asentí. Me gustaban muchísimo las chuches. Por eso tenía que ir todos los años al

dentista para que me taladrara agujeros. Eso no me gustaba nada.

—Vale, Kalli, ahora imagínate que todos pudieran coger chuches. Gratis. ¿Qué crees que pasaría?

Se me iluminaron los ojos.

—¡Me llevaría un saco lleno a casa! —contesté.

—Vale —dijo el abuelo—. ¿Y todos tus amigos?

—¡Ellos también! —respondí, aunque no tenía amigos de verdad.

El abuelo estaba satisfecho.

—Vale. ¿Y entonces?

No tardé mucho en darme cuenta de que las chuches se acabarían enseguida.

—Eso es. Las chuches se agotarían enseguida. Eso es exactamente lo que pasó con el pescado en el mar. Los pescadores pescaron tanto como pudieron hasta que llegó un punto que no quedaron peces. Pero entonces el Estado impuso una cuota de pesca, eso significaba que cada pescador ya solo podía pescar una cantidad determinada de pescado, como si dijéramos que cada niño solo puede coger tres chuches.

—¿Al día?

—Hum. Digamos que a la semana.

—¿Gratis?

—Sí, gratis.

—Vale —dije, me parecía justo.

—Sí, la verdad es que está bien —dijo el abuelo—. Está bien pensado. Pero ahora quien quiera puede vender su cuota. Digamos que prefieres las patatas fritas a las chuches, así que vendes tu cuota al chico de Heiðar...

—¡Gulli!

—A Gulli, al que le encantan las chuches, y te da diez mil coronas. Así puede llevarse seis chuches de la tienda para siempre.

—¿Diez mil coronas?

—Es bastante, ¿verdad? Con eso puedes comprarte un montón de patatas fritas o una bici nueva.

—¿Una bici nueva?

—Lo que sea, da igual. Pero Gulli tiene un plan. Lo que hace es comprar todas las cuotas hasta que nadie puede coger chuches de la tienda excepto él. Así que ahora es dueño de todas las cuotas. Y si alguien quiere chuches, tiene que comprárselas a él, y por mucho dinero además.

—Por suerte todos tenemos diez mil coronas.

—Hum —dijo el abuelo—. Pero entonces pasa algo terrible. Gulli se muda a Reikiavik. Y se lleva consigo todas las cuotas de chuches. Porque son suyas. Pero las chuches siguen en Raufarhöfn, solo que nadie puede cogerlas. Y ahora todos los tontos de Raufarhöfn os habéis quedado sin chuches. ¡No tenéis más que unas bicis nuevas que ni siquiera podéis utilizar en invierno!

Me ofendí. Me enfadé. Me pregunté qué opinaría la policía de todo eso. ¡Mira que largarse con las cuotas! Ya entendía que con el pescado pasaba algo parecido y que especular con las cuotas era injusto. Es más: en realidad los peces eran de todos los islandeses, como me explicó el abuelo una vez, pero solo unos pocos se enriquecían

gracias a ellos.

El abuelo siempre conseguía explicarme las cosas de manera que las entendiera. Antes. Ahora ya no. Y me habría interesado mucho saber qué pensaba el abuelo de la desaparición, y me costaba mucho imaginar qué habría dicho sobre el tema.

El abuelo ya no estaba donde antes, pero no tuve que buscarle mucho, me lo encontré en el baño, meando en el lavabo. Cuando me vio, gruñó molesto y cerró la puerta.

Después de un rato salió del baño arrastrando los pies y con el pantalón abierto. El cinturón casi se le había salido de las trabillas y le colgaba entre las piernas. Le ayudé a atarse los pantalones. Me dejó hacer. Pero no me atreví a mirarle a los ojos. Seguía molestándome un poco que hubiera sido tan malo conmigo, aunque no lo dijera en serio. Olía raro.

—¿Vuelves hoy a Keflavík? —me preguntó.

—¿Te refieres a Raufarhöfn? —le pregunté yo.

—¡No, Keflavík! —insistió, pero después perdió el interés.

Entonces sonó el gong y fuimos a comer, pero el abuelo no tenía hambre y apartó el plato enfurruñado. Yo solo me comí el puré de patatas, la salsa y la carne de cerdo, pero cuando llegó el turno de las verduras ya estaba lleno a reventar.

Compartíamos mesa con Lís, como de costumbre. La verdad es que no sé por qué siempre se sentaba con el abuelo. Y solía preguntarnos si el cuarto sitio de la mesa estaba libre, porque su amiga vendría a visitarla, pero hasta entonces su amiga no había venido nunca. Por eso el cuarto sitio siempre se quedaba vacío. Además Lís siempre iba vestida como para salir, con bolso, sombrero y todo. A veces se quedaba fuera, junto a la entrada, y nos contaba que estaba esperando el autobús, pero no había ninguna parada junto a la residencia. La gente que vivía allí estaba gagá de verdad. Así que el abuelo estaba en buena compañía.

De postre había tarta de zanahoria. Estaba rica. También me comí el trozo del abuelo, hasta que me encontré mal y no pude dar ni un bocado más.

—Mi hija se tiró ayer por la ventana —dijo Lís, y me sonrió, expectante. Siempre decía cosas así de raras, era mejor no contestarle.

—Está chalada —dijo el abuelo, y Lís se puso triste.

Cuando volvimos a la habitación, saqué mi cajita de plástico con el hákarl. Siempre llevaba conmigo una navaja pequeña. Estaba en su punto. Lo corté en cachitos mientras el abuelo me miraba, impaciente. Cuando terminé, cogió un poco y masticó, satisfecho.

—Se me van a saltar las lágrimas —suspiró.

Yo estaba orgullísimo.

Llamaron, la puerta se abrió, entró una cuidadora, pero se detuvo bruscamente, como si hubiera chocado contra una pared invisible, dijo «¡No, gracias!», se dio media vuelta y salió huyendo del cuarto. Pero antes de cerrar la puerta tras ella, exclamó:

—¡Abrid la ventana, por el amor de Dios!

—¿Están picando? —preguntó el abuelo. ¡Y de repente había vuelto! No dudé. Cuando el abuelo volvía, había que aprovecharlo.

—He recibido cebo nuevo —le dije inmediatamente—. Pero lo dejaré un poco más en los bidones, y entonces picarán seguro, ¡ya verás! Igual salgo mañana con la barca, o pasado mañana, ya veremos.

El abuelo asentía y masticaba.

—¿Y Petra sigue en marcha?

Asentí.

—Le he cambiado el aceite. Sæmundur me ayudó.

El abuelo me miró fijamente.

—Se te da muy bien —dijo—. Siempre supe que lo harías bien.

Asentí y contuve una sonrisa. El abuelo me cogió de la mano y apretó tan fuerte que casi me hizo daño.

—Tu tiburón es exquisito. ¡El mejor tiburón de toda Islandia!

—¡No te burles de mí! —exclamé, y me eché a reír.

—¡Pues claro que no! Ya pueden ir haciendo las maletas los pescadores de tiburones de los fiordos occidentales.

¡Me sentí orgulloso! Pero no pude sentirme orgulloso mucho tiempo, porque el abuelo me pidió que le trajera un café, estaba cansado. Y no fui lo bastante rápido porque cuando volví ya estaba dormido, fue imposible despertarle, respiraba profundamente, roncaba un poco. Siguió durmiendo incluso cuando le di unas palmaditas en la mejilla. Enseguida me aburrí, y el café se enfrió, tampoco faltaba mucho para que Magga me recogiera, así que me despedí en voz baja, besé al abuelo en sus mejillas afiladas y en la frente, le di un largo abrazo y me marché.

Fuera me senté en un banco y esperé a que viniera Magga. No me sentía nada feliz, era como si tuviera un agujero dentro. Media hora después Magga dobló la curva a toda velocidad. Al parecer había subestimado la curva, y su tartana se inclinó de forma preocupante. Si hubiera pisado un poco más el acelerador, habría volcado, y habría acabado con su coche en el jardín de al lado. Pero se detuvo a trompicones y bastante cerca del banco. Recogí los pies. Enseguida me di cuenta de que Magga estaba de buen humor. El asiento trasero estaba lleno hasta los topes de bolsas, una de ellas para mí, lo sabía, siempre lo hacíamos así. Magga se había cortado el pelo, y para que me diera cuenta, se lo tocó cuidadosamente con las palmas de las manos, entonces yo comenté que se había cortado el pelo, y eso la hizo todavía más feliz. Magga iba a la peluquería muchas de las veces que íbamos a Húsavík, pero no siempre se notaba la diferencia. La primerísima vez, cuando naturalmente no me di cuenta a pesar de que el cambio era total, me explicó que siempre había que ser atento con las mujeres y decirles piropos, que eso les gustaba. Fue un buen consejo, porque yo quería una mujer pero hasta entonces no la había encontrado, y por eso agradecía cualquier pista. Era importante que lo hiciera todo bien, y por eso practicaba con ella, siempre era atento e intentaba darme cuenta cuando se cortaba el pelo. Era como un juego, y a veces, cuando no le decía nada, perdía puntos, como ella decía, aunque no llevábamos la cuenta. Pero si la hubiéramos llevado, tendría muchos puntos de ventaja. Así que esa vez Magga volvió a sonreír halagada y dijo que me daba diez puntos, después pisó con ganas el acelerador, pasó volando por encima de un badén que en realidad pretendía ralentizar el tráfico, de manera que casi despegamos, pero enseguida aterrizamos en la carretera, y lo notó sobre todo el parachoques delantero, aunque cuando salimos de Húsavík, Magga no pasó de los setenta kilómetros por hora porque nos encontramos con un par de coches de frente. No calló durante todo el trayecto hasta Raufarhöfn, y a veces ni siquiera la

escuchaba de verdad, pero presté atención cuando empezó a hablar de una pelea que al parecer había tenido lugar el fin de semana en Húsavík. Por lo visto, un rumano borracho estuvo rondando a varias mujeres en el Gamli Baukur, y toqueteó a una de ellas, entonces ella le dio una torta, y el rumano, al que la gente de Húsavík llamaba Trol, se puso furioso. Al parecer empujó a la mujer con tanta fuerza que cayó por encima de una mesa y se llevó consigo al suelo todos los vasos de vino y cerveza. Se hizo cortes feos en las manos, lo que dio como resultado una pelea entre islandeses y rumanos. Magga negó con la cabeza, indignada. Me contó que una vez se encontró con el tal Trol en la tienda y que le había dado mala impresión. Que los rumanos eran un problema porque no nos enviaban a los mejores ejemplares. No como los polacos, que, aunque la mayoría apenas hablaban islandés después de diez años aquí, por lo menos eran trabajadores, tanto las mujeres como los hombres. Y que si el tema de la inmigración seguía así, nos pasaría lo mismo que a los europeos, invadidos por las bandas de ladrones del Este.

Sabía por Nói que sobre todo los rumanos y los lituanos robaban cosas, pero que eran principalmente drogadictos los que entraban en las casas, o sea, islandeses, porque la adicción a las drogas no tiene nada que ver con la nacionalidad. Y se lo dije a Magga, aunque por lo general no hablaba mucho.

Magga me miró, estaba sorprendida, o bien porque había dicho algo, o bien porque creía que solo los rumanos causaban problemas. Sea como sea, me miró, y por eso dejó de mirar a la carretera, hasta que las ruedas invadieron el arcén y levantaron barro. Magga gritó asustada y dio un volantazo, pero al mismo tiempo aceleró, y yo, agarrado al asiento y apretando los dientes, pensé que igual había sido la última vez que veía al abuelo.

—¿Lituanos? —dijo—. Pero lo que tenemos nosotros en el pueblo son lituanos, ¿no? ¡Los del hotel son lituanos!

Era verdad. Y por eso asentí con empeño. Estaba sudando.

—¿Verdad? —insistió Magga, y volvió a mirarme.

—¡Sí, lituanos! —exclamé, y señalé la carretera, porque quería que Magga volviera a mirarla, y lo hizo.

—Pobre Róbert. Igual lo asesinaron los lituanos. —Hizo una pausa, hubo un breve silencio, y después añadió con un suspiro—: Crimen organizado. En Raufarhöfn. Ya no estamos seguros en ningún lado. Tendremos que llegar al Polo Norte para estar a salvo.

—Allí hay osos polares —le recordé, y Magga se rió y dijo que dejara ya el tema de los osos, que al final vendrían de verdad. Después me habló de Róbert, que de joven era muy guapo, un auténtico donjuán del que se enamoraron muchas mujeres, un solterón, joven y con éxito, que incluso vivió siete u ocho años en un país exótico e hizo fortuna con una piscifactoría en Brasil.

—Acuicultura —me explicó Magga—. Cría de peces, es una idea genial. Así ya no hay que salir a pescar. ¡Ya los tienes en la red!

—Pero a cambio hay que alimentarlos —dije.

—A pesar de todo es mucho más fácil —dijo Magga.

—Los peces grandes comen peces pequeños —dije. Lo sabía por el abuelo—. Así que de todos modos hay que salir a pescar.

Pero Magga simplemente negó con la cabeza y se puso como triste, dijo que el pobre

Róbert había trabajado demasiado y había sufrido mucho estrés por lo de las cuotas, el hotel y el desastre económico del Arctic Henge. Además la crisis financiera le había afectado mucho. Y se le notaba. Había cambiado mucho en los últimos años, había empezado a beber demasiado, pero no quería ni saber, ni siquiera imaginarse, el aspecto que tendría ahora que estaba muerto. Magga ahuyentó la idea sacudiendo la cabeza y me preguntó cómo estaba el abuelo, y yo le conté que le había llevado tiburón y que entonces habíamos estado hablado un rato y...

—¡Qué bien! ¡Qué buena idea! —exclamó Magga, y me explicó que los recuerdos también están vinculados a los olores y no sé qué, en realidad ya no estaba escuchando porque estaba pensando en el abuelo y en lo que había dicho, intenté acordarme con detalle porque realmente no sabía si sobreviviría a ese viaje en coche.

«¡Tu tiburón es el mejor de toda Islandia!»

Magga estaba como alterada. Y eso que un momento antes estaba triste. Ahora estaba de tan buen humor como si le hubiera tocado la lotería. A ratos se arrastraba a sesenta por hora, a ratos volaba a cien por hora, dependía de lo que estuviera pensando, se transmitía a su pie derecho, y por eso tuvo que preguntarme dos veces si todavía me quedaba un poco.

—¿De qué?

—¡Tiburón!

Sí, todavía tenía. Y cuando me dejó delante de mi casita, estaba tan contento por haber sobrevivido que le regalé la cajita entera con el tiburón fermentado que quedaba, y Magga me lo agradeció muchísimo, me dijo que iría directamente a casa a disfrutar de un buen trozo acompañado de un trago de Brennivín, y se marchó contenta a toda velocidad. En ese momento me di cuenta de que Elínborg abría las cortinas, primero seguía a Magga con la mirada y después la clavaba en mí.

Entré en casa y me tumbé en el sofá, estaba agotado, encendí la tele y eché un sueñecito.

Me despertó Nói, bueno, me despertó mi portátil sonando cuando Nói me llamó por Messenger.

—Mr. N! —bostecé.

—Olvídate del Ollaexprés —dijo Nói, y cogió la lata de Redbull que se veía en la imagen, se la acabó, aplastó la lata haciendo un esfuerzo y la tiró a la papelera que debía de tener al lado. Sonó como si ya hubiera varias latas dentro.

Naturalmente yo sabía desde hacía tiempo que no era Ollaexprés quien había asesinado a Róbert. Esas cosas se notan, pero no quería aguarle la fiesta a Nói.

—¿Por qué? —pregunté haciéndome el inocente.

—No pudo ser él —contestó Nói.

—Pero ¿por qué?

—Tiene una coartada perfecta.

—¿Una coartada?

—¡Cien por cien! Al principio creía que iba por buen camino. ¿Sabías que ya no puede salir a navegar porque tiene problemas mentales?

—¿En serio? —No lo sabía.

—Es un cabrón enfermo. En su última campaña, casi mató de una paliza al

maquinista.

—Ah, es por esa historia de marras —dije, porque conocía la historia, pero no sabía que por eso Óttar ya no podía trabajar a bordo de un barco. Y tampoco es que le hubiera dado una paliza de muerte al maquinista, que era su cuñado, solo le había dado unos cuantos empujones. Pero después el cuñado se divorció y se mudó, así que no pasaba nada.

—Al parecer el maquinista se quejó de la sopa —dijo Núi, y lanzó una carcajada, se llevó las manos a la tripa y supuse que estaría echando la cabeza hacia atrás, pero no podía verlo. Entonces Núi empezó a toser, y tosió y tosió, una tos seca y cavernosa que me hacía daño en los oídos, y casi le vi la cara porque se inclinó hacia delante, pero entonces pasaron dos cosas casi al mismo tiempo: al fondo se vio que la puerta de su cuarto se abría, y la conexión se cortó.

Veinte minutos después Núi volvió a llamarme.

—Publicó varios comentarios en Facebook, más o menos cuando desapareció el hotelero. Se pasó unas tres horas enfadado y dejó treinta y cinco comentarios en un muro.

Núi sonaba completamente distinto. Tenía la voz apagada, como si le doliera la garganta. Y la lengua de trapo, como a los borrachos.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

—Pues claro —dijo Núi, y calló durante un rato.

—¿De qué iba eso de Facebook?

—La verdad es que tengo que darle la razón —balbuceó Núi, sentado sin moverse—. Todo ese rollo feminista es exagerado. El Ollaexprés se enfrentó a unas tres mujeres que iban a por él, pero se defendió muy hábilmente hasta que las mujeres dejaron de contestarle, pero es que, venga, es verdad, los hombres trabajamos más duro y durante más tiempo. Desde hace siglos. ¿Y de repente las mujeres quieren ganar tanto como nosotros? Vamos por pasos, nena. Primero coge un martillo y construye una casa, ¡y después hablamos!

Me reí pero me avergoncé un poco y pensé en mi madre, que se mataba a currar. Yo sabía que Óttar trabajaba solo a media jornada en el restaurante. Por eso tenía tiempo de pasarse tres horas publicando comentarios en Facebook. Además había vuelto a beber. Gin tonics.

—Óttar ha vuelto a beber, como Róbert —dije—. Hace poco se preparó una copa.

—Tiene sentido —contestó Núi—. Sus comentarios en Facebook daban a entender que estaba borracho. Lo que me lleva a otra pista...

Núi hizo una pausa, una pausa larga, y yo contuve la respiración. Resoplaba de forma irregular. Algo le pasaba. Después la conversación volvió a cortarse. Diez minutos después regresó.

—*Who shot the sheriff?*

—¿Cómo?

—¿Es que no quieres saber qué pista he descubierto?

—¡Claro! —respondí, confundido.

Núi volvía a ser el de siempre.

—¿Y por qué no preguntas?

—¿Qué pista es?

—El dinero, la guita, la pasta. ¡Hay que seguir el dinero!

—Vale. Pero ¿adónde?

—¡No! —contestó Núi.

—¿No?

—No.

—Vale, pues no.

—De dónde.

—¿De dónde?

—*Efectiviwonder*. De dónde viene todo ese dinero.

—Me temo que yo tampoco lo sé —dije.

—Tenemos que seguir el rastro del dinero. El alcohol del bar. El Ollaexprés trabaja poco y es alcohólico. Eso cuesta dinero. No encaja. ¿Quién lo paga?

—Róbert —supuse, porque Róbert era realmente el único hombre rico de Raufarhöfn—. Son buenos amigos, desde siempre.

—¡Eso es! Róbert paga. Su amigo de la juventud. Su jefe. El hotelero paga. Tiene dinero. Pero ¿de dónde lo saca? Del hotel seguro que no. Casi no recibís turistas, aunque me encantaría que se fueran para allá, aquí tenemos demasiados.

—No, gracias —dije—. No me gustan nada los turistas. Luego van y se sientan en mi mesa.

—Eso es. Siempre igual.

—¡Que se vayan a la mierda!

—Kalmann, no te distraigas. El hotelero construyó también ese montón de piedras, el Arctic Henge.

—Pero solo a medias.

—Así que se le acabó el dinero.

—Correcto.

—¡Pero...! —Núi levantó el dedo índice—. ¿De dónde sale el dinero?

—La gente hizo donaciones. Y él hizo una fortuna con piscifactorías en Brasil.

—Anda, ¿fue él?

—Y también tiene una cuota de pesca.

—Interesante. Interesantísimo. Todo encaja. Los reyes de las cuotas son los bandidos más ricos del país. Pero ¿por qué no pudo terminar el Arctic Henge? ¿De verdad se le acabó el dinero?

—Buena pregunta.

—O aún mejor: ¿por qué se le acabó? Hay varias posibilidades. Primera: se arruinó con el Arctic Henge. Segunda: se arruinó con el hotel. Pero igual es lo que quería, un plan de deuda para pagar menos impuestos. Tercera: mujeres. Cuarta: alcohol...

—¿Mujeres? —Me estaba mareando.

—*Efectiviwonder*. Pero ahora te pregunto a ti... —Núi hizo otra pausa, se inclinó hacia delante y dijo—: ¿Qué fue primero, el dinero o el alcohol?

—¿Cómo?

—¿El huevo o la gallina?

—La gallina —me aventuré, porque un huevo no puede ponerse a sí mismo.

—Podría ser que el hotelero destilara alcohol. ¡O el Ollaexprés! ¡O la mafia lituana! Y el hotelero lo descubrió, quiso denunciarlos y lo pagó caro.

—Los lituanos son majísimos —dije sin pensar—. Sobre todo Nadja.

—¿Quién es Nadja?

—Trabaja en el hotel y está suuuperbuena.

Nói se incorporó un poco y empezó a teclear.

—¿Sabes cómo se apellida?

—No.

—Nadja... —Nói hizo un par de clics con el ratón—. ¡Nadja Staiva! Espera... Uau. ¡Está buenísima! ¡Ay, caramba! —Nói se movió en la silla—. ¿Y dices que es maja? ¡Cómo no me lo habías contado antes!

Un par de clics de ratón más tarde tenía en la pantalla imágenes de ella que Núi había encontrado en Facebook. Selfis con gafas de sol o con amigos, morritos dando un beso, junto a Gullfoss, junto a Geysir, junto al faro, de fiesta y en una ciudad, seguro que no era Reikiavik, seguramente era Lituania. Nunca la había visto tan maquillada, y en fotos era todavía más guapa. Pero entonces me di cuenta de que no había crecido en una granja. Núi estaba mosqueado.

—¡Pero si siempre te quejabas de que en Raufarhöfn no había tías!

—Lo que quería decir es que aquí no hay mujeres para mí, o sea, mujeres a mi alcance —me defendí—. O son demasiado mayores, o están demasiado buenas, como Nadja. Y además comprometidas.

—¡No jodas! —dijo Núi—. Menuda mierda, *bro*.

Asentí. Núi abrió una lata de Redbull mientras yo le hablaba de los lituanos.

—Hay otra lituana, pero también tiene novio. Son todos amigos.

—¡Seguro que lo hacen todos juntos! —supuso Núi, y bebió.

Asentí triste y pensé en Nadja. Cuando llegó a Raufarhöfn, me ignoraba. Hacía ya dos o tres años de eso. Pero desde que coincidí con los lituanos en el mar, Nadja siempre se había portado muy bien conmigo. De vez en cuando también me pedía consejo. Me preguntaba dónde buscar el pronóstico del tiempo para los marineros. Mareas, vientos, corrientes y así. También le hablé de una página web en la que se podía ver con mucho detalle dónde se encontraban todos los barcos del mundo, le pareció muy interesante y se puso muy contenta. Yo no sabía que a los lituanos les gustaba tanto ir en barco. Pero había muchísimas cosas sobre ellos que no sabía. Por ejemplo, que todos los lituanos sabían ruso. Me parecía alucinante. Si miras un mapamundi, ves lo grande que es Rusia. ¡Y Nadja podía hablar con todos sus habitantes! Pero en el mapamundi también se ve que Lituania está a orillas del mar Báltico, lo que explica su afición por navegar. Y me enteré de que a los lituanos les gusta cocinar sopas. Eso se notaba en el menú del hotel. Desde hacía poco también servían tortitas de patata. Me gustaban mucho, aunque prefería las patatas fritas con salsa rosa.

—Su novio se llama Darius —comprobó Núi—. Darius Ziolk..., Ziolk..., Ziolkovski. Vaya nombre más horrible. Ese tipo no me gusta nada. ¡Sus pintas ya son sospechosas! Es militar.

Núi seguía trasteando en Facebook. Me envió una foto de Darius con ropa de camuflaje sentado en un tanque, con el fusil sobre los muslos y haciendo la señal de la

victoria.

—Un asesino profesional —dijo Núi.

Sentí un escalofrío. Era demasiada información. Me resultaba desagradable saber que un asesino profesional trabajaba en el hotel y tenía una mujer seguramente demasiado buena para él, que además podría haber sido la mujer de mis sueños. Darius todavía no me había dicho ni hola. Eso sí que era sospechoso. Núi me dio la razón.

—¿Qué sabes de los otros dos? —me preguntó, y tuve que reconocer que no sabía nada de ellos. Había oído sus nombres, pero no los recordaba porque no eran islandeses, de todas formas Núi quería intentar investigar el asunto con ayuda de internet. Al menos podía describir su aspecto. La amiga de Nadja era un poco más gorda, pero tenía unos labios alucinantes y como un punto en la mejilla, una mancha. Pelo castaño largo...

—¡Toma ya! —exclamó Núi.

La había encontrado.

Su novio tenía el pelo corto y negro, la cabeza ancha, hombros anchos también y un tatuaje en el brazo, del que se veía la mitad porque normalmente iba en camiseta aunque hiciera frío. Sabía que todos fumaban, que hacían todo tipo de trabajos en el hotel, limpiar, hacer la colada, lavar platos, servir, pintar, arreglar averías, cambiar bombillas y sacar la basura. Lo hacían todo. Sabía que una vez a la semana se subían a un Subaru destartado e iban a Húsavík de compras. Sabía que mandaban dinero a su país, Nadja me lo contó una vez. Sabía que Nadja ahorraba dinero para comprarse una casa en Lituania.

Le conté todo eso a Núi, y él se reafirmó en su teoría de que había gato encerrado con los lituanos, de que necesitaban dinero, de que no pensaban quedarse en Islandia, y de que sabían cómo matar a alguien. Núi me pidió que estuviera atento y observara el comportamiento de los lituanos. ¿Estaban afectados? ¿De buen humor? ¿Preocupados? ¿Aliviados? ¿Qué opinaba Nadja de todo aquello? Núi me encargó que iniciara una conversación con ella, algo que me ponía muy nervioso, porque solía ser Nadja quien empezaba a hablarme. Y por eso esa noche tardé un buen rato en dormirme. Estuve mucho tiempo despierto en la cama mirando el reloj, hasta que dieron la una, la una y media, las dos. Las dos y media. Estaba alteradísimo, y eso que todavía no sabía que Magga estaba muerta en su cocina y también miraba fijamente el techo como yo.

10. El cadáver

Me pregunté de dónde salía esa luz extraña que había en el techo. Me acababa de despertar, y en esos momentos no siempre sabes dónde estás, quién eres o qué está pasando. Miré fijamente el techo observando cómo bailaba la luz extraña, como si el nivel del mar hubiera subido durante la noche y hubiera levantado la casa de sus cimientos. Como si flotara en mar abierto. Es la luz del sol que se refleja en las olas y centellea por la ventana. Se me ocurrían ideas tontas como esa. Cambio climático. Deshielo de los glaciares. Me acordé del abuelo, que a veces decía que Islandia flotaba en el mar, solo que nadie se había dado cuenta todavía. Hay una película en la que todos los glaciares se han derretido y el nivel del agua sube tanto que ya no hay tierra. Solo mar. El héroe es medio humano medio pez. Respira bajo el agua, pero sigue siendo atractivo, no como un pez. Eso se llama evolución. Y si alguien no cree en la evolución, es que es retrasado. Eso también lo decía Núi. No hay más que encender la tele para preguntarse si habría que seguir trayendo niños al mundo. Aunque los niños me gustan. Y antes sabía quién sería la madre de mis hijos: Dagbjört. Pero la vida no siempre sale como queremos. Eso también lo dice mi madre.

En ese medio segundo en el que te despiertas pero sigues dormido, a veces también piensas en sexo. Aunque ya no estaba enamorado de Dagbjört, no habría dicho que no si se me hubiera metido en la cama para hacer hijos. Son las brasas del amor. Arden toda la vida. Aunque el fuego se haya apagado, las brasas siguen encendidas bajo la ceniza. Eso decía Magga.

Y me quedé como atrapado en esa idea mientras la luz azul bailaba en el techo, yo seguía tumbado en la cama empalmadísimo, y poco a poco me fui dando cuenta de que había un coche de policía delante de casa. Los golpes en la puerta casi me tiraron de la cama, bajé la escalera a trompicones en calzoncillos, y abrí la puerta de un tirón. Entonces me desperté de verdad.

La comisaria de policía Birna me miró de arriba abajo, dijo «¡Vístete!», yo cerré la puerta, y en ese mismo momento me di cuenta de que tendría que haberla dejado abierta, porque Birna volvió a golpearla. Así que abrí enseguida otra vez y corrí escaleras arriba a vestirme. Después bajé tan rápido como pude, para que Birna se diera cuenta de que me lo tomaba en serio, aunque no tenía ni idea de qué quería de mí, y pensé que igual, en vez de abrir la puerta, tendría que haber fingido que no estaba en casa. Mientras tanto Birna había entrado y miraba a su alrededor. Ese día llevaba uniforme y el equipo completo, incluso un spray de pimienta y una porra en el cinturón. Del hombro le colgaba una pequeña radio de policía. Birna tenía gesto malhumorado, parecía cansada. Más mayor.

—¡Siéntate! —dijo, y señaló una silla junto a la mesa.

Me senté, ahora me arrepentía de verdad de haber abierto la puerta. Sentí calor en la

cabeza, seguro que estaba rojo. Birna se me puso delante con las manos apoyadas en el cinturón de la porra. Me miró durante mucho rato.

—¿Por qué sonríes? —me preguntó, y yo me encogí de hombros, intenté dejar de sonreír pero no lo conseguí—. ¿Esto te parece un juego? Coches de policía, luces azules, y por fin pasa algo en Raufarhöfn. Es eso, ¿no?

Volví a encogerme de hombros. Birna suspiró, bajó la vista al suelo, resopló con fuerza y sacudió la cabeza.

—Necesito un café —dijo, pero no como si me lo estuviera pidiendo a mí. Estaba hablando consigo misma.

—Magga está muerta —dijo de repente.

Abrí los ojos como platos. ¿Magga estaba muerta? ¿La Magga que yo conocía? ¿La que me había dejado en casa pocas horas antes? Birna volvió a mirarme y se inclinó hacia mí.

—Muerta. En la cocina. En el suelo. Con la cara azul. Muerta.

Puede que no fuera el momento apropiado para mi pregunta, pero me estaba costando pensar con claridad. Al fin y al cabo acababa de despertarme, y la comisaria de policía tenía la mirada clavada en mí, era desagradable, y ya me estaba oyendo a mí mismo decir:

—¿Y quién me va a llevar ahora a Húsavík? Es que Magga me lleva todos los sábados... —Cerré el pico. Pero Birna se quedó blanca.

—¿Magga te cae bien?

Me encogí de hombros.

—Normalmente sí. No siempre. Se porta bien conmigo. ¡Pero habla tanto que me pone la cabeza como un bombo!

—¿Y de qué hablasteis?

Miré a Birna horrorizado. El viaje de Raufarhöfn a Húsavík dura dos horas. O sea, cuatro horas ida y vuelta. Y Magga había hablado casi sin interrupción. ¿Tenía que resumirle las cuatro horas de conversación? ¡Y encima la mayor parte del tiempo ni siquiera había estado escuchando!

—No hay prisa —dijo Birna.

Ya no sonaba tan brusca, incluso se sentó enfrente de mí, al otro lado de la mesa. La miré de reojo y se me olvidó intentar recordar la conversación.

—¿Hablasteis del tiempo?

—No... ¡Sí! Puede ser.

—¿Hablasteis sobre tu abuelo?

Le agradecí mucho las sugerencias. Porque así recordé sobre qué habíamos hablado.

—¡Sí! —contesté, aliviado—. Sobre el abuelo y sobre lo de Róbert.

—Muy bien —dijo Birna con una sonrisa cansada—. ¿Sobre qué exactamente?

Me encogí de hombros. Mi cerebro todavía no se había despertado del todo.

—¿Magga estaba triste por que Róbert hubiera desaparecido?

—Un poco —respondí—. Puede que un poco. Dijo que Róbert antes era un hombre muy guapo y simpático. Un donjuán. Así que igual sí que estaba triste.

—¿Pero ya no le caía bien?

—Magga se queja siempre de todo y de todos —dije. Y entonces me acordé de otra

cosa—. ¡Magga había ido a la peluquería! Y se alegró cuando le di tiburón.

Birna frunció el ceño.

—¿Le diste hákarl?

Asentí.

—Siempre me llevo un poco cuando voy a visitar al abuelo.

—Ya lo he notado. Su casa huele como la tuya. —Birna arrugó la nariz y se quedó pensando—: ¿Por qué Róbert ya no le caía bien?

—¿Róbert? Creo que sí le caía bien. Es solo que estaba triste. Pero no le gustan sus empleados, los lituanos.

Birna suspiró y murmuró:

—Mi no entender.

—Eso decía. Que no le gustaban los lituanos ni los rumanos ni los negros ni los jóvenes ni los políticos ni los turistas ni el tiempo ni el tráfico.

Tenía la sensación de que estaba ayudando mucho.

—¿Qué te dijo cuando te dejó aquí ayer por la tarde?

—Me dio las gracias por el tiburón. Le gusta mi tiburón. Puede que sea el segundo mejor hákarl de toda Islandia.

—Te creo —dijo Birna.

La radio que llevaba colgada del hombro empezó a hacer ruidos, y después una voz preguntó por ella entre interferencias. Birna volvió la cabeza hacia la radio, pulsó un botón y dijo que había terminado y que llegaba enseguida. Después me miró de nuevo, y durante bastante rato. Yo le devolví la mirada porque creía que estaba a punto de decir algo, pero no dijo nada, solo me miró. Estaba cansada, se le notaba, y era como si estuviera mirando a través de mí. Después suspiró, dio un golpe en la mesa con la palma de la mano, se levantó y se marchó sin decir adiós, como si yo ya no estuviera allí. Cerró la puerta tras ella, encendió el motor, y la luz azul del techo desapareció enseguida. Yo me quedé sentado en la mesa de la cocina, y en ese momento me di cuenta realmente de que Magga se había ido. Y volví a preguntarme quién me llevaría ahora a Húsavík a ver al abuelo. Así que llamé a mi madre.

11. Madre

Tres horas después ya estaba allí. Yo había vuelto a dormirme en el sofá. Igual había llegado antes, yo no la había oído entrar, y cuando me desperté ya había recogido la cocina y fregado los platos. Pero cuando se dio cuenta de que estaba despierto, se sentó conmigo, me dio un beso en la frente y me acarició el pelo.

—Buenos días, dormilón —dijo.

—Mamá —dije yo frotándome los ojos.

—Pero mira que haces tonterías —dijo.

—¡Mamá! —repliqué.

—¿Por qué no me has llamado antes? Sabes que puedo venir cuando quieras.

Bostecé con ganas y contagié a mi madre. Miró a su alrededor y constató, cansada:

—Tendría que haber venido mucho antes.

Justo en ese momento llamaron de nuevo a la puerta.

—Birna —dije, agobiado.

—¿Quién?

—La policía. ¡No abras!

—¿Por qué no? ¿Has hecho algo malo?

Mi madre ya estaba de pie. Llamaron otra vez. Me tapé la cara con el cojín.

—¡Kalmann! —dijo mi madre en tono de reproche.

—¿Kalmann? —se oyó decir a Birna desde fuera—. ¿Estás ahí?

Mi madre se acercó a la puerta y abrió.

—¡Zorra! —dije contra el cojín.

Y allí estaban frente a frente, mi madre y Birna, mirándose sorprendidas. ¡Las mujeres eran insoportables!

—¿Kalmann? —dijo mi madre cuando corrí escaleras arriba hacia mi habitación y di tal portazo que la casa entera tembló.

—¡Zorra! —siseé, y me tiré en la cama. Oí a las mujeres hablar abajo. Así que contuve la respiración.

La casa en la que vivo se construyó en 1912. Lo sé porque el año está escrito sobre la entrada. Es una de las casas más antiguas de Raufarhöfn, y también una de las más pequeñas. Si estás en el baño y te tiras un pedo fuerte, se oye desde la buhardilla. Así que oía cada palabra que decían. Me moví en silencio, me bajé de la cama, me tumbé en el suelo y apoyé la oreja derecha en el parqué. Así estaba a un metro escaso de distancia de las dos mujeres. El suelo olía a madera y a sueño.

Primero se explicaron mutuamente quiénes eran. Resulta que Birna no sabía que yo tenía una madre que de vez en cuando comprobaba que todo iba bien. Se sorprendió de que mi madre viviera en Akureyri, incluso aseguró que yo nunca la había mencionado, y yo me imaginé perfectamente la cara de enfado de mi madre. No le gustaba que yo

actuara como si ella no existiera, como si me hubiera criado el abuelo solo. Pero mi madre no insistió en ello porque quería que Birna le dijera si había hecho algo malo, y yo aguanté la respiración porque también quería saberlo. Birna dijo que no, y entonces mi madre pasó a la siguiente pregunta: que qué se le había perdido en mi casa y que si no sabía que ella, o sea, mi madre, era mi tutora, y Birna intentó explicarse y evitó las preguntas. Intentó resumir rápidamente la historia de la sangre y el oso polar y Magga, pero creo que no tendría que haber dicho que Magga estaba muerta en la cocina a solo un par de casas de distancia y que yo había sido la última persona que la había visto con vida, eso no mejoró las cosas para Birna, porque entonces tuvo que enfrentarse a toda esa frustración de mi madre que yo conocía tan bien, la frustración de una enfermera mal pagada que había trabajado dos turnos seguidos, y por eso sentí un poco de lástima por Birna. Mi madre dijo que aquello era muy poco profesional, porque no debería haber hablado conmigo sin la presencia de mi tutora, y que por eso todo lo que yo le había dicho era inválido y nulo, y que estaba furiosa porque precisamente los agentes del orden debían respetar ese orden, y más cosas. Ahora oía a mi madre tan claramente que no hacía falta que apoyara la oreja en el suelo y podría haber vuelto a la cama. Pero me quedé en el suelo y sonreí satisfecho.

Mi madre quería que me mudara a un piso compartido en Akureyri para no tener que conducir durante tres horas hasta Raufarhöfn para lavar mis cosas, limpiar la casa y vigilarme. Pero yo siempre le decía que podía cuidar de mí mismo. ¡Ya era mayorcito!

Cuando todavía era un niño, mi madre nunca tenía tiempo para mí, trabajaba casi las veinticuatro horas del día. El problema era que no tenía marido. Aunque lo intentó. Una vez incluso me presentó a uno. Un electricista divorciado. Llevaba el pelo peinado con raya, y como vestía muy bien, no parecía un electricista en absoluto. Seguramente esperaba haber encontrado un padre sustituto, pero un padre no se puede sustituir así sin más. La sangre de un padre se lleva en las venas. Así que solo hay uno. Eso se nota. Por eso para mí es de lo más normal llevar un sombrero de vaquero y una estrella de sheriff, estoy programado para ello, por mucho que mi madre se queje.

Pero al electricista solo le vi dos veces, y como en nuestra casita no había sitio, al final no encajó.

Allí tumbado en el suelo, de pronto oí que Birna se despedía de mi madre. Había dejado de escuchar lo que se decían ahí abajo. Birna fue bastante amable e incluso se disculpó, dijo que ojalá no tuviera que ocuparse ella sola de ese caso tan complicado, pero que en Reikiavik andaban todos como locos por la reunión de los políticos, como seguramente ya sabría mi madre, y que la muerte repentina de Magga no simplificaba las cosas precisamente. Que todo parecía indicar que la desaparición de Róbert era un asesinato, y que durante los últimos días no había dormido mucho, que seguro que se le notaba, y que le estaría muy agradecida a mi madre si no iba contando por ahí lo de la muerte de Magga, todavía no, porque apenas habían empezado a investigarla todavía, primero quería llamar a un par de puertas, aunque otra vez había hablado demasiado, sonrió cansada, y mi madre le prometió que no hablaría del tema con nadie, aunque apenas tenía relación con nadie de Raufarhöfn y además no tenía tiempo, porque su turno de tarde empezaba a las tres, para entonces tenía que estar de vuelta en Akureyri, y como saltaba a la vista todavía tenía mucho que hacer en la casa. Entonces Birna le

aseguró que yo era un buen chico, que era admirable que me hubiera ganado un sitio en la comunidad y que supiera defenderme, y que había cooperado y había sido de gran ayuda. Que no se preocupara por mí, y mi madre le dio las gracias, y cuando Birna cerró la puerta tras ella oí que mi madre se ponía inmediatamente a limpiar el salón. Puso la silla en su sitio, metió la basura de la mesita del salón en una bolsa y la ropa sucia en una bolsa de Ikea. Se detuvo un momento, aguzó el oído, dijo mi nombre, pero yo quería estar tranquilo y le grité que me dejara tranquilo. De todas formas, media hora después subió y llamó a la puerta, preguntó si podía entrar en el cuarto, y como no contesté, entró en el cuarto, se sentó en el suelo a mi lado, con la espalda apoyada en la cama, y dijo:

—Hola, *Kalmann minn*.

Pero yo no dije ni mu y mantuve los ojos cerrados, aunque seguramente ella sabía que no estaba dormido, las madres saben esas cosas, y por eso dijo que sentía lo que había pasado, y me preguntó si iba todo bien, aparte de que Magga hubiera muerto, que seguramente había sido un shock para mí. Me encogí de hombros y mi madre me acarició el pelo y el brazo y la espalda, también me dio un beso en la nuca, y olí su perfume, su aroma, y me alegré de que estuviera allí, pero no quería que se fuera todavía, así que la rodeé con el brazo, la abracé, y de pronto tenía muchas ganas de llorar, pero no quería que la cosa llegara tan lejos, así que fui valiente y me tragué las lágrimas. Mi madre me preguntó si me había llamado algo la atención en Magga, pero yo negué con la cabeza, porque no quería hablar de Magga en ese momento, y mi madre lo entendió y se dio por satisfecha con la respuesta. Se quedó ahí sentada acariciándome, pero de pronto se puso de pie, se secó la nariz y empezó a recoger mi ropa sucia. Abrió todas las ventanas de la casa, salió al coche y volvió con la bolsa de Ikea llena de ropa limpia, me llenó el armario y cambió las toallas del baño.

Bajé a la cocina y preparé un té para los dos. A mi madre le gustaba el té. Yo en realidad prefiero el café. Pero solo con leche y mucho azúcar. La mayoría de los que me sirven café lo saben. Normalmente ya no tengo ni que decirlo. Pero el té también me gusta. Y también sé prepararlo. Cuando eché el agua caliente en las tazas con las bolsitas, grité:

—¡Mamá, el té está listo!

Oí a mi madre suspirar satisfecha y decir que enseguida iba. Se sentó conmigo y me miró como solo miran las madres. Y eso me hizo muy feliz, y sentirme feliz me gusta. Si pudiera, me gustaría ser feliz siempre. Pero no puede ser. Nadie puede controlar sus sentimientos. Solo los robots. Y el Dr. Phil. Mi madre también parecía muy contenta. Sorbimos el té, casi nos quemamos los labios, también lo comentamos, pero aparte de eso no dijimos nada. No hace falta estar siempre parlotteando. Había una vez una mujer que hablaba mucho y ahora estaba muerta. Magga. Ya no decía nada. Callada para siempre. Qué cosa más rara.

Mi madre miró la hora y suspiró. No le gustaba que las manecillas del reloj giraran sin parar.

La observé. No me parecía a ella en nada, pero me había contado que me parecía a mi padre, Quentin Boatwright. Estuvo estacionado en la base militar americana de Keflavík. Entonces todavía había americanos en Islandia, y por eso mi madre pudo tener

un hijo con uno de ellos. Nunca me había contado en detalle cómo fue. Solo sabía que mi madre trabajaba de secretaria en la base militar. Y cuando se quedó embarazada, trabajó como pudo, con barriga y todo, en la conservera de Keflavík. Después se mudó a Raufarhöfn, con el abuelo, porque mi abuela se había muerto de repente.

Mi padre, Quentin Boatwright, se marchó de la base militar, donde vivía con su mujer y sus dos hijas, lo destinaron rápidamente a otro sitio, y al final mi madre ya no sabía dónde estaba, y por eso yo nunca pensé que le conocería. Pero entonces, un día precioso, cuando ya tenía nueve años, mi madre y yo fuimos de Raufarhöfn hasta la lejana Keflavík. Cuando ya llevábamos un par de horas en el coche, me dijo que mi padre estaba en la isla y quería conocerme. Recorrimos los casi setecientos kilómetros en dos días, pasamos la noche en casa de la tía Guðrún en Reykir, a orillas del Hrótafjörður, donde antes también hubo una base militar americana. Y al día siguiente fuimos directamente hasta Keflavík y recogimos a mi padre en el puesto de control. Yo pasé al asiento de atrás porque mi padre se subió delante, lo recuerdo perfectamente, y es normal, son las reglas: los adultos se sientan delante. También me acuerdo de que no llevaba uniforme y era mucho más bajo de lo que yo me había imaginado. Era incluso un dedo más pequeño que mi madre, pero muy fuerte. Se volvió hacia mí y me tendió la mano, pero yo escondí las mías debajo del culo. Mi padre dejó la mano en el aire durante un rato, al final sacudió la cabeza y miró a mi madre con gesto interrogante. Pero ella hizo como si no se diera cuenta. Llevaba el pelo corto y por eso se veía claramente cuándo fruncía el ceño. Mamá también se dio cuenta. En ese momento supe que ella estaba de mi lado. Me pareció raro. Me acuerdo muy bien de ese momento.

Recorrimos un poco la zona en coche, comimos una hamburguesa en Keflavík y helado en Sandgerði. En todo ese tiempo no dije ni una palabra, pero mis padres hablaban de vez en cuando, se contaban tonterías. En una ocasión mi padre intentó besar a mi madre, y le acarició el pelo, pero ella dijo «no» en inglés y se apartó. Así que por suerte me ahorré los besuqueos. Antes de volver a la base militar, pasamos junto a un almacén en medio de un campo de lava, donde mi padre llamó a la puerta, después se encendió un cigarrillo y esperó hasta que la puerta se abrió. Desapareció en la oscuridad de la nave, y al final salió con una caja de madera bajo el brazo, que metió en el maletero sin enseñarnos lo que había dentro.

Volvió a sentarse en el coche y nos explicó que en la caja había una pistola, una Mauser C96, semiautomática, heredada de su padre, que había luchado en la guerra de Corea y por poco no vuelve. Por suerte yo me había pasado la infancia delante de la tele y había aprendido inglés casi sin darme cuenta, así que entendí prácticamente todo lo que dijo mi padre. Hablaba como MacGyver o David Hasselhoff en *Los vigilantes de la playa*. Siguió explicando que como yo era su único hijo varón, el arma ahora me pertenecía a mí. Esa era la tradición donde él había nacido, tenía que ser así, y por eso había querido verme, en Islandia, *face to face*. Pero mi madre se puso nerviosa, dijo que no necesitábamos heredar nada, y mucho menos armas, pero mi padre se puso serio e insistió, y sus palabras me resonaron en la cabeza durante todo el trayecto de vuelta, las repetía en susurros para que mi madre no me oyera, pero no quería olvidarme de sus palabras —sus últimas palabras—, y por eso todavía me acuerdo de lo que dijo mi padre al despedirse:

—*I want him to fucking have it!*

Después resultó que en la caja, además de una Mauser antigua, también había botellas de whisky, cigarrillos, un paquete entero de chicles, chocolate negro, ropa militar, incluido un traje de camuflaje y botas militares, un sombrero de vaquero, un secador de pelo, un par de revistas americanas de moda, quinientos dólares y una estrella de sheriff.

De camino a casa dormimos de nuevo en casa de la tía Guðrún, aunque llegamos muy tarde, y nos deshicimos de las botellas de whisky, mi madre no quería llevar alcohol a casa porque el abuelo era alcohólico por aquel entonces. Pero la pistola, que vimos por primera vez en Reykir, se quedó en la caja, porque Guðrún no habría sabido qué hacer con ella y opinaba que las herencias hay que aceptarlas sin importar lo que sean, que así son las normas.

Al día siguiente, cuando partimos hacia Raufarhöfn, mi madre estaba tan cansada que a veces se acercaba demasiado al arcén. Pero estaba tan agotada y como ausente que le daba igual cuántos chicles comiera, así que me metí uno tras otro en la boca hasta que la bola se hizo tan grande como una pelota de golf, y tuve agujetas en la cara durante días.

No volví a ver a mi padre jamás. Tampoco me acuerdo de su cara. De los detalles. Recuerdo una figura, un corte de pelo, una altura, un sonido, un «*I want him to fucking have it!*», pero nada más.

Al parecer ponía cara triste, porque mi madre me acarició la mano para consolarme y me miró triste también. Enseguida tendría que volver a Akureyri para llegar al turno de tarde. Yo tenía un nudo en la garganta.

—¿Quién me va a llevar ahora a Húsavík? —le pregunté.

Me miró durante bastante rato. Estaba pensando. Y contenía la respiración. Después cogió aire y se quedó un poco abatida, dijo que tenía que hablarlo, pero que ya encontraría a alguien, en el peor de los casos vendría ella a buscarme, pero que no me preocupara, al fin y al cabo había visitado al abuelo justo el día anterior, así que todavía teníamos un par de días para organizarlo, que primero nos tomaríamos el té, y la verdad es que tenía razón. Le pregunté si ese día podía quedarse un poquito más conmigo. Al principio ni siquiera reaccionó a mi pregunta, sino que se quedó embobada mirando al infinito, pero después contestó:

—Pues es una muy buena idea. —Y después me sonrió como agradecida.

Cuando se terminó la taza, hizo un par de llamadas, cambió su turno de tarde con alguien que tenía el de mañana, así que tendría que hacer dos turnos seguidos, pero podría pasar la tarde conmigo y quedarse hasta que me durmiera. ¡Teníamos todo el tiempo del mundo! Ordenamos la casa de arriba abajo, llevamos varias bolsas de basura al depósito, preparamos espaguetis y vimos una película de Adam Sandler. Después fuimos a hacer la compra, y fue entonces cuando nos acordamos de que Magga acababa de morir.

La tiendecita del pueblo había sobrevivido a la panadería y al puesto policial, al club de teatro y a la aseguradora. El Íslandsbanki y la oficina de correos estaban ahora en las oficinas del centro cívico, pero la ventanilla solo abría un par de horas a la semana. Si

tenías que enviar una carta, también podías hacerlo desde la tienda. Yrsa se encargaba de la tienda, pero de vez en cuando le ayudaba su hermana Gunna o su marido Einar, cuando hacía mal tiempo y no podía salir a la mar. De todas formas, la tienda solo abría un par de horas al día, y era mucho más pequeña que las tiendas de Akureyri, por ejemplo, así que no tenían mucho trabajo. La verdad es que a Yrsa no se le daba muy bien, siempre faltaban cosas, y al comprar lácteos había que tener cuidado de que no estuvieran caducados. Cuando eso pasaba, Yrsa siempre se sorprendía muchísimo. Si encontrabas un yogur caducado había que avisar, es lo lógico, porque si no alguien compraría el yogur, o se quedaría en la nevera, entonces Yrsa no sabría que tenía que pedir más yogures. Por eso yo le avisaba cuando encontraba algo caducado. Entonces Yrsa arrugaba la nariz de una forma curiosa, como un conejo, se ponía el yogur o lo que fuera delante de las gafas, pero tardaba bastante rato en encontrar la fecha de caducidad. Yo me quedaba ahí esperando, al fin y al cabo ella tenía que comprobarlo. No podía creermelo sin más y tirar el yogur directamente, porque entonces cualquiera habría podido llegar y decir que esto o aquello estaba caducado. Yrsa también había crecido en Raufarhöfn, como yo, pero era un par de años mayor, y parecía que tenía cincuenta.

Estaba detrás del mostrador, como de costumbre, pero que nadie piense que era por pereza. Es que no quería que nadie tuviera que esperarla en la caja. Eso se llama servicio al cliente, y en Reikiavik no hay de eso.

Una vez dentro de la tienda, mi madre se agachó un poco, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que no quería que la vieran allí. Nunca se sabe a quién puedes encontrarte en la tienda.

—Allá vamos —dijo entre dientes.

—¿Tú por aquí? —Elínborg nos miró por encima de una estantería. Mi madre se puso tensa.

—Sip —contestó.

—¿Poco movimiento en el hospital?

Mi madre bajó enseguida la vista hacia el suelo, pero al mirarla atentamente vi que sonreía un poco.

—Gracias a este invierno interminable siempre hay movimiento, también en el hospital.

Elínborg asintió como si esperara esa respuesta. Se volvió hacia la estantería y metió latas de tomate triturado en su cesta de la compra. Yrsa nos miró y arrugó la nariz.

—¡Qué gracioso que no nos hayamos visto hasta estar aquí, siendo vecinas! —comentó Elínborg, y la verdad es que sí era un poco gracioso—. ¡Te has colado en el pueblo sin hacer ruido!

—He llegado de madrugada, y no suelo tocar la bocina al entrar.

—A mí no me despertarías. A las seis ya estoy en pie, todos los días. Pero no te he oído llegar.

—Hum —suspiró mi madre.

—Pero ha sido imposible no fijarse en el despliegue policial delante de vuestra casa. ¡Y dos veces!

—¿Dos veces? —se sorprendió Yrsa.

—Pues sí —contestó mi madre—. Aunque no hemos podido ayudarles.

—Vaya, vaya. —Elínborg hizo un gesto muy elocuente y desapareció detrás de la estantería, estaba buscando algo.

—¿Y qué querían? —preguntó Yrsa, haciendo un gesto raro con la boca.

—Magga llevó a Kalmann a Húsavík en coche el día anterior. Querían hacerle unas preguntas —contestó mi madre.

—Me temo que Magga ya no volverá a conducir. Pero ¿quién llevará a Kalmann a Húsavík ahora? —Elínborg asomó la cabeza por detrás de la estantería y miró a mi madre con gesto de reproche.

—Ya encontraremos una solución, no te preocupes.

—Qué curioso que se muera precisamente ahora que todo el mundo está buscando a Róbert —dijo Elínborg en tono conspirativo.

Se abrió la puerta, sonó la campanilla, y el antiguo director del colegio, Sigfús, entró en la tienda. Sus bastones hacían clic, clic contra el suelo. Ya estaba muy mayor y era muy alto, iba encorvado como un plátano, y por eso siempre caminaba apoyado en dos bastones de esquí, para no caerse.

—Muy buenas a todo el mundo —dijo con voz ronca, aunque era imposible que hubiera visto a nadie porque estaba muy concentrado sacando las manos de las correas.

—Muy buenas, Sigfús —dijo Yrsa, y acto seguido suspiró—: ¡Qué es lo que está pasando realmente en Raufarhöfn! Muerta, así sin más, qué horror. Hulda dice que se encontraron a Magga en el suelo de la cocina.

—¿Qué había en el suelo de la cocina? —preguntó Sigfús mientras dejaba los bastones junto a la entrada, cogía una cesta y miraba a su alrededor.

—No se trata de «qué», sino de «quién» —aclaró Elínborg en voz alta.

—¿Quién? —preguntó Sigfús.

—Magga —contestó Elínborg.

—¿Qué le pasa?

—Está muerta.

—¿Magga? ¿Baldursdóttir? ¿La viuda de Þórberg?

—Antes trabajaba en correos —dijo Yrsa.

—¡Ya sé que trabajaba en correos! —Sigfús la miró ofendido.

—¡Igual la estrangularon! —dije, y todos me miraron.

—No digas nada más —dijo mi madre en voz baja para que solo lo oyera yo, pero tenía que explicarme:

—Me lo ha dicho la policía.

—¿Estrangulada? ¿Por qué no me sorprende? —dijo Elínborg—. Qué horror.

Yrsa dijo que había visto en la televisión que había momentos en el año en los que había muchas muertes, y que no siempre podía explicarse por qué.

—Todo tiene una explicación —dijo Sigfús, que por fin entró en la conversación—. La gente se muere en Navidad y en primavera, cuando hay cambios de tiempo. Mi madre y mi hermano murieron cuando...

—Morirse no es lo mismo que ser asesinado —le interrumpió Elínborg, y tenía razón.

—¿Cómo suele ser en tu hospital? —le preguntó Yrsa a mi madre, que movió la cabeza de lado a lado. Era una buena pregunta. Me habría gustado saber qué respondía, pero se dirigió a mí.

—¿Qué prefieres, palomitas o patatas?

—Palomitas y patatas —contesté.

Mi madre sonrió como si se sintiera aliviada y metió palomitas y patatas en la cesta.

—Creo que si se siguen acumulando los cadáveres, podremos decir con seguridad que las muertes de Raufarhöfn no tienen nada que ver con los cambios de tiempo —dijo Elínborg escondida tras la estantería.

Mi madre suspiró y apretó los labios.

—¿Hay alguna relación entre lo de Róbert y lo de Magga? —preguntó Yrsa a todos en general.

—Eso se llama conspiración —añadió Sigfús.

Elínborg se sintió obligada a ir al fondo de la cuestión.

—¿Será posible que no veas películas policiacas? —preguntó.

—También es posible ver demasiadas películas policiacas —murmuró mi madre.

Yrsa miró expectante a Elínborg.

—¡Magga y Róbert fueron pareja! —contestó Elínborg, e hizo una pausa dramática—. Por eso circulan varias teorías. Incluso querían casarse porque Magga se quedó embarazada de él. Bueno, por lo menos sus padres querían que se casaran, no está claro si ellos estaban por la labor.

—En un noventa y nueve por ciento de los asesinatos el móvil es el amor y la pasión —dijo Sigfús, que entretanto había llegado a la nevera de la carne y metió en la cesta media cabeza de oveja congelada—. La víctima y el asesino suelen conocerse.

—¡Pero si aquí nos conocemos todos! —constató Yrsa asustada.

—Ya, pero no todos hemos sido pareja —comentó Elínborg.

—¿Qué pasó con el niño? —preguntó mi madre, que ahora sí parecía un poco interesada en la conversación.

—Lo perdió —contestó Elínborg.

—¡Oh! —exclamó triste mi madre, pero Elínborg la miró con desconfianza.

Intenté imaginarme a Magga y a Róbert juntos. No lo conseguí a pesar de hacer un gran esfuerzo. Pero de repente me acordé:

—Magga me dijo que Róbert antes era guapísimo.

—¿Lo ves? —dijo Elínborg—. Puede que nunca lo superara. Ni siquiera lloró cuando murió su Þórberg.

Mi madre ya había metido en la cesta helado de vainilla, pepinillos, palomitas, patatas fritas, leche y pan, y lo dejó todo en el mostrador.

—Nos gustaría pagar —dijo, como si de repente le hubiera entrado prisa.

Yrsa la miró raro, pero empezó a meter los precios en la caja. Yo añadí una tableta de chocolate y me hice el distraído.

—¿Qué más te dijo? —me preguntó Elínborg. Se acercó a nosotros, al parecer también había terminado. Aunque en su cesta solo había dos latas de tomate triturado.

—No hace falta que contestes —dijo mi madre, y Elínborg llegó a su propia conclusión:

—Si no se pueden hacer preguntas, seguro que algo no va bien.

—Me dijo muchas cosas —contesté entonces, y era verdad.

—Pobre Magga —dijo Yrsa, y se confundió, tuvo que empezar desde el principio.

- Igual sabía demasiado —dijo Elínborg sin dejar de mirarme.
- No —repliqué—. Hablaba demasiado.
- Es lo mismo —dijo Elínborg.
- No es lo mismo —contesté.
- Habla poco, escucha más y noerrarás —exclamó Sigfús desde el congelador.
- La palabra es plata y el silencio es oro —dijo Yrsa.
- A palabras necias, oídos sordos —murmuró mi madre.

12. Sæmundur

Me desperté bastante pronto, aunque no eran ni las ocho. Por dos motivos. El primero: había dormido tan profundamente que estaba del todo descansado. El segundo: sentí que mi madre ya no estaba. Me di cuenta del silencio. Las nubes también estaban quietas, y el mar me estaba llamando. Así que me zampé dos boles de cereales de chocolate y un par de trozos de tiburón fermentado, metí pescado seco, una tableta de chocolate y una botella de cocaola en mi petate estanco, me puse el gorro de lana, me eché la escopeta del abuelo al hombro y bajé al puerto. Los coches del servicio de emergencia estaban aparcados delante del centro cívico, varios motores ronroneaban pero no había nadie sentado en los vehículos, seguramente dentro se celebraba una reunión o una sesión informativa, y seguro que había café. Era casi como antes, cuando todavía había actividad en el centro cívico, funciones de teatro o incluso cine. Eso sucedía cuando yo era pequeño. Entonces el puesto de policía estaba en el sótano del edificio, era muy práctico: si arriba había jaleo, los borrachos solo tenían que bajar la escalera.

En el puerto, llamé a la ventana del contenedor de oficinas. Sæmundur abrió la ventana y le dije que quería salir, y le pareció buena idea. Salió fuera conmigo, respiró el aire frío, y después de olfatear un rato y que yo le viera los agujeros peludos de la nariz, me dio luz verde. Creía que el tiempo se mantendría sereno, igual caían un par de copos de nieve, pero eso no era razón para preocuparse, y me prometió tener preparada la carretilla elevadora y el remolque.

—Sæmundur —le pregunté entonces, porque recordé la conversación que habíamos tenido un par de días antes—. ¿Tú eres rojo?

Sæmundur me miró sorprendido.

—¿Por qué lo preguntas?

—Sin más. —En realidad, ni siquiera yo sabía por qué se lo había preguntado.

—¿Tengo pinta de rojo? Soy demasiado mayor para eso, ¡y me falta el bigote!

Me quedó claro, aunque no sabía que los comunistas llevaban bigote.

Entré en mi nave dejando a Sæmundur fuera, delante de su contenedor, y me puse mi traje de flotación negro y amarillo, que al mismo tiempo era mi chaleco salvavidas. Si me caía al agua con él puesto, no podía hundirme. Y me mantenía caliente. Aunque nunca me había caído al agua.

Saqué los trozos frescos de cebo de la marinada de agua salada, coñac y vinagre, y llené un cubo entero. Sin cebo es imposible pescar nada, porque ningún tiburón mordería un anzuelo voluntariamente, pero a veces los tiburones, o incluso otros peces, consiguen roer el cebo, y por eso tenía que reponer constantemente los trozos de los anzuelos.

Efectivamente había empezado a nevar de nuevo, pero solo un poco. Arrastré el cubo

hasta el embarcadero donde estaba amarrada *Petra*. Ahora era mi balandra. La había heredado del abuelo. Se construyó en 1959, así que tenía el doble de años que yo, pero seguía estando en plena forma. Ocho metros de eslora, cinco toneladas de peso, y la fuerza de cuarenta y cinco caballos. ¡Imagínatelos! Un motor Volvo de 1980. Después del cambio de aceite iba como la seda. *Petra* estaba contenta. Revisé los aparatos electrónicos, el radiogoniómetro, la brújula por satélite, el sónar y el GPS, solté amarras y zarpé, traqueteé tranquilamente hasta salir del puerto y saludé con la mano al capitán del puerto, que había salido del contenedor y también me saludó. No pude evitar sonreír. Me gustaba Sæmundur. Era una de las pocas personas a las que les caía bien el abuelo.

Enseguida doblé el cabo Höfði, pasé junto a las rocas llenas de aves y el islote, donde los fulmares boreales planeaban y los cormoranes parecían posar para la foto. Dejé atrás la hilera de casas de Raufarhöfn y puse rumbo hacia el mar gris e infinito, que ese día estaba en calma y solo se mecía suavemente. Mi sedal estaba a doce millas marinas al noreste del puerto. Se tardaba en llegar más o menos hora y media. Antes, con el abuelo, solo tardábamos un par de minutos en llegar al palangre, porque estaba muy cerca del cabo. Las boyas se veían desde el faro, y a veces, con buen tiempo, incluso se sabía si había picado un tiburón. Entonces todavía había otros que hacían lo mismo: Jón, que se mudó a Grindavík; Ingvar, que ya no estaba entre nosotros, y el capitán del puerto Sæmundur en persona, que en realidad tendría que estar jubilado. Nadie sabía por qué ya no había tiburones en la bahía, y yo creo que sigue siendo un misterio. Sin duda era poco probable que los hubiéramos pescado todos, porque hace muchísimo tiempo, unos doscientos o trescientos años, se pescaban muchos más tiburones, cuando todavía no había electricidad. Antes solo se usaba el hígado del tiburón, y el resto se devolvía al mar. Del hígado se obtenía aceite de pescado, que se exportaba a Europa para iluminar las calles de las ciudades. La idea me parecía una locura. O sea, un tiburón de Groenlandia que vive aquí en el norte a varios cientos de metros de profundidad, en la oscuridad total, ¿se saca del mar para iluminar las calles de las grandes ciudades europeas!

Enseguida me entró hambre y me zampé la tableta de chocolate entera. Como iba pensando en mis cosas, me había desviado un poco del rumbo y lo corregí. Con el abuelo a veces me saltaba las clases para salir al mar, estaba convencido de que mi sitio no estaba en el colegio, sino en el agua. Creo que el abuelo también lo pensaba. Soy un cazador nato, como él. Los soldados también son cazadores a su manera, como mi padre americano. Y por eso es completamente lógico que lleve la caza en la sangre.

Cuando tenía diez años, le disparé por primera vez a un tiburón una carga de perdigones en la cabeza. El abuelo me había avisado del retroceso, pero me caí de culo de todas formas, aunque el tiburón estaba aturdido y eso era lo importante. Antes a veces remolcábamos hasta tres tiburones de vuelta al puerto, había mucho trabajo, y por supuesto siempre había cierta competencia entre los pescadores, así que si alguien volvía de vacío tenía que aguantar los comentarios. Una vez Ingvar nos tomó el pelo a todos avanzando lentamente con su barca para que pensáramos que arrastraba una captura alucinante. Y cuando estábamos todos esperándole en el embarcadero con mucha expectación, nos preguntó por qué le mirábamos así, y quedamos como tontos, y

durante mucho tiempo siguió hablando de la cara de bobo que pusimos todos, sobre todo «¡ese de ahí!», y entonces solía señalarme a mí. «¡Ese me miraba así!» Y entonces abría de par en par los ojos y la boca hasta que se le caía la baba, aunque yo no parecía tan retrasado, pero era gracioso de todas formas y normalmente yo era el que más fuerte se reía.

Con el tiempo fuimos alejando los palangres, e Ingvar, que pasó todo un verano sin pescar ni un solo animal, lo dejó y encontró trabajo en el arrastrero de Róbert McKenzie. Sæmundur, que de todas formas ya era mayor y no tenía hijos, también lo dejó. Decía que las miséras capturas seguramente estaban relacionadas con el calentamiento global. Que la temperatura del mar estaba subiendo, se podía medir, así eran las cosas, y que eso no le gustaba nada al tiburón de Groenlandia. Que por eso teníamos que ir hacia aguas más frías cada vez, y que no le sorprendería que pronto yo tampoco pudiera sacar ni un solo tiburón más del mar. Pero yo no quería pensarlo, porque me dedicaba a eso y no podía imaginarme haciendo otra cosa.

Petra se deslizaba por el agua a buen ritmo y levantaba pequeñas olas. Empezó a nevar de verdad, los copos caían en silencio sobre el agua y se fundían en el acto, se convertían en agua también y pasaban a formar parte del mar. Ahí fuera la naturaleza es más perfecta que en ningún otro sitio. La nevada se hizo muy cerrada y de pronto estaba en otro mundo, porque todo se movía a mi alrededor pero yo no veía ni a cinco metros de distancia. Solo estábamos *Petra* y yo. Me imaginé que los copos de nieve eran planetas y yo volaba con *Petra* por el universo a la velocidad de la luz. En el GPS veía exactamente dónde me encontraba, aunque enseguida todo parecía igual a mi alrededor. El blanco puede tener muchos tonos. Pero de pronto dejó de nevar. Atravesé la última cortina de nieve como si fuera un telón, aparecí de repente en el escenario iluminado, aunque sin público ni miedo escénico. El mundo estaba tranquilo y había dormido todo lo que tenía que dormir, había nevado todo lo que tenía que nevar, estaba como recién hecho. Al abuelo le habría encantado ese tiempo. Se le notaba, aunque no lo reconociera. Cuando hacía ese tiempo, no solía decir nada, se cargaba la pipa y miraba el agua con gesto satisfecho, aunque todavía no supiera si los tiburones habían picado o no. A veces paraba el motor cuando estábamos junto a los sedales, sobre todo si se había llevado una botella de licor, aunque a veces le costaba volver a encenderlo. Y entonces, cuando el motor no se encendía y solo petardeaba, el abuelo se echaba a reír, y así yo nunca tenía miedo en el mar, hasta una vez que pasamos horas a la deriva en dirección al Polo Norte e Ingvar tuvo que remolcarnos de vuelta al puerto. Al abuelo le encantaba ese silencio, y a veces decía que no entendía cómo aguantaba la gente en la ciudad, donde siempre había ruido. Decía que uno solo podía oír su propio corazón en lugares tan silenciosos como aquel. A veces echaba una cabezadita, roncaba con fuerza, y ya no había silencio.

Si *Petra* se hundiera, me bambolearía en el agua y esperaría en el sitio a que vinieran a rescatarme. Porque sabía enviar una señal de emergencia. No pasaba nada. Ahí fuera estaba solo. Nadie me oía, nadie me observaba. Pero nunca me sentía solo, y tampoco tenía miedo. Cuando empecé a salir solo porque el abuelo estaba demasiado débil para navegar, mi madre estaba en contra. Pero las madres siempre tienen miedo por sus hijos. Es normal. Y por eso no me preocupaba. En el mar me sentía mucho más seguro que en un baile o en el coche de Magga. Allí no tenía que esforzarme, podía ser tal como

era. Y era como si me convirtiera en otro, en una persona distinta a la que era en un baile o en el coche de Magga.

No todo el mundo está a gusto a solas. A Ingvar por ejemplo no le gustaba estar solo. Siempre se llevaba a su perro al mar, y cuando se le murió, se llevaba al gato, hasta que tuvo otro perro, porque al gato en realidad no le gustaba el mar, aunque pudiera observar a las gaviotas y bufarles. Esas gaviotas hacían que nunca estuvieras realmente solo. Hasta se podía hablar con ellas, aunque nunca contestaran y solo te miraran. Pero a veces te escuchaban, o eso decía el abuelo, al que le gustaba hablar con ellas, en realidad con todos los animales que se encontraba: gaviotas y frailecillos, perros y gatos, ovejas y caballos, incluso abejorros, para los que siempre tenía palabras de ánimo.

Enseguida vi mi boya, había marcado la ubicación en mi carta náutica con sus coordenadas de GPS. Nunca he ido más allá de mis palangres. ¿Para qué? Soy pescador de tiburones, no marinero. Y más allá solo hay agua, se ve en el mapa. Y eso es lo que había acordado con mamá. Era nuestro trato.

Detuve la barca junto a la boya pero dejé que el motor siguiera traqueteando al ralenti para que no me pasara lo mismo que aquella vez que fui con el abuelo a la deriva hacia el Polo Norte. Saqué la boya del agua con el bichero y enganché el sedal en el cabrestante, lo puse en marcha y lo fui enrollando a mi lado para que no se enredara. Pasó casi media hora hasta que el otro extremo llegó a la superficie. Si dejaba de pescar tiburones allí, puede que tuviera que descolgar el sedal hasta los doscientos cincuenta metros de profundidad. Las redes de arrastre para el halibut eran las que llegaban más al fondo, y de las otras especies que aparecían dentro, la más habitual eran los tiburones.

Por fin apareció el primer anzuelo, el cebo estaba tal como lo había puesto yo un par de días antes. Lo desenganché y lo tiré al mar. Las gaviotas se abalanzaron sobre él, clavaron los picos en la carne y se acabó la paz. Ahora ya daba igual que quisiera hablar con ellas o no, porque solo tenían ojos para mi cebo marinado. Pero no me molestaban. Aun así había menos ruido que en la ciudad. Y podía oírme el corazón. Me crujía. Y entonces me di cuenta de que lo que me crujía era el estómago, no el corazón. Salió el siguiente anzuelo, el siguiente cebo, aunque este sí estaba mordisqueado por los peces, y el siguiente anzuelo, y el siguiente, diez en total, pero ningún tiburón. No era grave. La paciencia es la mayor virtud del cazador. No me lo tomaba como algo personal. A menudo volvía al puerto sin captura, últimamente era muy normal, a todo se acostumbra uno. El año anterior había pescado cinco tiburones en total. Y no fue un mal año. Todavía me quedaban unos quince kilos de la captura. Repuse los trozos de cebo en los anzuelos y los dejé hundirse hacia las profundidades, me despedí de las gaviotas y navegué la hora y media hasta Raufarhöfn con la marea creciente, y para no aburrirme canté, canté tan fuerte que se me oía más que al motor. A veces lo hacía, hasta cuando no remolcaba tiburones. No me oía nadie. Nadie sabía que cantaba bien. Ni siquiera Nói, aunque yo sí sabía que él hacía música electrónica y le ponía voz. Había subido un par de canciones a Youtube, pero no tenía muchas reproducciones. De vez en cuando yo abría los vídeos para que fuera teniendo más visitas.

Empezó a nevar otra vez. Cuanto más me acercaba a tierra, peor era la visibilidad. De pronto todo era blanco a mi alrededor, los copos eran gruesos y pesados, y tuve que limpiar los cristales hasta que se me llenaron de nieve los guantes de lana, porque los

limpiaparabrisas no funcionaban desde el otoño anterior. Casi no vi el islote con los cormoranes, no había estado atento mientras limpiaba el cristal. Corregí el rumbo a toda prisa, y cuando enfilé el puerto todavía iba a demasiada velocidad porque no estaba a lo que estaba, así que no me choqué contra el embarcadero por un pelo. Sæmundur, que estaba sentado en la carretilla, aunque ya se habría imaginado que volvía pronto porque no traía tiburones, se bajó de un salto, se arrancó el gorro y gesticuló con los brazos. Pero no me choqué contra el embarcadero, solo me apoyé en los neumáticos del borde, que amortiguaron el golpe. Aunque si no me hubiera agarrado, me habría caído.

—¡Eh, eh, eh, despacio, jovencito! —gritó Sæmundur, y corrió hacia mí.

Hice como si no hubiera pasado nada y le lancé los cabos para que amarrara a *Petra*. Sæmundur sonreía. Creo que echaba de menos los viejos tiempos, cuando el puerto estaba a tope.

—No he pescado nada —dije, y le pasé el cubo vacío.

—¿No? —dijo Sæmundur, aunque naturalmente ya lo sabía—. Por lo menos no te has perdido ahí fuera.

Me contó que allí también había nevado pero que la nieve no duraría mucho porque el viento enseguida cambiaría a suroeste y traería lluvia, así que la nieve desaparecería en un santiamén, y puede que entonces encontraran a Róbert.

Soy muy olvidadizo. Es uno de mis puntos débiles. Se me olvidan cosas importantes. Sobre todo cuando salgo al mar. Como si el mar se tragara los recuerdos, o como si su tamaño ampliara el cerebro y los recuerdos se perdieran dentro como un mensaje en una botella en medio del océano. Por eso, hasta que no volví al puerto, no me acordé de que estaban buscando a Róbert.

—Cuando la nieve haya desaparecido, igual se ve mejor al oso polar. Desde el aire —dije.

—¡Tú y tus osos polares! —se rió Sæmundur—. ¿Sigues creyendo que se lo comió un oso polar?

—¡No! —exclamé—. ¡Te estaba tomando el pelo!

Nos echamos a reír y Sæmundur sacudió la cabeza. Después miró hacia el mar absorto en sus pensamientos, preguntó en qué se había convertido Raufarhöfn, pero yo no lo sabía, aunque tampoco sabía si esperaba que yo contestara a la pregunta, así que recogí mis cosas y subí a tierra.

—¿Sabías que Róbert quería vender su cuota a Dalvík? —preguntó Sæmundur, y me miró—. Como si los habitantes de Dalvík no hubieran acaparado ya suficiente cupo. ¡Como si no lo hubiéramos perdido todo ya! ¿Sabes lo que llegó a haber aquí? Pero qué digo, eres demasiado joven. Por aquel entonces ni existías. Algunos días llegaba pescado al puerto veinticuatro horas al día, los tiburones no eran más que captura accesoría. Mira, ahí, justo debajo de la vieja fundición, había un embarcadero en el que acumulamos tanta sal para los toneles de arenque que se derrumbó y toda la sal acabó en el mar. Primero soltamos tacos, después nos reímos porque ¡por fin sabíamos de dónde venía la sal del mar! ¿Y ahora? ¡Mira a tu alrededor! Tú junto con Siggi, Einar y Jú-Jú seréis pronto los últimos mohicanos que tengan una barca en este puerto y la sigan utilizando.

—¿Qué es un mohicano? —le pregunté a Sæmundur.

—Es un indio. Los americanos los mataron a todos.

—Sigue habiendo indios.

—Pero no mohicanos. Y pronto tampoco quedará ninguno de nosotros. Qué tristeza. Y en Reikiavik nos firman un papel diciendo que somos una comunidad amenazada, pero por mucho que conectes al paciente a una máquina, no significa que vaya a curarse. Simplemente no se muere. Y el tonto de McKenzie quiere malvender la cuota para terminar su estúpido proyecto turístico. ¿Es que todavía no lo ha entendido? ¡Estamos demasiado lejos! Así son las cosas. Y aunque consiguiera atraer a un par de turistas con su montón de piedras árticas, él seguiría siendo el único que sacara beneficio. Tampoco dará trabajo a gente de aquí mientras los polacos y los rumanos quieran venir.

—Y los lituanos —intervine.

—Y los lituanos —repitió Sæmundur entre dientes—. Por lo menos hay gente a la que le sigue gustando esto.

Mamá me llamó a última hora de la tarde.

—*Kalli minn* —dijo—. ¡No te asustes!

Así que naturalmente me asusté. Lo primero que pensé fue: el abuelo se ha muerto. Pero antes de que pudiera preguntarle, me dijo que Birna, la comisaria de policía, le acababa de informar de que Magga se había asfixiado, concretamente —y que de verdad no me asustara— con un trozo de hákarl.

Mamá me dijo un par de cosas más, pero yo ya no la estaba escuchando. La verdad es que no sabía qué debía pensar o cómo debía sentirme, en realidad no me importaba mucho lo que le hubiera pasado a Magga. Porque si alguien se ha muerto, da igual cómo se ha muerto, el caso es que ya no está. Sobre todo estaba contento de que el abuelo no se hubiera muerto. Pero sí entendía que ahora la cosa tenía algo que ver conmigo porque yo le había regalado el tiburón fermentado a Magga, aunque ella misma se lo había metido en la boca y eso no era mi culpa, eso mismo le dije a mi madre y ella me lo confirmó, pero oí que estaba a punto de llorar, y me pareció que estaba exagerando. ¡Las mujeres son unas exageradas! Y por eso ya no tenía ganas de hablar más del tema, le dije «*Bless*» y colgué. Y en cuanto dejé de hablar con mi madre empecé a darle vueltas, porque en realidad podría pasarme lo mismo a mí, me refiero a asfixiarme con un trozo de hákarl. Y normalmente estaba solo en casa, nadie me ayudaría, y me asfixiaría como Magga, en silencio, porque si te atragantas con algo no puedes decírselo a nadie. Primero llegaría el silencio, y después la oscuridad. Pero ¿quién me encontraría?

Entonces se me ocurrió lo que haría si se me quedara un trozo de tiburón fermentado atascado en la tráquea. ¡Llamaría a Nói por Messenger! Y él me conseguiría ayuda con un par de clics en el ordenador. Seguramente podía hackear a la guardia costera y movilizar él mismo el helicóptero. Y por eso llamé a Nói por Messenger. Naturalmente estaba en medio de una partida con más jugadores, pero de todas formas habló conmigo, y además consiguió tranquilizarme, porque todo el asunto de Magga le pareció hasta gracioso, y me recordó que una vez le dije que Magga no me caía nada bien, y que por eso tenía que estar contento de que se hubiera muerto.

—*Win-win* —dijo, y eso sí que no lo entendí, pero de todas formas Nói me animó. Dijo que había cometido el crimen perfecto. Un crimen tan perfecto que ni siquiera el propio asesino sabía que lo era.

A veces Núi era bastante bestia. Pero igual era así porque su enfermedad le obligaba a pasarse el día entero en su cuarto, no podía salir, no tenía un trabajo de verdad y por eso no veía más que a sus padres.

Entonces le conté que me había imaginado cómo sería asfixiarme yo también con un trozo de hákarl, porque podía pasarme, y Núi llevó la idea más allá y comentó que no tenía por qué ser con tiburón, que también podía ser con un trozo de pizza.

—O palomitas —añadí, pero Núi dijo que no podías atragantarte con palomitas, que era científicamente imposible. De todos modos mi idea de llamarle le gustó, él pediría ayuda. Efectivamente, encontró un enlace interno de la guardia costera donde podía ver dónde se encontraba el helicóptero en ese momento, y lo miró, porque le pareció interesante: el helicóptero estaba al norte de Grímsey, o sea, a unos treinta minutos de Raufarhöfn. Llegaría demasiado tarde. Ya estaría muerto y bien muerto. Núi opinaba lo mismo, así que buscó un poco en Google y me dio un par de consejos para sobrevivir. Hay que dejarse caer sobre el respaldo de una silla, dijo. O ponerse a cuatro patas en el suelo y tirarse sobre la tripa con los brazos estirados hacia delante. Pero no estaba del todo satisfecho con los resultados, así que siguió bajando por la pantalla.

—Salir corriendo fuera, a un sitio donde haya gente —dijo finalmente—. No se te ocurra meterte en una habitación donde no vaya a verte nadie.

Añadió que tenía sentido, y se sorprendió de que al parecer mucha gente que no podía respirar se encerraba avergonzada en un baño, donde moría sola.

—Todo el mundo muere solo —concluyó, y tenía razón, como se había visto en los últimos días.

Magga se había muerto completamente sola en su cocina, y a Róbert ni siquiera le habían encontrado todavía. Su soledad era casi contagiosa.

—*Bitch, motherfucker!* —gritó de repente Núi, y pulsó los botones de su mando—. ¡Te voy a matar, cabrón!

Pero su ataque de ira no sirvió de nada. Se lo habían cargado en el juego, por la espalda, y ya no podía hacer nada, así que bajó las manos, dijo «*See you later, dude!*», y cerró la conversación de Messenger.

A veces pasaba. En esos momentos no había que molestarle más. Necesitaba tranquilidad. Y yo se la daba, porque era su mejor amigo.

13. El bidón

El día siguiente fue una locura, y seguramente solo sobreviví porque el día anterior había sido tranquilo y aburrido y había descansado, porque en el mar consigo vaciar la cabeza. Los sucesos se agolparon, y en Raufarhöfn no estábamos nada acostumbrados a eso. El día fue una locura tal que incluso se convocó una asamblea de urgencia.

El viento templado del sudeste acabó con la nieve, seguramente había llovido por la noche, alrededor de Raufarhöfn todo estaba marrón y mojado, solo unas pocas manchas de nieve resistían. «El típico invierno islandés —solía decir mi madre—. De día nieva y por la noche llueve. Demencial.»

Ahora que la nieve había desaparecido, el servicio de emergencias buscaba de nuevo a Róbert. Empleaban drones y perros, que olfateaban de arriba abajo la zona en torno al Arctic Henge y el pueblo; el olor de Róbert estaba por todas partes, pero no encontraron nada aparte de sus gafas tintadas, no muy lejos del charco de sangre, y un calcetín. No era mucho, y no era Róbert, pero eran indicios de que seguramente ya no estaba vivo.

Como Magga. Muerta. A eso todavía tenía que acostumbrarme, ahora Magga ya no podía llevarme en coche a Húsavík porque se había asfixiado con un trozo de hákarl que le había dado yo. De pronto tuve miedo de no estar cuando el abuelo muriera. Quería estar con él cuando pasara, a su lado. A toda costa.

Así pues, el día empezó así, y enseguida tuve un mal presentimiento. Pensé mucho en Magga, y aunque no la había visto tirada en el suelo de la cocina, tenía una imagen mental muy clara de ella.

Desde la ventana de mi cuarto vi que había coches delante de la casa de Magga. Seguramente familiares. Hacia las diez hubo alboroto en el puerto, porque el helicóptero de la guardia costera revoloteaba junto al islote, a pocos metros sobre el agua. Lo vi por la ventana del salón. Los cormoranes se habían ido. Un hombre se descolgaba de una cuerda como una araña del hilo, y la barca de Siggí estaba a solo un par de metros de distancia. Me vestí con todo el equipo, sombrero de vaquero, estrella de sheriff, pistola y todo, y corrí hacia el puerto.

—Una mina marina —supuso Sigfús, que se apoyaba sobre sus bastones de esquí y sabía mucho sobre la Segunda Guerra Mundial.

En el puerto se habían reunido varias personas. Estaban Óttar, el capitán del puerto Sæmundur naturalmente, el mecánico Steinarr, mi vecina Elínborg, y una decena de personas más, también gente del servicio de emergencias. No había niños, estarían en el colegio, pero seguro que estaban mirando por las ventanas de la clase. Todo el mundo se saludaba, charlaba, y le daba la razón a Sigfús. No se podía descartar que hubiera una mina marina. De ahí el helicóptero. Sæmundur tenía unos prismáticos que después fue prestando a los demás. Yo también tenía prismáticos. Estaban en mi barco, así que fui rápidamente a buscarlos, miré por ellos, y de repente estaba muy cerca del helicóptero.

Le conté a la gente lo que veía. Óttar me pidió los prismáticos pero le ignoré, porque tenía que contarle a la gente lo que veía. Además no creía que Ollaexprés supiera manejar unos prismáticos. Al fin y al cabo no había sido más que el cocinero de a bordo. A Steinarr le pareció gracioso que yo no quisiera prestar mis prismáticos, y le informó a Óttar de que yo era el experto, y en cierto modo era verdad.

El hombre de la cuerda estuvo un rato sin hacer nada, se balanceaba a poca distancia del agua, Siggi se mantenía a una distancia de seguridad con su barca, simplemente flotaba en el sitio. Se protegía la cara con el brazo, porque el helicóptero levantaba bastante agua. Así que Siggi tenía algo que ver con todo aquello, y Sæmundur confirmó que Siggi volvía de pescar lumpo cuando encontró algo en el agua, y se había quedado parado en el sitio mucho rato. Al principio Sæmundur pensaba que se le había estropeado el motor, pero no era eso, Siggi le había comunicado por radio que había visto un recipiente negro en el agua, y él le había aconsejado que no se acercara mucho porque podía tratarse de una mina marina. Sigfús asintió con energía, dio un par de pasitos, tocó el suelo con los bastones y comentó que Sæmundur había reaccionado correctamente.

Pero no todos estaban de acuerdo. Elínborg dudaba de sus sospechas, porque cuando ves una mina marina la reconoces, dijo, entonces le preguntaron si alguna vez había visto una mina marina flotando en el agua, y ella lo negó ofendida, así que seguía existiendo la posibilidad de que fuera una mina marina.

—Lo más seguro es que sea una mina marina —repitió Sigfús por enésima vez, incluso levantó uno de sus bastones y señaló el mar.

Y entonces nos recordó que un par de años antes en Hólsvík, o sea, donde estaba el campo de golf de Róbert, el agua había arrastrado una mina marina de la Segunda Guerra Mundial hasta la playa.

—Doscientos veinticinco kilos de TNT en un recipiente redondo. Con malla. —Sigfús dibujó en el aire el tamaño de la mina con el bastón.

Nos siguió contando, aunque todos conocíamos la historia, que la cuñada de Magnús, Ragna, encontró la bomba durante un paseo, y salió en el periódico. Seguramente eran restos de los británicos, que durante la guerra en el noreste de Islandia habían desplegado una alfombra de minas marinas que después resultó ser su ruina.

—Un convoy de buques de guerra anglo-americanos navegaba hacia el oeste —prosiguió Sigfús, y todos escuchaban porque la historia era buenísima. Yo también me la sabía—. Diecinueve barcos, con mal tiempo y mala visibilidad, llovizna y fuertes vientos del noroeste. —Nos arremolinamos en torno a él, porque el helicóptero hacía un ruido infernal—. Un malentendido, una posición incorrecta, un iceberg que parecía una punta de tierra, y ¡bum! Llovió metal, fuego y agua. El primer buque casi se partió por la mitad, cayó de lado rodeado de fuel en llamas, pero se hundió enseguida, y con él media tripulación. ¡Bum! Una segunda explosión. Un segundo barco de guerra que amenazaba con irse a pique, la tripulación se puso a salvo en un bote salvavidas, y ¡bum! Fuego y humo y nieve, a proa, a popa y por todos lados.

—Culpa suya —dijo Elínborg.

—En fin, así es la guerra —explicó Sigfús, y se fue emocionando—. El convoy no sabía nada de las minas marinas, creían que estaban siendo atacados por submarinos

alemanes, así que dispararon artillería pesada hacia las sombras entre la niebla, arrojaron cargas de profundidad, se levantaron columnas de agua, relámpagos en la niebla, agua ardiendo. Cuando explota una mina marina, la presión hace que exploten otras que están cerca.

—Una reacción en cadena —dijo alguien del servicio de emergencias—. Como fichas de dominó.

—¿Cuánta gente murió? —preguntó otro que no era del pueblo.

—Mucha —contestó Sigfús, enigmático.

—¡Por lo menos los tiburones tuvieron algo de comer! —dijo Elínborg, y varias personas sacudieron la cabeza y se apartaron de ella—. ¡Qué pasa! Así es, ¿verdad, Kalmann?

No pude evitar sonreír, porque era verdad. Los tiburones comían casi cualquier cosa.

Pero al final no era una mina marina lo que había en la bahía, porque izaron al hombre de la cuerda, y Siggi sacó el bidón negro del mar con gran esfuerzo y después entró en el puerto. El helicóptero se marchó, enseguida desapareció en el horizonte, y la calma volvió a Raufarhöfn. Pensé en Núi, que seguramente habría podido decirme hacia dónde volaba el helicóptero ahora.

Esperamos impacientes hasta que Siggi llegó por fin al puerto. Sæmundur trajo una jarra de café y *kleinur* fritos, y por eso había muy buen ambiente. Llegaron un par de personas más, por ejemplo el poeta Bragi.

—¡Camaradas! —saludó.

—¡Cuidado, la cosa se va a poner poética! —advirtió Steinarr, pero Bragi no dijo nada.

Nadja y su novio Darius también aparecieron por el puerto, pero se quedaron un poco apartados, como si ese no fuera su sitio. Nadja me vio y me hizo señas para que me acercara, pero como me quedé en el sitio, al final vino ella y me pidió prestados los prismáticos. Le enseñé cómo ajustarlos a los ojos y enfocar la imagen. Por desgracia no se quedó a mi lado sino que volvió con los prismáticos donde su novio, que también los utilizó aunque no me había pedido permiso. Miró mucho rato mientras hablaba con Nadja, pero no oí lo que decían, y tampoco lo habría entendido. Al final Nadja se me acercó de nuevo, seguramente para devolverme los prismáticos. Venía sonriéndome desde lejos, y Óttar comentó que se acercaba mi cariñito, entonces yo me puse rojo y me enfadé.

—¡Kalli, se te ha puesto la cara toda roja! —bromeó. ¿Por qué la había tomado conmigo? Normalmente me trataba bien, sobre todo cuando cenaba en el hotel—. ¿No te encuentras bien?

—Déjale en paz —dijo Bragi, que de pronto estaba a mi lado.

Casi habría preferido que Nadja no se acercara a mí, porque ahora me daba mucha vergüenza, todos me miraban sonriendo, pero tampoco quería decirle que se fuera, porque tenía mis prismáticos en las manos, que siempre estaban muy cuidadas a pesar de lo mucho que trabajaba en el hotel. Casi deseé no habérselos prestado. ¡Las mujeres pueden causarte muchos problemas!

La gente que me rodeaba escuchaba divertida.

—Gracias, Kalmann —dijo Nadja, y me dio los prismáticos—. Debo irme. Mucho trabajo en el hotel. ¡Muchísimo!

Me miró con gesto de disculpa, como si le hubiera gustado quedarse un rato a mi lado para hablar conmigo, y me sentí como orgulloso. Seguro que Óttar estaba celoso, aunque sospeché que el novio de Nadja, Darius, lo estaría aún más, y de hecho estaba llamando a Nadja, así que yo le lancé una mirada, pero él ya se había dado la vuelta y caminaba en dirección al hotel.

—Pero ¿no quieres saber lo que hay en el bidón? —le pregunté a Nadja.

Me acercó mucho la cara hasta que sus labios casi me rozaron la oreja izquierda.

—Tú me cuentas lo que hay dentro —susurró de manera que nadie más la oyera. Yo asentí con gesto conspirativo—. ¿Prometido?

Me sonrió de nuevo, como triste, como miras a alguien a quien no volverás a ver, y por eso no supe qué decirle. Seguramente la miré con cara de chalado. Entonces se dio la vuelta y se marchó tras su novio, que ya se había alejado bastante de nosotros y ni siquiera esperaba a su novia.

Si Nadja hubiera sido mi novia, siempre la habría esperado. Incluso bajo la lluvia, o aunque tuviera hambre. Porque merecería la pena. La seguí con la mirada hasta que desapareció en el hotel. Puede que todavía tuviera posibilidades con ella. Estaba muy alterado, y para que Óttar no hiciera más comentarios, le volví la espalda. Me alegré de tener un motivo para volver a ver a Nadja, aunque no tenía ni idea de qué había dentro del misterioso recipiente. Pero ya me estaba imaginando cómo sería la conversación. Entraría en el hotel y ella terminaría lo que estuviera haciendo y me propondría salir con ella, porque quería fumar, y yo la seguiría, y ella se encendería un cigarrillo y yo le diría: «¡No te vas a creer lo que había en el bidón!», y esperaría un momento, y Nadja diría: «¿Qué es? ¡Venga, dime!», «¡Nada!», diría yo, porque en ese momento todavía no sabía qué había dentro, y la verdad es que habría sido muy gracioso que no hubiera nada en el bidón y que se hubiera hecho venir el helicóptero a Raufarhöfn inútilmente, y que la gente del puerto hubiera esperado en vano un gran acontecimiento. Nadja se reiría y soplaría el humo hacia el cielo y me ofrecería otro cigarrillo, y yo me echaría el sombrero de vaquero un poco hacia atrás y me fumaría uno con ella, y nuestras manos libres se rozarían por casualidad, pero ella no retiraría la mano sino que me agarraría el dedo meñique con su dedo meñique, y entonces todos nuestros dedos se tocarían, se enredarían, y Nadja me miraría con esos ojos, y yo me inclinaría hacia ella, y nos besaríamos, y ella me metería la mano en los pantalones y diría «Uau», y yo me sentiría un poco cortado, pero ella me animaría: «Puedes tocarme», y yo le tocaría los pechos, y...

—¡Kalmann!

Casi se me cayeron los prismáticos. El ovejero Magnús Magnússon me miraba raro. Debía de haber llegado justo entonces, porque antes no estaba con nosotros. La verdad es que era difícil no verlo, era alto y macizo y llevaba siempre el mismo jersey de lana. Magnús me preguntó si necesitaba carne para cebo, porque tenía un jamelgo al que había que sacrificar. Pero yo no necesitaba carne de cebo, tenía suficiente en ese momento, de todas formas no pescaba nada, así que negué con la cabeza, y como Siggi todavía tardaría un par de minutos en llegar con la barca, intentamos charlar, pero no lo conseguimos porque yo todavía estaba muy excitado y ya estaba pensando en cuando fuera a ver a Nadja, así que nos quedamos en silencio uno junto al otro y observamos a

Siggi traquetear lentamente hasta el puerto.

Medio pueblo esperaba ya en el embarcadero como si fuera un comité de bienvenida. Siggi había vuelto a pescar dos contenedores enteros de lumpo, y le felicitaron por ello, pero lo interesante de verdad era el bidón negro que estaba allí en cubierta. Steinarr dijo muy decepcionado que eso no era una mina marina, y todos se echaron a reír, pero Sigfús añadió que nunca se sabía, que debíamos tener cuidado de todas formas, porque si había explosivos en el bidón, medio Raufarhöfn volaría por los aires, y eso también le pareció divertido a la gente, y a mí me pareció tan gracioso que casi me caí al agua, pero el ovejero Magnús Magnússon me sujetó por la manga justo a tiempo y dijo: «¡Cuidado, chico!». Olía a oveja. La mayoría de la gente no se había dado cuenta de mi percance, porque toda la atención estaba puesta en el bidón. Sæmundur bromeó con que sería una suerte para Islandia que medio Raufarhöfn volara por los aires. ¡Seguro que para los hípsters de Reikiavik sería un alivio! Y eso también le pareció gracioso a la gente, hasta Bragi sonrió, pero ya no hubo tantas carcajadas, porque ahora tocaba inspeccionar el bidón algo abollado. Primero lo izaron hasta el embarcadero, después discutieron si era mejor abrirlo ya o esperar a que llegara la policía. Resulta que ya habían informado a Birna y estaba viniendo de Kópasker. Un par de agentes del servicio de emergencias, que al parecer habían dejado de buscar a Róbert, se unieron a nosotros. Me acordaba de sus caras pero no de sus nombres. Uno dijo que era posible que encontráramos a Róbert dentro del bidón, pero no necesariamente de una pieza, y las reacciones fueron una mezcla de horror y risas, una cosa muy rara, pero ahora el ambiente era muy distinto, estábamos todos desanimados, y de repente nadie estaba demasiado ansioso por abrir el bidón. Seguro que Birna llegaba en cualquier momento, comentó Sæmundur, pero Siggi gruñó de impaciencia, anunció que iba a abrir el bidón ya, que al fin y al cabo lo había encontrado él, y que lo que se pescaba en el mar era de quien lo encontraba, y que era la ley, y que si no hubiera pasado lo de Róbert no habría tanto revuelo porque a nadie le habría interesado lo que había en el bidón, al fin y al cabo en el mar flotaban todo tipo de cosas, y que se arrepentía de no haber abierto el bidón en la barca, porque si hubiera sabido que los habitantes de Raufarhöfn eran un puñado de melodramáticos que avisaban a la policía porque había algo flotando en el agua, ¡no se lo habría contado a nadie! Y que además no tenía tiempo, porque había pescado dos contenedores llenos de lumpo, y tenía mucho trabajo por delante.

Nadie rechistó. Incluso le dieron la razón, y les pareció lógico que lo inspeccionara quien lo había encontrado, así que Siggi abrió el cierre del bidón, y fue muy fácil, porque el bidón no parecía llevar mucho tiempo en el mar, estaba casi como nuevo, solo un poco abollado.

Nadie dijo ni una palabra. Unas treinta personas y no se oía ni pío. ¡Eso no se ve todos los días! Estaba tan nervioso que casi me eché a reír a carcajadas. Me acerqué mucho al bidón, tuve que apartar a un par de personas, porque no quería perderme una sorpresa tan poco habitual. ¡Por lo general no pasaba gran cosa en Raufarhöfn! Siggi levantó la tapa, la dejó en el suelo con cuidado, y después miró dentro. Vi plástico transparente, había algo envuelto en él que olía raro. Y la gente empezó a hacer ruidos extraños, algunos incluso se echaron hacia atrás, otros hacia delante, hubo movimiento en el grupo. Incluso me empujaron un poco. Siggi sacó un cuchillo de pesca e hizo un corte en

el plástico sin vacilar. Lo primero que pensé fue: brócoli. Verdura para la tienda de Yrsa. Pero era una suposición equivocada, porque Bragi, que al parecer ya había visto aquello antes, exclamó:

—¡Marihuana! ¡*Sweet Mary Jane*! ¡Un bidón entero!

—¡No tengo nada que ver con esa porquería! —gritó Siggi, apartó las manos, volvió a subirse a su barca y se puso a hacer cosas que tenía que hacer de todas formas.

Pero el barullo en el embarcadero no hacía más que crecer, todos hablaban a la vez, todos se apelotonaban alrededor del bidón, hasta que Sæmundur cerró la tapa y dijo:

—¡Apartaos!

Uno de los del servicio de emergencias sugirió hacer una foto para que la policía supiera que nadie había tocado o robado nada, documentar el estado de la mercancía, y por eso Sæmundur abrió la tapa de nuevo, varias personas sacaron sus móviles e hicieron muchas fotos, y las compartieron con sus amigos en internet. Y por eso hubo muchas personas en Islandia informadas del hallazgo antes de que Birna hubiera llegado a Raufarhöfn.

Sæmundur volvió a cerrar la tapa y ordenó que nadie tocara el bidón, porque si no la policía encontraría un montón de huellas dactilares diferentes, y Óttar dijo que las huellas de Siggi estarían por todas partes, y entonces Siggi nos gritó desde su barca que él solo había encontrado el bidón por casualidad, que Sæmundur podía confirmarlo, al fin y al cabo le había informado inmediatamente, y además parecía una mina marina porque flotaba en el agua al revés. Pero alguien le dijo que no se enfadara, que ahora era dueño de cincuenta kilos de marihuana, ¡que se liara un porro y se relajara! Y el ambiente volvió a mejorar en el embarcadero, hubo risas y se hicieron bromas, el susto se había pasado. Puede que simplemente nos alegráramos de no haber encontrado a Róbert descuartizado en el bidón. Pero enseguida se puso en duda que fueran cincuenta kilos de marihuana, porque Óttar sabía que se trataba de un bidón de sesenta litros. Sæmundur también intervino diciendo que el bidón no podía llegar a los cuarenta kilos, porque habían podido izarlo hasta el embarcadero entre dos. Así que ambos levantaron el bidón y lo subieron a la balanza del contenedor de Sæmundur, donde normalmente se pesaban y se registraban las capturas. No hicieron mucho caso de la advertencia de no tocar el bidón, por lo de las huellas dactilares. Pero yo no dije nada, solo miré, porque no quería levantar sospechas por tercera vez.

El peso total resultó ser treinta y cuatro kilos, así que la gente se puso a calcular cuánto pesaría el bidón, hasta que Siggi les recordó que la tara estaba estampada en la base, pero Sæmundur se metió en medio y dijo que teníamos que dejar en paz de una vez el maldito bidón, y ya no escuché más, porque yo ya había visto un bidón así antes, exactamente igual, pero ya no recordaba dónde. Entonces me acordé de que tenía que contarle a Nadja qué había dentro del bidón, así que dejé allí a la mitad de los habitantes de Raufarhöfn y corrí hacia el hotel, sentía un hormigueo en el estómago. Era la ilusión. Nadja se llevaría una buena sorpresa. Me apresuré y Bragi me gritó:

—¿Adónde vas con tanta prisa, jovencito?

Pero no tenía tiempo de explicárselo. Tenía que cumplir la promesa. Pero aquella locura de día no acabó allí ni mucho menos.

14. Arctica

Entré en el hotel por la entrada principal. La construcción era de la época del *boom* del arenque, y cuando el arenque desapareció, se decidió convertir el edificio, que hasta entonces alojaba a trabajadores, en un hotel para turistas. De las paredes colgaban muchas fotos en blanco y negro de aquella época. Se veían todos los barcos apretujados en el puerto, una borda junto a la otra, de manera que se podría haber paseado por la bahía entera sin mojarse los pies. Al fondo de varias imágenes también se distinguía el edificio del hotel. En el vestíbulo también había un par de barriles de madera en los que antes se exportaba el arenque salado a todo el mundo. Del mostrador de recepción colgaba una red de pesca en la que se habían enredado estrellas de mar. Aquí y allá se habían colocado boyas para decorar, y a algunas incluso se les habían puesto bombillas dentro para que brillaran.

No había nadie en el vestíbulo. En el restaurante tampoco. Ni un alma. Miré por una ventana hacia el puerto. La gente seguía alrededor del bidón misterioso, charlaban, se reían y negaban con la cabeza. Habían puesto la jarra de café y los vasos de plástico vacíos encima del bidón, como si fuera una mesita.

—¡Nadja! —llamé, pero nadie contestó.

Puede que estuviera en la cocina, así que entré, porque Óttar seguía en el puerto. La cocina también estaba desierta. Bajé las escaleras hacia el sótano, hacia la lavandería. Conocía muy bien el hotel, en realidad conocía muy bien la mayoría de los edificios de Raufarhöfn. Tampoco son tantos. Aquí las puertas siempre están abiertas. Nadie cierra con llave, excepto las viejas fábricas, porque los niños pueden caerse por las escaleras oxidadas. Los coches tampoco se cierran nunca. Algunos hasta tienen las llaves puestas.

En el sótano no había nadie. Cuando subí las escaleras, oí el zumbido del helicóptero de la guardia costera, que ya me resultaba muy familiar. ¿Había vuelto? Miré por la ventana del restaurante y vi que un coche de policía llegaba al puerto en ese momento. Así que Birna estaba de nuevo en el pueblo y podía ocuparse del bidón de droga. Me alegré de que estuviera aquí otra vez. Tomé las escaleras hacia las habitaciones. Seguro que Nadja estaba limpiando.

—¡Nadja! —llamé.

Ahora el ruido era bastante fuerte. Parecía que el helicóptero estaba aterrizando justo delante del hotel. El edificio entero empezó a temblar.

—¡Nadja! —grité.

Se abrió una puerta y apareció una cabeza, pelo oscuro, rostro delgado, mirada interrogante. Conocía esa cara. ¡Era la del turista que se había sentado en mi mesa en Húsavík! No supe si él me había reconocido. Al fin y al cabo ahora llevaba puesto el sombrero de vaquero, y el pasillo estaba bastante oscuro.

—*What is happening?* —preguntó, pero yo tenía cosas más importantes que hacer que

informarle sobre la situación en Raufarhöfn.

—¿Has visto a Nadja?

—*What?*

—Nadja. *Beautiful woman*. ¿Dónde? —El hombre era corto de entendederas, así que volví a intentarlo. Esta vez más fuerte—: *Nadja, lady! Where, where, where!*

Supuse que por fin me había reconocido, porque me miraba con cara de incrédulo total.

Las ventanas temblaban. El hombre volvió a cerrar la boca, se volvió y desapareció en la habitación. Oí que hablaba con una mujer. Me asomé al cuarto para asegurarme de que Nadja no estaba con él. Pero no estaba allí, solo la novia, a la que ya había visto en Húsavík, aunque ahora llevaba poca ropa, sus pantalones de senderismo y un sujetador rojo. Sus pechos eran pequeñísimos, más o menos como manzanas. El pelo rizado le caía casi hasta los pechos. Su novio se había puesto un jersey, salió empujándome al pasillo y me cerró la puerta en las narices para que no viera a su novia.

—*What the fuck is going on?* —preguntó, esta vez en un tono bastante desagradable.

Los turistas pueden ser un auténtico incordio. Pero podía serme útil en la búsqueda.

—¡Ven conmigo! —le dije, y le hice un gesto para indicarle que me siguiera. Y me siguió. Bajamos las escaleras, él iba detrás.

—¡Hooooooooolaaaaaa! —grité lo más fuerte que pude.

El ruido del helicóptero era ensordecedor. Parecía que el edificio estaba a punto de despegar. Puede que ahora Nadja sí estuviera en el vestíbulo, porque tenía que haber oído el ruido, así que le hice señas al turista para que me siguiera. Cruzamos el vestíbulo y abrimos la puerta de la entrada principal. No fue una buena idea. El viento que levantaban las aspas del rotor casi nos levantó del suelo. Intenté sujetarme el sombrero de vaquero pero fue demasiado tarde. Ya me había dicho adiós y revoloteaba de vuelta hacia el vestíbulo. El polvo se me arremolinó en la cara y me escoció en los ojos, no pude hacer otra cosa que cerrarlos, pero justo me había dado tiempo a ver a unos hombres de negro delante de la entrada del hotel. Me pareció raro. Me protegí los ojos con la mano y parpadeé como pude. Los hombres iban encapuchados y llevaban armas que normalmente solo salen en las películas, porque nadie tiene de eso en casa. Se llaman semiautomáticas.

Claro. Cuando ya ha pasado, es fácil hacerse el listo. Esos hombres pertenecían a las fuerzas especiales de la policía nacional, así que eran los buenos. Pero me asusté tanto que reaccioné de forma instintiva y huí de vuelta al hotel, siguiendo la estela de mi sombrero, y al hacerlo arremetí tan fuerte contra el turista que se cayó al suelo del vestíbulo conmigo.

—¡Cierra la puerta! —grité, pero el muy inútil no lo hizo, se quedó tirado en el suelo con las manos en la nuca, listo para que lo arrestaran.

Igual no me había oído. El viento y el polvo seguían golpeándonos, así que era difícil pensar con claridad. Un par de fotografías en blanco y negro enmarcadas se cayeron al suelo, las boyas se bamboleaban. Me levanté a duras penas para cerrar la puerta. Me dolía la cadera, seguramente había caído de costado sobre la pistola. El cinturón se me había caído un poco y me preocupó haberla dañado al caer. Por eso la saqué de la funda poniéndome de lado contra el viento. No me había dado cuenta de que algunos de los

policías encapuchados habían asaltado el vestíbulo con las armas en posición.

—¡Tira el arma! ¡Tira el arma! —gritaron.

Y ojalá hubiera tirado la pistola en ese momento, pero me habían cogido totalmente por sorpresa, con el rabillo del ojo vi más figuras encapuchadas que habían entrado en el hotel por la puerta trasera y ahora atravesaban la cocina apuntándonos con las armas, como si fuera una película, así que el turista y yo estábamos rodeados. Sin posibilidad de escapar. Estaba tan atónito que me quedé petrificado, sin poder hacer lo que me pedían los encapuchados. En cambio el turista estiró las piernas y los brazos, al principio pensé que le habían disparado, y me asusté de verdad. La cosa iba en serio.

—¡Tira el arma! ¡Tira el arma! —seguían gritando, y ¡bang!, una granada de mano me explotó delante, o eso pensé, pero naturalmente no era una granada, sino una bomba de humo, que de todas formas me nubló los sentidos.

El humo nos envolvió, nos picaba toda la cara, y como el cartucho había explotado junto al turista, este empezó a gritar sin control, en su idioma, así que nadie le entendía, y además en esa situación no servía de nada, y de pronto un hombre muy fuerte de las fuerzas especiales me agarró por detrás y me tiró al suelo muy hábilmente. Seguro que no era la primera vez que lo hacía. Y ahí me quedé, tosiendo y con los ojos llorosos, ya no tenía la pistola en la mano, pero vi cómo se deslizaba por el suelo hasta acabar debajo de una cómoda en la que siempre había café y té. Ese día también. El tipo de las fuerzas especiales me llevó los brazos a la espalda y apoyó la rodilla encima de mí. Me hacía bastante daño, y si intentaba moverme me dolía todavía más, y por eso yo también empecé a gritar. Estaba al lado del turista, nos mirábamos y gritábamos a la vez con todas nuestras fuerzas. Pero no aguantamos mucho tiempo, porque el puñetero humo enseguida nos dejó sin aliento, y nuestros gritos acabaron siendo toses.

Pero después no fue para tanto. Tiraron fuera la bomba de humo, y alguien apagó la alarma de incendios, en la que yo no me había fijado hasta entonces. Abrieron las ventanas y el humo se dispersó gracias al viento que levantaba el helicóptero. El agente de las fuerzas especiales me soltó un poco y me senté en el suelo, porque de pronto Birna estaba allí y les dijo a los hombres que habían detenido a la persona equivocada. Pero no nos dejaron marchar tan fácilmente, ni a mí ni al turista, porque al fin y al cabo nos habíamos resistido, pero Birna intervino en mi favor y les explicó quién era yo, cómo era, y que ni yo ni mi pistola de juguete suponíamos ningún peligro. Creo que entonces los de las fuerzas especiales también se dieron cuenta de que habían exagerado un poco. El turista también consiguió demostrar que realmente era un simple turista. Lo escoltaron hasta su habitación, y no volví a verle a él ni a su novia. Las personas a las que pretendían detener, los lituanos, o sea, Nadja, Darius y los demás, habían huido hacía rato, así que los encapuchados se subieron al helicóptero a toda prisa y se largaron con un fuerte tableteo. Birna y un par de policías de Akureyri y Húsavík se quedaron allí. Todo aquello solo duró unos minutos, pero estaba tan cansado como si hubiera pasado el día entero serrando trozos de cebo. Estaba hecho polvo.

El vestíbulo ya estaba más tranquilo. Birna me sentó en una mesa del restaurante, cerca de la ventana, me trajo una botella de cocaola y se sentó enfrente. Hasta que no tuve la botella en las manos no me di cuenta de lo mucho que temblaba y sudaba, aunque tenía muchísimo frío. Me picaban los ojos y me dolía la cadera. ¿Qué leches

había sido eso? La mayoría de los vecinos se habían esfumado del puerto al llegar la policía, cuatro agentes en dos coches. Acoronaron el puerto con cinta amarilla y también echaron a Sigfús. Solo Sæmundur y Siggi se quedaron por allí.

—Siento muchísimo que esto te haya pillado en medio, Kalmann —dijo Birna—. ¡Siempre en el lugar equivocado en el momento equivocado! ¿Cómo lo haces? —Intentó sonreír pero no resultó muy convincente—. ¿Qué hacías en el hotel?

Sabía que no debía contestar porque mi madre no estaba, y sin mi tutora no debía decir nada, era la ley.

—Buscaba a Nadja —dije.

—¿Por qué?

—Le había prometido que le contaría qué había dentro del bidón.

—¿Y por qué se lo habías prometido?

—Porque ella no podía esperar a que lo abrieran. Tenía que irse a trabajar. Siempre está muy ocupada.

Birna asintió como si me creyera.

—¿Y bien? ¿Has encontrado a Nadja?

—¡No! —contesté, y estaba a punto de llorar, porque ese día todo estaba saliendo mal—. Es como si se la hubiera tragado la tierra, no estaba ni en la cocina ni en la lavandería. ¡La he buscado por todas partes! ¿Tú sabes dónde está?

Birna, cansada, negó con la cabeza.

—No puede estar muy lejos, ¿verdad? Seguro que enseguida la encontramos. ¿No te ha dicho adónde iba?

Intenté acordarme. De verdad quería ayudar a Birna, pero no podía.

—De vuelta en el hotel —dije finalmente, pero estaba empezando a darme cuenta de que me había mentido.

Birna asintió, me miró durante un rato, me dijo que me quedara sentado, que volvía enseguida, que tenía que hacer una llamada, y se fue.

Los policías del puerto estaban examinando el bidón, hicieron fotos y después lo cargaron en una furgoneta. Birna se sentó de nuevo conmigo y se guardó el móvil.

—Escúchame, Kalmann, no puedes ir por ahí armado y asustando a la gente.

—No asusto a nadie —me defendí.

—Esto podría haber acabado mal, ¿lo entiendes? Si yo no hubiera estado aquí...

Pensé en mi madre.

—Pues me da igual —dije.

Birna me miró con una sonrisa burlona.

—Ahí fuera hay gente de la tele. ¿Qué tal si no das más entrevistas?

Asentí, pero Birna no se dio por satisfecha.

—Sal por la puerta de atrás, ¿vale?

—No pasa nada —dije.

—Vale. Vete a casa y llama a tu madre. Seguro que está preocupada.

Asentí, pero le indiqué a Birna que me quedaría todavía un rato sentado, las manos aún me temblaban. Birna me dejó, y cuando por fin estuve solo en el hotel, me tumbé en el suelo delante de la cómoda y saqué la pistola de debajo. Por suerte estaba intacta. Cómo no iba a estarlo. Había sobrevivido a un par de guerras. Me imaginé provocando

un intenso tiroteo contra las fuerzas especiales, me escondí detrás de un barril de arenque, apunté a la puerta y dije: «¡Pum! ¡pum! ¡pum!». Pero entonces la puerta se abrió de pronto porque los periodistas entraron en el hotel, con o sin permiso de la policía. Así que corrí agachado por el vestíbulo y me puse a cubierto en el restaurante, detrás de la mesa del bufé. Pero solo eran dos periodistas, y los reconocí enseguida: el calvo de la pajarita y el cámara enorme. No me habían visto. Guiñé el ojo y primero apunté al reportero y después al cámara. ¡Pum, pum! Habría podido dispararles uno tras otro.

—¿Kalmann? —exclamó el reportero de la televisión nacional.

Como me habían pillado, salí a gatas de debajo de la mesa y eché a correr, huí por la cocina y la despensa hasta la puerta trasera y salí fuera. Rodeé el hotel a hurtadillas, así los despistaría.

La huida tuvo éxito. No me pillaron, solo me siguieron con la mirada sacudiendo la cabeza. ¡Qué emocionante! Grité de júbilo, corrí por el pueblo, me sentía muy bien, como un auténtico héroe de película. «*Yeah, bitches!*» Pero de pronto me mareé. Las extremidades me pesaban más a cada paso, de repente estaba cansadísimo. Casi no me tenía en pie. Cuando llegué a la casita, sentí náuseas y vomité al lado de la entrada. Rápido y con fuerza. Después me puse a salvo dentro con las últimas fuerzas que me quedaban. Yo creo que los héroes de las películas también se quedarían como tontos si una unidad especial les asaltara y les empujara al suelo, con una semiautomática en la nuca y todo. Porque la gente de Hollywood no sabe nada de la vida real. Y es que la vida real da ganas de vomitar.

15. Halldór

El vecindario entero se había reunido en el salón de actos del centro cívico. Eso solo pasaba cuando se celebraba *Þorrablót*, en la fiesta nacional, y para las funciones de teatro, que cada vez eran menos frecuentes. Halldór estaba colocando más sillas, porque al parecer no había pensado que se presentarían los ciento setenta y tres habitantes del pueblo; menos los niños, claro, así que unas ciento cincuenta y cinco personas.

—¡Kalli, ayúdame con las sillas! —gritó, y yo le ayudé con las sillas, porque él ya estaba sudando.

Ya no me temblaban las manos, me había recuperado después del susto del hotel, estuve viendo *The Biggest Loser* en casa y eso me tranquilizó. Halldór había puesto una mesa larga en el escenario, y allí estaban sentados todos los que iban a hablar. Birna, de la policía, en uniforme; Arnór, del servicio de emergencias, con el equipo completo; y entre ellos Hafdís, del centro cívico, bien vestida y maquillada, parecía muy profesional y nada nerviosa. La prensa no estaba invitada, me pareció bien. Hafdís no estaba tan seria como Birna o Arnór, sino que sonreía. Y eso que la tensión se mascaba en el ambiente. Yo también estaba nervioso. No quería perderme nada, así que enseguida me senté en una silla libre en la segunda fila, aunque seguía entrando gente para la que no había sillas, pero ignoré a Halldór, que me miró y gesticuló, indignado. Las guirnaldas de luces del último *Þorrablót* seguían colgadas del techo, lo que puso a todos los vecinos de un humor festivo, aunque no había nada que celebrar. La gente se saludaba, charlaba y reía.

Hafdís dio unas palmadas y dio por inaugurada la sesión informativa, porque eran las ocho, y al fin y al cabo había avisado a todo el mundo por mensaje de texto de que el acto empezaría a las ocho, y quien llegara tarde, pues llegaba tarde (y eran unos cuantos, el ovejero Magnús Magnússon por ejemplo, o el poeta Bragi, que de todas formas siempre llegaba tarde). Se presentó a sí misma, a Birna y a Arnór, que estaban a su izquierda y a su derecha en el escenario, dijo que el público tendría la oportunidad de hacer preguntas, pero que quería intentar que la cosa fuera lo más breve posible, y por eso le pasaba ya la palabra a Birna, que nos informaría sobre los acontecimientos del día.

Se hizo el silencio en la sala, todos los que querían asistir ya estaban allí, y Birna se puso muy nerviosa. Yo se lo noté, porque sabía cómo era cuando no estaba nerviosa. No paraba de moverse en la silla, reorganizó los papeles que tenía delante, se recolocó el uniforme, y por fin abrió la boca, pero no se le entendía casi nada hasta que alguien, desde el fondo, gritó «¡Más alto, por favor!», y eso la descolocó un poco, así que empezó desde el principio, aunque más alto y con la cara rojísima.

—Como todos sabemos, Róbert McKenzie está desaparecido desde la mañana del diecinueve de marzo. Se le vio por última vez en el hotel Arctica, de cuyo edificio salió a las nueve de la mañana, vestido con poca ropa y borracho. Hacia las quince horas,

Kalman Óðinsson, que había salido a cazar zorros por la Melrakkaslétta, encontró un charco de sangre en la nieve e informó inmediatamente a Hafdís, ehh, Helgadóttir, pero en ese momento Róbert McKenzie todavía no se consideraba oficialmente desaparecido, así que no se involucró a la policía. El...

—¿Quién fue la última persona que vio a Róbert con vida? —preguntó Elínborg, que estaba sentada en primera fila, en diagonal desde donde estaba yo.

Tenía una voz potente. Birna miró asustada a su alrededor, quiso responder algo, pero Hafdís se le adelantó:

—¡Las preguntas al final, por favor!

—No pasa nada —dijo Birna, y miró los papeles mientras pensaba qué decir—: Eh... Nadja Staiva, que estaba trabajando en el hotel, lo vio salir. En ese momento estaba recogiendo el desayuno.

—¡La lituana! —comentó Elínborg, se cruzó de brazos y no hizo más preguntas.

—Birna, por favor —dijo Hafdís, y le hizo un gesto para que continuara.

—A ver... Bien. La policía recibió el aviso a primera hora de la tarde del veinte de marzo, a lo largo de la tarde los forenses precintaron y examinaron el charco de sangre, que por desgracia estaba cubierto de nieve, y hacia el atardecer se inició una primera operación de búsqueda junto con el servicio de emergencias.

En ese momento Birna miró a Arnór. Él asintió y saludó con la mano.

—No encontramos nada —dijo.

Se oyeron risitas ahogadas entre la multitud. Pero Arnór estaba muy serio, y también algo confuso por que sus palabras divirtieran a la gente. Birna continuó.

—La prueba de ADN confirmó que era la sangre de Róbert McKenzie, y también encontramos fibras que pertenecían a su ropa, un calcetín, y sus gafas, pero fue difícil buscar huellas porque la zona estaba cubierta de nieve y pisoteada.

Varias personas me miraron, pero no entendí por qué, así que seguramente me puse rojo.

—Por desgracia eso es todo lo que hemos encontrado de él, pero a juzgar por la cantidad de sangre estimada que había en la nieve y en el suelo, es muy poco probable, aunque no está descartado, que Róbert McKenzie siga vivo. En estos momentos trabajamos con la hipótesis de un asesinato.

Varias personas miraron con los ojos muy abiertos a Dagbjört, que estaba sentada bastante atrás, completamente petrificada, con su marido encorbatado al lado que le sostenía la mano. Él me lanzó una mirada cuando yo todavía les estaba observando, aunque los demás ya se habían dado la vuelta. Dagbjört tenía la vista clavada al frente, nos ignoraba a todos. Birna prosiguió:

—Arnór nos informará del alcance de la búsqueda, pero me gustaría comentar dos cosas. La muerte de Margrét Baldursdóttir no tiene nada que ver con este asunto. —Birna recorrió la sala con la vista para asegurarse de que todos lo hubieran oído—. Desgraciadamente Magga se asfixió con un bocado de comida, y como estaba sola en casa, nadie la pudo ayudar. Creo que esto desmiente todos los rumores sobre una posible relación con la desaparición de Róbert McKenzie. Hum, os agradezco las numerosas llamadas de teléfono. Pero solo podemos investigar los indicios firmes o con fundamento.

Un murmullo recorrió la sala, y Birna esperó un par de segundos hasta que se hizo el silencio de nuevo. Algunos volvieron a mirarme a mí, y no precisamente con gesto amable.

—¡Silencio, por favor! —exclamó Hafdís.

Lo estaba haciendo muy bien.

Birna respiró hondo.

—Sin embargo, es muy posible que lo que ha pasado hoy, el hallazgo de droga y la consiguiente operación de las fuerzas especiales, tenga algo que ver con la desaparición de Róbert McKenzie, aunque no podemos confirmarlo. Para que quede claro... —ahora el silencio en la sala era total—..., no está confirmado. Sigurður Dagsson, o sea, Siggí, ha encontrado hoy un bidón en la bahía y ha hecho lo correcto, informar a la policía.

—Te ha informado Sæmundur, no yo —intervino Siggí—. Yo solo he informado a Sæmundur.

—¡Es verdad! —exclamó Sæmundur.

Birna hizo como si no lo hubiera oído.

—Por desgracia, el bidón se ha abierto antes de que llegara la policía, y aquí quiero subrayar que todas las posibles pruebas, los hallazgos de todo tipo, ¡tienen que protegerse hasta que llegue la policía!

Varias personas sacudieron la cabeza. Alguien dijo que las pruebas no eran mesitas de café, y hubo risas.

—¡Silencio!

Hoy Hafdís no estaba para bromas de ningún tipo.

Birna continuó:

—En el bidón se han encontrado cerca de veinte kilos de marihuana y unos cinco kilos de anfetaminas. Como ya he dicho, hasta el momento no se ha establecido ningún vínculo con la desaparición de Róbert McKenzie, pero como hace un año se confiscó en Reikiavik un bidón parecido relacionado con un traficante de drogas lituano, se podría...

Los murmullos ahogaron las palabras de Birna. Esta vez Hafdís no consiguió hacer callar a la gente, y me pareció gracioso, así que me eché a reír a carcajadas.

—¡Silencio! —gritó—. ¡Silencio!

Dejó caer las manos. Birna puso cara de cansada.

—¿Los lituanos de Raufarhöfn son de la mafia? —exclamó Elínborg indignada, y su voz se impuso a las de todo Raufarhöfn.

El volumen de la sala bajó, porque era una buena pregunta.

—En estos momentos no podemos confirmarlo, pero...

—¿Habéis cogido a los lituanos?

Arnór no pudo contener una sonrisa y se tapó la boca con la mano. Hafdís volvió a intentarlo:

—¡Callaos de una vez! ¡Dejad terminar a Birna, después podréis hacer preguntas!

Birna le hizo un gesto de agradecimiento.

—Sí, las fuerzas especiales han conseguido parar y arrestar a los cuatro empleados del hotel en la ochenta y cinco, arriba, junto a los cráteres.

—Eso no son cráteres —se oyó decir a Siggí.

—¿Son sospechosos del asesinato de Róbert? —preguntó alguien.

—Ahora mismo no hay sospechosos, porque no sabemos dónde está Róbert ni si realmente lo han asesinado, pero en realidad se considerarán sospechosas todas las personas que tenían relación con él. Por eso...

—¿Los cuatro lituanos son de la mafia?

—Con lo que sabemos ahora no podemos confirmarlo.

—¿Habéis interrogado a los lituanos?

—Estamos en ello, pero, la verdad, no puedo daros más información.

La gente no quedó satisfecha con las respuestas de Birna. Se discutía acaloradamente, y nadie quería que Arnór les contara por dónde había buscado el servicio de emergencias porque, total, no habían encontrado a Róbert. A la gente le interesaba más saber si Róbert estaba compinchado con la mafia lituana y por qué se había tolerado durante tanto tiempo a los lituanos aquí. Elínborg dijo que tendrían que haber impedido que Róbert acabara enredado en el asunto, y que había que obligar a confesar a los lituanos, así el caso estaría resuelto.

—¡Hay métodos para hacerlo! —gritó.

Hafdis consiguió hacer callar al público varias veces, pero Birna no iba a dar más información. Para terminar, dijo que lo importante era encontrar a Róbert cuanto antes.

El acto duró una hora entera, la sala se caldeó, las ventanas estaban empañadas a pesar de que Halldór había abierto todas las que se podían abrir. Hubo otro momento incómodo cuando Yrsa, la de la tienda, preguntó si se podía descartar que hubiera un oso polar por la zona, entonces Birna sonrió y dijo que podía descartarse tranquilamente. Muchos me miraron, y también oí mi nombre entre susurros. No me gustó, y por eso dije que los osos polares pueden llegar nadando desde Groenlandia hasta Islandia, pero solo me oyeron los que estaban sentados cerca de mí. De todos modos nadie quiso apoyarme, y todos se volvieron hacia el escenario.

Cuando el acto terminó, ayudé a Halldór a recoger las sillas. No porque quisiera ayudarle, sino porque Dagbjört también estaba recogiendo. Seguramente se sentía obligada por ser la profesora. Me lo agradeció con una sonrisa, me dijo que era un detalle que ayudara, y me sentí tan orgulloso que apilé cuatro sillas de una vez y las arrastré detrás del escenario. Normalmente solo se llevan tres sillas cada vez, pero los más fuertes también pueden con cuatro.

Me había sorprendido que Dagbjört asistiera al acto, al fin y al cabo era su padre. Y no estaba nada triste.

—¿Has pescado ya algún tiburón? —me preguntó.

—No, todavía no —contesté un poco ofendido—. Es que acabo de retomarlo.

—Ah, vaya —dijo Dagbjört, y sonrió.

—¿No estás triste? —le pregunté.

Tomó aire.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque tu padre ha muerto.

—¡Kalli! ¡Ven a ayudarme! —Halldór estaba en el escenario y me esperaba junto a las mesas. Antes de que pudiera subirme a la tarima para ayudarle, Dagbjört dijo:

—Puede que siga vivo.

—No lo creo —repliqué.

—¡Kalmann! —gritó Halldór—. ¡Ven aquí!

No me gusta que me griten. Solo estaba hablando con Dagbjört. ¿Estaría celoso?

—¿Por qué crees que no? —preguntó Dagbjört, y parecía algo pálida.

Me dejó desconcertado. ¿No había escuchado lo que decían?

—¡Pues por la sangre! —dije—. Perder tanta sangre... ¡Lo ha dicho Birna! Y Birna es de la policía.

Dagbjört volvió a apoyar en el suelo la silla que tenía en las manos.

—Todavía no lo han encontrado —dijo con voz apagada.

—¡Kalli! ¡Deja a la pobre Dagbjört en paz!

Atravesé a Halldór con la mirada.

—¿De quién será el hotel si Róbert está muerto? —le pregunté a Dagbjört. En realidad no quería preguntárselo, pero los gritos de Halldór habían hecho que se me cruzaran los cables.

—¡No pasa nada! Kalmann solo tiene curiosidad —dijo Dagbjört en dirección a Halldór. Y después a mí—: No quiero pensar en ello.

—Vas a ser rica —la informé.

Dagbjört me miró, se volvió y se marchó. La seguí con la mirada.

—¡Idiota! —exclamó Halldór.

Cuando Dagbjört salió, cogí una silla y la lancé por toda la sala hasta donde estaba Halldór. La silla chocó contra el escenario con un gran estruendo, justo antes de salir corriendo de allí vi que Halldór saltaba hacia atrás, y ya no oí sus insultos. Al salir fuera me detuve, porque todavía había gente reunida charlando delante del centro cívico, y reconocí a Dagbjört, que estaba con los demás y recibía un abrazo de la mujer de Óttar, Ling.

—Kalmann —dijo el profesor de deporte, Marteinn—. ¿Qué se te había perdido en el hotel cuando las fuerzas especiales entraron a detener a los lituanos?

Les miré a todos. Todos me miraron. Entendí que unos pocos proseguían con el acto allí fuera. Seguramente era mejor que no dijera nada, porque hasta entonces solo se habían reído de todo lo que había dicho.

—*No comment* —dije, y me quedé ahí parado. En realidad quería irme, pero estaba como clavado en el sitio. Se miraron unos a otros.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Marteinn, y se cruzó de brazos—. ¿Tienes algo que ocultar?

—*No comment!* —repetí, y yo mismo me di cuenta de que lo había dicho en voz muy alta porque Marteinn dio un paso atrás y dejó caer los brazos.

—¡Tranquilo, solo era una pregunta! —dijo.

—¡No te importa una mierda! —grité.

—¡Kalmann!

¿Es que todo el pueblo estaba en mi contra? ¿Qué había hecho yo?

—¡Kalmann, ven conmigo! —Dagbjört repitió mi nombre, la primera vez no la había oído.

Miraba fijamente al profesor de gimnasia, que de vez en cuando se pegaba una buena juerga en el hotel Arctica, así que yo también podría haberle preguntado a él qué se le había perdido en el hotel, porque los profesores de gimnasia no deberían beber alcohol,

eso lo sabe todo el mundo, es así y punto. Y estuve a punto de preguntárselo, pero Dagbjört me cogió de la mano y se me llevó de allí cruzando el aparcamiento hacia la calle, lejos de la gente, no admitió protestas. Me dijo en voz muy baja que sentía haber reaccionado así antes, pero que no sabía qué creer. Esperaba que su padre siguiera con vida, porque si no había pruebas, había que suponer que la persona seguía viva. Y me lo dijo todo en voz muy baja mientras me llevaba lejos de allí. Y me tranquilicé al instante, porque nunca había ido de la mano con Dagbjört, y nunca me había susurrado al oído, y sentí calor, y no sabía qué decirle, porque en realidad no estaba nada de acuerdo. Ya se podía ir olvidando de que su padre siguiera con vida. Estaba seguro. Y quería decírselo. Pero de pronto recordé que tenía que protegerla, salvarla de todo lo malo, lo había prometido. Entonces me dejó en la calle de repente, me dijo que tenía que irse a casa y que yo también debía irme a la mía.

—*Bless*, Kalmann.

Me besó en la mejilla y se marchó. Y me quedé allí solo, la seguí con la mirada, la vi irse a casa, miré atrás hacia el centro cívico, pero estaba demasiado lejos para que la gente que había allí me molestara, y por eso acabé sacudiendo la cabeza, levanté la mirada hacia el cielo y vi auroras boreales. Bastante bonitas, además. Por eso grité lo más fuerte que pude:

—¡Auroras boreales!

Y la gente del centro cívico también miró hacia el cielo. Pero yo me fui a casa porque no estaba de humor para auroras boreales. Abrí el portátil y llamé a Nói porque quería contarle lo de la asamblea. Pero Nói estaba como de mal humor, no respondía a lo que le estaba contando, tampoco estaba concentrado en ninguna partida de videojuegos, solo estaba ahí sentado, como encogido, pero seguía sin verle la cara. Parecía que el jersey le quedaba grande. Enseguida entró su madre en el cuarto y dijo que Nói tenía que acostarse y que ya era hora de apagar el ordenador. Me sorprendió que Nói obedeciera sin más. Tampoco dijo adiós, sino que directamente cortó la llamada, desapareció de la pantalla, y por eso me quedé ahí sentado y me sentí vacío, porque en ese momento habría necesitado un amigo, y por eso tampoco me acuerdo de cuánto tiempo pasé sentado delante del portátil. Volví en mí cuando la sangre me empezaba a gotear en el pantalón, y al sentir la sangre húmeda en la piel me di cuenta de que me había arañado la mano hasta hacerme sangre.

16. Caza

Después de curarme la herida, me tumbé a dormir. Muy pocas veces me iba a la cama sin ver la tele. Pero ya no era un niño y los adultos pueden no ver la tele de vez en cuando. Por eso a la mañana siguiente estaba bastante descansado, aunque de todos modos decidí pasar el día de forma que no me encontrara con gente todo el rato. Quería estar tranquilo. Hacía un tiempo espectacular, casi un poco primaveral, había muy pocas nubes en el cielo. Borreguillos en formación. La niebla que se había instalado en la bahía al amanecer se estaba disipando. La hierba entre las rocas estaba húmeda y sin brillo, y excepto en zonas muy sombrías, la nieve había desaparecido. Seguramente la tierra habría absorbido el charco de sangre junto al Arctic Henge. Así que metí chocolate y pescado seco en la mochila, me puse mi sombrero de vaquero y me até la pistolera. Subí la pendiente detrás del centro cívico, me volví una vez más y observé Raufarhöfn, que descansaba tranquilo después de todo el barullo. De eso no quedaba ni rastro en el pueblo, porque los helicópteros y las unidades especiales no dejan huella. Me puse en marcha campo a través en dirección noroeste, escalé los restos del antiguo campamento inglés, viré hacia el norte en la antenna, pasé junto al Arctic Henge a una distancia considerable, y seguí por la tundra de la Melrakkaslétta sin rumbo, pero siguiendo mi instinto, mis entrañas, y estaba convencido de que mi brújula interna me conduciría hasta *Barbanegra*. Seguro que vería perdices nivales, porque en esa época los machos conservaban el plumaje blanco y se distinguían fácilmente en la llanura marrón. Las hembras ya tenían manchas oscuras para camuflarse mejor contra los halcones. Así que los machos se sacrificaban por las hembras, para garantizar por lo menos la descendencia. Es el equilibrio de la naturaleza. No puede alterarse. Es así y punto. Las mujeres y los niños primero. El plato favorito del halcón es la perdiz nival, y si hay pocas perdices, hay pocos halcones, porque no tienen nada que comer. Y si hay pocos halcones, hay más perdices. Y cuando hay más perdices, hay más halcones. Y seguramente este ejemplo puede aplicarse también a nosotros los humanos, pero ahora no se me ocurre cómo.

Efectivamente, enseguida levantó el vuelo una pareja de perdices asustadas, y me sorprendí una vez más de lo poco hábiles que eran volando y de sus arrullos como eructos, que las delataban a gran distancia. La naturaleza se lo ponía muy fácil a los halcones y a los zorros árticos. Sin embargo no vi halcones, y *Barbanegra* tampoco se dejó ver enseguida, aunque ya había varios ánsares piquicortos y cisnes cantores, que seguramente acababan de llegar a Islandia.

Subí hacia los lagos, que poco antes todavía estaban helados y cubiertos por una capa de nieve. Una pareja de cisnes cantores se deslizaba sobre uno de ellos; todos los años son las mismas parejitas. Por eso los cisnes son unos animales tan románticos. Son fieles mutuamente y fieles a sus laguitos. A veces me gustaría ser un cisne.

Me senté en una piedra con el sol calentándome la cara, comí chocolate y pensé. Me habría gustado tumbarme en la hierba, pero el suelo seguía húmedo y frío. Desde allí ya no veía Raufarhöfn. Solo musgo, hierba marrón y piedras adornadas con líquenes hasta donde alcanzaba la vista. Si no hubiese visto el Arctic Henge allá a lo lejos, bien podría haber estado en otro planeta. Estar sentado solo rodeado por ese paisaje era como estar en el mar, pero distinto. La Melrakkaslétta subía y bajaba, se ondulaba como formando olas bajas, aunque naturalmente no se movía. Tenía uno de los lagos verdes a mis pies. En estos lagos había peces. Antes solía venir a pescar con el abuelo, nos metíamos con las botas altas en el agua, que relucía dorada al sol de medianoche, durante horas, sin hablar, simplemente allí quietos pescando, y a veces volvíamos después de medianoche con media docena de salvelinos. Eso es la felicidad.

Una vez le propuse a Nói que viniera a visitarme a Raufarhöfn en verano, entonces le llevaría a pescar, pero me dijo que no porque pescar era aburrido. Aunque seguro que le habría gustado, al fin y al cabo una vez me confesó su sueño de vivir solo de la naturaleza en una cabaña en algún lugar de Canadá o Alaska, totalmente independiente de su madre. Pero con conexión a internet y armas modernas y mucho whisky.

Sentado allí mirando el agua, de pronto noté movimiento en la orilla opuesta. Contuve la respiración. Era *Barbanegra*, que merodeaba agazapado. Efectivamente. Debía de haberme visto hacía un buen rato, porque me miraba desconfiado, recorría un par de metros por la orilla del lago, se detenía, volvía a mirarme, y repetía el proceso. No me moví, me quedé quieto, y finalmente *Barbanegra* también se detuvo, con la cabeza gacha, las patas tensas y un poco abiertas, listo para huir, como si esperara que yo hiciera algo. Así que lo hice.

La distancia de un lado a otro del lago era de unos cincuenta metros, con la escopeta quizá le hubiera dado, aunque no le habría matado, porque los perdigones se hubieran diseminado demasiado. De todas formas, no había cogido la escopeta, así que llevé la mano despacio hasta la pistolera, como en cámara superlenta, para que el zorro no percibiera ningún movimiento amenazador. Efectivamente, se apartó un poco y olisqueó los arbustos de murtilla, después trotó de nuevo por la orilla, completamente relajado, como si ya no creyera que yo fuera a hacer algo, pero después volvió a pararse y a mirarme, como si no se fiara del todo. Yo ya tenía la pistola en la mano, le había quitado el seguro. El índice derecho en el gatillo, el brazo estirado, apunté hacia él, un ojo cerrado, respiración superficial, inspirar, espirar. *Barbanegra* me miraba sin sospechar nada. No me tenía miedo. Me miraba como si él me hubiera dejado llegar hasta allí, como si supiera perfectamente quién era yo. Y por eso me resultaba tan difícil matarle. No, apretar el gatillo no habría estado bien. Me lo decía el instinto.

El abuelo me había enseñado a escuchar a mi instinto y a confiar en él. Decía incluso que mi instinto sabía muchas veces lo que estaba bien y lo que estaba mal. Que simplemente tenía que aprender a entenderlo. Me preguntó en qué parte de mi cuerpo sentía la tristeza. Que la señalara con el dedo. ¡No es tan fácil como parece! Primero me señalé la cabeza, porque era tonto y pensaba que todo pasaba en la cabeza. ¡Cómo no iba a pensar que todo pasaba donde estaba el cerebro! Porque la cabeza es la caseta del timón, ahí se sienta el conductor. Si nadie enciende el motor, no pasa nada de nada. Ya puedes tener el motor más potente del mundo. Y por eso, sin la cabeza, no se puede

palear nieve o estar triste, por ejemplo. Intenté explicárselo al abuelo, pero no quedó satisfecho, dijo que el conductor no podía hacer nada si el motor estaba averiado. En ese caso daba igual si se cambiaba de chófer. Me pidió que no señalara donde yo creía que estaba el sentimiento de tristeza, sino donde yo lo sentía, y dijo que lo intentaríamos juntos otra vez, y yo me puse un poco nervioso pero el abuelo me dijo que no me pusiera nervioso, y que cerrara los ojos. Y esperó, esperó tanto que estuve a punto de abrirlos para saber si seguía allí. Al mismo tiempo intenté averiguar dónde se escondía la puñetera tristeza, si no estaba en mi cerebro. Pero no la encontré, y me puse todavía más nervioso, y ya no quería seguir, pero el abuelo insistió en que no abriera los ojos, y después me recordó que pronto sería Navidad, y por eso me olvidé por completo de buscar la tristeza, pero el abuelo me preguntó si tenía ganas de que llegara la Navidad, ¡qué pregunta más tonta! Y me pidió que le señalara dónde estaba esa sensación, y yo me señalé la tripa sin pensarlo, porque ahí es donde hormiguea, y el abuelo se rió dando palmadas.

—¡Eso es la ilusión, la felicidad! —confirmó.

¡Qué alivio! Me quité un peso de encima. Ya estaba listo para localizar otros sentimientos. La tristeza resultó estar escondida en mi pecho, el amor también lo tenía en la tripa, y la rabia, en los brazos. No encontré la nostalgia, porque no sabía qué era exactamente, pero el abuelo estaba satisfecho con los resultados y me explicó que no todo estaba en la cabeza, que no todo era tan sencillo como se creía. Me explicó que el tiburón de Groenlandia prácticamente no tenía cerebro, solo conexiones entre los ojos y la columna vertebral, pero que eso no significaba que los tiburones de Groenlandia fueran tontos o no tuvieran sentimientos.

Me pareció espantoso. ¿Que los tiburones de Groenlandia también tenían sentimientos? ¿Estaban tristes ahí abajo, en la oscuridad del lecho marino? ¿Se sentían solos? ¿O eran felices? ¿Tenían amigos? ¿Podían enamorarse? ¿Sentían miedo cuando los sacábamos a la superficie?

—¿Los peces tienen miedo? —le pregunté al abuelo.

Y él pensó durante un rato, dijo que no sabía de ningún pez que hubiera nadado voluntariamente hacia las fauces de un tiburón de Groenlandia o hacia una red de pesca, y que no creía que eso pasara nunca. Y debí de mirarle con gesto confuso, porque dijo que en realidad él tampoco lo sabía, pero creía que sí. Se lo decían sus entrañas, no su cabeza, y era importante escuchar las entrañas, porque la cabeza tenía muy poco que ver con los sentimientos, y los sentimientos eran muy importantes para sobrevivir, porque si no seríamos capaces de meter la cabeza en las fauces de un león por pura curiosidad. Y me pareció que tenía sentido.

Si el abuelo hubiera estado allí conmigo, no habría dicho nada. Se habría quedado sentado quieto a mi lado y habría mirado a *Barbanegra* con los ojos entrecerrados. No me habría dicho que me diera prisa o que disparara. Qué va. Me habría dejado hacer, porque sabía que lo haría bien aunque no fuera tan listo como él. Los dos teníamos buenos instintos.

Tal vez el zorro me miraba tan tranquilo porque sentía que no quería hacerle daño. Igual me había reconocido de verdad. Igual también me había puesto nombre, como yo a él. Al fin y al cabo seguro que ya me había visto varias veces recorriendo la

Melrakkaslétta y me había oído cantar. Así que nos quedamos mirándonos, un par de segundos o incluso más, le apunté con mi pistola, pensé en el abuelo, y dije:

—¡Bang!

En el camino de vuelta pasé por delante de la casa de Bragi. Y como miré hacia la ventana del salón pensando que lo vería allí, no me di cuenta de que estaba fuera, junto a la entrada, fumando en pipa.

—¡Kalmann!

Me asusté y me quedé quieto, busqué a Bragi con la mirada. Él sonrió, dio una calada a la pipa, y echó una bocanada de humo con satisfacción, como si de verdad hubiera pretendido asustarme. Llevaba los labios pintados de rojo.

—Hola —dije, y pensé en el abuelo, que antes también fumaba en pipa pero nunca se había pintado los labios. Puede que yo también fume en pipa cuando sea tan mayor como Bragi, pero nunca me pintaré los labios.

Bragi me señaló con la pipa. Ese día llevaba las uñas pintadas de negro, y tenía ganas de charla.

—¿Hoy no hay botín?

—No.

—Eso se llama un paseo armado.

—Supongo, sí.

—Un paseo inofensivo. Mejor así —dijo Bragi—. Hoy no es día para... esas cosas... — Se detuvo a media frase, frunció el ceño como si buscara las palabras adecuadas, pero después simplemente volvió a ponerse la pipa entre los dientes.

Se había vestido muy elegante, totalmente anticuado, una camisa a rayas, un chaleco marrón, tirantes rojos, bonitos pantalones verde oscuro. Solo le faltaba el sombrero. Así también habría podido esconder su pelo revuelto.

Bragi también me observaba.

—Qué locura de día ayer, ¿verdad? De película.

—Sí —dije, y sentí al agente de las fuerzas especiales arrodillado encima de mí.

—Te gustaba esa chica, ¿verdad? ¿Nadja?

Me encogí de hombros y bajé la vista hacia el suelo.

—Entra. Te preparo un café —dijo Bragi, se volvió y entró en la casa.

Ya no podía decir que no, y marcharme sin más habría sido una falta de educación, así que me quité los zapatos en la entrada y le seguí. No era la primera vez que entraba en su casa, porque antes solía acompañar a mi madre cuando cogía libros prestados de la biblioteca de Bragi. Siempre charlaban, pero entonces todavía no entendía de qué hablaban. Sin embargo llevaba años sin entrar en la biblioteca, y por eso era otra vez como la primera vez, porque yo había cambiado y ya no era la misma persona. Su casa se construyó en los años sesenta, muy plana, de una sola planta, ventanas grandes y suelo de moqueta. Aunque no había mucho espacio libre en la moqueta. En el suelo se apilaban las cajas llenas de libros, las paredes estaban tapadas por estanterías de libros, y en la mayoría de las sillas y butacas había libros, pero no solo libros, también periódicos y videocasetes, lámparas y utensilios de cocina. En los alféizares de las ventanas y entre las sillas había plantas. Muchísimas plantas. También hacía mucho calor. Y humedad. Los bordes de las ventanas estaban empañados, y entre los cristales había zonas con

moho. Junto a la puerta del salón había un escritorio repleto de más libros y un viejo ordenador.

Bragi había desaparecido en la cocina, que también estaba llena de cosas. Pude echar un vistazo al dormitorio, porque la puerta estaba abierta, y era la habitación más desordenada que había visto en toda mi vida.

—Tengo que irme —dije—. *Bless!*

—¡Tú te quedas ahí quietecito! —gritó Bragi, volvió al salón, recogió un par de libros de una butaca y dijo—: ¡Siéntate! ¡Relájate!

Me senté, pero relajarme era imposible. Bragi se quedó de pie y me observó desde arriba, como si estuviera pensando qué hacer conmigo. Después volvió a la cocina y me dejó allí sentado. Al cabo de un rato vino con un trozo de tarta en un plato, me lo dio y se sentó en su escritorio. Sacó un libro de una pila, lo giró entre las manos, y se inclinó hacia la pantalla del ordenador.

—Cuántas cajas —suspiró—. Me las han mandado así sin más, como si supiera qué hacer con toda esta porquería, y eso que ni siquiera las he pedido. ¿Tú querrías leer este libro? —Volvió a mirar la portada—. *Kan du høre mosset visker?* Un melodrama, y encima en danés. ¿Tú sabes danés?

Negué con la cabeza.

—Yo tampoco, *for helvede!* —maldijo Bragi. Al parecer sí sabía insultar en danés—. Ahora tengo que meter todas estas bobadas en el sistema, ponerles número a los libros y plastificarlos. Porque aquí arriba no tenemos nada mejor que hacer, ¿verdad?

Me alegré de no tener que trabajar en una biblioteca. La verdad es que sonaba bastante agotador.

Con la uña negra de su dedo índice, Bragi señaló la pila de libros que había a mi lado.

—¿Ves todos esos libros? *La saga del pueblo del hielo*. La gente todavía los lee. En realidad no haría falta más para una biblioteca de pueblo.

Yo no había leído ningún libro en toda mi vida, pero no quería que Bragi se diera cuenta, así que no dije nada y me limité a dar un bocado a la tarta. Era un bizcocho de chocolate duro como una piedra. Bragi se volvió hacia el ordenador. Escuché con atención, porque oía el borboteo de la cafetera en la cocina, pero Bragi estaba tan enfrascado en su trabajo que no parecía haberlo oído, así que dije:

—El café está listo.

—*For helvede!* —repitió, y corrió a la cocina.

Resoplé con fuerza, y pensé en cómo huir de la casa. Porque el instinto me hacía señales.

—¡Te vi, Kalmann! —me gritó Bragi desde la cocina—. Aquel día. En la nieve. ¡La verdad es que fue agotador!

Aguanté la respiración esperando a que siguiera, pero Bragi hizo una pausa, y por eso volví a morder el bizcocho, porque cuanto antes me lo comiera antes podría irme de allí.

—¿No me viste tú a mí? —Bragi volvió al salón con dos tazas de café—. Tuviste que verme, ¿no? Pasaste corriendo justo por mi lado.

Para poder coger el café, dejé la tarta encima de una pila de libros. Bragi sonrió:

—Por lo menos sirven para algo. —Volvió a sentarse al ordenador—. Nos parecemos mucho, Kalmann, aunque a primera vista no se note. —Era como si Bragi estuviera

hablando con el ordenador—. Tú eres joven. Yo me hago mayor. Tú eres fuerte, un cazador. Yo no. Pero los dos somos distintos. Este no es tu lugar ni el mío, les damos miedo a los turistas. No encajábamos en la imagen que tenía él. Menuda chorrada. Tú y yo somos espíritus protectores, ¿sabes qué es eso?

De repente Bragi me miró.

Tenía calor. Allí dentro hacía calor. Y yo quería irme.

—Los espíritus son personas muertas —contesté.

—No tiene por qué. A veces sí. Los espíritus protectores también pueden ser dragones o gigantes, pero que a veces adoptan forma humana, se camuflan, ¿entiendes?

Asentí, porque no quería que me explicara más cosas.

—No te preocupes. No hace falta que le des más vueltas —murmuró Bragi, y cogió el siguiente libro—. *Frihedens kirsebær*. Bueno, este sí que es un buen libro.

Sorbí el café, aunque Bragi no me había ofrecido leche ni azúcar.

—Quiero irme —dije.

Bragi se reclinó en la silla y me miró fijamente.

—No tienes por qué tenerme miedo. Somos cómplices. Tenemos una causa común, ¿entiendes?

—No te tengo miedo —dije.

Bragi se sonrió.

—No, porque eres un espíritu protector. Eres el sheriff. Y no tienes miedo de nadie. Gracias a ti la gente puede dormir tranquila en su camita o leer los melodramas del pueblo del hielo. Gracias a ti nadie tiene miedo del oso polar ni del gigante de hielo.

Dejé la taza de café junto al bizcocho y dije:

—Me voy.

Y me fui, me puse los zapatos y me precipité fuera.

—¡No te preocupes, Kalmann! —me gritó Bragi mientras me iba—. Si tú no dices nada, yo tampoco lo haré. ¡Te lo prometo!

Corrí a casa, de pronto estaba tan cansado como el día en que le conté a Hafdís lo del charco de sangre, cuando empezó todo el lío. Me dejé caer en el sofá con un suspiro, encendí la tele y sentí un gran alivio al ver al Dr. Phil dar consejos matrimoniales a los espectadores, aunque los olvidé enseguida, pero no pasa nada porque no estoy casado.

Intenté llamar a Núi, pero no para hablar con él sobre Bragi o Róbert McKenzie. Me habría bastado con verle jugar a videojuegos. Pero Núi no estaba conectado. A veces sucedía. No pasaba nada. Así que intenté localizarle por Facebook. Pero su cuenta estaba eliminada. O bloqueada. Fuera como fuese, allí tampoco estaba. Y eso sí que me pareció raro, pero no le di muchas vueltas. Todavía no.

17. La mano

Pasaron varios días, unos tres o cuatro, y Róbert McKenzie seguía sin aparecer. Debí de enfriarme un poco cuando salí a cazar, porque estaba destrozado, y por eso no fui al entierro de Magga, que de todas formas no se celebró en Raufarhöfn, sino en Akureyri, donde ya estaba enterrado su marido. Mi madre sí que fue, y después me llamó, me contó que habían incinerado a Magga, o sea, que la habían quemado, y me pareció lógico, porque nadie habría querido llevar un ataúd tan pesado a la tumba.

Me había encerrado en mi casita y veía por la ventana lo que sucedía en el pueblo. El servicio de emergencias finalmente se retiró, y a Birna se la veía muy poco por allí. La paz había vuelto a la isla entera. Los jefes de Estado habían celebrado su cumbre, las fotos y las grabaciones estrechándose las manos estaban por todas partes, y se les veía radiantes, como si hubieran ganado la lotería. Hablaban de enormes avances, y todos se alegraban de que los jefes de Estado ya no quisieran matarse unos a otros, y el presidente de Islandia también aparecía en una de las fotos con los hombres importantes, y era el más feliz de todos, resplandecía, como si fuera su cumpleaños. Igual era su cumpleaños.

La isla recobró la normalidad. Los días eran tranquilos, Jú-Jú conseguían pescar varias toneladas de bacalao casi a diario. Cada vez que eso pasaba, yo oía el pitido de la carretilla del puerto cuando iba marcha atrás, y ahora pitaba a menudo. Decenas de gaviotas volaban nerviosas en círculos sobre los contenedores y se llevaban algo antes de que los metieran en el almacén frigorífico. Durante un tiempo creí incluso que el asunto de Róbert estaba olvidado, porque la mayoría de las personas solo tienen memoria a corto plazo, como solía decir el abuelo. Intenté hablar con Nói varias veces, pero seguía desconectado, y poco a poco me fue pareciendo raro de verdad.

Ya iba siendo hora de que llevara cebo nuevo a mi palangre. Indudablemente, ya había pasado tiempo suficiente en el sofá.

El abuelo y yo habíamos pasado tanto tiempo juntos en el agua, que lo vivido en cierto modo se había vuelto parte del agua, había dejado huella, aunque esa huella no se viera a simple vista. Oía las palabras del abuelo y olía el humo de su pipa.

Como siempre, escuché a mi instinto antes de zarpar. El pronóstico del tiempo es para la cabeza. Es igual de importante bajar al puerto, mirar el agua, guiñar los ojos hacia el cielo, y hasta cerrar los ojos de vez en cuando.

Sæmundur y el conserje Halldór charlaban delante del contenedor. Eran parientes, y por eso a veces quedaban y hablaban donde estaban ahora, o a veces en medio de la carretera. Sæmundur me dio la autorización, dijo que nuestros instintos estaban de acuerdo.

—Adelante, *Kalli minn* —dijo, y añadió que estaría allí cuando yo volviera—. De todas formas siempre estoy aquí, ¿dónde iba a estar si no?

Yo no lo sabía. Así que no dije nada, aunque Halldór me miraba con cara de pocos

amigos. Al parecer había interrumpido su conversación sobre la cumbre de jefes de Estado, porque Halldór siguió hablando:

—Y ahora te lo pregunto a ti: ¿quién va a pagar la broma?

¿Me lo preguntaba a mí?

—¡El contribuyente, como siempre! —se respondió Halldór a sí mismo enseguida. Así que no me lo preguntaba a mí.

—Siempre es igual —dijo Sæmundur, y me guiñó un ojo—. En este mundo nada es gratis.

Halldór no le prestó atención, nos contó que los preparativos habían sido carísimos. La seguridad, los francotiradores en los tejados, vehículos a prueba de balas que se habían traído a Islandia expresamente para la ocasión, calles cerradas, entorpecimiento del tráfico, todas las fuerzas del orden islandesas, la guardia costera, además de cuatrocientos agentes para acompañar a los jefes de Estado, varios cientos de periodistas de todo el mundo, y todo para una sesión de fotos, estrecharse las manos y nada más.

Halldór sacudió la cabeza con desaprobación. Sæmundur se volvió hacia mí.

—Kalmann —dijo—. Menos mal que vivimos en Raufarhöfn. Aquí arriba nunca se montará un teatro como ese. Bueno, aparte del de las fuerzas especiales asaltando el hotel.

—¿De verdad te apuntaron con armas semiautomáticas? —me preguntó Halldór—. ¡Qué exageración!

—Quiero irme ya —dije, y me fui.

Como había perdido un par de minutos con ellos dos, tenía la desagradable sensación de llegar tarde, pero era una tontería, porque en el agua el tiempo no importa. A pesar de todo, el viaje hasta el palangre se me hizo más largo que nunca. Las piernas me hormigueaban de impaciencia.

Después supe que debía de haber intuido que un tiburón había picado en mi anzuelo, y que tenía que liberarlo de su penosa situación. Dejé que Petra traqueteara ella sola, salí fuera, miré nervioso en el sentido de la marcha e intenté distinguir la boya antes de tiempo. Un viento templado erizaba la superficie del mar, y Petra tuvo que encaramarse a incontables pequeñas olas, pero se lo pasaba bien. Era mejor que aburrirse en el puerto.

Por fin llegamos, con la Melrakkaslétta a lo lejos, y el Arctic Henge un monumento de guijarros en el horizonte. Por fin saqué el palangre, anzuelo a anzuelo. Las gaviotas esperaban ansiosas los trozos de cebo.

Nueve anzuelos y cero tiburones. Ya creía que el instinto me había jugado una mala pasada, pero entonces vi al gran monstruo relucir a través del agua, una sombra clara que emergía de la negrura del mar. No era el primer tiburón de Groenlandia que sacaba del agua, y tampoco era el más grande, aunque medía sus buenos quince o dieciséis pies de largo y pesaría cerca de una tonelada, pero, como de costumbre, sentí ese arranque de felicidad que tanto me gustaba. Lo siento por todo el cuerpo. Doy gritos de júbilo y al mismo tiempo me alegro de que nadie me oiga.

Tiré del tiburón con el cabrestante tanto como pude, hasta que el bote quedó completamente torcido, tenía que tener cuidado de no caer al agua. El tiburón se movía lentamente. Una lucha extraña y lenta por sobrevivir, como la postura de la bailarina en

yoga, a cámara lenta.

Saqué los cartuchos de la escopeta del abuelo, hay que revisarlos, y los metí de nuevo en la recámara. Después enganché el bichero en la boca del animal, le saqué la cabeza un par de centímetros del agua con todas mis fuerzas para poder ponerle la boca de la escopeta entre los ojos, y apreté el gatillo. Le disparé una carga de perdigones en la cabeza, y así acabé antes de tiempo con una vida de quinientos doce años.

Cuando tu balandra arrastra una tonelada de peso, el viaje de vuelta al puerto es más largo. En lugar de una hora y media, dura de dos a tres horas. También depende un poco del tiempo. Pero el viento soplaba a favor, la marea estaba subiendo, *Petra* cabalgaba animada las olas, y llegué en un poco menos de dos horas.

En el puerto me esperaba Sæmundur, como si se hubiera quedado en el sitio, pero en realidad había visto en el ordenador dónde me encontraba. Sabía perfectamente que había pescado algo, porque no solo había preparado la carretilla elevadora para sacar al tiburón del agua, sino también el pequeño remolque de madera donde cargaríamos los trozos de carne. Me saludó desde lejos y parecía alegrarse de la captura tanto como yo.

—¡Enhorabuena, el primer tiburón del año! Un ejemplar magnífico —exclamó, contento, y, aunque en realidad todavía no había visto el tiburón, repitió—: ¡Un ejemplar magnífico!

Nos atamos los delantales y nos pusimos guantes de goma, atamos un cabo a la aleta caudal del tiburón y lo sacamos del agua con la carretilla. Lo dejamos colgando justo por encima del suelo del muelle, nos escupimos en los guantes y nos pusimos manos a la obra sin perder el tiempo con discursos. Sæmundur no tenía por qué ayudarme, al fin y al cabo era el capitán del puerto, pero en ese momento no había mucho que hacer: Jú-Jú todavía estaban a unas dos horas de distancia, Einar acababa de zarpar, y Siggi estaba envasando el caviar. Apareció más gente, un par de niños en bici y jubilados, entre ellos el mecánico Steinarr, que desde que se había retirado hacía esculturas con restos de hierro que parecían trols. Sigfús también estaba allí, daba golpecitos con sus bastones de esquí emocionado, e incluso me felicitaba. Los niños gritaban «¡Uauuu!» y abrían los ojos como platos. Se nos acercaron demasiado, hasta que Sæmundur les ordenó que se apartaran, al fin y al cabo estábamos trabajando con cuchillos afilados tan grandes como unos machetes pequeños. Un poco más tarde también se nos unió Bragi, que al parecer se había enterado de la captura. Estaba pálido y tenía ojeras, pero me guiñó un ojo con gesto elocuente. Llevaba guantes de cuero, así que no se veía de qué color se había pintado las uñas. Yo estaba tan orgulloso que no tenía tiempo de recordar la extraña visita a casa de Bragi. Seguía gritando de vez en cuando de lo orgulloso que estaba, pero no quería que la gente se diera cuenta, así que me tapaba la cara con las manos. ¡Qué alivio! ¡El primer tiburón del año!

—¡No te saques un ojo con eso! —exclamó Sæmundur.

Pero estaba teniendo mucho cuidado porque ya sabía que los cuchillos que me había traído cortaban de lo lindo.

Primero le cortamos la cabeza al gran monstruo. Los niños pudieron verla un poco más de cerca. Le tocaron con mucho cuidado las puntas de los dientes y chillaron. Óli se acuclilló en el suelo y clavó la mirada en el ojo del tiburón.

—*Hey, baby!* —exclamó.

Los niños se rieron a carcajadas, los adultos sonrieron.

Le cortamos las aletas dorsales y ventrales y las tiramos al remolque. Yo se las vendía a Eysteinn, que también pescaba tiburones en Vopnafjörður, y él se las vendía a los japoneses o a los chinos, que preparan con ellas unas sopas más caras que yo qué sé. Después colocamos una tina de plástico debajo del tiburón, yo me subí al borde de la tina y le rajé el vientre al tiburón. Metí las manos enguantadas dentro y dejé caer las entrañas en la tina. El hígado era impresionante, lo vendería en Reikiavik, donde se hacían pastillas de aceite de hígado de pescado. Era especialmente interesante ver qué había en el estómago de aquellos tiburones. Los mirones también tenían curiosidad y se acercaron aún más. Aparté la tina de debajo del tiburón, me agaché, y abrí el estómago con el cuchillo. Había todo tipo de cosas irreconocibles, digeridas y a medio digerir, pero entre todo aquello había una cosa grisácea-amarillenta, reblandecida e hinchada: una mano humana.

Di un paso atrás con el cuchillo en la mano, me miré el guante porque en un primer momento pensé que me había cortado la mano sin querer. El susto recorrió la multitud. Los niños chillaron.

Después llegó el silencio.

Después habló Sæmundur:

—¡Demonios! Es la mano de Róbert. ¡La mano derecha de Róbert!

Y así se esfumaba de nuevo la paz en Raufarhöfn, lo supe enseguida, y la gente volvió a parlotear, pero a mí me pareció lógico y correcto examinar la mano con más detalle, por lo menos para limpiarle los restos del estómago, y como el tiburón era mío, en cierto sentido la mano también era mía. Pero en cuanto la toqué, todo el mundo empezó a vociferar, como si estuviera a punto de cometer la mayor estupidez de mi vida.

—¡Suelta la mano, idiota! —gritó alguien, y ya no me acuerdo de quién era, puede que Sigfús.

Daba igual. Me molestó tanto que en lugar de soltar la mano, la levanté un poco más, me la puse a la altura de la cara y la examiné.

Estaba hinchada, de todos los colores posibles, desde amarilla hasta morada, pero la piel debajo de las uñas estaba más bien negra. Tenía marcas claras de mordiscos, pero estaba serrada limpiamente por debajo de la muñeca.

—¡No la toques, idiota!

—¡Tío! ¿Estás mal de la cabeza?

—¡Deja la mano! ¿Es que ya no te acuerdas de lo que dijo Birna?

Varias personas me gritaron. Agaché la cabeza y no me moví. Miré hacia el suelo. Pero se me estaban retorciendo las tripas, y se me estaba hinchando el cerebro de forma que ya casi no me cabía en la cabeza. No ayudaba que cada vez me gritaran más fuerte. Me quedé ahí, con el machete en la derecha y la mano en la izquierda, y aunque solo fuera durante un par de segundos, pensé en cortar un par de cuellos, porque así se habrían callado. En realidad soy una persona pacífica, o al menos se lo había oído decir a mi madre un par de veces, y también a otras personas, pero creo que faltó muy poco. Por suerte alguien se puso en medio, fue Bragi, el poeta. Se puso delante de mí, me protegió, me dijo en voz baja, incluso amable, pero bastante decidida, que devolviera la mano de Róbert a la tina porque la policía tenía que examinarla, siempre se hace así,

levantamiento de pruebas, dijo, y entonces algo me hizo clic, porque tenía toda la razón. Cuando se encuentra parte de un cadáver hay que acordonar la zona hasta que llega la policía, es la ley, y a veces pasa incluso que la policía protege las pruebas hasta que llega el comisario, que se enfada muchísimo porque los policías han hecho fatal su trabajo. Lo había visto por la tele, y por eso entendí enseguida lo que decía Bragi. Seguro que Bragi estaba muy bien informado sobre esos temas, porque se había leído todos los libros de su biblioteca. Igual fue también su olor a pipa lo que me tranquilizó, no lo sé. En cualquier caso tiré la mano a la tina, y salpicó y la gente gritó horrorizada. Después se dijeron muchas cosas, pero yo no las escuché sino que me acerqué al tiburón. Los niños estaban levantando la voz porque habían llamado al uno uno dos, querían que les pusieran con la policía, y explicaron a gritos qué y a quién habían encontrado y dónde estaban, y tardaron un buen rato porque eran dos chicos y una chica gritando al mismo tiempo por el móvil, y también dijeron que yo había tocado la mano, y al parecer les preguntaron quién era yo, porque dijeron que era el pescador de tiburones retrasado, entonces Sæmundur les arrancó el teléfono de las manos y se encargó de hablar con los de emergencias, pero el daño ya estaba hecho, yo estaba otra vez cabreadísimo, lo sentía en todas las extremidades, y todo se volvió como vago y silencioso, todo excepto el pulso que me latía en las orejas, y empecé a descuartizar el tiburón, cortaba grandes trozos, también les hacía un corte en la piel para poder agarrarlos mejor, y los tiraba al remolque, y como Sæmundur estaba hablando con la policía, nadie me detuvo, así que cuando llegó la policía casi había descuartizado el tiburón entero. Birna no estaba, eran dos policías que yo no conocía. Hombres. Y se miraron entre sí. Pero como Sæmundur intercedió por mí y habló muy insistentemente con los policías, pude terminar. Después me quedé ahí, sudando, con la respiración acelerada, y con un machete pequeño en la mano. No me dejaron llevar los trozos de carne a la sala frigorífica, por lo del levantamiento de pruebas, me dijeron, y Sæmundur preguntó cuánto tiempo tendría que quedarse así la carne, porque no podíamos dejarla ahí para siempre, y los policías prometieron avisarnos en cuanto la carne se pudiera llevar al frigorífico.

—*Kalli minn*, el cuchillo —dijo Sæmundur, y alargó la mano hacia mí. Después me mandó a casa.

Resulta que fui el único al que enviaron a casa. Todos los demás se quedaron en el puerto, aunque más alejados de la tina con las entrañas del tiburón. Por eso me sentí otra vez como cuando era pequeño, cuando me mandaban a la cama mientras mamá y el abuelo seguían en la cocina con una copa de vino hablando de cosas que yo no debía escuchar. Habría podido irme a otro sitio, pero todavía estaba bastante enfadado, así que me fui a casa y rompí unas cuantas cosas: vajilla, un florero vacío y una silla. Me golpeé en la espinilla con la pata rota de la silla, pero no sentí nada. Me arranqué la camisa y los botones cayeron rodando por el suelo, y también me desgarré la camiseta. Y también hice un agujero en la pared con el puño. Eso sí que dolió, aunque la pared solo estuviera revestida con un tablero de yeso, pero entonces me enfadé con la pared, y de repente tenía cuatro agujeros, y me sangraba la mano. Me sentó bien. Con la sangre también sale la rabia, porque la rabia está en los brazos y en las manos.

De pronto oí un zumbido, que naturalmente enseguida reconocí como el del helicóptero de la guardia costera. Cojeé hasta la ventana. Sobrevoló Raufarhöfn a baja

altura y aterrizó en el puerto, en la parte más alejada del muelle. Así pude ver claramente quién se bajaba del helicóptero y corría por el muelle hacia la tina. Birna y varios hombres. ¡Aleluya! ¡El circo empezaba de nuevo!

Me quedé junto a la ventana con los ojos llorosos y grité con todas mis fuerzas. Nadie me oyó. La gente charlaba, metieron algo en una bolsa y lo llevaron al helicóptero. Otros dos hombres en traje de buzo se bajaron del helicóptero y saltaron al agua. Los policías se subieron a mi barco a husmear.

Birna levantó la mirada hacia mi casa. Enseguida supe que vendría. Así que me curé la herida, que sangraba, y lo hice bastante bien pero su aspecto era horrible, porque tenía los nudillos llenos de tiritas.

Cuando Birna llamó a la puerta, me desinflé. Necesitaba refuerzos. Mi abuelo, o por lo menos mi madre. Y por eso me acordé de que mi madre tenía que estar presente si me interrogaban, la propia Birna lo había confirmado. Mi madre era mi tutora. Era la ley.

Me quedé en el baño, mirando cómo se empapaban de sangre las tiritas. La camisa y la camiseta me colgaban hechas harapos. Me latía la espinilla. Aguanté la respiración. El ventanuco del baño se encontraba justo al lado de la entrada, y estaba un poco abierto, como siempre, y por eso no podía ver a Birna pero sí oír la jadear, sin aliento de lo rápido que había venido. Estaba a pocos centímetros de mí, pero la casa me protegía.

Llamó otra vez.

—¡No estoy! —refunfuñé.

—¡Kalmann! —exclamó Birna—. ¿Puedo hablar un momento contigo?

—¡Ni hablar! —contesté.

—¿Por qué no?

—¡No quiero!

—Pero seguro que puedes contarme dónde has encontrado la mano.

—¡En el estómago del tiburón!

—No, bueno, claro. Me refiero al lugar donde has pescado el tiburón.

—Fuera, en mi palangre.

—¿Y dónde está tu palangre?

—Es un secreto.

—Kalmann... Es importante, porque a lo mejor encontramos más partes del cadáver.

—No puedes hablar conmigo —dije.

—Lo sé —suspiró Birna—. Pero es importantísimo, y además soy de la policía, y el trabajo policial tampoco se puede entorpecer.

Pasó un rato sin que yo dijera nada. Estuve a punto de dar puñetazos a mi reflejo. Pero me contuve.

—¿Sabes qué? —dijo Birna—. Tengo una idea. Vamos a hacer un trato. Solo tendrás que decir sí o no. Y a cambio no hace falta que salgas, ¿de acuerdo?

Suspiré con tanta fuerza que lo oyó.

—A ver, Kalmann. ¿Las coordenadas están marcadas en el mapa que tienes en el barco?

—Sí —contesté.

—¿Es el punto L uno?

Guardé silencio.

—¿El palangre está ahí? ¿Kalmann?

—¡Sí, sí!

—¿Has revisado todos los anzuelos? O sea, ¿puede que haya más tiburones?

Era la pregunta más estúpida que había oído en toda mi vida.

—¡Imposible!

—Solo preguntaba.

—¡Siempre reviso todos los anzuelos! ¡No soy imbécil!

—Está bien, Kalmann. Eso ya lo sé. Solo era una pregunta.

—Ahí no encontraréis nada —dije.

—¿Por qué no?

—En esa zona el mar tiene trescientos treinta y dos metros de profundidad. Hace tiempo que los tiburones se lo han comido.

—Seguramente tienes razón. Enviaremos el helicóptero. Puede que vean algo flotando en el agua. Tenemos que intentarlo, ¿entiendes? Hay que seguir el protocolo.

—¿Eso es como la ley?

—Parecido, sí.

No dije nada, pero si es la ley, no se puede hacer nada.

—Bueno, gracias, Kalmann. Y hasta luego —dijo Birna, y se marchó.

Unos segundos después vi por la ventana del salón cómo corría de vuelta al puerto. Poco después el helicóptero despegó con los buzos y dejó Raufarhöfn en dirección noreste.

Me sentía agotado y fatal, muy solo, como si me hubieran dejado en un islote del mar del Norte. Mi cuerpo estaba incubando algo, me dolían las extremidades, la cabeza, puede que tuviera fiebre, seguro que tenía fiebre, y por eso llamé a mi madre, algo que en realidad intentaba evitar, porque las madres pueden ser bastante pesadas y siempre hacen un drama de todo, pero es que es enfermera. Le conté lo que había pasado y me dijo que vendría esa misma noche y llegaría antes de las doce, eso me tranquilizó. Me tranquilizó de verdad. De todas formas todavía tenía que enfrentarme a la tarde entera y el principio de la noche, aunque estaba tan cansado que podría haberme quedado dormido a las seis de la tarde, pero todavía no quería irme a dormir.

Fue una tarde entretenida. Enseguida llegó toda una comitiva. Una treintena de agentes del servicio de emergencias se patearon la playa entera con la esperanza renovada de encontrar partes del cadáver entre las piedras. Se subieron a las alturas e inspeccionaron toda la línea de la playa con prismáticos, también utilizaron drones. Tenían toda la atención puesta en el mar, la bahía y la playa. La Melrakkaslétta detrás del Arctic Henge ya no les interesaba. El helicóptero regresó dos horas después, seguramente fue a repostar a Húsavík y después recorrió la línea de la costa. La calma no regresó hasta el anochecer. La flota de vehículos del servicio de emergencias y de la policía, que habían aparcado junto al hotel, se había reducido considerablemente, algunos se marcharon de Raufarhöfn, otros probablemente planeaban pasar la noche en el hotel Arctica, aunque en realidad estuviera cerrado, pero Óttar debía de haber abierto y al menos haber puesto las camas a su disposición. Puede que también estuviera sirviendo cerveza.

Cuando oscureció del todo, intenté llamar a Nói por enésima vez. Se habría partido de

la risa. Pero seguía desconectado. ¿Le habría pasado algo? ¿Le habrían tenido que operar otra vez? ¿O ya no quería tener nada que ver conmigo? ¿Le habrían prohibido usar el ordenador? Me di cuenta de que no me sabía el nombre completo de Núi. Así que no tenía ninguna posibilidad de encontrarle en internet o en el listín telefónico. Estaba confundido y decepcionado, se me pasaban miles de ideas por la cabeza, y no era una sensación agradable. Y por eso me alegré un montón cuando mi madre llegó un cuarto de hora antes de medianoche. Parecía cansada, me abrazó, dijo que necesitaba dormir, y nos acostamos enseguida, después de que me curara las heridas de las manos. Entonces le pregunté cuándo visitaríamos al abuelo, pero solo me dijo que el abuelo tendría que esperar.

Unos golpes en la puerta nos despertaron de un profundo sueño a primera hora de la mañana. Mi madre se lamentó y me dijo que me quedara en la cama, que ella se encargaría.

Oí que el periodista de la televisión nacional preguntaba por mí, pero mi madre fue tajante, le dijo sin rodeos que era mi tutora y que no permitiría que hablaran conmigo directamente. Sin embargo, el reportero no cedió de buenas a primeras, y por eso mi madre tardó un rato en cerrarle la puerta en las narices. Y lo hizo con fuerza. ¡Tembló toda la casa!

Cerramos las cortinas y desayunamos, ignorando el zumbido de mi teléfono y el ruido en el pueblo, coches, bocinazos, voces, órdenes, y esperamos a que fueran casi las diez. Entonces nos vestimos y fuimos en coche al colegio porque mi madre había accedido a hablar con Birna.

18. Dagbjört

Me senté en la misma silla frente a la mesa del profesor, en la misma aula de la otra vez, pero en esta ocasión mi madre estaba sentada a mi lado. Había colocado el sombrero de vaquero en un pupitre detrás de mí, la estrella de sheriff me brillaba en el pecho, pero había dejado la pistola en casa, porque Birna no quería que fuera armado por la calle. Alguien había limpiado la pizarra y al hacerlo había borrado el mapa de Islandia que había dibujado yo a tiza un par de días antes.

Estaba nervioso. Mi madre decía que tenía que cooperar plenamente con Birna, pero Birna no me sonsacó nada que no supiera ya. Solo le conté dónde había pescado el tiburón, con qué frecuencia iba allí, cómo lo hacía, por qué había abierto el estómago, etcétera. A cambio yo quería que me dijera si me devolverían la carne de tiburón, pero Birna dijo de forma bastante brusca que no le deseaba a nadie la carne de un tiburón que se había comido a una persona. El tiburón acabaría en la incineradora de Húsavík. Y punto.

Me pareció una exageración, ¡el tiburón ni siquiera había digerido la mano! Estaba furioso. Al fin y al cabo era mi tiburón. ¡Lo había pescado yo!

—¿Indemnizarán al menos a Kalmann? —preguntó mi madre.

Le sonreí. Estaba de mi parte.

Birna se quedó de piedra, seguramente no era en absoluto consciente de que eso me supusiera una pérdida económica.

—Seguro que sí —dijo finalmente. Daría curso a la solicitud en cuanto Raufarhöfn recuperara la normalidad.

—¿Y cuándo crees que será eso? —preguntó mi madre.

Birna resopló con los labios apretados, como una válvula estropeada, y miró como a través de nosotros, de pronto parecía tan cansada como mi madre, y cuando ya había echado todo el aire, casi me pareció que iba a tumbarse, pero entonces cogió aire de nuevo, cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No lo sé —reconoció—. Pero, sin duda, haremos cuanto podamos.

—¿Has interrogado a los habitantes del pueblo?

—¿Interrogarlos? No, pero he hablado con algunos de ellos, y hay tantos dedos señaladores como habitantes.

—¿Y qué pasa con los lituanos?

—No es mi terreno. Estamos cooperando con la Interpol. Los cuatro lituanos tienen una coartada perfecta, cuando Róbert desapareció estuvieron el día entero en el hotel. Es imposible que lo asesinaran y se deshicieran de él. —Birna se detuvo y reflexionó—. Por el momento solo podemos descartar una cosa. Seguro que a Róbert McKenzie no se lo comió un oso polar.

Mi madre se rió cansada, después movió la cabeza de un lado a otro y dijo:

—Sin duda Róbert tenía muchos enemigos. Y a pesar de la coartada, yo investigaría a fondo a los lituanos...

—Como ya he dicho, estamos teniendo en cuenta todas las posibilidades — interrumpió Birna a mi madre, y ahora tenía una expresión muy fría.

—De eso estoy segura —dijo mi madre, y se levantó—. Raufarhöfn puede adorarte o puede desearte la muerte, y la línea que separa ambas cosas es muy fina.

Birnaladeó la cabeza y miró a mi madre con el ceño fruncido. El silencio en el aula era casi insoportable.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Birna.

—Lo que quiero decir es que ya has causado suficientes molestias a Kalmann. ¡Vamos, Kalli!

Cogí mi sombrero de vaquero y seguí a mi madre. No pude evitar una sonrisa triunfal. Birna nos dejó ir. Mi madre no dijo nada, recorrió el pasillo a paso militar en dirección a la entrada, conmigo detrás. Pero no llegamos muy lejos, porque en medio del pasillo estaba Dagbjört, que nos miró un poco asustada. Mi madre aflojó el paso, titubeó un instante y después fue directamente hacia ella y la abrazó. Así, sin más. Dagbjört le devolvió el abrazo, cerró los ojos y apretó los labios. Mi madre la abrazaba para transmitirle su compasión. Y por eso me preparé, y cuando mi madre terminó, yo también abracé a Dagbjört. También me devolvió el abrazo, pero le costaba respirar e incluso se rió un poco, porque igual yo había apretado demasiado. Olía muy distinto a como me lo imaginaba. Olía a mujer. A adulta. Era la primera vez en la vida que abrazaba a Dagbjört, y no me sorprendió en absoluto lo agradable que era. Tendría que haberle dado un abrazo como ese muchos años antes, cuando la empujé por las escaleras y tuve que ir al hospital a llevarle flores y un dibujo. Los huesos no se curan con flores y dibujos. Con un abrazo fuerte puede que sí. Me llevó el abuelo, y me alegré mucho de que no me llevara mi madre, porque el abuelo habría podido protegerme de Róbert si hubiera estado allí y hubiera querido hacerme picadillo para tiburones. Pero afortunadamente Róbert no estaba, solo la madre de Dagbjört, a la que por cierto nunca había visto en la misma habitación que su exmarido. Y ella no estaba nada enfadada, sino que fue muy maja. Me señaló una silla junto a la cama de Dagbjört. Así que me senté y le di a Dagbjört las flores y el dibujo. Olió las flores, lo hizo como las actrices de las películas, cerró un poco los ojos y dijo que las flores olían bien, que las oliera yo también, y la imité y cerré los ojos. Efectivamente las flores olían a algo, pero yo no sabía si era un olor bueno o un olor raro, de todas formas asentí, no soy tonto, en ese momento no podía contradecirla de ningún modo. Es una norma de comportamiento. Y después Dagbjört miró el dibujo, del que yo me avergonzaba porque dibujar no era mi fuerte. Y además nunca sabía qué dibujar. Dagbjört dibujaba mucho mejor que yo, pero mi madre había insistido en que le llevara un dibujo, y Dagbjört dejó el dibujo a un lado sin decir nada, no hacía falta que lo hiciera, al fin y al cabo yo opinaba lo mismo, y por eso me adelanté y dije que no era un dibujo muy bueno, y Dagbjört asintió. Y entonces me quedé ahí sentado, y el abuelo habló con la madre de Dagbjört. Fue como si el mundo se hubiera detenido. Seguro que no fueron más que un par de minutos, pero esos minutos me parecieron horas.

Por fin el abuelo dijo que me despidiera de Dagbjört, y yo le dije adiós con la mano,

porque tenía miedo de tocarla, no quería volver a hacerle daño. Pero tendría que haberla abrazado. Y cuando ya estábamos fuera me di cuenta de que ni siquiera me había disculpado, pero el abuelo opinaba que a veces no hace falta decirlo todo. Pero como me sentía tan mal, me juré proteger a Dagbjört hasta el fin de nuestros días, incluso con los puños si era necesario. Y así lo hice.

Y de eso me acordé precisamente mientras abrazaba con fuerza a Dagbjört en el pasillo del colegio. No quería soltarla. Al final mi madre me acarició la espalda y me pidió que no aplastara a Dagbjört, así que la solté y clavé la mirada en el suelo.

«Las madres son unas cortarrollos», me dijo Núi una vez, y tenía razón. Pero Dagbjört se había emocionado mucho y hasta tenía lágrimas en los ojos. Sacó un pañuelo de papel y se secó la cara. Esperé que mi madre dijera algo, unas palabras de consuelo, porque a mí no se me ocurría nada, pero no habló, solo le dirigió una mirada maternal mientras Dagbjört se secaba las mejillas. Por eso me pareció que me tocaba a mí decir algo.

—Si necesitas ayuda —dije, y señalé con el pulgar por encima del hombro—, ya sabes dónde vivo.

Dagbjört se rió un poco y se echó a llorar, lloraba y se reía y todo a la vez, también dijo gracias entremedias, me sonreía y enseguida volvía a hacer una mueca. Se tapó la cara con el pañuelo, y entonces intervino mi madre, abrió los brazos y abrazó a Dagbjört de nuevo.

Me quedé a un lado como un completo imbécil. Y me sentía como celoso. Los celos se sienten en las tripas. Estuve a punto de largarme, porque esos lloriqueos de niñas no iban conmigo. Finalmente Dagbjört recuperó la compostura, se secó la cara con otro pañuelo y dijo:

—Voy a echarte de menos, Kalmann.

Me llevé una sorpresa. Una sorpresa monumental.

—¿Te vas? —le pregunté. Dagbjört asintió mientras seguía luchando contra las lágrimas—. Pero ¿por qué?

Se encogió de hombros con tristeza.

—Aquí no tengo futuro, ¿entiendes?

Yo no entendía nada. Iba a heredar un montón de dinero, no importaba dónde viviera.

—Pero ¿quién va a ser ahora la profesora?

—La cuota se va a Dalvík. Papá la vendió poco antes de morir. Todavía no era oficial, pero los contratos están firmados. Así son las cosas. Me temo que el almacén frigorífico cerrará. Y habrá gente que se marche. Por eso el colegio cerrará en junio. Para siempre.

—¿Y el hotel?

Dagbjört se encogió de hombros. Mi madre intervino en la conversación.

—¡Cuánto lo siento! —dijo sinceramente, y le acarició la espalda a Dagbjört.

—¿Puedes prometerme una cosa, Kalmann? —me preguntó Dagbjört, y me miró muy cariñosamente. O sea, tan cariñosamente que me habría enamorado de ella si no lo hubiera estado ya desde la época del colegio. Pero se me había formado un nudo en la garganta, así que solo asentí—. Prométeme que seguirás cuidando de Raufarhöfn, ¿vale? La gente te necesita.

Asentí y me arrepentí de no haberme llevado la pistola, porque al fin y al cabo era

parte del equipo, y sin ella parecía poco profesional.

—Me temo que tengo que volver a clase —dijo Dagbjört en tono de disculpa—. ¿Se nota que he llorado?

—Sí —contesté, y para asombro mío se rieron las dos, y mi madre abrazó a Dagbjört por tercera vez ya, aunque Dagbjört debió de darse cuenta de lo injusto que era, porque me abrazó de nuevo, pero antes de desaparecer en el aula dijo:

—El entierro será el viernes a las dos.

—¿Aquí, en Raufarhöfn? —preguntó mi madre.

Era una buena pregunta, y Dagbjört asintió.

—¡Allí estaré! —prometí.

—Gracias —dijo Dagbjört, y entró en el aula.

Yo estaba bastante confuso. ¿Entierro?

—¿Le han encontrado o qué? —le pregunté a mi madre.

Mi madre contuvo el aliento del susto.

—Por el amor de Dios, Kalmann —dijo—. Ya no hay duda de que está muerto.

—¡Pero solo hemos encontrado una mano! ¿Solo estará su mano en el ataúd?

—¡Kalmann!

Mi madre se dirigió a la salida del colegio a toda prisa, yo detrás.

—¿Y qué pasa si encuentran la segunda mano? ¿O los pies? ¿O la cabeza! ¿Volverán a abrir el ataúd para meter los trozos?

Me parecían buenas preguntas, pero mi madre las ignoró.

—Es importante poner punto final a todo este asunto —dijo. Salimos fuera—. Sobre todo para la familia es importante poder despedirse de Róbert, ¿entiendes?

Me pareció que sí que lo entendía.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿También vendrás al entierro?

Mi madre suspiró.

—Supongo que sí.

—¿Y el abuelo?

—Creo que al abuelo lo dejaremos fuera de todo esto.

Nos sentamos en el coche y arrancamos enseguida, porque los periodistas podían vernos y molestarnos. Al marcharnos vi movimiento con el rabillo del ojo, al principio creí que había un reportero con una cámara de fotos ahí arriba, pero era *Barbanegra*, que nos contemplaba desde la colina detrás del centro cívico. Nos miramos durante un minisegundo. Después se dio la vuelta y desapareció de mi vista, se zambulló tras el horizonte antes de que hubiera podido enseñárselo a mi madre. Por eso de repente ya no supe si me lo había imaginado.

—Te las apañarás a partir de ahora, ¿verdad, Kalli? —Mi madre me sacó de mis pensamientos. Asentí—. ¡Y no más entrevistas!

En cuanto llegamos a mi casita, mi madre se puso en marcha hacia Akureyri, y como la temperatura era bastante cálida y la nieve de la Melrakkaslétta casi se había fundido, decidí salir a cazar zorros, pero después de descansar un poco. Sin embargo, me quedé demasiado tiempo tumbado en el sofá, perdí el día entero en Youtube, viendo vídeos graciosos de cagadas, y por eso se me hizo tarde para ir de caza. *Barbanegra* tendría que esperar. Pero al día siguiente me lo tomaría en serio.

19. Huellas

En el puerto ya no se veía mucha gente del servicio de emergencias. La televisión nacional también se había marchado. Delante del hotel quedaban tres coches que no eran de Raufarhöfn. Todo había vuelto casi a la normalidad. Seguramente creían que solo encontrarían más partes del cuerpo de Róbert por azar, de la misma manera que yo había encontrado su mano derecha. Si es que encontraban alguna más. Si una persona acaba descuartizada en el mar, no aparecerán todos los trozos. Así son las cosas. Yo mismo habría podido decirles a los agentes que ahí fuera merodeaban unos cuantos tiburones hambrientos. Seguro que ya se habían ventilado a Róbert. Pues eso, comida para peces. Pero con esa mano parecían darse por satisfechos. ¿Por qué habrían anunciado el entierro si no? Al menos ahora estaban seguros al noventa y nueve por ciento de que Róbert McKenzie no estaba vivo. La probabilidad de que apareciera de pronto con el brazo mutilado y vendado era más bien escasa, y bastante inquietante. Casi me eché a reír al imaginármelo. Pero sabía que era imposible. No soy idiota. Era una simple ocurrencia.

Pensaba en *Barbanegra* todo el tiempo, no me dejaba tranquilo. Es la fiebre cazadora, que se apodera de mí. Para aliviarla no sirven ni el té ni las compresas de quark. No se puede hacer nada. Simplemente tenía que salir a buscar su rastro. Desde que nos habíamos mirado el día anterior en las afueras del pueblo, aunque solo hubiera sido un segundo, no se me iba de la cabeza la idea de que *Barbanegra* me estaba retando, casi como si me quisiera decir: «¡A qué estás esperando!».

Esta vez me llevé la escopeta del abuelo y un par de cartuchos, esperé para que Birna no me viera, y caminé de nuevo hasta los lagos, donde me pareció más probable encontrarlo. Los zorros árticos tienen un territorio estable, y por eso tenía muchas posibilidades de localizarlo en el mismo sitio. Pero di un rodeo, no había prisa. El tiempo no amenazaba con cambiar. Conocía tan bien esa zona que podía echarme a andar por allí sin pensar. Siempre sabía dónde estaba. Aunque me sorprendiera una tormenta de nieve, encontraría el camino a casa de todos modos.

Puede que fuera casualidad, puede que mi instinto me llevara hasta allí, puede que encontrara el sitio sin darme cuenta; no lo sé. Pero me asusté un poco cuando de pronto me vi delante de la grieta que hasta hacía poco había estado llena de nieve y que por eso no se distinguía en la llanura. En realidad era bastante peligroso. Igual tendría que haber informado a la gente del servicio de emergencias durante la búsqueda. Pero seguramente no habían llegado tan lejos.

Ahora la grieta era perfectamente visible. Seguía habiendo nieve sucia al fondo, a casi tres metros, allí donde el sol no llegaba. En la nieve había ropa, y entre la ropa se distinguía claramente el cañón de un revólver. Pero tenías que fijarte mucho. Cuando la nieve se hubiera derretido del todo, las cosas se hundirían poco a poco en la oscuridad

de la grieta y desaparecerían.

Me quedé un buen rato en el borde mirando hacia abajo. No tengo ni idea de cuánto tiempo estuve allí, a veces me pasa. Es como si apagara la cabeza, y mucha gente se ha burlado de mí por eso, sobre todo antes.

Pero allí arriba, en la tundra, no había nadie que pudiera traerme de vuelta a la realidad. Solo estaba yo. Y cuando por fin me espabilé para retomar la caza de *Barbanegra*, ya se me había vuelto a olvidar lo que había en la grieta.

Efectivamente volví a encontrar a *Barbanegra*, o al menos lo que quedaba de él. Y no era mucho. En realidad solo su cabeza y su cola peluda. Un par de vísceras. Nada más. No era una imagen agradable. Estaba sobre el musgo, como si alguien le hubiera acostado allí. Me miró, y yo le miré. Los ojos muertos en realidad no ven, pero si los miras durante el tiempo suficiente, puedes ver todo tipo de cosas. Un muerto puede hasta parpadearte.

—Hola, *Barbanegra* —dije. Sabía que estaba completamente solo con él allí arriba, y por eso podía hablar con él sin que nadie se riera de mí—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te ha pillado algún búho?

Barbanegra negó con la cabeza de forma imperceptible. Me arrodillé a su lado y le acaricié la frente. Un cazador no debería tener emociones. Puede tenerlas, no está prohibido, pero es más fácil si no te pones triste cuando se muere un animal. Así son las cosas. Porque mueren muchos animales constantemente, todos los días, sobre todo en los mataderos, pero eso solo lo ven los que trabajan allí. Las dos últimas semanas habían sido una locura, y por eso estaba un poco sensible. Me puse triste de verdad al ver a *Barbanegra* muerto en el suelo. Hacía mucho tiempo que no estaba tan triste. Y eso que había salido a cargármelo, pero puede que no hubiera disparado, que no hubiera sido capaz y le hubiera perdonado la vida una vez más, que solo hubiera apuntado hacia él y hubiera dicho «Bang» sin apretar el gatillo.

Después de la tristeza viene la rabia. A veces es así, pero no siempre. A veces estás triste y ya está. Pero esta vez me puse furioso. Y por eso miré a mi alrededor, me pregunté quién habría podido haberle hecho eso a *Barbanegra*. Quería vengarme, pero no sabía de quién.

Por fin me despedí de *Barbanegra*, le dejé ahí tirado, porque otros animales podrían alimentarse de él. Así es la naturaleza. No hay que ponerse triste por eso. Todos somos comida para alguien.

Así que me sequé las lágrimas e intenté encontrarle sentido a todo. Busqué huellas. Las huellas de *Barbanegra*. Porque si solo encontraba sus huellas y las de nadie más, podía suponer que lo había atrapado un búho nival. O los cuervos. Que son los que se comerían ahora lo que quedaba de él. Ya estaban esperando hambrientos junto a las rocas, graznando. Apunté hacia ellos con la escopeta pero no disparé.

En el barro, a orillas del lago, encontré huellas. Pero no eran huellas de zorro, eran bastante más grandes, aunque algo borrosas. Las seguí hasta que se alejaron del lago, directamente hacia los arbustos de murtilla, donde ya no pude seguir las más. Para eso habría necesitado un perro de caza o un tiburón de Groenlandia. Volví a la orilla del lago. No eran huellas de caballo, tampoco huellas humanas, y seguro que no eran de visión.

Entonces oí un ruido que sonó como el bramido de un toro en la distancia, pero más

desgarrador, horrible. Un grito gutural arrastrado muy lejos por el viento. Los cuervos también lo habían oído, miraban en esa dirección y escuchaban inquietos.

Y entonces tuve miedo. Miedo de verdad. Ese que solo se siente cuando crees que tu vida corre peligro. Te agarra del cuello, anida ahí, te sujeta con sus garras gélidas y te chupa la fuerza de las extremidades. Todo te cuesta mucho, como en una pesadilla. Me agaché, revisé los cartuchos, le quité el seguro a la escopeta y apunté al vacío. Pero no tenía sentido. Si no hay nada, no se puede disparar a nada. De todos modos apreté el gatillo y descargué una ráfaga de perdigones sobre la Melrakkaslétta. Los cuervos salieron volando.

—¡Largo! —grité—. ¡No se te ocurra acercarte!

Me pregunté si al final me estaba volviendo loco de verdad o si realmente estaba en peligro. ¡Ojalá el abuelo estuviera conmigo! Tenía la impresión de que la mochila pesaba una tonelada, y el camino de vuelta a Raufarhöfn de pronto me parecía el doble de largo. Pero no perdí ni un segundo, corrí tan rápido como pude, me caí dos veces, me ensucié y me hice una herida en la palma de la mano. Hasta se me cayó de la cabeza el sombrero de vaquero. Miraba hacia atrás constantemente, no tenía ni idea de si estaba exagerando, pero sentía el miedo en la nuca, y cuando estás en la naturaleza hay que hacer caso del instinto. No hay que ignorarlo, porque los ojos no lo ven todo.

Conseguí llegar al pueblo y corrí directamente al colegio con la esperanza de que Birna siguiera allí, para avisarla.

Me detuve delante del edificio del colegio, recuperé el aliento y contuve las náuseas. Me dolía mucho el costado, escupí en el suelo, pero el cuerpo se me fue recuperando poco a poco, el miedo se esfumó y de repente ya no supe si era buena idea avisar a Birna de algo que ni siquiera yo sabía qué era. Quedaría en ridículo una vez más. Con las manos apoyadas en los muslos, jadeando, me di cuenta de que la policía no podía ayudarme. Era el único que conocía el peligro y además estaba armado. Era el sheriff de Raufarhöfn, muchos me llamaban así, pero ahora era mi obligación, mi cargo. Dagbjört también me lo había pedido. «Cuida de Raufarhöfn», me había dicho. Así que me incorporé, me aseguré de que la escopeta estuviera lista para disparar, y me puse en marcha.

Alguien me dijo una vez que todos tenemos una misión en la vida. Que nadie está aquí por casualidad. Que nada pasa por casualidad. Que todo tiene un motivo, un significado, un sentido. Y en ese momento me di cuenta de que todo estaba en orden. Todo lo que había pasado hasta entonces, toda la historia, estaba bien. Es el caos de la vida. Y si alguien piensa que la vida a veces es caótica o injusta, tiene toda la razón, porque así tiene que ser, si no no sería la vida, sería una película. Era importante que reconociera mi misión y asumiera la responsabilidad. Por eso decidí allí mismo, delante del colegio, proteger a los ciento setenta y tres habitantes de Raufarhöfn, ¡aunque me dejara la vida en ello! Sería como tenía que ser, y estaría bien. No pasaba nada.

Respiré hondo. El miedo se esfumó. Tenía los dos pies plantados en el suelo. El suelo me sostenía, eso ya era un paso. Me eché el sombrero hacia atrás para airearme la frente sudada. Y después patrullé por el pueblo, con la escopeta al hombro como un soldado, subí al Arctic Henge, desde donde podía otear toda la zona. Me encontré a varios vecinos, al poeta Bragi por ejemplo, que estaba en bata delante de su puerta, sin más, sin

la pipa ni una taza de café en las manos, como si se hubiera quedado encerrado fuera. Estaba sin afeitarse y parecía más mayor. A veces pasaba por fases así.

—No hagas tonterías —murmuró, y me siguió con la mirada.

La siguiente vez que pasé por su casa, se había metido dentro, y tampoco le vi por la ventana. El profesor de gimnasia Marteinn entró en el centro cívico, que ese día era una oficina de correos durante un par de horas, y poco después salió con un pack de diez cervezas bajo el brazo. Como en Raufarhöfn no había ningún *Vínbúðin* estatal donde comprar cerveza, vino o licores, se podía pedir alcohol por correo. Marteinn también me vio, se quedó quieto un momento, como si le hubiera pillado, pero enseguida siguió andando. Elínborg salió a toda prisa de su casa, me preguntó qué aspecto tenía la mano, si de verdad estaba cortada o el mordisco del tiburón era tan limpio que parecía un corte.

—¡Vuelve a casa! —le contesté bruscamente, y la dejé sin habla, y como seguí caminando, ella me hizo caso y volvió a entrar.

También me encontré con un par de jubilados que habían salido a pasear. Sigfús me saludó desde el otro lado de la calle con uno de sus bastones de esquí, gesticuló de forma amenazante, pero su intención era buena. Es que con un bastón de esquí no se puede saludar de forma amable. Kata recorrió la calle principal un par de veces en su coche destartado, con el perrito en el regazo, y todas las veces me miró con el ceño fruncido. Saludé y le hice parar. Bajó la ventanilla y me dedicó una mirada interrogante.

—¡No dejes salir a *Al Capone*! —le aconsejé, y seguí caminando, porque había decidido no desvelar ningún detalle a la gente y no decir nada de las huellas, porque no servía de nada provocar el pánico.

Hacia la tarde me sentí bastante cansado y hambriento, y por eso me fui un rato a casa, me alimenté, me comí un paquete entero de galletas y puse los pies en alto. Nóri seguía desconectado. Ya me llamaría, si es que seguía vivo. En la tele, el Dr. Phil discutía con una mujer muy joven que acosaba a su novio de internet, la machacó hasta hacerla llorar. Seguro que se lo merecía, porque el Dr. Phil siempre tenía razón. Estaba tan cansado que me perdí el final del programa y no me desperté hasta que ya estaba oscureciendo. Y cuando has estado la mitad del día durmiendo, te pones como de mal humor, y por eso me pasé el resto de la tarde viendo la tele, hasta bien entrada la noche, y cuando me desperté al día siguiente me dolía todo, porque el día anterior había hecho demasiados esfuerzos.

20. Niebla

En días como ese habría que quedarse en casa y ver películas con alguien al lado, un amigo o al menos una madre, aunque lo mejor de todo sería una novia. Pero yo solo tenía un amigo, que había cortado el contacto por motivos desconocidos: Núi. Igual se había muerto. Tan muerto como Róbert McKenzie. Igual la policía le había cortado el grifo porque había hackeado la página web de la guardia costera para ver dónde estaba el helicóptero. Igual me volvía a llamar pronto, sin más, como si no hubiera pasado absolutamente nada. Eso esperaba yo. *Barbanegra* estaba despedazado y tirado en la Melrakkaslétta, mi madre tenía que trabajar, y todavía no me había echado novia. Todavía no había probado el sexo. Odiaba mi vida. Me odiaba a mí mismo. Puede que las muertes me estuvieran afectando. Pero a veces hay que pasar por el infierno para llegar al cielo. Mirando atrás, así es. Tenía que morir para resucitar. Tenía que poner fin a mi vieja vida para empezar una nueva. Y si quieres una novia, no sirve de nada quedarse en casa tirado en el sofá, como había hecho yo durante treinta años. Lo sabía. Pero de todas formas no hice nada. Porque ese día me merecía un descanso. Mi cuerpo me estaba dando todas las señales posibles, y tenía las peores agujetas de mi vida. En realidad, estaba convencido de que algo peligroso merodeaba por la Melrakkaslétta, y quizá tendría que haber informado a alguien, pero no quería que volvieran a reírse de mí. Los dolores en las piernas y la espalda no me dejaban levantarme del sofá. Aunque el helicóptero de la guardia costera hubiera aterrizado en el tejado, me habría quedado tumbado, porque eso era lo que pensaba hacer. Quería pasar el día entero comiendo cereales de chocolate y viendo películas de Adam Sandler. El tío es muy gracioso. Y si Núi hubiera llamado de repente, habría hablado con él, el día entero, aunque solo pudiera oír cómo jugaba a videojuegos y ver su estúpido jersey. *You Shall Not Pass!*

Núi. Qué enfadado me tenía. Ni siquiera sabía quién era su padre. No se lo había preguntado nunca. Pero cuando conoces a alguien por internet, los nombres no importan. Por eso no podía buscar a Núi. Pero los nombres sí que importan. Le echaba de menos. Él era todo lo que yo no podía ser. Realmente era mi contrario, mi revés, y ahora que de repente se había desconectado, yo me derrumbaba y no podía ni levantarme del sofá. Si quería sobrevivir, tenía que seguir su ejemplo.

Después de la tristeza viene la rabia. De pronto me sentí furioso, furioso con Núi, furioso con nuestras madres, que nos tutelaban, furioso con nuestros padres, que habían desaparecido del mapa. Furioso con las autoridades, con la policía y con los lituanos. Nadja. Me había engañado. Una canallada.

Me levanté, fui a la cocina, cogí un plato y me lo rompí contra el cráneo. Los trozos llovieron sobre la encimera y el suelo. No me dolió nada, pero esa zona de la cabeza se me puso caliente. Me palpé el pelo, esperaba ver sangre en los dedos, pero no había sangre. Así que cogí un vaso del armario y lo levanté por encima de la cabeza, pero el

móvil me empezó a sonar en la mesita del salón. Aguanté un instante con el vaso en la mano, pero lo dejé en el armario y fui al salón. Era Birna. Me dijo que la retiraban de Raufarhöfn, que quería darme las gracias y despedirse de mí, pero que le gustaría mucho ver mi nave antes de irse, mi puesto de trabajo, porque le había hablado mucho sobre los tiburones, y por eso quería ver dónde los preparaba.

Le dije a todo que sí aunque el cuerpo me dolía solo de pensar en salir de casa. Pero Birna era muy maja, y yo me estaba mareando, y como ya estaba de camino no me negué, solo le dije «Sí, sí» y otra vez «Sí». Antes de colgar, me dijo que me abrigara, que en cinco minutos llamaría a la puerta.

Miré por la ventana. Fuera no hacía viento pero las nubes eran bajas. La niebla esperaba sobre el mar. Puede que la nieve también. En realidad el mar ya no estaba ahí. Así que el tiempo era perfecto para refrescar las ideas. Me tapé el chichón con el sombrero de vaquero, me puse la estrella de sheriff en mi chaqueta impermeable y me até la pistolera. Saqué la Mauser de la funda pensando en mi abuelo americano, que se la había quitado a un coreano. ¿Se lo habría cargado con ella también? Giré la pistola entre las manos, la examiné, intenté calcular cuánta muerte llevaba encima, y finalmente la volví a meter en la pistolera. Ahora que iban a retirar a Birna de allí, el pueblo me necesitaba, y con el equipo al completo. Pistola incluida.

Esperé delante de la puerta y observé a Birna acercarse por el camino. No iba de uniforme, llevaba ropa de lo más normal, un abrigo beis y una bufanda negra. Me saludó más bien con sequedad, enseguida señaló las naves del puerto y dijo:

—Vamos, tengo un día muy largo por delante.

Cuando bajamos hacia el puerto no dijo nada, parecía de bastante mal humor, y eso que por teléfono había estado muy simpática. Iba a paso ligero, siempre dos metros por delante de mí. Apenas podía seguirle el ritmo, porque mis piernas no se alegraban precisamente de haberse levantado del sofá. Pero la caminata a buen paso hasta el puerto hizo que entraran en calor, y las agujetas mejoraron.

—¿Crees que volverá a nevar? —me preguntó Birna por encima del hombro.

Levanté la vista hacia el cielo gris plomizo.

—Sí —contesté—. Huelo nieve.

—Genial —dijo Birna, pero no lo decía en serio.

Me tropecé con una piedra, pero no me caí, solo me tropecé un poco porque Birna iba rapidísimo.

—¿Va todo bien? —preguntó, pero ni siquiera se dio la vuelta.

—No pasa nada —refunfuñé.

Ya habíamos llegado al puerto y pasamos junto a las naves vacías. No había nadie más. El barco de Siggí estaba amarrado, y el coche de Sæmundur no estaba junto al contenedor. Me pregunté si ya era fin de semana otra vez. No sabía ni qué día era, y la verdad es que eso no me gusta nada.

—¿Esta de aquí? —preguntó Birna señalando mi nave.

—Sí, esta —dije, y me sorprendió que supiera exactamente cuál era la mía.

Cuando llegué a la puerta, se detuvo y me dejó pasar. Abrí, entré en la oscuridad y encendí la luz. Tardaba un ratito, los tubos de neón parecían luces de discoteca hasta que por fin se iluminaban del todo. Birna se quedó a mi lado, con los brazos en jarras,

miró hacia arriba, hacia la izquierda y hacia la derecha.

—Una nave enorme para un solo pescador de tiburones —dijo. Su voz hizo eco.

—No la utilizo toda, solo la parte de atrás —contesté—. Ahí no hay goteras.

La llevé hasta mi rincón de trabajo, donde estaban mi mesa, mis cuchillos, mi frigorífico, mi radio, que ya no funcionaba, mi calendario de Estados Unidos de 2007, mis bidones con cebo y las cajas de madera donde fermentaba la carne de tiburón. Empecé la visita guiada por las cajas, porque eso era siempre lo que más le interesaba a la gente, pero a Birna no. Fue directamente hacia el frigorífico y lo abrió. Miró las latas de coca-cola, el pan de molde y el paté, y lo cerró de nuevo. Después miró los cuchillos que había en la mesa, los sujetó entre las manos.

—Bien afilados —constató.

—En la mesa corto la carne en trozos, aquí en la pila lavo la carne con agua salada, y la amontoño en estas cajas de madera, pero no lo hago hasta el final del verano, para que fermente.

—¿Cuánto tiempo se queda ahí? —preguntó Birna, que ahora sí parecía interesada en las cajas de madera.

—Por lo menos veinticinco días.

—¿No se entierra la carne?

—Ya no. Antes sí. La solíamos enterrar en la arena de la playa para que no se acercaran las moscas.

—¿Y por qué ya no?

Me encogí de hombros.

—Así no se ensucia —dije—. Y en las cajas de madera tampoco entran moscas.

Birna se rió con frialdad y dijo:

—¡Como si ese fuera el mayor problema!

No entendí a qué se refería, pero no me atreví a preguntar, porque había algo en ella, en su voz, en su actitud, que era distinto, lo contrario de amable. Estaba impaciente. Estaba furiosa.

—¿Y dónde cuelgas los trozos?

—Atrás, en la caseta de secado.

—¿Dónde es atrás?

—Allí. —Señalé en esa dirección—. Detrás del pueblo. Muy cerca de las caballerizas de Kata.

—¿Cuánto tiempo se deja colgada la carne?

—De seis a ocho semanas. Pero solo en invierno.

—¿Por las moscas?

—Sí, pero en cuanto les sale una costra marrón, las moscas ya no se acercan.

—Vaya, vaya. Y entonces ya está... —Birna titubeó—... ¿rico? —Volvió a reírse con frialdad.

—Sí. Entonces ya se puede comer. Ya no es venenoso. Ya no te pone enfermo.

—Vaya, qué cosas. ¿Y estos ganchos son para colgar la carne?

Señaló la pared donde estaban colgados de un clavo los anzuelos de nuestros antiguos palangres.

—Qué va —contesté—. Eso son los anzuelos. Los trozos de carne se cuelgan con

cordel. No de ganchos. Hago un agujero en la carne y la cuelgo con un cordel.

—¿Eso son los anzuelos? —Birna parecía sorprendida de verdad. Asentí—. ¡Con eso podrías sacar una orca! —Examinó de cerca los anzuelos, descolgó uno y lo giró entre los dedos. Quise explicarle que era imposible, pero enseguida me bombardeó con otra pregunta—: ¿Por qué tienes tantos anzuelos?

—Antes teníamos un par de palangres —le expliqué.

—O sea, ¿varios sedales con anzuelos?

—Sí, un palangre entre cada par de boyas.

—¿Y ahora?

—Ahora solo me queda un palangre con diez anzuelos. Es suficiente.

Birna asintió. Apretó un poco la punta del anzuelo contra la palma de su mano.

—Así que los trozos de cebo son bastante grandes.

Asentí.

—Más o menos como tu mano —dije.

Birna me miró horrorizada.

—¿Y qué utilizas como cebo? —Su voz ya no sonaba tan brusca, sino que de repente era contenida.

Titubeé, pero ella no me quitaba ojo.

—Es un secreto de familia —dije.

—No se lo contaré a nadie —dijo ella.

—Cada uno tiene sus preferencias.

—¿Cada pescador de tiburones?

—Sí.

—¿Y qué cebo te ha dado los mejores resultados?

Me lamenté, irritado. ¡Birna iba a acabar conmigo!

—Carne de caballo ahumada —dije—. ¡Pero no voy a contarte con qué marino la carne!

—¿Cómo dices? ¿Carne de caballo marinada?

—Los tiburones tiene que poder oler la carne, porque ahí abajo no se ve nada.

—Vaya —dijo Birna, y fingió abrir los ojos como platos—. Me pregunto cómo narices se nos ocurrió pescar tiburones, fermentarlos y después comérmolos.

Quise explicárselo, pero por lo visto la pregunta no iba dirigida a mí, porque ella misma se respondió.

—Tuvimos que estar pasándolo realmente mal. ¿Y el cebo está en este bidón? —Señaló con el anzuelo hacia el bidón de plástico azul con la tapa negra.

Asentí. Ahora me arrepentía de haberla llevado a mi nave.

—¿Puedo?

—No.

Me miró.

—Kalmann, me gustaría ver lo que hay dentro de este bidón —dijo señalándolo.

—Ni hablar —contesté. Me latía el pulso en la cabeza. Birna me miró fijamente como si quisiera convencerme de abrir la tapa por telepatía. Así que aparté la mirada y empecé a ordenar los cuchillos en la mesa y comprobar si estaban afilados—. Es un secreto de familia. No puedes —dije, e incluso a mí me asustó un poco mi voz. No parecía yo.

Birna dio un paso atrás y miró hacia la salida.

—Está bien, Kalmann —dijo, y levantó las manos en señal apaciguadora—. No hace falta que me enseñes tu cebo, ¿vale?

—¡No puedes verlo! —dijo con decisión.

—Ningún problema. —Birna suspiró y me miró un rato. Después dijo—: Ven, enséñame tu caseta de secado, ¿vale? Y después te dejo en paz.

Me lo pensé, finalmente asentí, dejé el cuchillo en la mesa y me adelanté, con Birna a diez metros por detrás de mí, apagué la luz y cerré la puerta. Fuera la niebla se había deslizado desde el mar hasta tierra firme, y no se veía mucho más allá de la siguiente casa. Pero no importaba, porque yo había pasado aquí mi vida entera y habría podido orientarme con los ojos vendados.

Me pregunté qué pretendía Birna. ¿Se habría dado cuenta de que tenía algo escondido en el bidón? ¿Pediría una orden de registro o informaría a mi madre? Pasara lo que pasara, yo estaba decepcionado. Estaba triste. Estaba cansado. Era como si el bidón de cebo contuviera toda mi tristeza, todos mis miedos y todo mi enfado, y ahora Birna quisiera abrirlo. No era buena idea. Ahora sí que tenía que preocuparme. Me di cuenta de que la vida en Raufarhöfn tal como la conocía estaba llegando a su fin, que el caso de la desaparición de Róbert McKenzie se cerraría hoy y después ya nada sería lo mismo. Ojalá me hubiera quedado tumbado en el sofá, para que el mundo no hubiera cambiado a mi alrededor. Los cambios no me gustaban. No me sentaban bien, como cuando mi madre se mudó a Akureyri. O cuando metieron al abuelo en la residencia. ¿Birna me estaba concediendo ese último paseo hasta la caseta antes de pedir que vinieran las fuerzas especiales de Reikiavik? ¿O quería alejarme del bidón, ganar tiempo para pedir refuerzos? No lo sabía, y en realidad me daba igual. Pero no quería que mi vida en el pueblo acabara. De todas maneras no quise tener nada que ver con todo este asunto. Desde el principio. ¿Por qué no me dejaban en paz? Ojalá pudiera ir atrás en el tiempo hasta dos semanas antes, hasta el día en que encontré a Róbert en la nieve. No saldría a cazar zorros, esa mañana no me movería del sofá, y así no me encontraría con Róbert.

Decidí dar un rodeo con Birna. Ya tendríamos que haber llegado a la caseta, que estaba a solo unos cientos de metros detrás de la nave, sobre la pendiente, pero llevé a Birna a cierta distancia de allí, para que la niebla no le dejara verla. Pero Birna era de la policía. Así que tenía un sexto sentido policial que las personas normales no tienen. Porque después de caminar medio kilómetro, de pronto paró. Las casas habían desaparecido en la niebla. Estábamos justo por encima del pueblo, pero también podríamos haber estado en Groenlandia o en otro planeta, porque no se veía nada de nada.

—¡Kalmann, quieto! ¿Estás seguro de que vamos bien?

Me volví y la miré. Así que esto es lo que se veía cuando una parte de tu vida se acababa: una policía desorientada entre la niebla.

—Quiero enseñarte una cosa —dijo—. Verás cómo te interesa.

—Sí, la caseta, ¿verdad? ¿Tan lejos queda?

—Ya no queda mucho —dijo, y me adelanté.

Birna no podía hacer otra cosa que seguirme. Después de un rato volvió a pararse.

—¡Kalmann! —gritó—. ¿Adónde me estás llevando?

No le contesté y seguí caminando. Ya estábamos cerca del Arctic Henge, en la llanura. Pero aquí la niebla era aún más densa.

—¡Kalmann! —Se le escapó un gallo—. ¿Por dónde se vuelve al pueblo?

—¡Ya no queda mucho! —le aseguré.

Quería enseñarle la grieta, la ropa y el revólver, seguro que le habría interesado, pero era muy tozuda.

—¡Quieto, Kalmann! —gritó—. ¡Quiero volver al pueblo! ¡Ahora mismo!

Ahora corría furiosa detrás de mí, intentaba detenerme. Yo aceleré el paso, porque Birna ganaba terreno. Casi me había alcanzado cuando las siluetas oscuras del Arctic Henge aparecieron como gigantes en la niebla. Entonces Birna también se dio cuenta de dónde estábamos. Se paró a mi lado sin aliento y miró las piedras.

—Kalmann —dijo—. ¡No me asustes!

—Está muy cerca —dije yo.

—¡No, para! —dijo con decisión—. Basta de jueguecitos. Se acabó. ¡Se acabaron las tonterías! ¿Qué quieres enseñarme, Kalmann?

Allí arriba, protegido por la niebla, me sentía a salvo. Solo estábamos Birna y yo. Me miró, y yo la miré. Igual era eso lo que buscaba, estar a solas los dos. Igual ahora podía contarle lo que encontré allí realmente.

—Barbanegra —dije—. ¿Te acuerdas? Iba de caza tras él.

—El zorro ártico —dijo Birna, impaciente—. Lo sé.

—Merodeaba muy cerca del pueblo. Y Hafdís me pidió que le diera una lección. Pero en realidad no quería matarle.

—¿A quién, al zorro?

Me encogí de hombros.

—Estaba nevando, no veía mucho más de lo que vemos ahora, y no lo encontré donde supuse que estaría. Pero di un gran rodeo por la Melrakkaslétta y al final pasé por aquí. Y entonces encontré a Róbert.

—¿Te refieres a su charco de sangre?

—Ahí. —Señalé hacia la niebla—. Ahí delante.

Miramos un rato hacia la niebla sin decir nada. Birna rompió el silencio.

—¿Róbert estaba vivo cuando lo encontraste?

Volví a tropezarme con Róbert en mis pensamientos. Me acordaba de todos los detalles. Era por el escenario. Si vuelves al escenario, te acuerdas mejor de lo que pasó. Es así, porque todo tiene el mismo aspecto y huele igual, el aire y lo demás.

Vi a Róbert, torcido de pie en la nieve. Tenía la cara roja y estaba borracho, no llevaba abrigo ni gorro. Tampoco llevaba puestas sus gafas tintadas. Seguramente las habría perdido de camino. Debía de haberse caído un par de veces, porque su elegante traje tenía un roto en la manga, los pantalones estaban sucios, la bragueta abierta, la corbata torcida y aflojada. En la mano derecha llevaba un revólver plateado. Al verme se rió con ganas, dijo que era lo que le faltaba.

—¡El tonto del pueblo! —gritó, y se dio una palmada en la frente—. ¡Pido que aparezca un ángel y me mandan al tonto del pueblo! —Le hacía tanta gracia verme allí que casi no podía respirar.

Me sorprendió muchísimo encontrarme a Róbert allí arriba, ¡y en ese estado!

Braceaba con el revólver en la mano, pero yo sentía que no suponía ningún peligro. Irradiaba odio y desprecio. Era un cuerpo extraño en aquel entorno silencioso e idílico. Me quedé quieto, a unos veinte metros de él, y como estaba tan desconcertado, dejé que hablara y se riera.

—¿Sabes qué, Kalmann? A veces desearía ser tan bobo como tú. ¡En serio! Igual que tú. Tonto, simple. Qué fácil sería todo. Una vida sencilla. O blanco o negro. O bien o mal. Un horizonte que apenas se extiende hasta la Melrakkaslétta. Ser feliz en Raufarhöfn. ¡Ja! Contento con tus tiburones, te envidio por eso. La receta de la felicidad es la frugalidad. ¡Está clarísimo! ¿Entiendes lo que digo?

No reaccioné. Seguí mirándole. Y no entendía lo que decía. Róbert se dio cuenta:

—Me refiero a darse por satisfecho con pocas cosas, así es fácil tener suficiente de todo. ¿O hay algo que desees?

Enseguida se me ocurrieron varias cosas, pero no quería reconocerlas. Así que no dije nada.

—A ver, qué es lo que desees, Kalmann, me interesa de verdad, aunque sea el último secreto que oiga en la vida. ¡Dime lo que desees! Igual puedo concedértelo. ¡Un último deseo! ¡Ja! —Gritó y escupió en la nieve, sacó una botellita de whisky del bolsillo del abrigo, la abrió y le dio un buen trago. Se le cayó el tapón.

Le miré. Dejé de pensar en todas las cosas que deseaba. De todas formas no habría podido conseguírmelas.

—Venga, chaval. ¡Concéntrate! ¡Seguro que se te ocurre algo!

—Una mujer —murmuré.

—¿Qué?

—¡Una mujer! —dije más fuerte, y sentí que la amargura me subía por la garganta.

Róbert se quedó callado un momento, con la botella de whisky a media altura, parecía que estaba procesando mi deseo, igual estaba pensando en cómo conseguirme una mujer, pero después hizo un gesto de rechazo con la pistola y rió con desprecio.

—¡Mujeres! —gritó—. Créeme, las mujeres no traen más que problemas. Solo problemas. Estás mejor sin ellas. ¡Y ellas también! —Se rió, vació la botella y la tiró a la nieve.

Eso no se puede hacer, no se puede tirar basura a la naturaleza. Pero no dije nada, porque me temía que Róbert se reiría de mí.

Seguía nevando con fuerza. Se había formado una capa de nieve en la cabeza de Róbert, seguro que en mi sombrero de vaquero también. Nos quedamos en silencio uno frente al otro, casi como en un wéstern. Pero mi pistola seguía en la funda.

Róbert estaba pensando muchas cosas que se le reflejaban en la cara. A veces torcía el gesto como si le doliera algo, después sonreía de nuevo, miraba contento hacia el cielo, de manera que los copos de nieve le caían en la piel recalentada y se derretían. Se reía, sacudía la cabeza, lloriqueaba.

—Tienes que prometerme algo. ¿Puedes hacerlo, Kalmann? ¿Sabes lo que es una promesa?

Asentí. Todo el mundo sabe lo que es una promesa. Pero antes de prometer algo, hay que saber qué se va a prometer.

—Hazme desaparecer —dijo Róbert. De pronto estaba muy serio, muy sereno. Me

miró tan intensamente que sentí su frialdad—. Kalmann, ¿me estás oyendo? —dijo, y dio un par de pasos hacia mí—. ¡Tienes que prometérmelo! Dagbjört no puede verme así. Jamás. No puede encontrarme. No quiero hacerle eso, ¿entiendes? Y seguro que tú tampoco quieres, ¿verdad? ¡Porque ella te gusta! Hazme desaparecer. ¡Conviérteme en comida para peces! Échame a tus tiburones.

Se acercó mucho y me agarró con fuerza del brazo, apretó mucho.

Bajé la mirada al suelo, intenté soltarme, pero Róbert me sujetaba con mano de hierro. Y olía a alcohol. Levantó la mano que empuñaba el revólver y tocó ligeramente mi estrella de sheriff con la punta del cañón.

—Sheriff, voy a decirte una cosa. No creo que nuestros caminos se hayan cruzado aquí arriba por casualidad. Eres el único que sabe convertir a alguien en cebo para los tiburones, ¿entiendes?

No dije nada. Tenía la mirada como ida. Los ojos vidriosos, la lengua torpe y los párpados medio cerrados. Pero no había duda de lo que me estaba pidiendo.

—¡Tienes que prometérmelo! Me lo tienes que prometer y punto, ¿me oyes? Dagbjört no puede encontrarme aquí, y si parece que me han matado los lituanos..., pues mejor. Al fin y al cabo por eso estoy aquí.

Su cara volvió a reflejar dolor y desesperación. Me soltó, perdió el equilibrio y se cayó hacia atrás, en la nieve. Se quedó ahí sentado, agotado y con la cabeza gacha. Apoyó la mano que sostenía el revólver en las rodillas. Tenía nieve pegada a los dedos azules.

—He perdido un bidón entero, ¡puta mierda! —Braceó con el revólver como en dirección al mar—. Ha debido de soltarse el anclaje o el cabo, y ahora está flotando por ahí. Y ese maldito bidón es solo uno de mis problemas. No te imaginas lo que es llevar sobre los hombros el peso de todo este pueblucho. Como si fuera mi culpa que Raufarhöfn se esté muriendo. Lo he probado todo para intentar resucitarlo, y ha llegado el momento del golpe de gracia. Alguien tiene que hacerlo. Es así. Y alguien tiene que acabar conmigo, Róbert McKenzie, el fracasado.

Yo no entendía nada. ¿Raufarhöfn se estaba muriendo? ¡Un pueblo no puede morirse! Debí de mirar a Róbert con gesto interrogante, porque dijo:

—Sí, *Kalli minn*, cerramos el chiringuito. La cuota es para los de Dalvík. El colegio cierra. Y si un pueblo no tiene colegio, no es un pueblo, ¿entiendes? Y yo soy el cabeza de turco. Como siempre. Y mira que lo único que quiero es una buena vida, ¿es mucho pedir? ¡Pues parece que sí! Pero mi hija no puede verme así. Tenemos que ahorrárselo. Tú y yo. Estamos en el mismo barco. Tienes que hacerme desaparecer. ¡Tienes que hacerlo!

Róbert suspiró, como aliviado, como si se alegrara de habérmelo dicho. Pero yo no me alegraba. Habría preferido no oírlo, porque eran malísimas noticias. La cabeza me iba a mil por hora. Y eso que solo había entendido la mitad de lo que me había contado, porque hasta mucho más tarde no supe de qué era el bidón que supuestamente había perdido. Pero que Dagbjört perdiera su trabajo en el colegio no me pareció bien. Un pueblo sin niños. ¡Eso no es un pueblo! Y entonces entendí también que un pueblo sin niños no podía sobrevivir.

—El colegio tiene que seguir abierto —dije, pero Róbert solo se rió de mí.

—Es demasiado tarde, chaval, ¡ya está hecho! Tú también puedes cerrar el

chiringuito. Así por lo menos los tiburones volverán a estar tranquilos.

Me puse furioso.

—¡El colegio tiene que seguir abierto! —repetí.

—Por mí perfecto. El colegio puede seguir abierto, pero ¿qué es un colegio sin niños?

—¡Los niños tienen que quedarse!

—¡Está bien, está bien! —dijo Róbert, y levantó las manos en señal conciliadora, aunque con una risa perturbada—. Los niños se quedan. Te lo prometo. Palabra de honor. Pero ¿me prometes que me echarás a los tiburones? ¿Trato hecho?

No dije nada, no asentí, no negué con la cabeza, solo lo miré, sin parpadear, porque estaba furioso y me preguntaba cómo salvar Raufarhöfn.

—Me lo prometes, ¿verdad?

Entonces asentí. Qué otra cosa podía hacer, y Róbert me observó pensativo, me dirigió una mirada casi cariñosa, después hasta sonrió, como si de pronto estuviera contentísimo conmigo, consigo mismo y con todo. Dijo que se alegraba de que le hubiera encontrado allí arriba, se llevó el revólver a la frente, dijo «*Bless*» y apretó el gatillo.

Me explotó la cabeza. Nunca había visto a nadie apuntarse con un revólver en la frente y disparar. De pronto yo también estaba sentado en el suelo, porque mis piernas decidieron dejar de sostenerme, y sentía la cabeza como una tetera silbando sobre el fogón encendido. Por eso necesité un par de segundos para darme cuenta de que Róbert seguía sentado en la nieve delante de mí mirando desconcertado su revólver. Resulta que lo único que había obtenido de él había sido un clic metálico. Róbert sacudió el revólver, volvió a apuntarse en la frente y apretó el gatillo una y otra vez, entonces empezó a temblarle el cuerpo entero, dejó caer el arma y se llevó las manos a la cara. Sus sollozos amargos se fueron convirtiendo en risas, y acabaron siendo una carcajada histérica mientras se balanceaba y daba puñetazos en la nieve. Yo me quedé allí sentado intentando superar el shock, apenas podía respirar.

Birna me había escuchado horrorizada sin interrumpirme, y a medida que se lo contaba, el corazón se me volvió a acelerar. Ahora me miraba preocupada, pero seguía sin decir nada. El recuerdo de ese momento con Róbert me golpeó como una ola monstruosa en alta mar. Allí arriba, en la Melrakkaslétta, la calma era absoluta, pero yo estaba en plena tormenta, porque llevaba todos esos días intentando reprimir aquel encuentro. Reprimir las cosas se me da bastante bien. Cuando eres como yo, aprendes a hacerlo. Que el recuerdo tan vívido y detallado se me apareciera ahora me sobrepasó. Y por eso en realidad no quería seguir contándolo. Birna no necesitaba saber más. Pero ya no podía detener las imágenes, se me proyectaban en la mente como una película extraña en la que todo está rodado demasiado rápido. Además, durante los últimos días la profecía de Róbert se había confirmado. La cuota estaba vendida, el colegio cerraría, y Dagbjört quería marcharse de Raufarhöfn. Había intentado retrasar el momento, los cambios en mi vida. Ahora tenía a Birna justo delante, y su mirada me decía que ya no admitiría más excusas. Quería oír toda la historia. Hasta el amargo final. Por eso respiré hondo y continué. Le conté que Róbert pasó mucho rato llorando en la nieve, llorando de verdad, como un niño, con lágrimas y todo, y que después de un tiempo había empezado a reírse histérico, y después con ganas, como si se hubiera quitado un peso de encima.

—Será que todo sucede por algún motivo —dijo finalmente, y rebuscó otra botellita de licor en su bolsillo, pero ya no tenía—. Estoy empezando a creer que sí que hay alguien ahí arriba, y que se está divirtiendo conmigo. —Señaló hacia el cielo—. ¡Dios me pone un revólver averiado en la mano y envía a ayudarme a un sheriff retrasado con una pistola antigua de juguete! ¡Ja! ¡El sheriff de Raufarhöfn! ¡Me parto de risa! ¡Ya pueden echar a correr los lituanos!

Se volvió a reír con ganas, y no sé cómo yo también me recuperé del shock y también me pareció gracioso todo aquello, y me sentí un poco orgulloso de que me hubiera

llamado «sheriff de Raufarhöfn», él, el rey, y que dijera que los lituanos tendrían que echar a correr, aunque no sabía por qué. Era gracioso de verdad. Y sentí lo contrario de lo que había sentido justo antes. ¡Nunca en toda mi vida había estado tan aliviado! Seguro que Róbert renunciaría a la idea del suicidio, efectivamente había apretado el gatillo, pero lo dejaría correr, aunque no hubiera salido ninguna bala. Al fin y al cabo había apretado el gatillo, y de eso se trataba. Había recibido una segunda oportunidad, cambiaría de rumbo y empezaría una nueva vida. Recuperaría la cuota, los niños se quedarían y el colegio no cerraría. Dagbjört conservaría su empleo. Así que no pasaba nada.

—Enséñame eso —dijo Róbert, y extendió la mano hacia mi pistola Mauser.

A veces te das cuenta demasiado tarde —o ni siquiera te das cuenta— de cosas que después resultan evidentes. A veces me pasa. Pero es que soy así. Incluso allí sentados en la nieve uno frente al otro, Róbert y yo, mi cabeza seguía sin funcionar bien. Róbert todavía tenía la mano extendida e insistió:

—¡Enséñame tu maldita pistola nazi!

Saqué la pistola de la funda y se la di.

—Cojonuda —dijo—. ¿De dónde la has sacado?

—De mi abuelo americano —contesté.

—¿Y de dónde la sacó él?

—Se la quitó a un coreano, en la guerra de Corea.

—Uau. —Estaba impresionado. Giró la pistola entre las manos, leyó la inscripción, «Mauser», y comentó que no sonaba muy coreano.

—Es una marca alemana —le expliqué.

—¡Lo que yo decía, una pistola nazi! —exclamó, pero en ese momento me di cuenta de que a Birna le había cambiado la cara de repente. Eso me hizo volver al presente y dejar de hablar.

Birna ya ni siquiera me estaba mirando, sino que se había dado un poco la vuelta y tenía la mirada clavada en la niebla.

—¡Silencio! —siseó.

Agucé el oído hacia la niebla. ¿Oía venir a alguien? ¿Alguien nos había seguido y escuchado? Pero entonces yo también lo noté. Ya había alguien allí. Y no le habíamos oído llegar.

Alguien resollaba, olfateaba, y yo supe al instante quién era, aunque nunca le hubiera oído olfatear.

—Ahí —dijo Birna, y se volvió un poco más. Todavía no sabía a quién estaba oyendo olfatear—. ¿Es un caballo?

Quise corregir su suposición, pero no hizo falta que dijera nada, porque entonces un trozo blanco de la niebla se movió, y pudimos distinguir mejor al oso polar.

Estaba a unos treinta metros de nosotros, se le distinguía perfectamente la nariz negra. Birna no dijo nada. El oso polar estaba quieto con la cabeza gacha, olisqueando en nuestra dirección sin mirarnos realmente. Movía la cabeza de un lado a otro, de arriba abajo, olfateaba y resoplaba. Birna estaba completamente rígida. Dio un par de pasos hacia atrás, alejándose del oso polar.

—Kalmann, tenemos que correr. —Lo dijo en tono apagado, sin fuerza, tampoco echó

a correr, era una simple constatación, solo dio varios pasitos hacia atrás, hasta que yo quedé entre ella y el oso polar.

Birna tenía razón. Era nuestra única oportunidad de sobrevivir: correr. Pero es imposible correr más rápido que un oso polar. Yo lo sabía. Porque los osos polares tienen cuatro patas, y por eso son el doble de rápidos. Hay pocos depredadores en este mundo de los que se pueda escapar corriendo. Y el oso polar no es uno de ellos. Además, este debía de estar muy hambriento, al fin y al cabo había nadado desde Groenlandia hasta Islandia, y por lo que yo podía juzgar, no parecía precisamente bien alimentado. Era un animal delgado, aunque muy grande. Su pelaje suave tenía un tono amarillento y ahora se distinguía perfectamente en la niebla blanca. También se veían bien sus zarpas con garras negras.

Así que, de los dos, solo sobreviviría el que corriera más rápido que el otro. Y estaba claro, yo era más veloz que Birna. Y también sabía en qué dirección estaba el pueblo. Birna no. Echaríamos a correr, el oso polar nos perseguiría, Birna sería más lenta que yo, el oso se lanzaría sobre ella y la dejaría seca con un par de mordiscos en la cabeza y en el cuello. Eso es lo que hacen los osos polares, a veces incluso arrancan la cabeza. Pero no siempre. A veces la presa sigue viva cuando ya se la están comiendo. Entre animales no es obligatoria la anestesia. Así es la naturaleza. Aunque en la naturaleza hay reglas muy claras. Por ejemplo: yo sobrevivo y a Birna la devoran porque yo soy más rápido y ella más lenta. En realidad, es muy sencillo.

Hay momentos en la vida en que no piensas mucho. Directamente actúas. El cuerpo toma la iniciativa, y el cerebro puede descansar porque no hay tiempo para reflexiones. En esos momentos, por alguna razón, soy normal. Y así pasó entonces. No pensé. Reaccioné. Me quedé ahí quieto, porque mi cuerpo sabía a la perfección que tenía que quedarse quieto. Porque un sheriff no echa a correr.

—Kalmann —siseó Birna, desesperada—. ¡Vamos! Tenemos que correr, lo más rápido que podamos, ¿entiendes?

—Ni hablar —dije, y negué con la cabeza de forma imperceptible.

El oso me miró un instante, directamente a los ojos, después levantó otra vez el hocico en el aire y emitió ese horrible sonido que yo ya había oído a lo lejos una vez. Birna gritó horrorizada, se tapó de golpe la boca y gimoteó. Me di cuenta de que un viento suave me acariciaba la nuca, así que teníamos el viento en contra, y el oso estaba disfrutando del aroma antes de disfrutar del banquete. Seguro que olíamos bien. Yo también era cazador, como el oso. Así que sabía lo que estaba pensando. Me resultaba muy fácil ponerme en su lugar, y de pronto pensé en Róbert, que se había apuntado en la frente con el revólver sin más para volarse los sesos con una bala, como si fuera la única posibilidad. Y lo mismo pensaba yo en ese momento. Solo tenía una posibilidad, y por eso no necesitaba pensar. Me quedé inmóvil con el cuerpo hacia el oso polar. Sabía quién era y cuál era mi papel. Y sabía quién era el oso. Todo era como tenía que ser. El universo estaba en orden.

—¡Kalmann! —Birna me agarró del brazo, tiró de mí, pero yo era más fuerte que ella y me quedé donde estaba.

Igual era por el lugar. ¿Por qué había subido allí Róbert para quitarse la vida? ¿Había ido yo allí con Birna para suicidarme también? ¿Por qué parecía que el oso nos había

estado esperando? Puede que el Arctic Henge, ese maldito círculo de piedras a medio terminar, tuviera fuerzas mágicas. Igual el oso polar era la reencarnación de Róbert.

—¡Kalmann! ¿En qué dirección está Raufarhöfn?

Volví la cabeza hacia ella y le dije:

—Hacia allí. Vete. ¡Corre! —Después me volví de nuevo hacia el oso polar, abrí la funda de la pistola y saqué mi Mauser.

—¡Kalmann, no! —gritó Birna, desesperada—. ¡Esa pistola de juguete no te va a servir de nada!

—Soy el sheriff de Raufarhöfn —dije, estiré el brazo y apunté con la Mauser hacia el oso polar, que ahora trotaba hacia mí con la cabeza gacha y gruñendo.

Birna gritó:

—¡Kalmann, la pistola no está cargada!

Birna se desgañitaba. Empezó a gritar, hizo todos los sonidos animales posibles para intentar ahuyentar al oso. Era ridículo. Incluso tiró las piedras que tenía alrededor, más o menos en la dirección del oso, pero falló por varios metros. Sus lanzamientos eran demasiado débiles y desesperados. Yo sujeté firmemente la Mauser y apunté al oso polar a través de la mira. El oso se encogió, como si supiera lo que yo tenía en las manos, pero siguió avanzando imparable hacia mí.

—¡Kalmann! —aulló Birna, desesperada. No le veía la cara, pero se le notaba en la voz que estaba llorando—. ¡No eres el sheriff, no eres cazador, Kalmann! ¡No eres cazador! ¡Y la pistola no está cargada! Kalmann, por favor, por favor por favor, ¡corre!

El oso ya estaba a pocos metros de mí, ralentizó el paso, cambió el peso como si estuviera a punto de saltar. Me miró, y yo le miré, y reconocí la inteligencia de su mirada. Era un oso polar bonito. Creo que era el animal más bonito que he visto en toda mi vida. Y era enorme. Calculé que pesaría al menos media tonelada, pero se movía con tanta agilidad como un zorro ártico. Y entonces supe quién había destrozado así a *Barbanegra*. De pronto me di cuenta de que había bajado un poco la pistola por lo mucho que me había impresionado ver aquel majestuoso animal tan de cerca.

El oso polar se quedó quieto. No sé por qué se quedó quieto. Puede que le molestaran las piedras que ahora le estaban cayendo encima, pero que rebotaban en su pelaje como si fueran ovillos de lana. No hacía caso de Birna ni de las piedras. Emitió un gruñido grave, un aullido contenido, resopló con bastante fuerza por la nariz y me miró. Todo en orden. Yo era su presa. Eso era lo que yo quería.

No tenía miedo. Y puede que a la gente le cueste creer que no tenía miedo, pero de verdad que no tenía miedo. Tendrán que creerme, quieran o no. Sabía lo que tenía que hacer. Y mis músculos lo sabían, mi cuerpo entero, desde el pelo hasta los dedos de los pies. No me hacía falta pensar. Apunté con el cañón de la pistola al pecho del oso polar, eché el aire y dije: «Bang».

—Es una pena que esta carraca no esté cargada —dijo Róbert—. Con una pistola nazi como esta al menos podría despedirme de la vida con estilo. —Se encogió de hombros, apoyó la boca de la pistola bajo la barbilla, me sonrió, dijo «Bang» y apretó el gatillo.

La imagen fue muy extraña. La fina capa de nieve que se le había formado en la cabeza rebotó un poco, como si el borboteo del agua para hervir espaguetis hubiera abierto la tapa de la cazuela. Se le levantó un trozo de la parte superior del cráneo, pero

no se le separó de la cabeza. La pistola se le cayó inmediatamente de la mano. La sangre se le derramó a borbotones sobre el pecho. Róbert siguió mirándome, aunque no por mucho tiempo, medio segundo como mucho, a continuación se cayó hacia atrás con los ojos en blanco. Las rodillas dobladas le apuntaban hacia el cielo.

Cerré los ojos y me tapé los oídos. Lo hice automáticamente y en realidad no sé por qué. Ahora me rodeaban un silencio y una oscuridad agradables, como si no estuviera allí. Pero no puedes quedarte ahí sentado para siempre, el mundo sigue girando. Así que parpadeé mirando la nieve y me quité las manos de los oídos. Róbert ya no hacía ningún ruido. Las piernas se le habían caído a un lado. Mi Mauser estaba en la nieve, a su lado. Por suerte no se había manchado de sangre, pero estaba muy cerca del charco. Me levanté y me acerqué a Róbert, recogí la pistola y la metí en la funda. Estaba caliente.

—¡Kalmann! —Birna se dejó caer de rodillas desesperada, levantó las manos hacia el cielo como si le pidiera ayuda a Dios.

Pero eso no servía de nada. Aquí arriba, en la Melrakkaslétta, Dios no presta ninguna ayuda. Tenemos que ayudarnos nosotros mismos.

Antes de que el oso polar volviera a moverse, disparé.

El disparo sonó con fuerza, la pistola se estremeció con furia en mi mano, pero la niebla se tragó el ruido de inmediato. Birna enmudeció en el acto, como si la bala le hubiera dado a ella, así que durante un breve instante, solo un segundo, no se oyó ni una mosca.

Hasta que volví a disparar. Vi que el animal se estremecía con el segundo disparo, pero fui incapaz de distinguir si de verdad le había dado, porque el grueso pelaje ocultaba el impacto. Sin embargo el oso polar se detuvo, se agachó y sacudió la cabeza furioso de un lado a otro, como si intentara ahuyentar a unas molestas avispas.

Con el tercer disparo la pistola se me calentó de verdad en la mano. Pero el oso polar no parecía haber notado nada más y volvió a ponerse en movimiento. Era impresionante la elegancia con la que se movía el pesado animal, pero a mí en ese momento no era lo que más me convenía. Así que disparé mi Mauser una cuarta vez. Y por fin le desinflé. Lo vi, y sentí su dolor. Se encogió un poco, casi tropezó, pero se recuperó, sacudió la cabeza, y se detuvo justo delante de mí, a solo un brazo de distancia. Jadeaba de forma lastimera. Mi cuarto disparo le había dado de pleno. Le manaba sangre del pelaje. Se incorporó, se elevó sobre las patas traseras y levantó las zarpas, se irguió ante mí como si quisiera demostrarme quién mandaba allí. Me sacaba por lo menos un metro. Distinguí cada pelo de su cuerpo, las garras de las zarpas, y le vi las tetillas. Era una hembra.

Todavía me quedaba una bala en el tambor. Había llevado la cuenta. Róbert había utilizado una. Fue suficiente para hacerle callar. Róbert no era un oso polar. Yo sabía cuál era la situación. No había prisa. Era como si el tiempo pasara más despacio, me pareció agradable, porque así podía grabarme ese momento en la memoria. Algo así solo se vive una vez, si es que se vive, y por eso quería recordar cada detalle. Todavía me quedaba una bala en la pistola para aquella reina de los animales, y se la metí en el corazón, a bocajarro, porque si eres cazador, y yo lo soy, sabes dónde está el corazón. Extendí el brazo, con la boca de la Mauser a pocos centímetros del pelaje. Era imposible que fallara.

Con ese último disparo maté a la osa polar. Cayó hacia delante, y por alguna razón mi

cuerpo no colaboró, porque no reaccioné, me quedé quieto, así que el animal me arrastró consigo al suelo y me sepultó.

Ese día, junto al Arctic Henge, aprendí una cosa: debajo de un oso polar está oscuro. Y hay silencio. Seguramente es como un ataúd, pero no he estado nunca dentro de uno.

Oía a Birna gritar mi nombre como a lo lejos. Tardé un par de segundos en darme cuenta de dónde estaba —o sea, debajo de una osa polar—, y enseguida lo sentí, porque el animal pesaba como un muerto, y yo apenas podía respirar. Luego entró un poco de luz porque Birna estaba estirando de la pata delantera del animal, que me tapaba la cabeza, pero la pata se le escapó, y volvió a estar todo oscuro. Aunque Birna no se rindió tan fácilmente. Al fin y al cabo le había salvado la vida. Seguro que se alegraba. Maldecía como un marinero y estiraba furiosa del animal, hasta que por lo menos mi cabeza asomó de debajo de la osa y pude respirar un poco mejor. Pero sentía el pecho un poco aplastado. Un dolor punzante me dejó sin aliento, y casi me desmayé.

Birna sintió un gran alivio al comprobar que seguía vivo. Me acariciaba la cara muy nerviosa, decía que la ayuda estaba en camino y que no me preocupara. Desapareció de mi vista y pensé que se había largado en busca de ayuda, pero estaba tirando otra vez del animal, esta vez del otro lado. Sin embargo no se puede hacer rodar sin más media tonelada. La cabeza de la osa polar estaba junto a la mía, la lengua le colgaba un poco del hocico. La veía muy bien si volvía la cabeza. Y le vi los dientes. Supe al instante que un oso polar ganaría una pelea contra un tiburón de Groenlandia. Pero entonces me di cuenta de que la osa polar seguía respirando, aunque de forma casi imperceptible. Solo un leve jadeo, ¡pero estaba viva! Y de pronto me dio pena. Me dio muchísima pena, y me sentí fatal por haber matado a ese animal. ¿No habría sido más lógico que me devorara? ¿Había incumplido las leyes de la naturaleza? Al fin y al cabo, sin mi pistola habría sido muy inferior a ella. Yo era... Eso, ¿quién era yo? No era sheriff. Birna lo había dejado claro. Tampoco era cazador. Era un don nadie. No era más que el tonto del pueblo. Puede que la osa polar tuviera crías. Si había nadado hasta allí desde Groenlandia, puede que estuviera buscando comida para su camada. Había visto más mundo que yo. Había viajado. Era alguien. Yo no.

Mi cabeza habría cabido en sus fauces. Habría podido dar un mordisco y que mi cabeza desapareciera. Pero la osa polar ya solo jadeaba muy suave, yo tenía que aguantar la respiración para oírlo, aunque lo hacía de todos modos porque el animal me estaba aplastando los pulmones. Después la osa gruñó, pero muy flojito, seguro que Birna no lo oyó. El gruñido salió de lo más profundo de su interior, un último gesto, las brasas se apagaban, el cuerpo ya estaba muerto, pero era un gruñido satisfecho, como si la osa polar estuviera soñando algo bonito, igual estaba pensando en sus crías, y eso me consoló. Sentí un gran alivio, aunque suene raro. Un último estertor y dejó de respirar. La osa polar estaba muerta, lógico, porque tenía cinco balas de Mauser en el pecho, al menos una de ellas en el corazón. Puede que el animal sintiera alivio por haber dejado atrás las penurias, puede que hubiera aceptado que ya nunca volvería a Groenlandia, puede que le pasara como a Róbert, que ya no quería vivir. Igual me había buscado, y nuestros caminos debían cruzarse, y todo tenía que ser como era, porque las leyes de la naturaleza no se pueden sortear sin más. ¿Cómo había dicho Róbert? «Será que todo sucede por algún motivo.»

Cuando estás debajo de un oso polar, les das muchas vueltas a las cosas. Buscas una explicación. Es así y punto. Y de pronto todo parece encajar, porque si no te romperías la cabeza pensando por qué estás debajo de un oso polar. No hay nada equivocado en este mundo. Así que no existe el bien ni el mal.

Birna se arrodilló de nuevo a mi lado, me preguntó qué tal estaba, si podía respirar y yo asentí. Se acercó todavía más, tenía la cara muy cerca de la mía, más cerca que nunca. Parecía muy sorprendida, y yo también lo estaba, porque la verdad es que era una mujer muy guapa.

—Ay, Kalmann —dijo acariciándome el pelo—. Me has salvado la vida, ¿lo sabes?

No dije nada, solo intentaba seguir consciente. Birna sonrió.

—Pues sí, bobo, me has salvado la vida. Ahora sería comida para osos si no hubieras sido tan valiente y no te hubieras puesto entre mí y esta bestia. Eres la persona más valiente que he conocido jamás. Y siento mucho haber dicho todas esas cosas. Eres un cazador de verdad, ahora lo sé, y proteges el pueblo como un auténtico sheriff. —De pronto Birna tenía lágrimas en los ojos y temblaba un poco, pero no supe si era de frío o porque le había faltado un pelo para ser comida para osos—. El sheriff de Raufarhöfn —añadió.

Entonces cerré los ojos.

Debajo de un oso se está calentito. Eso también lo aprendí entonces. Ni siquiera el suelo estaba frío, porque estaba tumbado sobre musgo, hierba y sangre. Pero el dolor punzante del pecho era insostenible. Y coger aire me resultaba realmente difícil, aunque solo respirara de forma muy superficial. Me arrepentí de no haberle dicho a Birna que no me encontraba muy bien. Pero ¿qué habría podido hacer ella? Nada. La osa polar pesaba demasiado. Ahora tocaba apretar los dientes.

—Abre los ojos, Kalmann —dijo Birna, dándome palmaditas en las mejillas—. Kalmann, mi querido Kalmann. Tienes que intentar mantenerte despierto. La ayuda está en camino.

Abrí valiente los ojos y la miré, incluso asentí. Birna se puso muy contenta y sonrió. Me miraba con cariño.

—¿Qué pasó con Róbert al final? —me preguntó.

En su mirada había sinceridad, compasión. A alguien que te mira así no se le cuentan tonterías.

—Comida para peces —susurré—. Tuve que prometérselo.

Birna asintió.

—¿Lo mataste tú?

Negué con la cabeza lo mejor que pude. Me costaba concentrarme. Si no estaba atento a respirar, me cansaba. Habría preferido no hablar, pero entendía que tenía que aguantar despierto. Y por eso Birna me hacía esas preguntas.

—Se mató... Con la Mauser. Él no sabía que estaba cargada... —No pude seguir porque empecé a toser y me dolió muchísimo. Gemí, aunque no quería lamentarme.

Birna tenía la cara salpicada de sangre.

—¡Kalmann! —se le escapó.

Yo también me asusté, porque en ese momento me di cuenta de que la cosa no pintaba bien. Incluso el oso volvió a gruñir de repente, pero como Birna se puso de pie

de un salto con un grito de alivio e hizo señas con los brazos, supuse que el zumbido venía de un quad o de varios. Puede que también estuviera llegando un helicóptero, no lo vi bien, pero venían a por mí, y por eso cerré los ojos y dejé de respirar, porque hacerlo me dolía, y así dejó de dolerme tanto.

Y efectivamente todo se volvió oscuro, una noche negra y sin estrellas, y por eso sé que morir no duele tanto como vivir.

22. Vuelta a casa

No hay nada mejor en el mundo que dormir, sobre todo cuando estás cansado. Me pareció haber dormido diez años o un segundo, no habría sabido decirlo, pero cuando volví en mí, ya no estaba debajo de la osa polar, sino en una camilla, y un montón de gente me miraba desde arriba. A algunos hasta les conocía, pero no voy a hacer una lista, porque ya no estoy seguro de quién me ayudó allí arriba. Habría jurado que mi madre también estaba allí, y Núi, aunque nunca le hubiera visto la cara, pero allí estaba, con cara, jersey y todo. Estaban Dagbjört y Sæmundur, Bragi, que me miraba con la pipa en la boca y lágrimas en los ojos. El conserje Halldór con cara de reproche. Y el abuelo también estaba allí, más joven, más fuerte, les decía a todos qué hacer. Incluso Róbert andaba por allí, aunque algo apartado. Observaba con indiferencia, tenía la mirada vacía. Me dio pena. Igual no conocía a ninguno de mis rescatadores, y era gente desconocida, simplemente personas, porque las personas somos todas iguales en cierto modo, y no tan diferentes como creemos. En realidad solo sé lo que me pasó porque me lo contaron después, ya que volví a cerrar los ojos y sumergirme, porque dormir es lo mejor.

Me llevaron en helicóptero al hospital de Akureyri, donde mi madre se ocupó de mí personalmente tras la operación. Y cuando desperté de la anestesia estaba a mi lado, y estaba feliz y triste y orgullosa y avergonzada, todo a la vez, toda la escala de sentimientos, como un arcoíris, yo lo veía, lo sentía con ella, y después lloró tanto que fue vergonzoso, porque al fin y al cabo era una enfermera profesional, y tumbado en aquella cama, con el cuerpo amoratado, con cinco costillas rotas que por suerte ya no se me clavaban en el pulmón, de pronto me di cuenta de que había dado el paso decisivo hacia mi nueva vida. Y seguía vivo. Mi madre estaba allí y me cuidaba, me recuperaría, y eso me animó.

La tranquilidad en la habitación del hospital no duró mucho. Mi madre me dijo que un montón de gente quería hablar conmigo, sobre todo periodistas, pero también Birna, y me preguntó si quería hablar con ellos, aunque con Birna no tenía mucha elección, y dije que hablaría con todos ellos siempre que ella, o sea mi madre, se quedara cerca, y me lo prometió.

Birna me trajo un paquete de pescado seco. Y tenía muy buen aspecto en su uniforme de policía. Llevaba los labios pintados y tenía la piel radiante. Desde luego estaba estupenda, y me sentí orgulloso de haberle salvado la vida, aunque eso no fuera lo que yo estaba pensando cuando teníamos al oso polar delante. Solo quería que no devorara a nadie. Pero Birna insistía en que yo era un héroe, y ella sabía de esas cosas, así que la creí y me sentí muy orgulloso de mí mismo. Había traído un periódico y me leyó el artículo donde se explicaba todo con bastante detalle. También había una foto de la osa polar. Estaba tumbada tranquilamente sobre una lona de plástico en el helipuerto

de Akureyri, con el pelo manchado de sangre, los ojos cerrados. Seiscientos cincuenta kilos de peso, doscientos treinta centímetros de alto. Una hembra grande y fuerte. Pero muerta. Al fondo se veía el helicóptero de la guardia costera, y varias personas de uniforme rodeaban al animal y sonreían orgullosos a la cámara como si ellos mismos lo hubieran matado.

Mi nombre también aparecía en el periódico, y entonces entendí por qué querían entrevistarme los periodistas a los que se oía parlotear fuera de la habitación del hospital. Al final dejé que se abriera la puerta, después de que mi madre me hubiera peinado. Birna se instaló en una silla justo a mi lado, casi nos estábamos tocando. Había cámaras y luces muy fuertes, porque las cámaras necesitaban luz fuerte. Nos pusieron un ramo de micrófonos delante a Birna y a mí, y es lo único que recuerdo, porque estaba muy nervioso, y me dolía, aunque los analgésicos me tenían completamente drogado. Pero sí me acuerdo de que los periodistas se reían a veces y estaban de buen humor, así que no pasaba nada. De todas formas fue un poco demasiado para mí, y como seguramente no estaba muy concentrado, Birna contestó a algunas preguntas por mí, así que ahora estaba de mi parte, y eso me puso muy contento.

Cuando se fueron los periodistas, Birna pidió hablar un poco conmigo, a solas, o sea, sin mi madre.

Estaba agotado. La cabeza me daba vueltas y en realidad solo quería ver la tele. Pero era el momento de tener esa conversación a solas.

—*Kalmann minn* —dijo Birna, y suspiró. Quería decir algo, pero solo abrió la boca y pensó durante un rato, mirándome. Después dio con las palabras que buscaba—: Kalmann, ¿encontraremos a Róbert algún día?

Me encogí de hombros.

—Ni idea.

—Kalmann —dijo Birna, ahora más firme—. Di que no, por favor.

Así que dije «No», y Birna sonrió aliviada, y dijo que le avisara si tenía algún problema, y que siguiera siendo tal como era, porque yo era como era por alguna razón, porque si no ella no seguiría viva. Y al despedirse, se inclinó hacia mí y me agarró suavemente de los hombros.

—Esto quedará entre nosotros, ¿trato hecho?

—Trato hecho —dije, porque a Birna no le gustaba que solo asintiera o negara con la cabeza.

—Róbert se suicidó, y no hay nada que puedas hacer al respecto, ¿entiendes?

—Sí.

—No es tu culpa.

—Lo sé.

—Sería injusto que tuviéramos problemas por su culpa, ¿verdad?

—Pues sí.

Birna sonrió satisfecha y me besó en la frente. Yo creo que hay poca gente en el mundo que haya recibido un beso de una policía que sabe que te has deshecho de un cadáver.

Antes de abrir la puerta, Birna se volvió una vez más.

—Hunde la Mauser cuando tengas la oportunidad, ¿de acuerdo? Ha cumplido con su

cometido. Si alguien te pregunta, di que la has perdido. Di que se te ha caído al agua.

Asentí, pero Birna sonrió.

—Di que sí, Kalmann.

Así que dije «Sí».

—Es demencial, en realidad —dijo Birna, absorta en sus pensamientos—. La pistola, el Arctic Henge, la osa, en fin... Demencial.

Birna salió de la habitación sacudiendo la cabeza, y me sorprendió que no me preguntara cómo hice desaparecer a Róbert, porque habría podido contarle que me encontré a Bragi cuando fui a buscar la sierra y las bolsas de plástico negras, así que había un testigo. Pero creo que Birna no quería pensar mucho en ello, porque cuando alguien se dispara una bala en la cabeza, es principalmente su problema. Así que encendí la tele y vi la repetición de *The Biggest Loser*. Es gente tan gorda que siempre te sientes delgado, aunque estés un poco gordo. La gente gorda del programa vive en un campamento donde no hay chocolate ni bebidas con azúcar, y tienen que hacer ejercicio desde muy pronto hasta muy tarde, hasta que sudan y a veces también lloran porque están agotados o porque de pronto se acuerdan de que un familiar suyo al que querían mucho se murió, y por eso engordaron tanto. Así que los entrenadores tienen que saber escuchar, como Dr. Phil. Cuando los gordos pueden volver a casa después de un par de días, a veces enseguida vuelven a zampar chocolate y pizza, se beben dos litros de cocaola delante de la cámara, y cuando vuelven al campamento, el entrenador se enfada con ellos porque han engordado durante el fin de semana, y como castigo tienen que correr cincuenta vueltas bajo la lluvia y el frío.

Cuando estaban echando *America's Funniest Home Videos*, me interrumpió una visita que realmente no me esperaba. Dagbjört. Y vino sola. Me trajo flores y un dibujo de su hija pequeña, o sea, un dibujo infantil, y por eso no parecía yo, pero se me reconocía por el sombrero de vaquero. Tenía una pistola en la mano y apuntaba a un oso polar, pero que parecía un caballo, así que no daba nada de miedo. Pero no sabía de qué hablar con Dagbjört, porque estaba como triste, y no podía contarle de ninguna manera que su padre se había matado con mi pistola, al fin y al cabo le había prometido a Róbert que le ahorraría a Dagbjört esa horrible imagen. Pero ella tampoco me hizo preguntas, no quería saber nada de nada, y por eso vimos *America's Funniest Home Videos* un rato, y ella incluso se rió un par de veces, algo que yo no me esperaba. Me habría gustado reírme con ella pero no podía, porque me habría dolido tanto el pecho que me habría desmayado. Para mí lo más gracioso es cuando un padre juega con su hijo a algún deporte de pelota, béisbol o fútbol, en realidad da igual. Normalmente graba la madre. Y siempre se sabe lo que va a pasar: el niño golpeará la pelota con el bate o con la punta del pie con una precisión sorprendente y entonces, ¡zas!, le dará al padre justo en los huevos. El padre entonces se cae al suelo aullando y la madre se parte de risa. «*I got this on video!*»

Cuando trajeron la cena, Dagbjört se despidió. Mi madre se sentó conmigo en la cama y vimos las noticias de los dos canales. Yo salía en todas partes, desde el principio, «la noticia de portada», como explicaba orgullosa mi madre, y entonces vi que no lo había hecho nada mal. Los reporteros se reían porque yo les contaba lo oscuro que estaba debajo de la osa polar, y que mientras el oso venía hacia mí no había pensado en nada,

porque mi cabeza no había tenido tiempo de pensar, así que había actuado sin más, porque a veces es mejor no pensar demasiado. Les conté que después había sentido mucha pena por el oso, porque era una osa, y además muy bonita, y el abuelo me había dicho que solo se podían matar animales que después se fueran a comer, y entonces un periodista comentó que al abuelo seguramente le habría parecido bien mi heroicidad porque la osa polar quería comerme a mí, y me pareció lógico, y todos se echaron a reír otra vez. Después Birna se hizo cargo de las respuestas porque durante un rato estuve como ido, seguramente pensando en el abuelo.

Después de mi entrevista, un experto en animales explicó que lo más probable era que la osa polar hubiera llegado a tierra pocos días antes, así que casi podía descartarse que el animal hubiera devorado a Róbert McKenzie. Dijo que los equipos de búsqueda nunca habían estado en peligro, aunque había que tomarse el riesgo muy en serio, porque en marzo de 1965 se avistaron hasta dos osos polares en las inmediaciones de Raufarhöfn, así que nunca se sabía.

Luego hablaron otra vez de la desaparición, y Birna estuvo en directo en el estudio de televisión como invitada, así que justo después de visitarme debió de coger un avión a Reikiavik. Y explicó a la nación que por el momento no podía dar más información, porque se trataba de un asunto trágico y complicado, y que por desgracia quien mejor habría podido explicarlo habría sido el propio Róbert. La presentadora le preguntó si había redes de narcotraficantes, posiblemente de Europa del Este, metiendo droga en Islandia. Y Birna movió un poco la cabeza de lado a lado, dijo que tampoco podía desvelar mucha información al respecto, que la investigación llevaría un tiempo, que colaboraban muy estrechamente con la Interpol, pero que sin duda había una conexión, que se trataba de un problema real pero no unilateral.

Entonces Birna titubeó un instante y apretó los labios. Miró brevemente a cámara, aunque en realidad no se debe. Y después dijo que la droga del bidón que se había encontrado en Raufarhöfn se había producido en Islandia y que por lo tanto seguramente se pretendía exportarla. Creo que oficialmente no debería haberlo dicho, porque durante los siguientes días se habló mucho del tema en todos los canales, y también hubo redadas en invernaderos y buhardillas. Creo que a todo el mundo le sorprendió que unos islandeses produjeran droga, y al mismo tiempo la gente estaba un poco orgullosa, porque la mercancía era de muy buena calidad.

De repente me acordé de dónde había visto antes un bidón de droga como aquel: ¡cuando me encontré con los lituanos en el mar! ¡A Nadja y a su novio Darius y a los demás! Y yo que creía que los lituanos solo salían al mar por diversión. Supuse que navegaban mar adentro con el bidón en la barca y lo ataban a una boya anclada, para que el arrastrero de Róbert lo recogiera y lo llevara al extranjero. Estuve a punto de decir algo, pero a mi madre le pareció que ya era suficiente y cambió de canal, y vimos un concurso en el que Akranes competía contra Kópavogur, pero no tenía ninguna posibilidad, porque Kópavogur ya había sido campeón de Islandia varias veces. Me gustan los concursos islandeses. Siempre intento responder a las preguntas y se me da bastante bien, porque sé mucho de geografía y bastante sobre animales salvajes, y por eso a veces lo hago mejor incluso que mi madre, pero nunca mejor que Kópavogur.

Unas dos semanas tras el encuentro con la osa polar, me dieron el alta del hospital. Así

que me perdí el entierro de Róbert, algo de lo que en realidad me alegré. El médico me elogió. Dijo que me estaba curando rápido, que era un chico fuerte y que estaba convencido de que el consumo de hákarl me daba superpoderes. Lo dijo de verdad. ¡Un médico! Y los médicos saben de esas cosas.

Mi madre se había tomado el día libre. Primero visitamos al abuelo, y le hablé del encuentro con la osa polar, pero él estaba de mal humor y se alteró. Después seguimos hasta Raufarhöfn, llegamos hacia el final de la tarde. Me apetecía una noche tranquila en casa, pero me llevé una gran sorpresa. Mi madre fue directa al centro cívico. Me pidió que fuera con ella al salón de actos, y como sonreía con malicia, tuve un presentimiento, así que no me sorprendió tanto encontrar a todos los habitantes de Raufarhöfn en el salón de actos; excepto Magga y Róbert, claro. Cuando entré en la sala se pusieron a gritar, y el ovejero Magnús empezó a tocar el acordeón, y no pude evitar echarme a reír, y me dolió mucho, pero de todas formas no podía parar, hasta que se me saltaron las lágrimas y acabé aullando, y vi que otras personas también tenían los ojos llorosos, aunque no tuvieran las costillas rotas.

Así son las cosas cuando eres un héroe. Tienes que darle la mano a todo el mundo. ¡A todo el mundo! ¡A algunos niños incluso dos veces! ¡Hasta que te duelen los dedos! No tuve tiempo de disfrutar del pescado seco, el cordero ahumado, la tarta o el café. Hafdís dio un discurso, se subió al escenario y yo tuve que ponerme a su lado, seguramente parecía el tonto del pueblo, de lo abochornado que estaba. Hafdís me dio un abrazo — que me dolió un montón— y me besó en la mejilla delante de todos. ¡Silbidos y un aplauso atronador! Qué vergüenza. Entonces Hafdís me nombró hijo predilecto de Raufarhöfn. ¡En serio! Hasta me dieron un certificado, así que lo tenía por escrito. Bragi nos sacó un par de fotos con su vieja cámara, dijo: «¡Sonríe, Kalmann!», y eso que yo ya estaba sonriendo lo mejor que podía, porque reírme era casi imposible, pero Bragi también se rió, y días después salí en el periódico con la cara desfigurada por el dolor, y no fue en la portada, pero sí en la página siguiente.

Ser famoso cansa. Al final me alegré de poder marcharme. Me abrió paso mi madre, que de pronto también tenía prisa por salir de allí. El dolor en el pecho me recordaba que todavía me faltaba mucho para estar curado.

Sin embargo no nos quedamos en Raufarhöfn, sino que volvimos a Akureyri, así que nos pasamos casi todo el día en el coche, y casi no hablamos en todo el trayecto, y como era mi madre la que conducía, yo estaba feliz. Con el certificado en las manos, miraba por la ventanilla y disfrutaba de ser hijo predilecto, y me quedé dormido sin darme cuenta, porque mi madre no me despertó hasta que ya estábamos en Akureyri. Para celebrar la ocasión, comimos una hamburguesa en un restaurante de verdad y después fuimos al cine, aunque ya era muy tarde. Llegamos justo a la sesión de las diez, pero en cuanto empezó la película, mi madre se puso a roncar en el asiento de al lado, intenté despertarla para que no se perdiera la película, pero fue imposible, entonces apoyó la cabeza en mi hombro, así que tuve que quedarme quieto todo el rato para que no se cayera. No la desperté hasta que no se acabó la película.

Pasé la noche en el pequeño piso de mi madre. Había preparado su habitación y había recogido la estantería con las esculturas de búhos, porque ahora viviría con ella, aunque solo de forma temporal. Mi madre se acomodó lo mejor posible en el sofá cama del

saloncito.

Pero no me gustaba nada estar en su casa, porque un hijo de casi treinta y cuatro años no debería vivir con su madre. Es una regla no escrita. Es algo que llevamos dentro. En eso consiste ser adulto.

Los días siguientes fueron aburridísimos. Celebrar mi treinta y cuatro cumpleaños en casa de mi madre tampoco fue muy divertido. Mis lesiones me obligaban a estar sentado la mayor parte del tiempo. Y echaba de menos mi casita. Al final mi madre me convenció de mudarme provisionalmente a un piso compartido en Akureyri, y para mi asombro me sentí a gusto desde el principio, porque a mis compañeros de piso también les gustaba ver concursos, comer pizza, y no eran tan ordenados como mi madre. Así que no pasaba nada.

Pues eso. Ahí estoy ahora. Inmerso en mi nueva vida. Y ahí, en nuestro piso compartido, hay una chica que se llama Perla. Al principio no me gustaba nada, porque me parece que una mujer no debería pesar más que su marido. De hecho, no creo que sea lo bastante fuerte para llevarla en brazos, y hay que ser capaz de hacerlo para casarse. Pero Perla es muy maja, tiene buen carácter y es divertida. Tiene un pelo muy bonito y dificultades de aprendizaje. Dice que soy un cascarrabias y que me va a enseñar a reírme. No soy ningún cascarrabias, y en realidad me río a menudo, pero es que soy tímido, sobre todo cuando todavía no conozco bien a alguien, y entonces parezco serio, aunque en cierto modo me gusta el papel de cascarrabias, al fin y al cabo me han pasado muchas cosas, y puede que Perla tenga razón. Puede que haya cambiado. De todas formas, a veces le corrijo: «Soy reflexivo —le digo—. Me han pasado muchas cosas, ¿sabes?».

Perla se porta muy bien conmigo, y se maquilla para mí. Ya me ha hecho galletas dos veces, las mete en una bolsita bonita y me da una sorpresa. Y se ha hecho amiga mía en Facebook y todos los días me pone algo gracioso en el muro. Me gusta, porque las frases que escribe también tienen algo de sabiduría, y Perla también es así. Una vez me puso: «Tu cara es un regalo. ¡La sonrisa tienes que ponerla tú!». Y otra vez: «A veces tu amor está más cerca de lo que piensas». Te da que pensar, ¿verdad? A veces hablamos por Messenger, aunque nuestras habitaciones están pegadas y casi podemos oírnos a través de la pared. Es divertido, y por eso no echo nada de menos a Núi. Todavía no me ha llamado, porque igual está muerto.

Solo paso cinco días y cuatro noches en Akureyri. Las otras tres noches las paso en Raufarhöfn, normalmente de martes a viernes. Tengo el sombrero de vaquero y la estrella de sheriff guardados allí, en el armario. Son utensilios que ya no necesito. Si mi padre me visita algún día, se los devolveré. Pertenecen a mi antigua vida. Pero todavía soy pescador de tiburones. Eso no se deja así como así. Al fin y al cabo, ¿alguien tiene que preparar el segundo mejor hákarl de Islandia! Por eso hay gente que me lleva a Raufarhöfn, y como soy tan famoso, siempre encuentro a alguien. Han creado un grupo en Facebook. Se llama: «¡Lleva a Kalmann con sus tiburones!». Y ahí puedo escribir cuándo iré, y después alguien que vaya a Húsavík o a Raufarhöfn ese día deja un comentario, y hasta ahora siempre se ha ofrecido alguien, por ejemplo Sæmundur o su mujer Sigga. Bragi me llevó una vez, aunque ni siquiera tenía que ir a Akureyri. Perla me preguntó si la llevaría pronto a Raufarhöfn, y le dije enseguida que sí, pero primero

tenemos que pedirle permiso a su tutor. Me imagino cómo será. Yo podría dormir abajo, en el sofá, y Perla arriba, en mi cama. O igual nos quedamos los dos dormidos delante de la tele, uno junto al otro. Cuerpo con cuerpo. ¡Y puede que haya sexo de verdad!

Cuando salí al mar por primera vez después del incidente, antes de conocer a Perla, hacía viento pero bastante calor, casi parecía verano, aunque tenía el viento en contra, así que tardé casi tres horas en llegar a mi palangre.

No tuve suerte. Había un tiburón en uno de los anzuelos, pero llevaba mucho tiempo muerto y ya estaba bastante podrido. Los peces también lo habían mordisqueado, y en una zona habían llegado incluso al hueso. Se había convertido en cebo él mismo. Así que lo solté del anzuelo y lo dejé caer de vuelta al mar. Después de quinientos doce años de comer, ahora era su turno. Recogí el resto del sedal y les tiré a las gaviotas los restos de cebo mordisqueado que quedaban. Luego puse nuevos trozos de cebo en los anzuelos, dos o tres trozos en cada uno, y los dejé hundirse en las profundidades. Fue raro ver desaparecer en el mar la mano izquierda de Róbert, como si me dijera adiós por última vez. ¡Bless, Róbert McKenzie! Me sentí aliviado. El último trozo de Róbert se hundía en el mar. Mi pistola fue detrás. No me hizo falta pensarlo mucho. Cumplí todas mis promesas. Soy un hombre de palabra. Róbert era comida para peces y Birna no tenía que preocuparse de que nadie encontrara jamás al rey de Raufarhöfn. No pasa nada. Me sentía feliz y convencido de que la semana siguiente habría un tiburón en el anzuelo, porque a los tiburones de Groenlandia parecía gustarles Róbert.

El trabajo me llevó más tiempo que otras veces porque no podía hacer movimientos rápidos, y el viento me alejaba una y otra vez, así que no volví al puerto hasta la tarde. Sæmundur me estaba esperando con la carretilla elevadora, suponía que había pescado algo al ver que pasaba tanto tiempo en el mar. ¡Y sí que había pescado algo! Le conté lo del tiburón podrido, y nos reímos, porque Sæmundur comentó que podría haberlo vendido directamente como tiburón fermentado. Me dolió reírme, y puede que hubiera salido al mar demasiado pronto, porque los dolores del pecho me estaban matando, así que Sæmundur me ayudó a subir al embarcadero. Y no sé cómo me resbalé un poco en los tablones húmedos y casi me volví a caer al barco, solo que Sæmundur me cogió, me sujetó y me subió al embarcadero, y aterricé en sus brazos. Pero Sæmundur no me soltó, me rodeó con los brazos, me abrazó con fuerza y se rió.

23. Ballena

Al día siguiente Hafdís me llevó a Húsavík. Nunca había pasado tanto tiempo a solas con ella, pero fue muy maja, me habló un poco de sí misma y de Raufarhöfn. Prefería ir con ella que con Magga. Porque Hafdís sabía estar callada a ratos.

Naturalmente lo primero era ir a visitar al abuelo. Tenía que hacer tiempo durante unas horas porque mi madre también vendría y después me llevaría de vuelta a Akureyri.

En Húsavík no hacía tanto viento, pero sí bastante sol. Delante de la residencia estaba Lísá esperando el autobús que no llegaría, me saludó con la mano pero después enseguida volvió a aferrarse al bolso. Me pregunté si de verdad se subiría al autobús si de pronto aparecía por allí.

Me encontré al abuelo en su balconcito. Estaba sentado y llevaba mucha ropa, aunque hacía bastante calor. Ya no podía faltar mucho para que llegara el verano, pero los empleados de la residencia se andan con mucho cuidado. Saben que un resfriado puede acabar fácilmente con una persona mayor. El abuelo llevaba el gorro un poco torcido. Se le había caído y casi le tapaba el ojo derecho. Parecía un viejo pirata, aunque daba la impresión de que no se había dado cuenta. Levantó la barbilla y me miró por debajo del gorro.

Me senté a su lado y le dije hola. El abuelo me miró un instante y enseguida se puso a hablar como si lleváramos un rato charlando.

—¿Ves? Ya la han encontrado —dijo, y señaló con el dedo torcido hacia el mar verdiazul.

Miré hacia donde apuntaba su dedo y vi dos barcos para observar ballenas, a unas cinco millas de la costa.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Porque están parados. Hace un rato ya. La han encontrado.

—¿A quién?

El abuelo me miró como si fuera corto de entendederas.

—¡A la grande! —dijo.

Me encogí de hombros.

—Ayer salí al palangre, había picado uno, pero ya estaba podrido.

—Claro —dijo el abuelo asintiendo, como si ya lo supiera, pero después frunció el ceño y me miró de nuevo con gesto interrogante. Después se volvió otra vez hacia «la grande», se quedó mudo e inmóvil en su silla de ruedas, y clavó la mirada en el mar. Seguramente ya se había olvidado de quién era yo y de qué había pasado en Raufarhöfn. Habría podido contárselo, pero tenía la sensación de que el abuelo estaba al corriente, aunque él no lo supiera. Antes siempre tenía una buena respuesta para todo. Y creo que llega un momento en la vida en el que no te hace falta enterarte de nada más, porque ya

lo has oído todo. Has comprendido cómo funciona la vida, y por eso ya has escuchado suficiente. Creo que al abuelo le había llegado ese momento.

Así que me quedé sentado a su lado, al lado del abuelo, que no tenía ni idea de quién era ni qué me había pasado, pero que lo sabía todo. Igual no lo sabía con la cabeza, pero su cuerpo tenía toda la información. Porque la familia está en todas partes, en el pelo, en los dedos, en la punta de la nariz, en los dedos de los pies y en el corazón. Por eso te sientes bien. El abuelo sabía perfectamente quién era yo, aunque se le hubiera olvidado. Era su chico, su sangre, estábamos hechos de la misma madera. Y por eso no hacía falta que le dijera nada.

Una cuidadora nos preguntó si estábamos a gusto allí fuera y si no teníamos frío. Negué con la cabeza y el abuelo no contestó, pero levantó muy despacio el brazo y señaló hacia el mar con el dedo torcido.

—La han encontrado —dijo—. A la grande.

—¡Qué bien! —dijo la cuidadora, le enderezó el gorro de lana al abuelo y me guiñó un ojo. Creo que no sabía de qué estaba hablando.

Cuando se fue, el abuelo dejó caer el brazo en el regazo. Abrí mi navaja, saqué un trozo de tiburón fermentado del bote de plástico y lo corté en trozos pequeños. El abuelo debió de olerlo enseguida porque ya no miraba hacia los barcos para avistar ballenas, sino que observaba cómo cortaba el tiburón, y en cuanto terminé, extendió su mano temblorosa y yo le di tres trozos de una vez, que él se metió en la boca con esfuerzo. Masticó y suspiró satisfecho, asintió y dijo:

—*Kalmann minn*, tu hákarl es aún mejor que el mío.

Y así nos quedamos en el balcón durante bastante rato, aunque había empezado a hacer frío otra vez, zampando tiburón fermentado, esperando a mi madre y mirando los barcos para avistar ballenas. Aunque a tanta distancia naturalmente no veíamos la ballena, porque no siempre son tan grandes como se piensa. Un tiburón peregrino puede ser el doble de grande que una ballena enana. Eso se llama diversidad. La naturaleza es así.

**Joachim B. Schmidt**

Nació en Grisons, Suiza, en 1981. Creció en la granja de sus padres en Heinzenberg. En 2007 emigró a Islandia, donde vive con su familia en Reikiavik y donde ha ejercido los oficios más variopintos: albañil, jardinero, camarero, recepcionista, ayudante de cocina y guía turístico. Es periodista y autor de tres novelas y varios relatos

Kalman Óðinsson no es como los demás, pero ha encontrado su lugar en Raufarhöfn, una remota localidad pesquera en la que apenas quedan ciento setenta y tres habitantes. Equipado con su sombrero vaquero, su vieja pistola y su placa de sheriff, patrulla solemnemente las llanuras que rodean el pueblo. Sus vecinos lo tratan con una mezcla de mofa y condescendencia debido a su bajo cociente intelectual. Pero no importa: su abuelo le enseñó a cazar, a preparar el mejor tiburón fermentado de Islandia, y todo lo que un hombre necesita saber. Un día, durante una de sus excursiones, Kalman encuentra un charco de sangre. Casi al mismo tiempo se descubre que ha desaparecido Róbert McKenzie, un hombre oscuro que acapara las cuotas de pesca. La apacible vida de Kalman se acelera entonces de forma desagradable. La policía de Reikiavik busca pistas, los periodistas inundan el pueblo y la mafia lituana entra en juego. Y durante todo este tiempo el chico guarda un secreto: Kalman sabe más sobre la desaparición de Róbert McKenzie de lo que todos piensan.

Kalman puede leerse como una novela criminal, pero es, ante todo, un emocionante elogio de la pureza de corazón. Kalman no es el más astuto ni el más rápido en desenfundar. Sin embargo, su ingenua sabiduría y su discreto heroísmo lo convierten en un experto en las grandes cuestiones de la vida.

Otros títulos publicados en Gatopardo

1. Alejandro Magno

Pietro Citati

2. En peligro

Richard Hughes

3. La primavera de los bárbaros

Jonas Lüscher

4. El temperamento español

V. S. Pritchett

5. Mi Londres

Simonetta Agnello Hornby

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

6. Una vista del puerto

Elizabeth Taylor

7. Tumbas etruscas

D. H. Lawrence

8. Mis amores y otros animales

Paolo Maurensig

9. Los mejores relatos de

Frank Norris

10. La gente del Abismo

Jack London

11. Mujeres excelentes

Barbara Pym

12. La vida breve de Katherine Mansfield

Pietro Citati

13. Paseano con hombres

Ann Beattie

14. El legado

Sybil Bedford

15. Alejandría

E. M. Forster

16. Unas gotas de aceite

Simonetta Agnello Hornby

17. Dame tu corazón

Joyce Carol Oates

18. Teoría de las sombras

Paolo Maurensig

19. Amor libre

Ali Smith

20. El turista desnudo

Lawrence Osborne

21. El cielo robado

Andrea Camilleri

22. Amor no correspondido

Barbara Pym

23. Sexo y muerte

VV. AA.

24. La muerte de la mariposa

Pietro Citati

25. Vida de Samuel Johnson

Giorgio Manganelli

26. Virginia Woolf. Vida de una escritora

Lyndall Gordon

27. La mecanógrafa de Henry James

Michiel Heyns

28. Invierno

Christopher Nicholson

29. Desmembrado

Joyce Carol Oates

30. Río revuelto

Joan Didion

31. Quédate conmigo

Ayòbámi Adébáyò

32. Bangkok

Lawrence Osborne

33. La moneda de Akragas

Andrea Camilleri

34. Un alma cándida

Elizabeth Taylor

36. Palermo es mi ciudad

Simonetta Agnello Hornby

37. Lo que Maisie sabía

Henry James

38. El cuidador de elefantes

Christopher Nicholson

39. El río del tiempo

Jon Swain

40. A la mesa con los reyes

Francesca Sgorbati Bosi

41. Nada que ver conmigo

Janice Galloway

42. María Estuardo

Alexander Dumas

43. Conversaciones con Ian McEwan

Edición de Ryan Roberts

44. Los perezosos

Charles Dickens y Wilkie Collins

45. La vanidad de la caballería

Stefano Malatesta

46. Un asunto del diablo

Paolo Maurensig

47. Fresas silvestres

Angela Thirkell

48. Cazadores en la noche

Lawrence Osborne

49. Extranjeros, bienvenidos

Barbara Pym

50. La escritora vive aquí

Sandra Petrignani

51. Nadie puede volar

Simonetta Agnello Hornby

52. La casa intacta

Willem Frederik Hermans

53. Morir

Cory Taylor

54. Un montón de migajas

Elena Gorokhova

55. En un lugar solitario

Dorothy B. Hughes

56. Cásate conmigo

John Updike

57. Persecución

Joyce Carol Oates

58. Tú también puedes tener un cuerpo como el mío

Alexandra Kleeman

59. Los perdonados

Lawrence Osborne

60. El saltador del muro

Peter Schneider

61. El mal camino

Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron

Barbara Comyns

59. Los perdonados

Lawrence Osborne

60. El saltador del muro

Peter Schneider

61. El mal camino

Sébastien Japrisot

62. Los que cambiaron y los que murieron

Barbara Comyns

63. El corazón verdadero

Sylvia Townsend Warner

64. Hielo

Marco Tedesco y Alberto Flores d' Arcais

65. Beber o no beber

Lawrence Osborne

66. Estado del malestar

Nina Lykke

67. Temas de conversación

Miranda Popkey

68. Bienvenidos a América

Linda Boström Knausgård

69. Cuánto oro esconden estas colinas

C Pam Zhang

70. Perversas criaturas

Lawrence Osborne